



PILAR  
RAHOLA

ROSA  
DE  
CENIZA

# ÍNDICE

PORTADA

DEDICATORIA

PREÁMBULO 18 de julio de 1909

EL BATALLÓN DE CAZADORES DE REUS

CHISPAS. 1905

UN SEÑOR CON SOMBRERO

UN MUERTO AL ATARDECER

UN MAESTRO DE ESCUELA

LLORA, ¡CU-CUT!

CARTAS CRUZADAS

FUEGO. 1909

BODAS DE SANGRE

«A SUS ÓRDENES, GOBERNADOR»

UNA HOGUERA

Y SE VAN LOS SOLDADOS...

AL BARRANCO DEL LOBO IREMOS A MORIR

COMO UNA ROSA DE FUEGO

CENIZAS. 1909

EL ESPLIEGO

UN VASO DE HORCHATA

CAE LA NOCHE

UN CUADRO

POST SCRIPTUM

NOTAS

## CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

*A Pilar Martínez i Punsà,  
mi amiga, mi cómplice, mi madre*

# PREÁMBULO

*18 de julio de 1909*

## EL BATALLÓN DE CAZADORES DE REUS

Era un pequeño grupo de damas refinadas, disciplinadamente comandadas por la mujer del gobernador Ossorio y las marquesas de Comillas y de Castell-Florite, que presidían la Comisión de ayuda al soldado. Se movían con pasos pequeños y con elegancia, pero también con la firmeza de quien está avezado a dar órdenes al servicio. Enric las tenía muy cerca y pudo oler los delicados perfumes que desprendían sus vestidos y que dejaban una extraña mezcla de aromas a su paso.

De pie, casi junto al agua, se distrajo mientras observaba a esas burguesas refinadas y pensó que se les saldría el hígado por la boca por ir tan encorsetadas. Se fijó en las caderas de una mujer gorda cuyo cuerpo se esforzaba por sobrevivir a una cotilla muy estrecha que la hacía resoplar. Le parecieron unas caderas enormes, pilares necesarios de un culo inmenso que amenazaba con estallar en cualquier momento. Dedicó unos instantes a esa idea y trató de imaginarse el ruido que haría un culo bomba al explotar. «¡Buuum!...», se dijo, pero la voz aguda de una de esas damas lo devolvió a la realidad.

«Escapularios, escapularios para nuestros soldados», gritaba con decisión mientras se paseaba entre los familiares que se habían agrupado en el puerto para despedir a los hombres que se iban a la guerra de África. A cada soldado le entregaba una petaca con cigarrillos y una medalla de latón de la Virgen que llevaba inscrita una divisa en latín, «*In hoc signo vinces*», y ella la repetía en catalán, como si fuera una plegaria: «“Amb aquest signe venceràs”, como lo hacían los primeros cristianos, que Dios esté contigo», y se santiguaba. Tenía una vocecilla afilada que lanzaba una especie de chillidos de aprendiz de soprano, y aquel agudo aguijón lo hizo reaccionar con irritación, pero cuando estaba a punto de proferir unas palabras gruesas contra las damas de los

escapularios, una mujer que estaba cerca y que despedía con los ojos empañados a su marido le espetó: «Seguro que no embarca ningún hijo suyo ni ningún pariente», y entonces le escupió. Al instante, la voz de un joven sonó valerosa: «¡Que no se lleven a nuestros hermanos a morir por los Güell y por los Romanones y los Comillas!», y otro lo siguió, «¡Que mueran en África los malditos sacerdotes y los marqueses y los reyes, y que los entierren en sus minas del Rif!».

Y a partir de aquellos primeros arrebatos, el puerto se transformó en una multitud de gritos farfullados que exigían la independencia de Melilla y el regreso de los soldados y que murieran los curas y quemaran las iglesias. Las damas de los escapularios empezaron a gritar mientras se agarraban las faldas y trataban de correr torpemente. Una de ellas estuvo a punto de caerse cuando la empujó una niña que había ido a despedir a su padre y que la miraba con unos ojos rojos que parecían de fuego. El mar se llenaba de medallas y de escapularios que iban cayendo y trataban de flotar unos instantes antes de ser engullidos por las aguas del puerto.

Por todas partes aparecían hombres gritando consignas, y las mujeres, las madres y las hijas de los soldados se sumaban al coro de voces airadas que exigían que sus hombres no se marcharan para morir. Y mientras el conato de disturbio iba en aumento y se desataba la cólera, un pelotón de soldados desplegado ante los manifestantes adoptó la posición de tiro. Al mismo tiempo, otro grupo de soldados improvisó una hilera de fusiles y obligaron a los hombres del Batallón de Cazadores de Reus a caminar hasta el vapor *Cataluña*. Enric pensó que aquella era la fila de la muerte. Entonces alguien, desde el fondo del gentío, alzó la voz y gritó: «Los obligan a subir al barco del marqués de Comillas para mandarlos a la guerra de sus amigos, cerdos malnacidos, asesinos», y la multitud, encendida, gritó a coro, «¡Muerte al marqués de Comillas!», mientras repetía la letanía «Abajo la guerra, que vayan los ricos».

La rabia se había hecho física, los gritos quemaban el aire como si fueran bolas de fuego, la multitud empujaba a los soldados sin miedo a los fusiles, y entre los mandos del Ejército aumentaba la inquietud. Fue entonces cuando se oyó el primer disparo.

CHISPAS

*1905*

Es tontísimo que V. escriba en Catalán. Ya se irán Vds. curando de la manía del catalanismo y de la renaixensa. Y si es preciso, por motivos que no alcanzo, que el catalán viva como lengua literaria, deje V. a los poetas que se encarguen de esto. La novela debe escribirse en el lenguaje que pueda ser entendido por mayor número de gente. Los poetas que escriben para sí mismos, déjelos V. con su manía y véngase con nosotros.

Carta de BENITO PÉREZ GALDÓS  
a Narcís Oller  
(8 de diciembre de 1884)

## UN SEÑOR CON SOMBRERO

Se ajustó el sombrero de copa con energía y, después de ponerse los guantes, esperó a que el mayordomo le abriera el portalón de la casa de los Grimau, donde acababa de pasar la noche con los compañeros de la Lliga. Como de costumbre, había sido una velada animada en la que todo el mundo parecía saber cómo resolver los problemas de Cataluña. La llave del portalón hizo un ruido sordo cuando giró el pestillo y Albert pensó que era el lamento de la cerradura, que se quejaba.

Al salir a la calle dejó que la fina lluvia de aquella noche de noviembre lo mojase, y mientras subía por Rambla de Catalunya, camino de su casa, recordó uno de los refranes de la abuela Mariona, «Noviembre mojado, hombre adinerado» y se rio, burlón. Él ya era un hombre adinerado, y no le hacía ninguna falta un noviembre lluvioso, porque había sabido sobreponerse a la recurrente pobreza de su familia y ahora acumulaba una envidiable fortuna. Hacía años que lo invitaban a las mejores casas, y aunque sabía que lo miraban con el desprecio propio de los intrusos, porque su fortuna no venía de lejos ni era de noble linaje, él se lo tomaba como una victoria. «Me desprecian, pero los pobres infelices no pueden evitar invitarme», y esa idea lo hacía sentirse poderoso.

No era un hombre refinado, ni se había criado en una buena familia, ni había tenido nodriza, ni había tomado clases de francés, ni de hípica, toda esa instrucción de la que disponía la gente con la que ahora se relacionaba. Pero tenía intuición para los negocios y un talento innato para los números, y estas habilidades, sumadas a una notable capacidad para embaucar y mentir, fueron la puerta de entrada a otra vida.

A menudo, cuando salía de esas veladas con grandes prohombres de Barcelona, se tomaba un tiempo para pasear, y durante ese rato ocioso repasaba los grandes cambios de su vida. Era un superviviente, un resistente, un triunfador, se repetía, y al pensarlo se frotaba las manos con enfermizo deleite. Tras regresar de las guerras de ultramar, otros hombres como él no habían levantado cabeza, y vagaban por el mundo como despojos humanos con la piel cubierta de llagas y heridas mortales en el alma. «Yo también fui un despojo», y cuando esta idea le arañaba el cerebro reaccionaba como un animal herido, dispuesto a matar a su cazador. Sentía el peso de la señal bíblica de la desgracia desde que había nacido, pero... «Vencí al diablo». Y entonces su mirada se volvía oscura.

Era rubio, como todos los Albert de la familia, y había sido un joven de buena apariencia, aunque un poco bajito, «herencia de la familia materna», aseguraba riendo, y con el tiempo se había encorvado ligeramente. Si hacía un esfuerzo, recordaba un tiempo en que había sido alegre, aunque era seco por naturaleza y la guerra lo había vuelto arisco. Sin embargo, a pesar de su carácter amargo, que con los años había empeorado, se sentía como si lo hubiesen bendecido con la fuerza de los héroes.

Al fin y al cabo, él era un héroe, un pobre soldado de reemplazo que había vuelto a casa tras sobrevivir a la fiebre amarilla y a una violenta viruela que le había dejado en herencia unas marcas en la cara. No tenía ni oficio ni beneficio, hijo, nieto y bisnieto de menestrales de Gràcia que apenas lograban sobrevivir. Su tío había muerto siendo soldado, en la época de los Matiners, «Llevas su nombre, Albertet, que Dios lo tenga en su gloria», y sus padres sobrevivían con dificultad, su madre cosiendo y su padre en la fábrica del Vapor Vell de Sants, hasta que perdió el trabajo durante la gran crisis de los terciopelos, pocos meses después de que él regresara de Cuba. Recordaba los esfuerzos que habían hecho los obreros para intentar salvar el empleo, cómo se habían propuesto trabajar la mitad de tiempo e incluso a rebajarse el sueldo, y cómo la empresa no lo aceptó y muchos perdieron su empleo, su padre entre ellos. «Esta es la lección de la vida —se repetía como una letanía—, es mejor ser el dueño que ser el obrero.» Y si en el pasado había tenido simpatía por la rebeldía de sus padres y había compartido sus ideales republicanos, ahora todo eso ya no importaba, porque el único ideal que el Albert que había vuelto de Cuba tenía era el de sobrevivir.

Evocaba a menudo aquellos primeros días de 1873, cuando llegó a casa un simulacro de sí mismo, los restos de un cuerpo que caminaba, comía y dormía, pero que ya no era él, porque él ya no sabía dónde estaba. Recordaba sobre todo el primer instante, cuando llamó a la puerta de sus padres y, al oír el ruido sordo de unos pies que arrastraban los pasos, supo que le abriría la abuela Mariona. Aquellos segundos, hasta que abrazó a su abuela, le devolvieron una paz antigua, y por un breve instante se sintió como el joven que se había ido a Cuba, tres años atrás. Sin embargo, ya no era aquel joven inconsciente, y ahora regresaba dentro de un cuerpo viejo que escondía un alma aún más vieja, y como un viejo lo vio su abuela, que se impresionó tanto al verlo que se sintió mareada. Los abrazos de aquellos primeros minutos, de su madre, de su abuela, de sus hermanas, se le habían grabado en la memoria y los vivía de manera ambivalente. A veces eran como una especie de salvavidas al que podía agarrarse cada vez que estaba atemorizado, asustado o se sentía desgraciado. Pero a menudo eran el recuerdo del hombre derrotado al que él mismo había matado, con sus propias manos, para resurgir como un ave fénix, transformado y poderoso. No le quedaba nada de aquel joven lejano, ni necesitaba el calor de la familia, ni deseaba nostalgias que lo distrajeran de la única meta que se había puesto: hacerse rico y vencer a los hados que lo habían maldecido.

De aquel tiempo perdido solo salvaba un recuerdo que no había conseguido ahuyentar: el momento en el puerto, a punto de embarcar, cuando su abuela le dio un trozo del corpiño de su boda mientras le decía «Vuelve»; y después de haber cogido el corpiño subió al paquebote, camino de la guerra. Pero después, nada, ningún clavo al que agarrarse, ninguna esperanza, ningún motivo para vivir, solo el miedo, el dolor y la muerte. Su abuela le había ordenado que volviera, «Vuelve», apretándole las manos con fuerza, y esa idea fue el único aliento que lo acompañó durante los años de la guerra, cuando ya había perdido toda noción de quién era.

Volvió. Pero el horror de Cuba lo había transformado tan profundamente que ni él mismo sabía cómo era, aunque sí sabía que aquel joven ingenuo había desaparecido, herido de muerte por las garras de la guerra.

El 11 de febrero de 1872 «Hoy, que han proclamado la República», gritaban sus padres y los vecinos y su abuelo y todos los que lo abrazaban, Albert regresó a la vida anterior a las bombas y a las heridas y al «cólico prieto» y a la viruela y

al calor húmedo que lo asfixiaba, y a las ciénagas llenas de insectos que enfermaban a los soldados, y a los cuerpos amontonados de los caídos, que a menudo pisaban cuando intentaban escapar. Regresó a un mundo y a una vida que había olvidado y a la cual, en realidad, nunca más podría regresar. Un día en que su madre se quejó de que ya no era el hijo tierno que ella recordaba y que ya no la abrazaba, le respondió con una violencia impropia del trato que tenía con ella, «¿Cuántos centenares de muertes crees que hacen falta para perder la alegría?», y sintió tanta rabia que salió de la casa y no volvió hasta la noche. Ya no reconocía nada de lo que era conocido, e incluso lo rechazaba, porque sus padres, su abuela, la casa de Gràcia, su querido tío Elpidio, que siempre quería contarle historias de su campo andaluz, incluso él y todos los demás eran la vida que quería hacer desaparecer...

En la guerra de Cuba había muerto el Albert que un día fue, y ahora, de vuelta en el nido, tenía que construirse de nuevo, como un renacimiento, porque no era nadie, ni el que había sido ni el que quería ser, ni tampoco sabía quién quería ser. Pero sabía una cosa: «Jamás volveré a ser un desgraciado». Y al hacerse ese juramento, en aquellos primeros tiempos de su regreso, odiaba todo cuanto lo rodeaba, la casa, los amigos, la familia que lo consentía y lo quería, y lo odiaba porque, queriéndolo, lo ataba a esa vida de la que quería huir.

Y lo consiguió. «Sí, lo he conseguido», se dijo pletórico, mientras rememoraba la velada que acababa de vivir en casa de los Grimau. Desde que había hecho fortuna «Y he sabido conservarla», se repetía con orgullo, Albert vivía muchas veladas como esa, y la normalidad con la que lo invitaban a las cenas y a los grandes actos sociales era el síntoma inapelable de su triunfo.

Los Grimau eran unos empresarios de la industria textil que habían amasado una gran riqueza el siglo anterior exportando algodón. Eran muy amigos de Francesc Cambó y habían participado activamente en la protesta por el cierre de Caixes, después de que el ministro Fernández Villaverde impusiera un aumento de impuestos a las empresas catalanas para pagar las deudas de la pérdida de Cuba. «Nos quieren asfixiar», «No quedará nada del empresariado catalán», «Basta de abusos», eran las letanías que se repetían esos días en las familias acomodadas de Barcelona y también en las tiendas y en los talleres y en muchos círculos de las castigadas clases medias. Reuniones, discusiones en el seno de las entidades empresariales, y al final, con el liderazgo de la Lliga de Defensa

Industrial i Comercial de Barcelona de Sebastià Torres, la decisión de cerrar momentáneamente las tiendas y las fábricas y de ese modo no pagar las contribuciones a Madrid.

«¡Quién nos iba a decir que en España reaccionarían con tanta brutalidad!», se lamentaba Grimau al recordar la represión del Gobierno contra la protesta, con el encarcelamiento de empresarios y la clausura de centenares de comercios. «Y el doctor Robert, dimitiendo como alcalde de Barcelona para no tener que firmar las órdenes de embargo de los comerciantes, ¡qué gran hombre, que en gloria esté!», recordaba alguien invariablemente. «Pero, amigo Grimau, gracias a la reacción de Madrid hemos creado la Lliga», decía Dalmau Soler, un poderoso industrial metalúrgico, mientras añadía: «Era la única manera que teníamos de defendernos». Y en ese punto de la conversación, los presentes acostumbraban a recordar los inicios de aquella nueva opción política, cuando Cambó y Prat de la Riba, junto con el doctor Robert y otros grandes prohombres de la sociedad catalana procedentes de la Unió Regionalista y del Centre Nacional Català, crearon la Lliga Regionalista. Albert había recortado la noticia que apareció en *La Veu de Catalunya* el 31 de mayo de 1901...

Ha quedado definitivamente constituida la Lliga Regionalista como resultado de la fusión del Centre Nacional Català y de la Unió Regionalista, que tiene por objeto, como consta en los estatutos: trabajar por la reivindicación de los derechos y la defensa de los intereses de Cataluña para conseguir, por todos los medios legales, la autonomía del pueblo catalán dentro del Estado español.

«Las bases de Manresa de la Unió Catalanista serán nuestro texto fundacional», dijo Prat de la Riba en las primeras reuniones del nuevo partido, «Y dejaremos a los lerrouxistas a la altura del betún», remachó Grimau convencido del éxito.

El éxito llegó y la victoria de los «cuatro presidentes» de la lista, encabezada por el doctor Robert, fue abrumadora. «Madrid nos ha enviado a Lerroux para destruirnos, pero nosotros lo hemos hecho picadillo», gritaban los seguidores la noche electoral, y, durante esos días de euforia, Albert llegó a creer que quizá todo eso le interesara de verdad, más allá de sus ambiciones y de la posición que le otorgaba. «Igual acabas siendo político», le decía su mujer con sorna.

De todo lo que ocurrió en los primeros tiempos del partido, lo que más emocionó a Albert fue conocer al doctor Robert. Sentía una profunda admiración

por aquella eminencia médica, reconocida en toda Europa, que había sido un alcalde de Barcelona ejemplar; capaz, incluso, de dismantelar la red caciquil que dominaba la ciudad. «¡Y en el 98, cuando fue a Madrid para reclamar el concierto económico y la Diputación única y la creación de escuelas industriales!», comentaba uno. «¡Y la valentía que muestra en las Cortes cuando defiende Cataluña!», remachaba otro. Y entonces la conversación derivaba hacia los furibundos ataques de los diputados españoles contra los catalanes: «¡Ya lo ha dicho el doctor Robert, que eso no parece un Parlamento sino un tribunal de justicia!».

Un día, Albert formó parte de una comitiva de la Lliga que acompañaba al doctor Robert a dar una conferencia en el Ateneu Barcelonés cuando aún no se había trasladado al Palau Savassona y tenía la sede en la Rambla dels Caputxins. Nada más enfilar el paseo, los curiosos empezaron a pararlo. Algunos lo aplaudían, otros querían hablar con él, las mujeres lo abrazaban y le acercaban a sus hijos, y cada paso hacia la sede era un viaje interminable. Cuando llegaron a la puerta del Ateneu, donde lo estaban esperando Josep Yxart y Àngel Guimerà, había pasado media hora desde que habían empezado a bajar por la Rambla. En una de las reuniones de la Lliga alguien leyó las palabras del poeta Maragall sobre el doctor Robert...

Preguntad a cualquier catalán, al llegar a Madrid, si conoce al diputado o al senador de su distrito: probable es que no, aun cuando lo haya visitado, pero a Bartomeu Robert lo conocen los pobres y los ricos, las mujeres y los hombres; todos han acudido alguna vez a reclamar sus auxilios...

... que a Albert le parecieron muy elocuentes. Y aunque no era un hombre dado a admirar a los demás, con el doctor Robert hacía una excepción, porque le reconocía una autoridad moral superior. Por eso, cuando en 1902 murió de un ataque al corazón durante una cena en el restaurante Casa Prince, mientras se dirigía a un grupo de médicos, «y acababa de visitar a mosén Cinto, que ya estaba muy enfermo, el pobre, y mira por dónde, él murió antes...», Albert sintió una profunda rabia y abandonó las leves tentaciones para interesarse de verdad por la política. La lluvia deslució el día del entierro, pero no evitó que el cortejo reuniera a miles de personas que querían rendirle el último homenaje. Elisenda acompañó a Albert a la ceremonia, y cuando Domènec Martí i Julià, el gran psiquiatra y amigo del doctor Robert, dijo unas palabras... «Al morir, los

hombres como Robert siguen vivos en el corazón de los que se quedan...», ella apretó la mano de su marido y lloró en silencio. Al llegar a casa, Albert, en voz alta, dijo «Hemos perdido a un gran catalán».

Del doctor Robert y de la Lliga y de Lerroux, y de la necesidad de unir los partidos catalanes, «o siempre nos van a ganar», y del rey y de Cambó y de Prat de la Riba, y también de los anarquistas, y de las ideas extremistas de Ferrer i Guàrdia, de todo ello se hablaba en esas veladas a las que asistía Albert, sacudidas a menudo por alguna encendida discusión.

Aquella noche había sido como muchas otras, con la estancia de los Grimau llena de empresarios, artistas, dirigentes de la Lliga y un sinfín de nombres propios del país. También estaba Narcís Oller, que vivía en el edificio de al lado y era muy amigo de los Grimau, además de ser uno de los escritores de cabecera de la Lliga. Ferran Agulló, el secretario del partido, pidió silencio...

Apreciados amigos, hoy tenemos con nosotros al amigo Oller, nuestro gran escritor. Os invito a escuchar la lectura de su artículo en *La Veu de Catalunya*. Nadie atina tanto como él. Querido Narcís, cuando quieras...

Con los aplausos a coro, el escritor se levantó con parsimonia, sonrió a los allí reunidos, que guardaban un silencio casi litúrgico, y, después de toser, empezó a leer. Albert se quedó mirándolo con el punto de cinismo con el que observaba aquel universo social que ya era el suyo, aunque nunca lo era del todo. «¡El gran Narcís Oller!», se dijo mientras aplaudía, y una idea lo hizo repentinamente feliz: la convicción de que su presencia ante aquel hombre era una mueca burlesca de los dioses, «que se ríen de los perdedores». Justamente él, que se había enriquecido con los juegos truculentos de la Bolsa, estaba reunido con el escritor que había retratado aquella orgía de riqueza de los años ochenta, cuando se levantaban castillos en el aire que se caían al primer soplo. Pero el castillo que Albert había levantado era de una piedra maciza que había forjado con constancia, inteligencia y un sentido radical de la fragilidad del dinero, «que se va deprisa cuando llega deprisa». Sin duda, era un personaje de *La febre d'or* de Oller, con la diferencia de que él no había perdido su fortuna, como le ocurría al protagonista de la novela. «¡El gran Oller!», se repitió satisfecho, convencido de ser el más listo de aquella estancia.

Albert se afilió a la Lliga enseguida, pocos meses después de su creación, al

mismo tiempo que su amigo Xió, quizá la única persona de toda esa sociedad acomodada que Albert consideraba cercana, porque era como él, un recién llegado, un nuevo rico cuya repentina fortuna había comprado el estatus social del que disfrutaba. Pero a diferencia de su amigo, que era un católico de misa diaria y un ferviente defensor del autonomismo, Albert no tenía ni ideología, ni ideales. Esa militancia en la Lliga solo era un paso en la consolidación de su posición social, un instrumento para formar parte de ese mundo barcelonés blindado a los intrusos.

Al fin y al cabo, aunque no le interesaba nada la política, entendía perfectamente el juego de alianzas y de influencias que le garantizaba el estatus, sin el cual no habría podido hacer grandes negocios. Y a pesar de despreciar los juegos políticos con convicción, leía con la misma aparente convicción *La Veü de Catalunya* y era capaz de sostener debates sobre cualquier tema delicado que saliera en la conversación. Tanto que a menudo imaginaba que debía de tener dotes de actor, porque nadie lo ganaba haciendo apasionadas reflexiones en contra de los impuestos de Madrid, o de los abusos del rey, o a favor de la autonomía, e incluso se atrevía a hablar sobre temas del extranjero. Como el día de la independencia de Noruega, que hacía pocos meses había ocupado los artículos de *La Veü* y las conversaciones de la Lliga durante semanas, en las que las discusiones sobre la idea de un Estado catalán subieron de tono.

Él se sentía más cómodo con la idea de la autonomía dentro de la monarquía española, porque le parecía la única idea sensata que alejaba a Cataluña del riesgo de una revuelta, y si algo temía por encima de todo era que los hechos radicales pusieran en peligro la posición social que había conquistado. Ya tenían bastante con las bombas anarquistas, que causaban el terror por doquier. Y cuando hablaba de los anarquistas, invariablemente, el recuerdo de la bomba del Liceu lo ponía de muy mal humor, como si esa tragedia se hubiera dirigido contra su propia familia. A fin de cuentas, era una bomba contra el estatus que había conseguido y, por lo tanto, una bomba contra él mismo.

Por eso, cuando Cambó recibió al rey con un discurso de bienvenida en su reciente visita a Barcelona, él asistió al acto y aplaudió con convicción. No estaba en absoluto de acuerdo con la postura de Jaume Carner ni con la de Domènech i Montaner y otros que querían boicotear al Borbón, y cuando todos los contrarios a la visita abandonaron la Lliga, Albert creyó que se habían

quitado un lastre de encima. «Demasiado liberales, nosotros somos gente seria y ordenada.» Claro que después de la escisión vendría la derrota de dos años atrás, pero aquella circunstancia no lo hacía cambiar de opinión.

Gente de orden que hacía discursos ordenados, y eso le pareció el discurso de Cambó ante Alfonso XIII. «Ordenado y también valiente, ¡porque ha pedido la autonomía municipal ante el rey en persona!», elogiaban unos o rechazaban otros, porque, si para Albert y para toda la corriente conservadora aquel había sido un gesto valiente, para los que querían reclamar la autonomía regional Cambó había sido servil y cobarde. Pero cuando intentaron matar a Maura frente a la iglesia de la Mercè, al lado del rey, Albert se reafirmó en la idea de que Cambó tenía razón: tenían que ser prudentes.

Sin embargo, lo más importante de aquella visita no había sido el discurso de Cambó ni la milagrosa salvación de Maura, sino su presencia en el acto en homenaje a Alfonso XIII. Tener derecho a estar en esa sala, con la cercana presencia real, era la consolidación inequívoca de su estatus. Y si debía luchar por algo no sería por una revuelta ni por un ideal, sino para que nadie pusiera en peligro lo que había conseguido.

Era un cínico, o se había convertido en uno, y cuando su hijo Enric le escupía agrios reproches y le decía que era una vergüenza para la familia, que había traicionado el espíritu de todos los miembros que habían caído bajo los fusiles, que no se merecía una abuela como Mariona, que se había rebelado para salvarle la vida, y que no había muerto de milagro, cuando todo eso salía de la boca de un hijo cada vez más distante, él solo tenía una respuesta: «Tú no irás a morir a ninguna guerra, porque yo, tu padre, podré comprar tu libertad».

De qué servían tantas heroicidades, tantas hazañas y tantos disturbios si solo acumulaban cadáveres, se preguntaba, y con esos pensamientos que lo reafirmaban, liberado de cualquier atisbo de mala conciencia, se ajustó de nuevo el sombrero y empezó a subir por la Rambla de Catalunya, convencido de que la rebelión era el recurso de los perdedores.

En el tramo final del paseo hasta su casa se entretuvo recordando sus años en Cuba, un ejercicio que solía hacer a menudo. Aquellos recuerdos ya no le causaban ningún dolor, sino más bien todo lo contrario, tenían efectos balsámicos porque fortalecían las decisiones que había tomado durante los años siguientes, incluso las que, a ojos de los demás, se habrían considerado

delictivas. «¡Un delincuente!», dijo, soltando una carcajada, feliz por saberse impune a las acciones fraudulentas e incluso violentas que lo habían llevado a la riqueza. Había engañado, especulado, robado, pero, sobre todo, había matado a un hombre. Y sin aquella muerte, que él no deseaba pero que consideró inevitable, no habría podido hacerse rico.

Al pensar en ello, se detuvo y por unos instantes le pareció que la conciencia lo interpelaba, pero era un espejismo, porque hacía muchos años que había aprendido a sentirse orgulloso del hombre en que se había convertido. Al fin y al cabo, si lo habían enviado a matar hombres al otro lado del océano, sin más motivo que la defensa de los intereses de los poderosos, ¿quién podía reprocharle que matara a un hombre solo para defender a los suyos? ¿Era más despreciable por matar a un viejo envilecido que el marqués de Comillas, que enviaba a miles a matar y a morir? Aquella era la jungla del mundo en el que vivía, donde los fuertes devoraban a los débiles sin piedad ni remordimientos.

«La única regla de la vida es la de triunfar», se decía, y con la convicción de que el triunfo social era la gran lavandería de los pecados, porque nada los limpiaba con tanta precisión, continuó con su paseo liberado de todo mal recuerdo y de toda culpa.

Aun así, todavía le quedaba algún recuerdo de la guerra que mantenía su capacidad de herirlo, como si fuera un puñal eternamente afilado, a pesar de los años y el óxido. Era el recuerdo del calor asfixiante que desprendían las hogueras de los ingenios de azúcar que los soldados del líder cubano Céspedes encendían para destruir la fuente de riqueza del imperio mientras gritaban «¡Viva Cuba libre!». Un mestizo de edad indefinida, aunque a Albert le parecía que había nacido viejo y que se encargaba del rancho en el convento que el Ejército español había convertido en cuartel, donde pasó los primeros meses, le explicó que aquel era «el grito de Yara», porque en el pueblo de Yara era donde las tropas cubanas se habían enfrentado por primera vez a los españoles.

Los incendios eran feroces y llenaban rápidamente la atmósfera de un humo espeso que no permitía saber de dónde venían los enemigos, mientras el aire que respiraban les quemaba la garganta y los dejaba sin aliento. A menudo había jóvenes que acababan medio asfixiados, y el resto pasaba por encima de ellos en una carrera enloquecida por salvar la vida. Él estaba seguro de haber pisado el cuerpo de algún compañero.

Cuando llegó a La Habana no sabía nada de cañas, ni de ingenios de azúcar ni de cualquier otra cosa de aquella isla inhóspita, y tampoco sabía nada sobre ser soldado; y de la guerra solo conocía el miedo que le daba pensar en ella. Pero la travesía fue la primera prueba amarga y el primer contacto con la muerte. Embarcó en el *Guipúzcoa* en el puerto de Barcelona, un impresionante buque mercante de la compañía de Antonio López antes de ser nombrado marqués de Comillas, y mucho antes de que él mismo lo conociera como invitado en su gran mansión de la Rambla.

«Aquel día, cuando llamé a la puerta...», se dijo con un placer tan intenso que casi le dolió. Recordaba la fecha con precisión, 15 de junio de 1882, la primera vez que lo invitaron a un evento de la alta sociedad. Hacía pocos meses que había consolidado su fortuna y su nombre empezaba a ser conocido en Barcelona, pero la invitación de la familia López llegó de manera fortuita, a remolque de unos banqueros con los que había hecho negocios y que lo invitaron a acompañarlos. Nadie sabía que aquel joven empresario al que saludaban con pulcritud había sido un soldado de reemplazo arrastrado a la guerra de Cuba. La vida era así de extraña, un fatídico día embarcaba en un buque del marqués para ir a las guerras de ultramar y doce años después era uno de los invitados a la selecta fiesta que este daba en su casa. Del barro a la cumbre, de la derrota al triunfo, de ser un soldado de reemplazo sin dinero ni atributos a un señor con sombrero de copa y bigote a la húngara, invitado a las celebraciones de quienes lo habían enviado a la guerra.

Se entretuvo con fruición en aquel recuerdo. Podía repasar de memoria todos los detalles de ese día, como la magnífica fachada de la mansión de la familia López, de piedra originaria de la montaña de Montjuïc, con las esculturas de la diosa de la Fortuna «y de Hermes, el mensajero de los dioses del Olimpo, el celador de las fronteras y de los viajes», según le explicaría el propio marqués. Él, el hombre que unos años antes había cruzado el océano hacinado como una bestia entre centenares de otros desdichados, soportando el hambre y la sed y el sol abrasador, y viendo cómo muchas de esas almas atemorizadas morían, devastadas por las fiebres y las infecciones, él, que era un don nadie, simple carne de cañón, una migaja del impuesto de sangre de los pobres, estaba a punto de entrar en la gran mansión de los poderosos navieros que transportaban a los soldados. Y con Elisenda cogida de su brazo, vestida como una gran señora,

«Mamá nunca será una señora, porque es hija de pobres», le diría más adelante su hijo Enric en una de sus agrias disputas, pero no, «vestida como una gran señora, porque el hábito hace al monje en este mundo en que vivimos», llamó a la puerta con un orgullo que barría, de sopetón, siglos de pobreza. Luego, mientras observaba los salones decorados con motivos dorados y se fijaba en los grandes damascos de las paredes y las copas de cristalería fina con vinos deliciosos que ofrecía el servicio, la convicción de que nunca más volvería a la miseria de antes se convirtió en el único sentido de su vida.

En el barco cabían un millar de soldados, pero aquel era un número ficticio que no se correspondía con los centenares de cuerpos amontonados en las cubiertas de los paquebotes de ultramar. El *Guipúzcoa* estaba tan lleno que, solo en el lado del barco donde se encontraba Albert, la cifra ya llegaba a ese millar reconocido oficialmente, aunque había otro espacio, tan grande como el primero, donde se imaginaba que habría la misma cantidad de soldados.

Eran tantos que muchos tenían que permanecer de pie, porque no había espacio para sentarse. Durante el día, el sol quemaba sin piedad; y, por las noches, el coro de lamentos y llantos de aquella masa humana componía una música lúgubre que acompañaba el sueño de los afortunados que conseguían dormir. El agua era muy escasa y la comida exigua, y el salitre del aire cortaba los labios y la piel de muchos jóvenes, especialmente de los que venían de zonas montañosas. Pero aunque se sentía languidecer y cada día estaba más asustado, lo peor para Albert era el hedor de los cuerpos amontonados en aquel reducido espacio, donde se mezclaba el sudor espeso con las deposiciones que a menudo se hacían encima. Durante las dos semanas que duró la travesía se pudieron lavar dos veces con agua de mar, y la salobridad le provocó un picor tan intenso en la piel que pensó que era preferible la peste.

El tercer día de travesía alguien comentó que había un joven que no se movía. Era un chico muy delgado, con unos ojos azules que llenaban toda su cara y un cutis tan fino que parecía el de una muchacha. Albert pensó que no tendría más de dieciséis años, pero nunca habló con él, como tampoco lo hizo con casi nadie, siempre callado y siempre solo. Lo encontraron muerto a primera hora de la mañana, aunque el médico no supo ni cuándo ni qué lo había afectado. Tras certificar su defunción, el capitán ordenó que lo amortajaran con la misma manta con la que se había tumbado, y al atardecer, en presencia del oficial más

veterano, el capitán y el capellán lastraron el cuerpo con un trozo de hierro enrollado en los pies y lo lanzaron al mar. La letanía del padrenuestro del capellán, en medio de un insólito silencio, en aquel hormiguero de centenares de personas, acompañó el ruido del cuerpo al caer al agua.

«Plof», y la oscuridad del mar engulló sus restos. «Un pedazo de carne lanzado a los tiburones», dijo en voz alta un soldado que estaba cerca de Albert; y aquella idea de una vida joven, con familia y recuerdos e ilusiones, convertida de repente en un simple pedazo de carne lanzado al mar, persiguió a Albert durante toda la noche y le produjo unas imágenes tan aterradoras que llegó a creer que moriría de miedo.

«Un pedazo de carne con ojos, eso es lo que éramos los soldados de aquella guerra», se dijo, y se detuvo en seco en plena Rambla, atemorizado, como si aún estuviera en aquella cubierta durante el atardecer en el que el cuerpo de un joven de dieciséis años fue lanzado al mar. Pero se recuperó enseguida, porque aquel recuerdo de un muerto solo fue el primero de las decenas de cadáveres que podría recordar a todas horas si no fuera porque había decidido borrarlos de su memoria, ahuyentarlos, expulsarlos de su vida, como si jamás hubieran existido. Sin embargo, existían, «plof, plof», y el ruido del cuerpo cayendo se repetía en su idílica guarida del olvido, allí donde habitaba la nueva vida que se había inventado.

Después de aquel primer soldado vinieron muchos, uno tras otro, hasta contar más de cien jóvenes que murieron a su lado, a menudo de repente, como si se hubieran apagado, aunque la mayoría lo hicieron después de haber tenido fiebres muy altas que les provocaban convulsiones y unos dolores de cabeza que los hacían gritar de dolor.

El proceso siempre era el mismo. Alguien avisaba de que había un enfermo y, tras la visita del médico, lo trasladaban a la zona de infectados, situada en las bodegas del barco. Allí, los soldados se tumbaban en literas de lona, colocadas una encima de otra, en un máximo de tres pisos. El espacio era tan reducido que apenas se podía caminar por los estrechos pasillos que se formaban entre las hileras de enfermos, y aunque en la entrada de la escotilla había una gran manga de lona para que el aire penetrara en toda la bodega, el espacio era tan grande y tan sombrío que resultaba irrespirable. El médico acostumbraba a hacer visitas muy rápidas, convencido de que en aquella improvisada enfermería era más fácil

empeorar que curarse de alguna dolencia, y el número de pacientes era tan grande que no daba abasto.

Albert no bajó a las bodegas hasta el final del viaje, cuando, tres días antes de llegar a La Habana, un joven de Badalona que se había convertido en su amigo empezó a agonizar. Era un muchacho valeroso y alegre cuya fortaleza física lo hacía parecer indestructible, y en más de una ocasión lo había protegido de las peleas entre soldados, cuando se repartía el rancho y no alcanzaba para todos. Le decía que los cubanos eran flojos por naturaleza y que no tenían nada que hacer con un soldado catalán. «Llegaremos, mataremos a unos cuantos y volveremos a casa», y se reía con tanta fuerza que contagiaba la alegría a su alrededor. Su nombre era Faustí, pero lo llamaban Tinet, «cosas de mi madre», y durante quince días resistió la fiebre y las convulsiones que lo atacaban sin tregua. Cuando Albert bajó a las bodegas para despedirse de él —«Vaya, vaya, le queda poco», le había dicho el sargento—, la humedad de aquel sitio le provocó unas terribles náuseas y apenas reconoció a su amigo. Se había empequeñecido, su piel se había vuelto amarillenta y su mirada era oscura, como si ya no pudiera ver. Aún tardó unas horas en morir, pero Albert pensó que ya era un cadáver. «Ve a ver a mis padres y dale un abrazo a mi madre, porque yo ya no podré hacerlo», le dijo a trompicones, intentando retener el aliento, y Albert se lo prometió. Durante un tiempo, aquella promesa tuvo un sentido casi sagrado, pero, a medida que la guerra lo ennegrecía, las promesas, igual que las ilusiones y las voluntades, fueron evaporándose, engullidas por la negrura. Nunca se trasladó hasta Badalona a ver a los padres de aquel soldado.

Del barco, a los vagones de los trenes que los llevaban tierra adentro, más amontonados si cabe que en las bodegas de la travesía. Y después de los trenes, toda clase de transportes, en general de tracción animal, hasta el primer cuartel donde debían presentarse. El destino de Albert fue el convento de Nuestra Señora de la Merced, la Sociedad y la del Santo Cristo, en la provincia de Camagüey, y desde el primer momento supo que aquella estancia sería el infierno. Habían llegado después de muchas horas de carro, y en cuanto bajaron de los vehículos les ordenaron que formaran. La fila de hombres vestidos con el uniforme de campaña, la camisa y los pantalones de tela con el mil rayas azul y blanco y el sombrero de jipijapa bien calado le pareció un espectáculo grotesco, más propio del teatro que de la guerra. Pero allí estaba, con el mil rayas, el

jipijapa, la correa ceñidora y los dos tirantes, blandiendo el fusil que tendría que salvarle la vida. Y así, en fila, repartieron a los soldados por los diferentes lugares de la zona; la mayoría, fuera del convento.

A su batallón le correspondió las caballerizas, una especie de cuadras sin techo cuyo hedor era tan intenso que sentía dolor al respirar, y allí, a ras de suelo, al lado de los caballos, les ordenaron que extendieran los sacos. Luego les entregaron una cantimplora de hojalata barnizada en negro, una fiambarrera, un plato de estaño y una cuchara de mango corto que debían conservar durante toda su estancia, porque si la perdían, no les darían otra y tendrían que comer con las manos. «Aquí comeréis y dormiréis, procurad que los caballos no os tiren la mierda encima», dijo con voz ronca el sargento de su regimiento y les dio permiso para descansar. En cuclillas empezaron a devorar el rancho de aquel día, un plato de garbanzos y judías que a Albert, con tanta hambre atrasada, le pareció un banquete de los dioses.

Ese sería su lecho durante las semanas siguientes. La primera noche se imaginó que moriría por la coz de un caballo o infectado por las meadas y las cagadas que, al caer al suelo, lo salpicaban sin remedio. Un chico muy joven, «casi un niño», que dormía a su lado se pasó toda la primera noche llorando y llamando a su madre, y, aunque él no lloró, también sintió un miedo que lo atenazaba, y solo el recuerdo de su madre, Mercè, lo tranquilizó. Aquella noche soñó que volvía a ser un recién nacido y que su madre le daba el pecho.

Enseguida comprendió que Cuba no daría tregua, como si una conjura de los dioses les hubiese declarado la guerra. Por un lado estaban los combates, que no respondían a ninguna regla precisa, no existía un frente de batalla y tampoco sabían de dónde salían los enemigos. La primera vez que tuvo un cuerpo a cuerpo con los soldados de Céspedes se dio cuenta de que luchaban contra hombres que no tenían nada que perder y que los odiaban con todas sus fuerzas. «Al machete, al machete, hijos de puta blanca...», gritaban mientras dejaban caer los enormes machetes que movían como si fueran plumas. Había cuerpos destrozados por todas partes, y Albert, en medio del pánico que sintió, pudo ver a un escuálido joven negro que apuñalaba una y otra vez a un soldado que ya estaba muerto, como si quisiera asegurarse. Cuando pensó que ya era suficiente, se pasó el machete por la lengua y gritó «Hoy ya comí...». Aquella fue la primera batalla de Albert, y fue tan cruenta que pensó que no podría regresar a

casa con vida. Durante la retirada, lo peor fueron los heridos, muchos con la clavícula rota, porque los mambises movían los machetes de arriba abajo, siempre en la base del cuello, y si las heridas no eran mortales al instante, lo eran al cabo de pocas horas. Tantos años después, mientras subía distraído por la Rambla de Catalunya, camino de su casa, convertido en un hombre rico y respetado, aún no podía entender cómo había sobrevivido.

Pero no eran solo los pelotones de cubanos quienes los atacaban de repente a cualquier hora y desde cualquier flanco, como si fueran fantasmas. Era la isla entera, el calor, la humedad, la multitud de mosquitos, las infecciones, los vómitos, las marchas de horas por terrenos embarrados que les devoraban el calzado y les dejaban los pies llenos de ampollas. Aquella no era una guerra contra unos hombres armados que los odiaban, aquella era una guerra contra toda una naturaleza sublevada que había decidido expulsarlos de su tierra. A menudo recordaba la estrofa de la canción que oían cuando pasaban por los pueblos del interior...

*El calor para nosotros  
es una cosa sencilla;  
y si lo sufrís vosotros,  
os da la fiebre amarilla.*

Y los cubanos se reían de aquellos jóvenes desnutridos y peor vestidos que pretendían defender la Corona española. No tenían nada que hacer, porque no solo la tierra, sino también el cielo les había declarado la guerra. Y aunque no era muy creyente, las primeras semanas cogió la costumbre de rezar un padrenuestro todas las noches, convencido de que Dios no estaba con el Ejército español y que lo único que podría conseguir, si Dios lo escuchaba, era salir vivo de allí. Luego también se olvidó de rezar.

De todas formas, si en algún momento tuvo una cierta conciencia política, fue precisamente en Cuba, en plena guerra, cuando se dio cuenta de que el odio acérrimo de los cubanos respondía a la brutalidad de una Corona española que los reprimía y expoliaba sin piedad. Fue un proceso lento, casi imperceptible. Al principio, cuando llegó, solo quería matar a tantos cubanos como fuera posible para poder volver pronto a casa. Lo había dejado todo para ir a la guerra; y, para soportar el miedo que esa idea le producía, se había ido convenciendo de que

odiaba a toda Cuba, una Cuba sublevada que lo obligaba a dejar su hogar, a cruzar el océano amontonado junto a otra carne humana y a aprender a matar para no morir. La motivación letal creció con las primeras batallas, cuando los machetazos de los cubanos golpeaban los cuellos y los hombros de sus compañeros de regimiento. Aquella gente le parecía cruel y salvaje, y creía que no se merecía nada salvo ser dominada. Los cubanos que colaboraban con la Corona les contaban historias terroríficas sobre los mambises, violaciones, piras con seres humanos, torturas... Y cuando Albert escuchaba esos relatos tenía tantas ganas de ir a la batalla que se sorprendía de su valor. Pero poco a poco, sin saber muy bien cómo, fue desarrollando cierta admiración por aquellos hombres que querían liberar su tierra, y cuando llegaron las noticias del asedio del cafetal de La Indiana, su admiración fue en aumento.

La Indiana se ubicaba al sur, en la provincia de Guantánamo, y, aunque Albert nunca estuvo allí, conocía aquel nombre porque era un gran campamento militar de abastecimiento del Ejército español. El eco de la batalla recorrió Cuba entera, y a pesar de que los españoles intentaron propagar una historia alternativa que los dejara en mejor posición, la heroica hazaña de los cubanos se impuso al relato de la Corona. Así fue como Albert se enteró de que doscientos cubanos, al mando de los hermanos Maceo, protagonizaron un primer intento de asalto, y tras perder a más de setenta hombres en los tres anillos de trincheras de piedra que protegían el campamento, con la consiguiente captura de José Maceo, se batieron en retirada. Pero solo fue una retirada momentánea, porque Antonio Maceo se negó a replegarse sin liberar a su hermano. Tras planificar la estrategia, seleccionó a una veintena de sus mejores soldados, los dividió en cinco grupos y asaltó por sorpresa el fortín. Esos veinte mambises demostraron una feroz valentía y consiguieron matar a casi todos los españoles, liberar a José Maceo y hacerse con un enorme botín de armas, comida y ropa. Fue la primera gran victoria de los cubanos.

El impacto de esa hazaña impresionó a Albert hasta el punto de pensar que solo unos hombres motivados por el orgullo y las heridas de su tierra podían ser tan heroicos, y en algún momento inconcreto empezó a dudar de si estaba en el bando equivocado de la guerra. Cuando, tres meses después, la Corona española fusiló a ocho estudiantes de Medicina por el mero hecho de haber entrado en un cementerio y haber arrancado unas flores de la tumba de Gonzalo Castañón, un

funcionario de la Corona que escribía encendidas arengas contra los separatistas cubanos en *La Voz de Cuba* y que fue asesinado en Estados Unidos cuando se batió en duelo por el honor de España, Albert comprendió que era un soldado en el bando incorrecto de la historia. Era catalán, y aunque ese hecho no le motivaba para ningún compromiso político ni se sentía especialmente seducido por las ideas republicanas que palpitaban en el seno de su familia, algo se removi6 en su interior, como si los catalanes y los cubanos tuvieran una especie de conexión invisible por el hecho de estar bajo el yugo español; y la admiración por el Ejército de Céspedes, que él mismo debía combatir, culminó. Alguna noche, cuando se sentía especialmente furioso por su situación, incluso tarareaba mentalmente *La Bayamesa*, como si fuera una venganza silenciosa contra la Corona que lo había conducido al infierno.

«¡*La Bayamesa!* ¿Cómo era...?», se dijo y la cancioncilla de la lucha cubana apareció, en plena Rambla de Catalunya, en boca del viejo soldado de reemplazo que ahora vestía como un señor...

*¡Al combate corred, bayameses,  
que la Patria os contempla orgullosa;  
no temáis una muerte gloriosa,  
que morir por la patria, es vivir!*

Luego vendrían unas diarreas tropicales que lo debilitaron de tal manera que no podía ni andar, y más adelante una violenta viruela que le dejaría la cara marcada para siempre. Pero la enfermedad que lo llevó a las puertas de la muerte y que, al mismo tiempo, resultó ser su pasaporte a la vida, fue la fiebre amarilla. La cogió en pleno agosto, y eran tantos los soldados infectados que no había hospitales donde atenderlos. Albert fue trasladado a una casa de un pueblo de Matanzas, donde un centenar de enfermos fueron repartidos por todas sus estancias, y allí estuvo tres semanas, intentando sobrevivir a los vómitos negros y a las fiebres que estallaban en su cabeza como si fueran bombas. Podría haber muerto, como el resto de los más de quinientos soldados de su batallón que fallecieron a causa de la enfermedad, pero una vez más sobrevivió. Y cuando se recuperó de la fiebre amarilla todo su cuerpo era piel y huesos, sin apenas fuerzas para respirar. El capitán del batallón firmó su licencia y los restos vivos de un cuerpo que dos años antes había sido un hombre embarcaron con destino a

Barcelona. «Volví, sí, contra todo y contra todos, volví», pensó y de nuevo se sintió poderoso.

Hacía rato que había llegado a casa, pero aún se quedó distraído unos segundos más, como si no quisiera soltar aquellos recuerdos de unos tiempos oscuros que habían sido la antesala de sus tiempos gloriosos. Cuba era el peor recuerdo de su vida, pero, al mismo tiempo, aquella guerra y aquella tierra lo habían modelado como si fueran un martillo, golpeando el hierro al rojo vivo, y una vez forjado, lo habían hecho indestructible. Gracias a aquella terrible oscuridad, ahora vivía en una casa grande, y acababa de pasar la noche con grandes burgueses de la ciudad, y era un militante reconocido de la Lliga, y había asistido a la recepción de Alfonso XIII, y conocía a Narcís Oller, y su mujer vestía como una gran dama.

Todo eso ocurría porque había sobrevivido a una guerra feroz contra los hombres y contra los dioses, y, lejos de quedar abatido, se había levantado y había vencido. Era un superviviente, y nada de todo lo que había hecho después le parecía inmoral, porque la supervivencia no tiene remordimientos, solo tiene sed y hambre y rabia. Así, sin un ápice de mala conciencia, abrió la puerta y entró en casa.

## UN MUERTO AL ATARDECER

Hacía cuatro años que Albert vivía en la casa de la calle Provença, al lado del Passeig de Gràcia. Era un edificio de 1880 que había sido remodelado a principios de siglo, siguiendo la estela de muchos otros edificios de la zona. A menudo, cuando se encontraba con el arquitecto Domènech i Montaner en las reuniones de la Lliga Regionalista, lo saludaba diciéndole: «Querido Lluís, vengo de su casa», y el arquitecto le contestaba: «¿Aún sigue en pie?», y ambos se reían de la ocurrencia. En realidad, la casa había sido remodelada por el joven Jujol bajo la supervisión de Montaner, a quien ayudaba en muchas de sus obras. «Aquí también está trabajando Jujol», pensaba orgulloso Albert cada vez que pasaba por delante de las obras que el industrial Batlló había encargado al arquitecto Gaudí y que prometían ser polémicas. «Será una gran casa», decían unos, «Será un churro», respondían otros, mientras Barcelona entera hablaba de esas obras, que avanzaban con celeridad. Conocía a los Batlló desde 1889, cuando los anarquistas hicieron estallar una bomba Orsini en su almacén de la Rambla y mataron a uno de los trabajadores. Toda la gran Barcelona mostró su apoyo al industrial, y Albert no quiso ser menos. Acompañado de Elisenda y de su hijo Avel·lí, que apenas tenía diez años, asistió al funeral del trabajador fallecido y tuvo ocasión de dar el pésame a aquel gran burgués que no se dejaba ver demasiado en la vida social de la ciudad. Con el tiempo haría algunos negocios con él, pero siempre menores, porque el señor Batlló se movía en otras esferas.

«¡Las bombas anarquistas! ¡Esos majaderos acabarán con todo! Y ese profesor loco, Ferrer i Guàrdia, con sus ideas anticatólicas; y solo falta Lerroux, que excita a los pobres con toda clase de tonterías, ¡adónde iremos a parar!»,

exclamaba en las reuniones del partido, y en casa, y con los amigos y los hijos, y allí donde lo quisieran escuchar. Aquella era la única cosa que realmente lo preocupaba, convencido de que la confluencia entre las bombas anarquistas, las ideas revolucionarias y el lerrouxismo era un cóctel que podía derrocar el imperio que tanto le había costado levantar, «El triángulo de la destrucción», añadía desesperado. «¿Cuántas? ¿Cuántas bombas llevamos? ¿Y cuántas más harán estallar esos bestias?», e invariablemente hacía el recuento. «La de Joan Oliva contra el rey, las dos que colocaron contra Foment, la de los Batlló y la que querían hacer estallar en casa de Cánovas del Castillo, y que nadie se olvide de la de Paulí Pallàs contra el capitán general...» Cuando llegaba a la bomba del Liceu se detenía, respiraba profundamente y se persignaba en recuerdo de la veintena de víctimas que había causado la Orsini de Santiago Salvador, «que ese malnacido se pudra para siempre en el infierno». En ese momento, estuviera donde estuviese, siempre había quien hablaba de los conocidos, del funeral por las víctimas y, sobre todo, de la ejecución a garrote vil del anarquista, el único recuerdo de aquella tragedia que los ponía de buen humor.

Más allá de las bombas anarquistas, de los lerrouxistas y de los profesores revolucionarios, que solo lo inquietaban cuando hablaba de ellos, su vida era plácida. Además, desde que estaba en la casa de la calle Provença, sentía un orgullo añadido por haber conseguido residir en un edificio remodelado por arquitectos de renombre, dentro de la escuela de moda del modernismo y justo donde se concentraba la gente poderosa. «Los hermanos Badia i Miarnau se encargan de la forja, y los del taller Pelegrí de la cerámica, los mismos de nuestra casa», le había comentado un vecino, y aquella noticia completó el orgullo que sentía por el inmueble que había comprado, síntoma de su pujanza social. «Los mejores arquitectos, y los ceramistas y los forjadores más conocidos de Barcelona, Elisenda, ¿acaso podríamos aspirar a más?», y en aquellos momentos de vanidad febril abrazaba a su mujer, la única, junto con su hijo Avel·lí, que entendía sus sentimientos y no le reprochaba nada. Nunca sería un burgués, estaba seguro de ello, pero ya era un miembro reconocido de la burguesía, aunque hubiese entrado por la puerta de atrás. «Sí, por detrás, ¡pero ahora tengo un gran portalón delante!», y nuevamente lo invadía la euforia.

Albert se trasladó a la nueva casa cuando empezó el siglo, un mes después de que terminaran la casa del señor Amatller, al lado de la que entonces se estaba

construyendo la familia Batlló. Cuando vio por primera vez la casa de los chocolateros Amatller, tuvo la sensación de que estaba frente a un palacio nórdico, como si los reyes de Dinamarca se hubieran trasladado a vivir al Passeig de Gràcia, y se dijo a sí mismo que jamás había visto una casa tan extraña y a la vez tan extrañamente bonita. Lo maravillaba la fachada escalonada con detalles medievales de Puig i Cadafalch y el esgrafiado de estucos; y, sobre todo, aquel frontón flamenco con las baldosas rojas y doradas vitrificadas que, según le habían dicho, procedían de Valencia. Pero nada le causaba tanta impresión como las puertas de entrada, con ese san Jorge del escultor Arnau matando al dragón, que se abrían a un vestíbulo con tres grandes lámparas de bronce y una elegante escalera que conducía a la planta noble.

Él solo había estado una vez, acompañado de Elisenda, cuando los señores Amatller invitaron a empresarios y a gente de la cultura para asistir al concierto de una arpista de la Scala de Milán que se alojaba en su casa. Albert, incapaz de comprender aquella música armoniosa que le provocaba somnolencia, se entretuvo observando cada elemento del inmenso salón, donde la imaginación y la exuberancia desbordadas creaban un ambiente tan opulento que parecía un palacio real. Admiraba el altísimo techo de la estancia, repleto de estucos esgrafiados y vigas policromadas, y también los suelos de mármol blanco, con mosaicos romanos, tan brillantes que daba pena pisarlos. Pero las dos piezas más impresionantes eran la inmensa chimenea central y la columna de mármol rosado, situada en medio de la tribuna, y que no sostenía nada. «¡Vaya idea la de construir una columna sin ninguna utilidad!», le dijo a su mujer al abandonar la velada; y alegre, añadió: «Elisenda, eso significa ser rico. Sí, ser rico es levantar columnas en medio del salón de tu casa solo porque te apetece tenerlas». «¡Y todo eso lo ha conseguido solo con el chocolate! ¡Imagínate si llega a vender cerdos!», respondió Elisenda con una sorna que no era propia de ella. No era una mujer de sutilezas.

La casa de Albert era grande y lujosa, y contenía los elementos propios del modernismo, aunque sin la opulencia de la casa de los Amatller ni la que tendría la de los Batlló si las habladurías eran ciertas. Aquellos grandes industriales eran vecinos y coincidía con ellos en las fiestas y los acontecimientos sociales, y con algunos había hecho negocios, pero él estaba lejos de esas grandes fortunas que tapaban el sol. La inesperada riqueza que había conseguido, gracias a haberse

convertido en un industrial del algodón, le permitía gozar de un estatus de burgués que lo liberaba definitivamente de sus orígenes menestrales, aunque aún no había alcanzado la categoría de los dioses. «Todo llegará», le aseguraba a menudo a Elisenda, como si aumentar la riqueza fuera una promesa sagrada que tuviera que cumplir obligatoriamente. Aunque más bien era una promesa infernal, teniendo en cuenta su particular pacto con el diablo desde el día en que mató al señor Liubó.

El asesinato de Mateu Liubó i Fornells era su gran secreto, y, en un tiempo lejano, había sido su gran carga. Nunca se hubiera imaginado que podría matar a un hombre, pero durante la guerra de Cuba comprendió que matar era fácil y, sobre todo, descubrió que era posible hacerlo sin remordimientos. Y aunque no había perdido toda su humanidad y sabía que matar a un viejo indefenso en su propia casa para quedarse con sus propiedades no era lo mismo que matar enemigos para sobrevivir, también era cierto que el señor Liubó era una mala persona y que había sido el trabajo que le obligaba a hacer lo que lo había ennegrecido definitivamente.

Albert empezó a trabajar en la fábrica de algodón de Liubó y Hermanos pocas semanas después de regresar de Cuba. Buscaban un ganapán que hiciera toda suerte de encargos, y, decidido a salir de la oscura madriguera en la que se había escondido, se dedicó al trabajo en cuerpo y alma. Enseguida lo tuvieron en buena consideración, y el día que el encargado necesitó a un hombre con un poco de prestancia, para llevar una carta personal del señor Liubó a una señorita de vida alegre, pensaron en él. Así fue como empezó a subir peldaños en el escalafón de confianza de la fábrica, y no tardó demasiado en ser imprescindible para el propio empresario. De ganapán a chico de los recados; de encargado de mensajes delicados a hombre de confianza para misiones más turbias, y al final del camino se convirtió en el matón del empresario cuando había que presionar, amenazar y, si era el caso, dar palizas a los deudores, enemigos o competidores de su jefe. No tardó nada en darse cuenta de que el señor Liubó era un mal tipo sin escrúpulos ni problemas de conciencia.

Viudo desde hacía años, no tenía hijos y los parientes lo rondaban, especialmente unos sobrinos de poblados bigotes y bolsillos vacíos que no eran bien recibidos en la fábrica, donde a menudo eran amablemente invitados a abandonar el recinto por el propio encargado. Había heredado la empresa de sus

padres, que a su vez lo habían hecho de los abuelos, y estos del bisabuelo, el primero de la familia que abrió una fábrica de indianas en 1767. El encargado aseguraba que el señor Liubó estaba emparentado, a través de su mujer, con el empresario Joan Pau Canals, barón de Vall-Roja, que fue el primero en Cataluña en abrir una fábrica de estampados de indianas a mediados del siglo XVIII, y aunque no lo sabía con seguridad, él no lo desmentía.

Mateu Liubó vivía solo en un enorme caserón de Sarrià, con un mayordomo tan anciano como él y con tres criadas que, por lo que decían las habladurías, acostumbraban a tener trabajo suplementario por las noches. Y aunque era un hombre débil y viejo que no parecía gozar de buena salud, se pasaba horas en la fábrica, donde mandaba con voz de trueno y mano dura, y desde donde dirigía su doble imperio, el del textil vinculado al algodón y un negocio más opaco pero si cabe más provechoso: el de prestamista.

Albert le cayó bien enseguida, y cuando cumplió sin preguntar la primera orden turbia que le encargó, la de darle una paliza a un tendero de Sant Martí de Provençals que le debía dinero, se dio cuenta de que aquel joven rubio con la cara marcada, antiguo soldado de reemplazo sin oficio ni beneficio, era una mezcla perfecta de muchacho desesperado y aprendiz de malhechor, y lo convirtió en su guardián particular. «Usted me servirá para toda clase de trabajos, señor Albert, los que llevan sombrero y los que se esconden bajo las faldas de las ramerás», le dijo con una risotada tan quebrada que parecía el aullido de un animal. Y fue así como se convirtió en el hombre de confianza de un empresario poderoso sin herederos y con tantos achaques como para augurarle un futuro escaso.

Fue entonces cuando pensó que podía dejar de ser pobre, y empezó a madurar aquella idea, primero como un divertimento que lo hacía salivar, luego como una posibilidad real, casi tangible, y al fin como un proyecto perfectamente planificado. Tenía que llegar a ser alguien necesario para el señor Liubó, demostrarle que nada que le mandara lo asustaría, convertirse en el hombre de confianza de la empresa pero, sobre todo, en el bastón imprescindible de la parte oscura de su vida. Aquella sería una fuente de la que manaría dinero una y otra vez, porque la voracidad del mal es insondable. Y si lo lograba podría soñar a lo grande, quién sabe si con la propia herencia.

Los años que pasó en la fábrica del señor Liubó transformaron a Albert en el

hombre que sería más adelante. El primer día que entró a trabajar, en el invierno de 1873, era un despojo sin vida ni horizonte. Sobrevivía, y esa idea, la de sobrevivir, era la máxima ambición a la que podía aspirar. Pero lentamente, a medida que fue ganando confianza en sí mismo, y al mismo tiempo se ganaba la del encargado, superó el estadio del tedio y la indiferencia con un estado anímico febril que lo hacía trabajar a todas horas, ansioso por encontrar un camino que tuviera algún sentido. Y fue en la oscuridad donde encontró lo que estaba buscando. Sin embargo, antes pasaría por todas las fases de su metamorfosis.

Durante los primeros tiempos solo quería mantener aquel trabajo que le proporcionaba un sueldo y le permitía ahorrar algo. Quería irse de casa de sus padres, y la fábrica Liubó parecía el único clavo al que agarrarse. Luego, cuando inició su relación con Elisenda Puig, sus ambiciones se desataron. Fue en la misma época en que el señor Liubó empezó a utilizarlo para sus negocios turbios, y la coincidencia de esas dos realidades contradictorias, el amor por una mujer y la violencia ejercida contra otros hombres, forjó la fortaleza que le faltaba. ¿Amaba a Elisenda? No lo sabía con certeza, pero amaba la idea de amarla, porque tener una mujer a su lado y ser, a la vez, el hombre que le hacía el trabajo sucio a su amo le producía una sensación de poder que jamás había experimentado. Y fue entonces cuando comprendió cuáles eran las reglas del juego del mundo en que vivía: «Utilizar el martillo sin mirar las cabezas que aplastan —se decía. Y añadía—: La cuestión es tener el martillo».

Elisenda era una joven de Gràcia a la que conocía desde pequeño y que a menudo merendaba en casa de sus padres, porque su madre era muy amiga de Mercè, la madre de Albert. Y, de madre a madre, la idea de que los dos jóvenes pudieran relacionarse se fue tejiendo como una telaraña. Elisenda no era guapa ni fea, ni delgada ni gorda, ni simpática ni seca. «Es una pánfila», dijo la abuela Mariona un día que creía que Albert no la oía, y él pensó que era cierto, que Elisenda era una pánfila. Sin embargo, aquella pánfila tenía unos pechos tan generosos que de noche le provocaban fiebre y lo llevaban a masturbarse de manera frenética.

Y así, después de muchas noches febriles, los días con Elisenda acabaron ante el altar en julio de 1878. El siguiente mes de abril ya tenían a su primer hijo, Avel·lí, «el primero y el único del que me puedo fiar», repetía como una letanía cuando las peleas con su otro hijo, Enric, lo hacían rabiar y agriaban su humor.

Después de Avel·lí llegaron en procesión, primero Enric, luego Mariona, más tarde Mercè y finalmente Montserrat, la más pequeña, que acababa de cumplir trece años. Pero antes de tener a sus otros hijos, pocos días después de que naciera Avel·lí, Albert mató al señor Liubó.

Nunca había dejado de pensar en aquel atardecer de 1879, cuando su vida dio la vuelta como un calcetín. Evocaba cada detalle, cada pensamiento, cada gesto, como si el día se hubiese grabado en un gramófono y el disco sonara una y otra vez. Sin embargo, a medida que lo rememoraba, tenía la impresión de que iba variando de forma sutil, como si cada vez fuera un recuerdo más escurridizo, preciso en los detalles pero extrañamente nebuloso en su conjunto. Aun así, recordaba con claridad el calor de aquel día. Era una soleada tarde de primavera que desmentía la obstinada lluvia de un abril húmedo y nublado. Como siempre que se fijaba en el tiempo, había recordado espontáneamente uno de los innumerables refranes de la abuela Mariona, «Riendo y llorando, abril va pasando», y se había imaginado a su abuela repitiendo su letanía: «Son los dichos de la abuela Merceneta, que los había aprendido de su abuela, como tú los aprendes de mí, porque la sabiduría de los viejos rebrota en los jóvenes». Y pensando en su abuela, que a pesar de los años mantenía un espíritu indomable y una gran fortaleza, se dirigió a casa del señor Liubó.

Quería a la abuela Mariona. Incluso ahora, y, aunque desde que había conseguido una posición social relevante apenas se relacionaba con la familia, la evocación de su abuela siempre lo acariciaba, como si fuera un abrazo cálido y tierno. Pero, desde que había muerto, ya no había ningún motivo para ir a visitar a sus padres. Se sentía incómodo en aquella casa de Gràcia que le recordaba de dónde venía y de dónde había huido, y además notaba el desprecio de su familia, incapaces de comprender al hombre en que se había transformado. «Desearían que fuera pobre como una rata, como ellos, arrastrándome por el fango», le espetaba a su mujer cuando le entraba la amargura. Y Elisenda, lejos de calmarlo, avivaba el fuego: «Los hay que nacen de rodillas, y así mueren, pero tú no eres uno de ellos. Tú te has levantado».

Aquel 29 de abril de 1879 aún no era un hombre de pie, pero ya hacía tiempo que no caminaba encorvado. Iba a ver a su amo para informarle de lo ocurrido la noche anterior. Mateu Liubó le había mandado a uno de esos trabajos sucios que menudeaban cada vez más, no sabía si porque el negocio crecía o porque

confiaba más en él. Lo acompañaron dos matones de la Barceloneta que le habían ayudado con otros trabajos de la misma naturaleza, y con ellos, después de darle una paliza a un frutero de la calle del Carme, echaron a perder todo el género. Aún recordaba el sonido de los tomates al ser aplastados, «chof, chof», y luego todo el suelo manchado de rojo, como si la fruta sangrara antes de morir. Aquel hombre debía dinero al señor Liubó y hacía tiempo que no le pagaba los intereses, de modo que había que darle un primer aviso. Albert nunca llegó a saber si tras aquellos primeros avisos violentos venían unos segundos más violentos y quizá letales. El señor Liubó aún no le había encargado aquel segundo trabajo, pero Albert estaba seguro de que eso ocurría, y que debía de haber ordenado matar a alguno de sus deudores. Y también sabía que llegaría el día en que sería él quien tendría que hacerlo.

Llegaría el día... o habría llegado si aquel atardecer no hubiera acabado en tragedia. Se dirigió a casa del señor Liubó a última hora de la tarde, con un sol rojizo que languidecía en el horizonte. El mayordomo le abrió la puerta con una indiferencia que contenía cierto desprecio, y Albert pensó que aquel hombre se sentía superior a él porque llevaba guantes blancos y hacía tareas pulcras mientras él se ensuciaba las manos. Pero eso no le afectaba, porque estaba seguro de que el mundo se dividía entre aquellos que aceptaban un destino de sirvientes y agachaban la cabeza toda la vida y aquellos que se rebelaban y cambiaban su destino. Y mientras recorría el amplio vestíbulo que conducía a la salita donde lo estaba esperando el señor Liubó pensó que algún día tendría un mayordomo como ese, porque él sería un señor.

Todo sucedió condensado en un instante fugaz, a pesar de que el tiempo parecía conservar el ritmo natural. Y en aquel instante fugaz, el orden de las cosas se quebró y el relato de su vida dio un giro inesperado. El señor Liubó estaba contando un fajo de billetes con tanta dedicación que ni siquiera levantó la cabeza al oír los pasos. «Siéntese, siéntese, ahora estoy con usted.» Albert se acercó con cierto pudor, como si fuera un intruso que abría la puerta de los secretos de aquel hombre. Pero al verlo allí tan tranquilo se relajó y se sentó en un chéster rojizo, perfectamente tapizado, que reinaba orgulloso en un rincón de la estancia. Desde aquel trono real, observó la escena de su amo, los dedos angulosos que movían un billete tras otro, la cabeza inclinada sobre el fajo, la lengua que pasaba febril por los labios finos, y, detrás de él, un pequeño armario

abierto de par en par que escondía otros montones de billetes perfectamente alineados. El hombre emitía una especie de música mientras contaba, como el ruidito que hacen los gatos cuando se sienten felices, y de vez en cuando levantaba la cabeza, y los ojos vidriosos del viejo miraban a Albert con la altivez de los poderosos.

De repente lo entendió. Fue un simple gesto, una mirada esquiva, el último movimiento de aquella lengua de reptil que intentaba en vano humedecer la sequedad de los labios. Y cuando la idea penetró en su cerebro con la voracidad de siglos de pobreza, nada pudo detenerlo. Se levantó con parsimonia, sonrió al hombre, que lo miró con cierta sorpresa, y, de pie, dirigió sus manos al cuello del viejo y empezó a estrangularlo. Ni herencias que nunca llegarían, ni ahorros conseguidos a base de dar palizas a pobres desgraciados, ni un golpe de suerte. No tenía tiempo, no quería seguir esperando, jamás tendría una oportunidad como esa, el señor Liubó era un vivo difunto..., y la retahíla de justificaciones balsámicas acudieron en tropel allí donde la conciencia hurga sin piedad, mientras el hombre intentaba en vano, moviendo los brazos y dando coces desesperadas, retener la vida que espiraba. Cuando relajó las manos y le soltó el cuello, el cuerpo cayó sobre la silla como si fuera un saco y quedó medio sentado, inclinado hacia un lado, con la boca torcida.

Lo miró sin un ápice de remordimiento, y en aquel instante supo que podría vivir con el asesinato de Mateu Liubó. No había matado a su amo. Había construido una vida nueva sobre los restos de un despojo. Y, mientras recogía los fajos de billetes y los metía dentro de una bolsa que el propio Liubó tenía junto al armario, pensó que aquel hombre merecía morir mucho más que la mayoría de los mambises que había matado en Cuba. La conciencia no sería un problema.

Así fue como Albert Corner i Espiga, hijo de Mercè e Ignasi y nieto de Mariona, cambió el signo de su vida y empezó a edificar un imperio que le abriría las puertas del territorio prohibido del poder y la riqueza. Tenía veintinueve años, una vida vapuleada por la pobreza y la desdicha, un pasado de carne de reemplazo, enviado al fin del mundo a matar a otros vapuleados como él, y durante los últimos años había sido el sicario que ejercía la violencia para un viejo achacoso. Pero desde el instante en que miró el cuello del señor Liubó y deseó apretarlo hasta matarlo, supo que todo eso había terminado para siempre. Cuando llamó al mayordomo con voz quebrada, «¡Socorro, socorro, el señor

Liubó está muerto!», y lo ayudó a incorporarlo mientras le daba toda clase de explicaciones, su nueva vida ya había comenzado.

Todo fue fácil, mucho más de lo que cabía prever. Las muchachas del servicio hablaron de la mala salud del señor Liubó, el mayordomo se refirió al corazón débil de su amo, Albert reforzó la idea con toda suerte de detalles del momento de la muerte, un ahogo, un grito, unas convulsiones, y el médico cerró el expediente: el señor Mateu Liubó i Fornells había fallecido en su casa, víctima de un ataque al corazón, el día 29 de abril de 1879. Nadie se imaginó nunca que el joven que trabajaba para él y que se mostraba tan afectado fuera su asesino. Incluso el mayordomo le demostró su compasión, «Ya era muy mayor, señor Albert, tenía que dejarnos», y, con ese consuelo, Albert cimentó su obra.

A partir de aquel momento, el curso de los acontecimientos se deslizó suavemente, como si la vida avanzara sobre una enorme mancha de aceite y fluyera sin prisa ni pausa. Primero fueron los negocios de préstamo y usura, siguiendo la estela del señor Liubó, a quien robó los clientes y la logística. Y luego los primeros pasos en la Bolsa, las exitosas inversiones inmobiliarias, la exportación de productos, el primer patrimonio, la fábrica de algodón... En diez años, Albert había conseguido amasar una fortuna lo bastante relevante como para empezar a tutearse con grandes industriales del país, y a partir de los años noventa, cuando los anarquistas llenaban de bombas las calles de Barcelona, él ya era un hombre rico, plenamente instalado en el estatus social que tanto se había esforzado en conseguir.

Desde el día del asesinato solo se hizo la pregunta en una ocasión. Había pasado algo más de un año y, cuando recordaba aquel momento inquietante, se ponía tan nervioso que necesitaba hablar frenéticamente con alguien para quitárselo de la cabeza. Fue el 12 de abril de 1904, cuando un joven de diecinueve años, a las puertas de la basílica de la Mercè, intentó matar al presidente Maura en la visita que hizo a Barcelona. La víspera, Albert había asistido al acto en el Ayuntamiento, pero no lo habían invitado a la misa en la Mercè. Lo leyó en los periódicos..., coche descubierto, un joven se acerca al carruaje real con un sobre para Maura, salta encima mientras se quita la gorra, el presidente le da la mano, el joven grita «Ya lo ves, Germinal», saca el puñal, lo hunde en el lado izquierdo, Maura intenta frenarlo, los pliegues del uniforme impiden que penetre el cincel, herido pero vivo..., el joven huye, «Viva la

anarquía», persecución policial por la calle Serra, el agresor detenido, se llama Joaquim Miquel Artal... El cuchillo usado por el joven decoraba la noticia con detalle: navaja de montaña, longitud de unos veinte centímetros, mango de unos diez centímetros, hoja en forma de cuchillo de cocina, muy afilado, puntiagudo...

Un atentado contra el presidente del Consejo de Ministros español a las puertas de la Mercè, esa era la gran noticia. Pero no fue el intento de magnicidio, ni los detalles del cuchillo, ni los gritos que profirió el joven, ni la salvación milagrosa de Maura lo que dejó a Albert profundamente conmocionado. Fue el nombre del anarquista, porque conocía a aquel joven desde que era un niño.

Joaquim Miquel Artal tenía la edad de su hija Mariona, y junto con su otra hija Mercè habían coincidido en el convento de monjas franciscanas de Badalona, donde el pequeño ejercía de monaguillo y sus hijas ayudaban a las monjas. Albert tenía negocios en Badalona, hacía tiempo que conocía a la superiora del convento y, sin darse cuenta, empezó a llevar a sus hijas los fines de semana, convencido de que aquella tarea religiosa las convertiría en señoritas de bien. El pequeño monaguillo que corría por el convento era prudente y bien educado, y en alguna ocasión lo había visto sentado en el patio leyendo con fruición. Recordaba haber pensado que eso, la pasión por la lectura, era una de las muchas cosas buenas que los jóvenes aprendían al estar en contacto con aquel convento. Pero ahora, de repente, lo reencontraba convertido en un magnicida. Fue en aquel instante, mientras leía la noticia y trataba de recordar a aquel monaguillo tímido de las monjas franciscanas, cuando la pregunta surgió como una daga y empezó a cortarle las entrañas, el cerebro, el corazón, la conciencia... «Si él es un idealista, ¿yo soy un simple asesino?».

Hasta ese momento había construido un sólido edificio de motivos y justificaciones que lo disculpaban del asesinato del señor Liubó, como si fuera un elemento más en el orden natural de las cosas. Ni siquiera dudaba cuando su hijo Enric, cada vez más influenciado por las ideas revolucionarias, le echaba en cara dolorosos reproches, como si él fuera el enemigo y no su padre. Nada ni nadie lo había hecho dudar. Pero al encontrarse con aquel joven anarquista que había destruido su vida para servir a un ideal, los motivos espurios de su acto habían quedado desprovistos de toda retórica. Dicho sin ambages, había matado para poder robar, y no había más. ¿Era mejor que aquel joven? Y al pensar que era mucho peor y que, por mucho que odiara a los anarquistas y estuviera harto

de las bombas, aquella gente intentaba luchar contra una sociedad injusta, mientras que él solo quería hacerse rico, se inquietó hasta tal punto que durante días estuvo meditabundo y de mal humor. De repente había perdido la coraza que lo protegía de los demonios de su pasado, solo porque un tímido monaguillo transformado en joven anarquista se había convertido en el espejo de su propio asesinato. Y leía las noticias con actitud febril, ansioso por saberlo todo.

El chico era hijo de un barbero, se había educado en el Col·legi dels Infants Orfes de Barcelona, conocía a Francisco Miranda, leía a Tolstói y el diario *Pueblo*, había decidido atentar contra Maura después de los hechos de Alcalá del Valle... Hasta ese momento, Albert no se había interesado por los jornaleros de Alcalá, aunque los periódicos hablaban de un chico de quince años, el Pelúo, al que la Guardia Civil había matado cuando disparaba contra una manifestación llena de mujeres y niños, y también informaban del encarcelamiento de decenas de jornaleros, de las torturas que sufrían en prisión... El magnicida Artal publicó un artículo en el diario anarquista *El Rebelde* en el que explicaba que había querido vengar a aquellos jornaleros, y, aunque Albert no lo leyó, los datos que daba *La Veu de Catalunya* eran bastante explícitos.

Aquella fiebre de mala conciencia duró pocos días, y, cuando dos meses después Joaquim Miquel Artal fue juzgado y condenado a diecisiete años de cárcel en el penal de Ceuta, él ya no leyó la noticia. Había caído en la tentación de sentirse culpable, pero después de transitar por aquel territorio sórdido de reproches y preguntas, salió del agujero reforzado y convencido. No volvería a cuestionar el rumbo de su vida, porque la única manera de luchar contra la injusticia era siendo más fuerte que los injustos y no poniendo bombas que solo podían generar más dolor y más injusticia. Cambó tenía razón, había que preservar el orden y él quería formar parte de los guardianes del orden. Y si el precio que había tenido que pagar para conseguir un lugar entre los elegidos era la muerte de un viejo envilecido y achacoso, le parecía una prenda barata. Más hombres había matado en Cuba, y eran jóvenes e inocentes. Fue así cómo Albert Corner i Espiga abrió y al mismo tiempo cerró el capítulo de la mala conciencia. Incluso creyó que haber dudado había sido bueno, porque lo había reafirmado en la fortaleza de sus razones.

Sentado en el banco de madera tapizado frente a la galería de su casa, a menudo observaba aquella calle Provença que era un hervidero de andamios y

obreros. Desde aquel atrio privilegiado, la única certeza que regía su mundo era la del poder. Y él lo había conseguido.

## UN MAESTRO DE ESCUELA

De todos los hijos de Albert, Enric era el que tenía un físico más privilegiado. Había heredado la finura de la abuela Mariona y a menudo le decían que tenía cara de ángel, porque combinaba una piel muy blanca con un pelo rubio siempre alborotado que le daba un cierto aire de querubín. También era el único de los hermanos que había conservado el rubio de su padre y de muchos hombres de la familia, aunque el de ninguno de ellos había sido tan dorado. A diferencia de Albert, era alto y poseía una voz fuerte que contrastaba con su delicado rostro, pero su rasgo más notable era el ardor que ponía en todo cuanto hacía, y sobre todo el brío con el que defendía sus ideas.

La relación con su padre nunca fue buena, ni de pequeño, cuando Albert no sabía qué hacer con aquel niño que no se interesaba por los juegos violentos y que mostraba una sensibilidad enfermiza, capaz de llorar desconsolado al ver un pájaro que se había caído, o que se escondía bajo las faldas de su madre cuando su padre lo reñía. Tenía una devoción febril por su bisabuela Mariona y la abuela Mercè, y se pasaba muchas tardes en la casa de Gràcia, escuchando viejas historias de disturbios y algaradas, y de la revuelta de Gràcia, en la que Mariona había participado con un coraje que impresionaba a Enric. Ella también le hablaba de amores heridos, y a Enric le gustaba especialmente que su bisabuela le contara cómo había conocido a su marido, una tarde de paseo por la Rambla, persiguiéndose por los pequeños puestos de los Encants. Y aunque Mariona nunca le habló mal de su bisabuelo, Enric intuía que su bisabuela no había sido feliz. «¿A usted la quería, abuela Mariona?», le preguntaba a menudo, y ella siempre respondía «A ratos, Enric, como hacen tantos hombres, a ratos».

Cuando la familia recibió la noticia de que Mariona estaba agonizando en su

lecho y el médico advirtió que le quedaban pocas horas, Enric se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared del pasillo y empezó a lloriquear como un niño pequeño, inclinando su cuerpo hacia el suelo una y otra vez, en una espantosa letanía de lamentos. Su padre lo observó, asqueado por la flaqueza de aquel hijo que no era capaz de guardar las formas que un hombre debe mantener ante la muerte. Y aquel día supo que siempre lo despreciaría, porque aquel hijo no era como su hijo mayor, Avel·lí, un hombre de bien, decidido y fuerte. «No, Enric es flojo y blando, un pajarito asustado, una niña, vete tú a saber si será una Paquita como el rey consorte», se decía con rabia, recordando las coplas dedicadas al marido de Isabel II...

*Paquito Natillas  
es de pasta flora  
y orina en cuclillas  
como las señoras.*

Y aunque le pareciera mal, porque era sangre de su sangre, no podía evitar sentir una fuerte rabia hacia aquel hijo que le parecía tan débil.

Mariona murió el 12 de diciembre de 1898, dos días después de que España firmara el acuerdo de París, en el que otorgaba la independencia de Cuba. «Ahora ya puedo dejar este mundo», dijo al enterarse, como si hubiese burlado a la muerte hasta ese día para poder vengarse de aquella guerra terrible que se llevaba a los hijos, y a los nietos, y a los maridos a morir lejos de casa. Había culminado su vida, y al final, perdida Cuba, creyó que había vencido. Y así se fue, casi feliz. Tenía noventa y tres años, hacía cuatro que había perdido completamente la vista y estaba sorda de un oído, pero conservó hasta su último aliento la viveza de su mente y la fuerza de su corazón, y, aunque había sufrido mucho a lo largo de una vida tan larga, se sentía en paz con Dios, a quien había reencontrado hacía unos años. Ya no era el Dios de su juventud, un Dios omnipotente e infalible que no permitía dudas, ni tampoco el Dios decepcionante y fallido de las épocas trágicas, ni siquiera el Dios esquivo de cuando su nieto se fue a la guerra. Había reencontrado a un Dios niño, tierno y comprensivo, que no le exigía nada y tampoco le prometía nada, pero que le daba calma. Y en los últimos años de su vida había vuelto a rezar a Nuestra Señora de Montserrat, «Virgen Pura Inmaculada / Madre del Hijo Increado; / fiadnos siempre abogada /

Princesa de Montserrat...», porque aquel gozo antiguo le recordaba a la abuela Merceneta, y al abuelo Eulogi, y a Maria, su madre, y a toda la gente querida que había formado parte de su camino y que se había ido. Y así murió, rodeada de hijos, nietos y bisnietos y convencida de que era ella quien había ganado la guerra de Cuba.

Cuando Mariona murió, Enric se rompió por la mitad, como un tronco resquebrajado por un rayo, y durante días sintió una tristeza tan grande que su madre temía que tuviera algún mal pensamiento y se hiciera daño. Se refugió en casa de la abuela Mercè, y a menudo se metía en la habitación de Mariona y olía su ropa, porque aquel olor conocido le daba un poco de paz. Tenía dieciséis años, pero con respecto a su bisabuela siempre se había sentido como un niño pequeño, y ahora se sabía huérfano.

«Tendríamos que convertirlo en militar —le espetó Albert a su mujer cuando el hijo volvió a casa, entristecido y abatido—. No es del todo un hombre, es medio hombre, necesita disciplina.» Y aunque Elisenda siempre hacía caso a su marido y no tenía por costumbre contrariarlo, defendió a su hijo con fervor y le respondió que era un muchacho sensible porque era bueno, y que no lo presionara porque solo conseguiría alejarlo aún más de él. «Déjalo respirar, la vida ya lo fortalecerá.» Pero Albert se obsesionó con esa idea y buscó, preguntó e incluso hizo los trámites para que entrara en una escuela militar. Todo intento fue en vano, porque Enric no eligió la carrera de militar sino la de maestro, y aquella elección supuso la ruptura definitiva entre padre e hijo. «Un maestro, un simple maestro, un hijo mío maestro», y el enojo le subía por la garganta y sentía deseos de romper cualquier objeto que tuviera cerca.

A partir de aquel momento, todo fue a peor. Primero el ingreso en Magisterio, luego la lenta pero cada vez más insistente implicación de Enric en los movimientos libertarios, y más adelante la Escuela Moderna, donde completaría su conversión a los nuevos ideales. En aquel punto, la relación entre Albert y Enric se reducía a los buenos días o a los mensajes que se mandaban a través de su hermana Merceneta, que era paciente, y capaz tanto de tratar a su hermano como de contener a su padre. Sin embargo, a menudo, cuando nadie los detenía, iniciaban una cadena de reproches mutuos que conducía sin freno a los gritos y a las peleas subidas de tono, hasta que alguien de la familia se llevaba a Enric a otra estancia. Cuando hacía unos meses que estudiaba para ser maestro,

decidió irse a vivir con la abuela Mercè, y esa decisión enfureció de tal manera a Albert que aseguró que no volvería a abrirle la puerta.

El contacto de Enric con las ideas libertarias fue pausado e inconsciente. Primero fueron unas lecturas que le pasó su compañero Lliberi, un joven pelirrojo muy alegre que se había apuntado a un ateneo obrero y que le cayó bien desde el primer momento. Se hicieron amigos, y poco a poco las lecturas de Lliberi empezaron a ser sus lecturas. Las primeras fueron las de la revista *Tierra y Libertad*, de Joan Montseny, a quien todo el mundo conocía como Federico Urales. La universidad hervía con los textos de aquel hombre, que aseguraba que la propiedad era un robo, que había que educar a las mujeres para liberarlas del yugo católico, y que defendía la huelga general como instrumento para derrocar el orden establecido. Aquellas ideas le impresionaron tan vivamente que empezó a leer cualquier cosa que estuviera a su alcance, los libros de Proudhon y de Jaurès, y sobre todo las proclamas de Jean Grave, el anarquista que lo llevó al hallazgo de un autor que lo fascinó desde la primera lectura, el ruso Kropotkin, a quien leía en unas traducciones del ruso al castellano que hacían en la logia masónica en la que ingresó.

Pero el salto definitivo fue el descubrimiento de la Escuela Moderna y la relación personal que estableció tanto con Francesc Ferrer i Guàrdia, el pedagogo anarquista a quien su padre consideraba un loco radical, como con su amante, la pedagoga francesa Clémence Jacquinet, a quien todo el mundo conocía como Clemència, una mujer a la que Enric consideró extraordinaria desde el primer instante. «He conocido a otra abuela Mariona», le diría a la abuela Mercè en una conversación, semanas más tarde.

Aquella mujer no solo vivía su amor por Ferrer i Guàrdia con una naturalidad que impresionaba a Enric y que anulaba cualquier idea de pecado que tuviera insertada en su código cultural, sino que además era más brillante que la mayoría de los hombres, y cuando daba conferencias a favor de la nueva pedagogía y hablaba de mezclar a niños y niñas, de sustraerse del «asfixiante poder infernal de los reyes, los burgueses y los obispos», de visitar museos y cuidar de la naturaleza, y de aprender a mirar el mundo con los ojos del racionalismo y «nunca más con los ojos del miedo y la represión», Enric se quedaba tan embobado que era incapaz de articular palabra. En los primeros tiempos estaba totalmente convencido de que nunca conocería a otra mujer como

esa. «Así debió de ser la abuela Mariona», se decía emocionado, y dibujaba una imagen idílica de su bisabuela, convencido de que aquella mujer sencilla que se había rebelado contra el Ejército español y se había jugado la vida para salvar a su nieto era tan sabia como Clemència, y, sobre todo, tan valiente como ella. Sin embargo, pronto conoció a otras mujeres tan extraordinarias como Clemència, en especial las hermanas Villafranca, unas navarras, hijas de un sargento de Artillería, que acababan de llegar a Barcelona. De todas las hermanas fue Soledad quien le impresionó tan vivamente como Clemència, y en sus conversaciones con su hermana Merceneta, que a menudo era su confidente, Enric le decía que la gran revolución de la Escuela Moderna era la voz de las mujeres.

Empezó a relacionarse con la Escuela cuando tenía diecinueve años y aún era estudiante. La Escuela Moderna había abierto sus puertas el 18 de septiembre de 1901 y, pocas semanas después de su apertura, Enric se ofreció para ayudar en lo que hiciera falta sin cobrar nada a cambio. Solo quería contribuir a aquella experiencia revolucionaria que se afanaba por crear una sociedad de ciudadanos justos y morales, enraizados en el conocimiento científico y en el amor a la naturaleza, y definitivamente alejados de los dogmas religiosos.

Se quedó fascinado desde el primer instante en que entró en el edificio de la calle Bailèn. El centenar de niños y niñas estudiaban juntos, Dios había sido expulsado de las aulas y la ciencia se aprendía tanto con la teoría como con la práctica, mientras «la gran ley natural de la solidaridad», según decía Ferrer y repetía Enric, regía las relaciones entre profesores y alumnos, y también con los padres. Y movido por un entusiasmo desbordado, empezó a escribir en el boletín de la escuela, a preparar clases, a salir de excursión al campo con los niños y a formarse como profesor de aquella nueva pedagogía que iba a cambiar el mundo creando ciudadanos amantes de las letras y librepensadores. La única cosa que lo inquietó al principio fue la obligatoriedad de dar las clases en castellano, aunque la práctica totalidad de los niños tenían el catalán como lengua materna. Se había imaginado que las ideas revolucionarias también incluían la protección de los idiomas perseguidos, especialmente el catalán, que se esforzaba por recuperar su antiguo esplendor a pesar de la persistente represión del Estado. Pero muy pronto, después de hablar de ellas con el propio Ferrer, aceptó las ideas internacionalistas según las cuales las lenguas pequeñas y regionales podían

frenar la revolución mundial. «Deja el catalán para los burgueses; nosotros estamos haciendo la revolución internacional», concluyó el pedagogo con cierta contundencia.

Cuando terminó la carrera se convirtió en profesor fijo de la Escuela Moderna, empezó a estudiar esperanto, animado por Paul Berthelot, un anarquista francés que durante un tiempo estudió en la escuela nocturna que Ferrer i Guàrdia ofrecía a los adultos; entró en el Ateneu Obrer de su amigo Lliberi, situado en pleno corazón de Sant Andreu de Palomar; abandonó la masonería y, sin esperarlo ni preverlo, quedó herido de amor. Todo le ocurrió en un solo año, como si su vida plácida se hubiese convertido en un remolino de emociones incontrollables que lo elevaban por encima de miserias y fracasos, y también de los complejos que arrastraba, definitivamente convertido en el orgulloso protagonista de su propia novela. Había transcurrido solo un año, pero, para Enric, el paso de 1904 a 1905 había sido como si un siglo entero se hubiese encajado en él.

—¿De verdad hace tan solo un año? ¿A qué día estamos? ¿A 24 de noviembre de 1905? Pues sí, solo hace un año, y parece que ha pasado toda una vida...

—Una vida que son dos, querido...

«Una vida que son dos, querido...», repitió Enric mientras levantaba la mirada y acariciaba el pelo oscuro del hombre que lo miraba con unos profundos ojos negros. Alzando la cabeza, se inclinó sobre sus labios y se fundieron en un ardiente beso. Un año atrás no se habría imaginado que aquel deseo que sentía por los hombres podía convertirse en una relación intensa y estable. Rechazaba aquella idea, convencido de que los sueños eróticos que le enfermaban por la noche no eran más que el síntoma de su depravación. Se sentía embrutecido y solo se calmaba cuando imaginaba que no era culpable, porque aquellos deseos eran fruto de alguna dolencia.

Durante años, cuando su padre le lanzaba sus reproches y le decía que parecía una niña porque era blando y de llanto fácil, se encerraba en su cuarto y pensaba que tenía razón, que no era lo bastante macho, y entonces se imaginaba dándole una paliza a Periot, un matón de su escuela que se peleaba con todo el mundo. Pero nunca lo hacía, porque cuando se encontraba con aquel chico pendenciero solo le apetecía mostrarse servil y pasar desapercibido. ¿Era un

mariquita, un sarasa, un invertido? ¿Él, Enric, el hijo de Albert, era una Paquita?, y la pregunta le taladraba el cerebro, dejándolo abatido y asustado.

Hasta que conoció a Dionís creyó firmemente que era un enfermo y por eso luchaba con todas sus fuerzas contra aquel deseo irrefrenable que lo consumía. Durante unos meses salió con una parienta de su familia materna. Se llamaba Roseta y era una muchacha delicada que estaba completamente enamorada de él. Se esforzó por quererla e imaginársela como su esposa. Al fin y al cabo, era bonita, respetuosa y tenía una ingenuidad que lo enternecía. Pero cuando ella le decía palabras de amor, se sentía aún más embrutecido, y por las noches, cuando se disparaban los reproches, se veía como un monstruo. En aquellos momentos de desespero se agarraba el miembro y los testículos y los estrujaba con todas sus fuerzas, hasta que el dolor era insoportable. Rompió con Roseta cuando llevaban cuatro meses saliendo, y, mientras ella lloraba desconsolada y le suplicaba que no la dejara, él se sentía entristecido pero al mismo tiempo liberado. «No soy un hombre para ti, Roseta, no lo soy», le dijo con insistencia, mientras se despedía. Y cuando ella le pidió un último beso, dirigió los labios a la frente de la muchacha y repitió la letanía: «No soy un hombre para ti».

Un día, hablando con Lliberi, le confesó que nunca había estado con una mujer, «en el sentido bíblico, quiero decir», y su amigo le puso remedio: «Iremos a ver a Francisca». Francisca era una andaluza gorda, con unos pechos enormes y una simpatía desbordante que dirigía un prostíbulo en la calle Hospital, donde había chicas de muy buen ver. «Incluso una negrita —le dijo Lliberi—, que, cuando la besas, parece que estés lamiendo chocolate.» Aunque Francisca apenas ejercía, «es la reina de los machos folladores», tenía fama de ser una auténtica devoradora de hombres, y quienes habían estado con ella aseguraban que no había lengua más rápida ni labios que sorbieran como los suyos. «Siempre se encarga de los mozos vírgenes», lo avisó Lliberi, y, más obligado que convencido, Enric se dirigió al palacio de la reina Francisca. Y así fue como, instruida por Lliberi, Francisca desvirgó, una tarde de 1904, a Enric Corner i Puig. El acto duró tan poco que Francisca se quedó un buen rato con la cabeza de Enric sobre sus piernas, acariciándole el pelo, mientras el joven temblaba, medio satisfecho medio abatido. Al salir del cuarto le dio un beso suave y le dijo «Chico, búscate unos pantalones, que lo tuyo no son las faldas», y le dedicó una sonrisa.

La experiencia con Francisca solo sirvió para que se sintiera más vacío, más asqueado y más desconcertado. No le atraían las mujeres, pero se negaba a aceptar el deseo que sentía por los hombres, y, cuando buscó una explicación en los textos libertarios, solo encontró rechazo y, en algún caso, conmiseración. Un día, en una reunión en el Ateneu Obrer, alguien comentó que un compañero era invertido, y las burlas de todo el grupo lo dejaron hundido. No se veía con ánimos para contar su secreto a nadie, no había respuestas en los libros revolucionarios que todo lo revolucionaban, y ni siquiera los nuevos pedagogos de la Escuela Moderna eran capaces de darle esperanzas. Había nacido contaminado por la suciedad de unos deseos prohibidos, y tendría que vivir con esa tara. Eso creía hasta que conoció a Dionís.

Fue una tarde, en la escuela. Enric se había quedado hasta tarde para terminar unos textos que debían aparecer en el boletín, y Dionís fue a recogerlos para imprimirlos. Recordaba el tema de aquel número de la revista: «La naturaleza como base de la humanidad y fuente del conocimiento», con toda clase de consejos para llevar una vida más sana y educar a los niños en el respeto a su entorno. Enric se sentía muy orgulloso de lo que había escrito, y cuando Dionís entró en la salita lo saludó sin mirarlo. «Pase, pase, estoy a punto de acabar.» Era el encargado de una imprenta con la que trabajaba la escuela, pero en general no era Dionís, sino el aprendiz, quien recogía el material. Sin embargo, aquel día el aprendiz estaba enfermo y lo sustituyó. Tenía treinta años y era un hombre de piel morena y pelo oscuro, de mirada tan penetrante que cuando Enric levantó finalmente la cabeza y lo vio se quedó petrificado. Él se dio cuenta y enseguida supo que Enric lo deseaba, y también intuyó que nunca había estado con un hombre. Aquella circunstancia lo atrajo tanto como la belleza del joven.

Y así, sin prisas, como si fuera la secuencia de un relato escrito desde hacía siglos, el ritual de la seducción se abrió camino. Primero fue un juego de sonrisas, luego unos comentarios banales, unas miradas insinuantes, una mano indolente que tocó la suya, y después de todo eso, cuando se derribaron los muros del pánico y cayeron las últimas defensas, Dionís le dio el primer beso. Suave, lento, profundo, tan intenso que Enric se estremeció como jamás lo había hecho, y tras las dudas y los miedos, y mucho después del rechazo, se dejó llevar por aquel hombre que quería poseerlo. «Muy pronto aprenderás a quererte», le

dijo cuando, medio desnudos y satisfechos, Dionís le dio un último beso y se levantó para marcharse. Aquella noche, Enric fue feliz como nunca lo había sido, y por primera vez, al pensar en un hombre, no se sintió un monstruo. Sin embargo, al mismo tiempo, también se sintió más aterrado que nunca.

Pasaron los días, los besos se acumularon y los miedos dejaron paso a un amor apasionado y clandestino que, aunque le provocaba una fuerte inquietud, también le daba una intensidad de vida que jamás había imaginado. Se sentía derrotado por el vicio y la depravación, pero a la vez satisfecho y completo, definitivamente convencido de que la única manera de superar la tentación era caer en ella. Cuando Dionís percibía su lucha interior, lo calmaba con caricias y le decía cosas que luego Enric se repetía por la noche, al recordar con insistencia los ratos con su amante.

«Amar nunca puede ser malo», le dijo en uno de esos momentos de oscuridad, ferozmente dividido entre el deseo y el rechazo que aquel amor le causaba. «Amar nunca puede ser malo», repitió Dionís, y la frase se quedó bailando en su cerebro, suspendida en una tarde de odio y de amor en la que el sexo fue tan intenso como intensa la vergüenza posterior. Pero por la noche, solo y desnudo, empezó a recordar los detalles de aquella tarde, la frase de Dionís volvió insolente, sin vergüenza ni culpa, y empezó a actuar como un bálsamo. Luego, con el tiempo, quedaría esculpida en el muro de su conciencia, como un lema grabado a fuego que lo protegería de miedos y dudas. «Amar nunca puede ser malo»..., al contrario, era algo tan bueno que lo convertía en un hombre fuerte, dotado de una valentía que no reconocía como suya y que lo animaba a enfrentarse a los proyectos y a los sueños y al mundo entero. Y cuando llegaba la noche ya no había ningún espejo que reflejara sus miserias, porque los detalles de cada rato que pasaba con Dionís llenaban la estancia, acariciaban los pensamientos, se metían en la cama y dirigían la mano a su miembro, en un ritual persistente de onanismo que era, en realidad, un homenaje diario a su amado.

A menudo, cuando ya se relajaba, cansado y satisfecho, se imaginaba que iba a ver a su padre y le decía, «Papá, te presento a mi esposo», y la tortura que aquella frase infligiría a su padre le producía un placer renovado, como si se masturbara de nuevo. Casi siempre se dormía con la mano en su miembro, acariciándolo con suavidad, felizmente superada la época en que le repugnaba su

sexualidad. «El único dios que puede existir es el que vive en nuestro amor», pensó un día en que se habían amado con furia, y ese pensamiento de un dios que amaba a los hombres que, a su vez, amaban a los hombres le pareció la idea más libertaria que jamás defendería alguien en nombre de la revolución.

Algún pensador lo había dicho, estaría escrito en algún libro, algún revolucionario lo habría defendido, y esa convicción lo animaba a leer sin parar, ansioso por hallar hechos trizas los tabús sociales contra los hombres como él. Pero aquellas ideas modernas que querían dinamitar los cimientos del poder, que soñaban con una sociedad igualitaria y libre, y que incluso derrocaban los pedestales de los dioses, no tenían respuesta para el amor entre hombres, y los prejuicios persistían con la tozudez de los siglos. Muy al contrario, allá donde se planteaba el tema, Enric oía los viejos improperios, siempre contruidos en un edificio de desprecio y asco. «Podría moderar sus perversiones», le comentó Lliberi un día que hablaban de un conocido empresario que acostumbraba a rodearse de jovencitos. Y cuando Enric intentó conocer su opinión sobre los invertidos, Lliberi le dio un punto de vista que, aunque le pareció voluntarioso y comprensivo, lo hirió más que cualquiera de los insultos tradicionales que se dirigían contra los hombres como él.

—No son mala gente, Enric, porque no tienen la culpa de su perversión. Padenen una inversión de sentimientos que hace que se sientan atraídos por hombres como ellos, y eso va contra la naturaleza. Fíjate en que, sobre todo, hay muchos entre los reyes y los poderosos, porque es una enfermedad de degenerados, y el poder degenera a los hombres. Hay pocos mariquitas que sean del pueblo. Pero son enfermos, Enric, son pobres víctimas que no pueden evitarlo, y debemos ser comprensivos, porque nosotros somos revolucionarios, y nos mueve la solidaridad. Lo mejor es intentar que no practiquen sus vicios, ayudarlos a contener el deseo, a superarlo.

—¿Cómo? ¿Cómo se consigue que alguien deje de desear lo que desea?

—Qué pregunta más tonta, amigo, ¡ni que tú fueras invertido! Pues, ¿cómo quieres que se resuelva...? Debería haber tratamientos mentales, médicos que se dedicaran a ello, y también una educación hecha con valores igualitarios, que se mezclaran con hombres normales, y la castidad, que, en su caso, qué quieres que te diga..., es lo más deseable. Además, cuando hagamos la revolución social y destruyamos a los corruptores de menores, cuando acabemos con la Iglesia y con

la monarquía y el capital, entonces podremos llevar a cabo una educación sexual que evitará esas perversiones y se acabarán los invertidos. No debemos atacarlos por viciosos, Enric, debemos ayudarlos porque son víctimas...

«Víctimas...», aquella palabra que su amigo había dicho de manera espontánea, con naturalidad, se clavaba en cada pliegue de su cerebro, convertida en una piedra lanzada contra él, contra Dionís, contra todos los hombres que amaban a otros hombres, convertidos en proscritos y apestados. Unos meses antes habría considerado balsámica aquella condición de víctima, él, que se sentía como un monstruo, pero la relación con su amante lo había transformado de tal manera que allí donde había habido dolor, ahora había placer, y donde antes había vergüenza, ahora sentía la fuerza de un secreto luminoso. No era una víctima, ya sabía que no lo era, era una persona enamorada, y en el amor no había vicio ni perversión, sino solamente amor. Si la revolución, aquella revolución que era capaz de permitir el amor libre entre hombres y mujeres, no servía, en cambio, para aceptar a los hombres que amaban a otros hombres, ¿era realmente una revolución?

Durante un tiempo, aquellas preguntas lo aguijonearon para intentar entender por qué los prejuicios sociales eran más fuertes que las revoluciones. Pero no había una respuesta en ninguna parte, ni en el Ateneu Obrer, ni en la Escuela Moderna, ni en los libros de los grandes libertarios ni en las conversaciones revolucionarias, y poco a poco dejó de buscarla, decidido a que la incomprensión general no afectara ni a la vida que había elegido ni al amor que sentía ni a las ideas que abrazaba. «Quizá la revolución también tendrá que hacerse una revolución a sí misma cuando hayamos vencido», le dijo a Dionís un día que hablaban del tema. Pero cuando Dionís le respondió «Deja de decir tonterías y abrázame», se dio cuenta de que aquello ya no era importante. Haría la revolución social con sus compañeros y al mismo tiempo la revolución personal con su amor, y si una no estaba preparada para la otra, las haría por separado, una a la luz del sol y otra en la oscuridad del deseo prohibido. Una doble vida, doblemente feliz, aunque fuera clandestina, demasiado asustado para dar el paso final y mostrarse tal como era, pero lo bastante fuerte para vivirla.

«Aprenderás a quererte», le había dicho Dionís la primera vez que se besaron, y era cierto, había aprendido a quererse. No era una víctima. Era un hombre enamorado.

## LLORA, ¡CU-CUT!

Era un sábado húmedo y, siempre que había humedad, Albert notaba un fuerte dolor en el costado derecho, allí donde crujía una vieja lesión de Cuba. Se había roto dos costillas a causa de una mala caída, cuando perseguía a un pelotón de mambises, y por muchos años que hubieran pasado, siempre se dolía cuando el tiempo era lluvioso. Ese dolor agudo lo puso de mal humor y empezó el día maldiciendo el pasado y las heridas que dejaba. «Los colmillos de los muertos —le decía a su mujer—, que aún muerden.» Pero aquel 25 de noviembre de 1905 los colmillos que le dejarían una dentellada no vendrían del pasado, sino del presente, y le morderían directamente el alma.

Era el cumpleaños de Enric, y aunque se había trasladado a casa de la abuela Mercè desde hacía tiempo y las relaciones con su padre no tenían término medio —o caían en la más absoluta indiferencia o se alzaban en una sinfonía de gritos y reproches—, ambos respetaban siempre la tregua de los cumpleaños. Enric lo hacía por su madre, y Albert por su mujer, y así, esos días de fiesta eran insólitas islas de calma que, durante unas horas, desmentían el rugido de aquella relación tempestuosa. Elisenda cuidaba de una forma especial los días de cumpleaños, estrenaba ropa, llenaba los jarrones de la casa con flores muy bien escogidas, compraba valiosos regalos y sobre todo mandaba a una de las muchachas del servicio a Sarrià para comprar dulces en la pastelería Foix, a la que iba desde pequeña, cuando su padre la enviaba a comprar cocas el día de San Juan. Y a pesar de que las grandes fiestas familiares se celebraban en diciembre, la Nochebuena en casa de Mercè e Ignasi y Navidad en la de sus padres, Elisenda no las sentía como propias, porque no era la anfitriona, sino una invitada más que iba a casa de otros. En cambio, los cumpleaños eran su gran fiesta, los días

en que su familia, la que ella había creado, se sentaba a la mesa del comedor, donde Elisenda cuidaba cada detalle, las copas de cristalería fina, los platos bien alineados, el mantel de hilo de su abuela Eustàquia, que había cosido ella misma cuando era jovencita, «en los tiempos en que los franceses ocupaban Barcelona, Elisendeta». Y cuando el primer plato hacía su entrada triunfal, el orgullo estallaba en su interior, convencida de que en Barcelona nadie ponía la mesa como ella. Durante unas horas, era una reina.

Aquella reina de la calle Provença no era una mujer complicada, sino «una pánfila», había dicho la abuela Mariona, y como una pánfila caminaba por la vida, sin otro espíritu que el propio de ir tirando, como si la vida fuera un campo de trigo y ella una amapola nacida en medio de él, indolente y feliz. No tenía opinión política, y por esa razón adoptaba la de su marido, a quien veneraba con un sentimiento sincero. Al mismo tiempo, poseía un instinto maternal muy agudo que la llevaba a proteger a los hijos más débiles, especialmente a Enric, pero también a Montserrat, que era una niña delicada, siempre enferma desde el nacimiento. A sus trece años era tan alta y delgada que parecía que hubiera cumplido dieciocho si no fuera por su piel tan blanca y una mirada tan triste que le daba el aire de un frágil bibelot. «Algún día, Montserrateta se me romperá», le decía a su marido, y conseguía preocupar a Albert, que sentía un cariño especial por su hija pequeña.

Por lo demás, Elisenda era una mujer sin preocupaciones, enamorada de la vida confortable y ostentosa que le había construido Albert. «No es un buen partido», le dijo su madre al principio de la relación, pero ella intuyó que aquel joven estaba tocado por la herida de la rabia, y la rabia era una gran constructora de éxito. Y decidió emprender el camino con él, al principio empinado, pero muy pronto la vida empezó a ser cómoda y agradable, y cuando prosperó se dio cuenta de que la condición de señora había sido siempre su naturaleza. Y desde el primer día dejó que Albert fuera el amo de su vida, porque ella era su dueña.

Como casi siempre, Enric llegó tarde, cuando todo el mundo ya estaba en la casa. La abuela Martina, la madre de Elisenda, llegó dos horas antes y, como también era costumbre, llevó una crema quemada, «¡Es deliciosa!», que pensaba imponer en los postres, a pesar de los intentos de su hija para dejarla para otro día. Era viuda y siempre iba acompañada de la hermana menor de Elisenda, Rita, una hija solterona que había envejecido más que Martina, hasta el punto de que

ambas parecían su inverso: mientras que la madre tenía un físico exuberante, una lengua desenvuelta y una personalidad brillante, la hija era seca, tímida y miraba con los ojos de las almas perdidas. «Nació póstuma», le decía Albert a su mujer, recordando una expresión que había oído en alguna parte.

Nada más llegar, Martina zarandeó el día, felizmente dotada con el sentido de la desmesura. Trasteó en la cocina, revolvió los regalos, le recolocó el peinado a su hija, protestó por el vestido de Montserrat, «no es adecuado para una niña de trece años, Elisenda, quieres que crezca demasiado deprisa», y sobre todo quiso conocer todas las novedades tanto las referentes a las relaciones familiares como a las materiales, que para ella eran una fuente de felicidad. «¡Este canterano es nuevo!», dijo lanzando un grito de alegría al ver un mueble de roble que reinaba altivo en el pasillo que conducía a la habitación de matrimonio. Y entretenida con los detalles del canterano, cuánto había costado, dónde lo habían comprado, de qué madera era, se pasó el rato alegre y feliz.

En la mesa cada uno tenía su sitio asignado. Elisenda había asistido a unas reuniones en casa de la señora Adelina, que «es una señora muy fina», para aprender todos los formalismos de la corrección social, y era muy estricta con el protocolo. Albert y ella presidían la mesa, uno en cada extremo, y el resto de la familia se sentaba siguiendo un orden preciso que, para Elisenda, representaba el orden del mundo. Al lado de Albert, su hija menor, Montserrat. Luego venían los abuelos Ignasi y Mercè, y al lado de la abuela Mercè, Enric y la segunda hija del matrimonio, Merceneta, que siempre se sentaba junto a Elisenda. Y no era tan solo por una cuestión de protocolo, porque, aunque era una joven formal y decente, Elisenda tenía la impresión de que su hija Merceneta era diferente, como si siempre tuviera la cabeza en cualquier sitio menos en el que debería estar, y, sin ser rebelde, le parecía que tenía una vida interior que les daría problemas. «Esta niña piensa demasiado», refunfuñaba Albert.

Al otro lado de la mesa, el protocolo seguía el mismo ritual ordenado, primero la hija mayor, Mariona, luego la tía Rita y la abuela Martina. Para terminar, Elisenda sentaba, entre Martina y su marido, a su hijo mayor, Avel·lí, y a su prometida, Dolcina, una joven de buena familia que, a pesar de su nombre, tenía un carácter adusto. Todo quedaba equilibrado: dos hijas al lado de su padre, los dos hijos y la otra hija al lado de su madre y los abuelos en la zona central de los laterales de la mesa. Cada uno, pues, tenía su sitio y ese sitio representaba, a

su vez, el que ocupaba en la familia. De esa manera estricta y segura, Elisenda construía el espejismo de la armonía familiar, sin la cual se sentía desgraciada y perdida.

Fue así cómo, sentados en el lugar correspondiente, con el mantel de la abuela Eustàquia perfectamente almidonado y decorado con el servicio de mesa de las grandes ocasiones, Elisenda hizo tintinear la campanilla de cristal y las criadas empezaron a desfilar con los platos que debían coronar la comida. Y todo marchó bien hasta el segundo plato...

De madrugada, sola en la cama, mientras Albert estaba con sus compañeros de la Lliga para ayudar a las víctimas del asalto que unos militares habían hecho a la redacción de *La Veu de Catalunya*, «y también han entrado en el ¡Cu-Cut!, Elisenda, al parecer lo han destrozado todo», ella se hizo muchas preguntas. No dejaba de sollozar, desgarrada por el dolor que los dos hombres más importantes de su vida le habían causado en un día en que todo debía salir bien, porque así lo mandaba la ley de Dios. Su marido acababa de salir apresurado y nervioso, después de que lo hubieran avisado de los hechos luctuosos de esa noche, y ella no comprendía que ese revuelo ajeno a su casa fuera más importante que el estropicio que se había producido en el seno de su familia.

Todo empezó cuando el plato de cordero llegó a la mesa. Albert comentó que también habían servido cordero en la cena de la Lliga que habían celebrado dos días antes. Estaba pletórico por la victoria de su partido en las municipales, en las que, contra todo pronóstico, habían ganado a los monárquicos y habían barrido a los lerrouxistas, y con la euforia que le caracterizaba en las comidas familiares, porque era la forma que tenía de demostrar su victoria, empezó a hablar en un tono de voz alto...

—¡Cu-Cut! lo ha bautizado como el «banquete de la victoria», y debo deciros que tienen razón, porque hemos obtenido una gran victoria y hemos celebrado un gran banquete; caramba, fue suntuoso de verdad. Y si hubierais oído los parlamentos... Prat de la Riba estuvo grandioso hablando de la nacionalidad catalana, y Cambó, ¡qué hombre, Cambó!, un gran líder...

—Y un gran defensor de los opresores y de los burgueses —respondió Enric con un tono de voz que, aunque suave, era enérgico.

A partir de ahí, empezaron a bailar por las cabezas de los presentes los reproches y las acusaciones que padre e hijo intercambiaron con un tono cada

vez más agrio, y si uno hablaba de la defensa de los intereses de Cataluña, el otro le espetaba los derechos de los obreros, que contraponía a la defensa del país, y ningún nexo de unión permitía encontrarse en un territorio común y amable. Burgueses y obreros, poderosos y pueblo, la nación y la clase social, todo ello confrontado en una confluencia que contenía tanta intensidad como rabia. En un momento preciso, cuando Enric acababa de dirigir un feroz ataque a su padre, «Sois los privilegiados que vivís a costa de la esclavitud del pueblo», Avel·lí pegó un grito, «¡Basta!», y poniéndose de pie, rebatió a su hermano.

—¿De qué pueblo hablas tú, que nunca has pasado hambre, ni has ido a ninguna guerra, ni luchas para que tu familia no pase privaciones? Un poco de respeto a papá, que ha sufrido como nadie, que ha sobrevivido y que ha triunfado por sus méritos, sin que ningún anarquista, ni ningún seguidor de la Escuela Moderna, ni ningún salvador de la patria le haya regalado nada. Cómo te atreves a hablar de privilegios, tú que trabajas en una escuela que solo pueden permitirse los ricos; venga, pero si cobráis unos precios de burgueses, y encima todo en castellano, ¡valientes revolucionarios de pacotilla! Deja de decir tonterías y cállate. ¡Respeto a tu padre y respeto esta mesa!

—Ya habló el hijo perfecto, el heredero, ¡ya te has ganado tu medalla de la familia! Pero no conseguiréis que me calle, ni tú ni nadie. Vosotros sois el pasado, sois la chusma que vive a costa de los obreros, y no nos detendréis, no detendréis nuestra revolución, porque somos el futuro. Somos la nueva moral del mundo.

—¿De qué moral estás hablando? ¿De las bombas que matan personas, de la violencia que todo lo destruye, de la falta de respeto a las creencias y a los dioses, del desprecio por la gente que prospera? ¿De qué moral me estás hablando? Solo sois unos parásitos que queréis imponer vuestra ley a la fuerza. ¿Qué te crees, que los catalanistas no sufrimos la represión, que no somos perseguidos, que no queremos cambiar las cosas? Enric, ama un poco más a tu patria y a tu gente, y deja de insultarnos.

—Mi patria es el mundo, y defeco sobre vuestra bandera...

Hacía un rato que Elisenda estaba sollozando y con un hilo de voz pedía calma, pero los tres hombres se exaltaron en un crescendo imparable y mientras Avel·lí subía el tono y a Albert se le hinchaba la vena del cuello, cada vez más indignado, Enric rompió definitivamente la paz de aquella familia...

—Sois la indecencia del mundo. ¿Cómo os atrevéis a hablar de la familia? ¿Tú, papá? ¿Tú hablas de la familia cuando mantienes a una querida desde hace años a la que paseas por toda Barcelona y engalanas con las joyas de mamá? ¿Quién es tu familia? ¿Mamá o tu querida?

La bofetada fue seca, y luego vino otra, más ruidosa, y otra, y cuando Enric saltó de la mesa y se fue a la esquina de la pared de la galería, la abuela Mercè se colocó entre padre e hijo para imponer su grito por encima de los sollozos, los insultos y el ruido de la pelea. «¡Sal de esta casa ahora mismo!», le gritó a Enric, mirándolo a los ojos sin una pizca de piedad, y levantando el rostro por encima de toda la familia, dotado del sentido del orgullo, Enric abandonó la casa de sus padres. Sin embargo, antes de salir aún tuvo tiempo de espetarles una última frase mientras los miraba con desprecio, «Sois una mentira», y cerró la puerta con inesperada suavidad.

«¿Por qué me ha hecho eso? ¿Por qué?», se repetía una y otra vez Elisenda en una letanía de dolor y desesperación. En cuanto se marchó su hijo, se encerró en la habitación de matrimonio, incapaz de soportar la vergüenza delante de la familia, y estaba tan lejos de la realidad que ni siquiera se daba cuenta de los intentos de la abuela Martina por abrir la puerta mientras gritaba su nombre. Se sentía desnuda y embrutecida, pero no por la amante de su marido, cuya existencia conocía desde siempre, sino por la exposición que había hecho de ella su hijo, convirtiendo un secreto cómodo en un pecado público.

Hasta ese fatídico día, Bibí era un miembro más del matrimonio, y Elisenda la había asumido sin ninguna inquietud, como un tributo lógico del estatus social de su marido. Además, desde que Albert estaba con Bibí, lo veía más relajado y ya no le pedía relaciones por las noches, y ella agradecía esa paz adquirida después de años de sexo no deseado y sucio. Por otra parte, todos los hombres poderosos de Barcelona tenían a su Bibí, y precisamente Albert, que se había esforzado tanto por conseguir entrar en la alta sociedad, no podía ser menos. Pero había un abismo de dolor y rabia y desconcierto entre la Bibí secreta, que habitaba felizmente en las sombras del matrimonio, y aquella Bibí que su hijo había situado en medio del comedor familiar, exhibida y envilecida.

Y al pensar en ello, sangraba la herida por el hijo al que tanto quería, y que no había dudado en clavarle el puñal delante de todos, el día de su cumpleaños, a ella, que tanto se había preocupado por los detalles de la fiesta, las flores, los

regalos, el mantel de la abuela Eustàquia..., y entonces volvía a hacerse la hiriente pregunta sin respuesta, y se imaginaba que nunca más podría mirar a su madre, ni a sus hijos ni al resto de su familia, porque había sido menospreciada de la manera más cruel, de la única manera en que no se puede menospreciar a una señora.

Antes de encerrarse en su habitación, justo cuando Enric acababa de abocar su desprecio, «Sois una mentira», aún oyó una frase de su marido que, en aquel momento, solo le pareció un ruido añadido al siniestro ruido de aquel día. «Es un hijo bastardo, estropeado por el fanático de Ferrer i Guàrdia. Yo lo maldigo.» Y mientras sus hijas lo abrazaban, en un vano intento por calmarlo, el resto de la familia intentaba entender lo que había pasado, conmocionada por la virulencia de aquella inesperada pelea. La existencia de Bibí no era una sorpresa para nadie, pero jamás se habrían imaginado que se convertiría en la protagonista de una comida de cumpleaños en casa de Albert. «¿Qué le ha pasado a mi nieto?», se preguntaba Martina, destrozada por el revuelo que acababa de vivir, y aunque la abuela Mercè era una mujer de orden en lo referente a las relaciones familiares y se había mostrado inflexible al echar a su nieto de la casa, no pudo evitar una respuesta que sorprendió a Martina, «Quizá debería preguntarse qué le ha pasado a su yerno». «Pero si es su hijo, Mercè, ¿qué quiere decir?», «Quiero decir que a veces una madre no entiende a su hijo».

La antigua alma de los años jóvenes de Mercè, cuando se sentía una revolucionaria y se manifestaba con la gente de Valentí Almirall y levantaba enseñas republicanas, acababa de tomarse una pequeña revancha. Al fin y al cabo, era cierto que su nieto Enric no se había portado bien y que todo eso de los anarquistas le daba miedo, las bombas, los muertos, y también era cierto que sentía simpatía por Prat de la Riba, que le parecía más de fiar que Cambó, pero la opulencia y los excesos de la vida de su hijo Albert le repugnaban.

Bibí llegó a la vida de Albert de la mano de su amigo Xió, que hacía tiempo que tenía una amante a la que mantenía y a la que incluso había comprado un piso. «Xineta tiene una amiga francesa a la que deberías conocer», le dijo un día que, junto con otros amigos, asistían a una exhibición de doma en el Club de Polo.

El Polo se había inaugurado hacía poco tiempo, pero desde el primer día se convirtió en un sitio de encuentro de los aristócratas y las grandes familias de la

burguesía de Barcelona. Y aunque Albert no sabía nada sobre caballos, salvo la poca experiencia de la guerra y «esquivar sus cagadas», se decía a sí mismo recordando sus primeras noches en Cuba, se hizo socio del Polo en cuanto abrió, porque aquel club otorgaba categoría y lo relacionaba con lo mejor de la ciudad. Y muy pronto, con su amigo Xió, empezó a pasar allí largos ratos, tanto en el restaurante como en las pistas de tenis, al que jugaba con poca gracia pero con dedicación, y también asistía a los acontecimientos deportivos que se celebraban. Le gustaba mucho ver los partidos de polo, porque aquel deporte le parecía un espectáculo duro y a la vez elegante, como si conciliara la fortaleza de los guerreros con la categoría de clase. «Qué precisos son a pesar de ir a caballo», se decía, y se le caía la baba de admiración por esos hombres, a quienes reconocía una superioridad social. No eran advenedizos, como él, sino gente de linaje noble, y esa condición le causaba un respeto enfermizo.

Fue en el Polo, mientras unos jinetes se esforzaban por deslumbrar a los espectadores con la exhibición de doma, donde Xió le habló de Bibí. Luego todo saldría rodado, una tarde con un chocolate caliente en el propio club, con Xineta y Bibí bien vestidas y perfumadas, unas sonrisas, unas frases picantes, las manos moviéndose con la alegre desvergüenza de la seducción, y el día acabó en la fonda en la que Bibí se había instalado desde que había llegado de Marsella.

Era una jovencita de piel morena y de abundante pelo negro y rizado, con unos ojos grandes y una boca carnosa que hizo enloquecer a Albert desde la primera vez que la probó. No tardó muchas semanas en ponerle un piso... Cuando Elisenda se enteró, un detalle aquí, un comentario allá, se sintió feliz: Bibí culminaba la imagen de éxito social de su familia. Y con esa convicción aceptó con orgullo que su matrimonio fuera cosa de tres. A fin de cuentas, ella siempre sería la esposa, la señora de la casa... Pero ahora, el día en que su hijo pequeño, ese a quien tanto había protegido y amado, lo había convertido en un pecado público, ¿cómo quedaba ella...? Y el estropicio que sentía por dentro la dejaba sin un suelo que pisar, abandonada a la caída libre en un pozo que parecía no tener fin...

Hacía rato que Albert había salido de casa con su hijo mayor, que quiso acompañarlo. Avel·lí se había implicado en la Lliga cada vez con más fervor y, a diferencia de su padre, su militancia no era oportunista, sino que se movía por el honesto convencimiento de que había que defender los intereses de Cataluña en

un partido genuinamente catalán. Además, era un ferviente lector de Prat de la Riba, y la idea de que Cataluña no fuera una simple región sino una nacionalidad, tal como explicaba Prat, había cambiado por completo su visión. Si su padre era un cínico movido por el interés del estatus, Avel·lí era un convencido, dispuesto a poner en peligro su posición para defender unos ideales que le parecían nobles. Padre e hijo caminaban por el mismo sendero de la Lliga pero, aunque no lo sabían, no eran compañeros de viaje.

La noche de aquel sábado era oscura y húmeda, aunque ya no llovía, como había ocurrido toda la tarde. En cuanto salieron de casa, Albert, que aún estaba furioso con su hijo pequeño, le dijo a Avel·lí que maldecía a Enric, que era un joven perdido, que lo habían contaminado con ideas locas y que no podría volver a mirarlo a la cara. «Si el loco de Ferrer i Guàrdia no lo hubiese embrutecido del todo...» Y añadía enfurecido, «Quería ser maestro, pues podría haber ingresado en las escuelas de Flos i Calcat o trabajar para la Associació Protectora de l'Ensenyança Catalana, esos sí son buena gente, gente de orden que educa a niños cabales que aman a Cataluña y tienen un sentido de la vida, pero no, tenía que entrar en la Escuela Moderna, y ahora tengo un hijo que ayuda a crear revolucionarios, hombres y mujeres sin sentido del pudor, sin educación ni Dios, que quieren echarlo todo a perder, gentuza que ha convertido a Enric en un loco...», y en algunos momentos hablaba tan atropelladamente y con tanta rabia que Avel·lí no conseguía seguirlo.

Pero los violentos acontecimientos de aquel 25 de noviembre de 1905 los libraron rápidamente de los disgustos familiares. El relato llegaba a trompicones a la vivienda donde se habían reunido algunos miembros de la Lliga. «Vamos a casa de los Oller», le dijeron cuando lo avisaron, y por primera vez se dirigió a la residencia de Narcís Oller en la Rambla, en la que nunca había estado, aunque ya llevaba tiempo tratando con el escritor. Al llegar se encontró con algunos redactores de *La Veu de Catalunya* que se habían refugiado en su interior, y fue uno de ellos, un joven delgado y nervioso, que hablaba de forma acelerada, quien explicó los hechos...

—Han salido de la plaza Reial, y son más de trescientos militares al mando del general Brandeis en persona. Y no os podéis imaginar la pinta que tienen, dan miedo por el odio que respiran, y no dejaban de gritar «¡Viva el Ejército!» y «¡Viva España!» mientras asustaban a la gente, incluso han dado una paliza a

algunas personas que había en la Rambla porque no coreaban sus «vivas», y luego se han dirigido a la calle Avinyó para destrozar la imprenta de Bagunyà, y cuando han llegado al ¡*Cu-Cut!* no han dejado nada en pie, esa gentuza lo ha roto y reventado todo, y cuando estaban cerca de la Virreina, venga a correr, porque se dirigían a *La Veü*, y los que estábamos allí hemos huido como hemos podido. Suerte que usted, señor Oller, nos ha escondido en su casa.

—Dicen que están encendiendo hogueras en las Ramblas con todo lo que han encontrado en *La Veü*, que están quemando el mobiliario, y los libros, y todos los ejemplares del periódico, y que incluso han echado la maquinaria al fuego, y no dejan de lanzar gritos patrióticos, y ya os podéis imaginar, amigos, que con los militares también están los republicanos de Lerroux, que destrozan si cabe con más furia... —apostilló otro periodista, aún más excitado.

Fue Duran i Ventosa quien concluyó la conversación...

—¿Y qué podíamos esperar de los lerrouxistas después de lo que pasó en el banquete de la victoria? Pero si nos dispararon e incluso intentaron atropellarnos, válgame Dios, ¡Tianet y Pep Ruall aún siguen heridos de gravedad, y Ofili ha perdido un brazo! ¿Cómo lo dice Lerroux? «El catalanismo es el hijo degenerado de un contubernio monstruoso.» Pues ya está todo dicho, parece que quiere acabar con este contubernio con sus propias manos...

—«Republicanos y españoles», ese es su lema, el malnacido lo deja bastante claro en *La Publicidad*... —añadió una voz desde el fondo de la sala.

Entonces, en una maraña de conversaciones entrecruzadas, el recordatorio de los últimos días vapuleó los ánimos de los presentes, y se amontonaron los hechos pasados, como premonición de aquella noche violenta. Hablaron del gran éxito electoral del partido, inesperado después de la ruptura de la gente del Centre Nacionalista Republicà con la Lliga. «Cataluña ha respondido», dijo Prat de la Riba, y también del enojo de los monárquicos y los lerrouxistas, que hacía prever alguna mala reacción, y del gran banquete por la victoria que habían celebrado en el Frontón Condal, y de los militantes de la Lliga, que habían salido del banquete cantando *Els Segadors*, y nuevamente de los lerrouxistas, que les habían disparado cuando pasaban por delante de un local del partido de Lerroux, y también hablaban del chiste que Junceda había publicado en ¡*Cu-Cut!*, en el que se reía de las derrotas de los militares españoles...

Todo se mezclaba en el cajón de sastre de aquella estancia, que se iba

llenando de líderes y militantes de la Lliga mientras se conocían más detalles de los hechos violentos de la noche. Alguien explicó que no quedaba nada de ¡*Cu-Cut!*, y otros describieron los destrozos que habían sufrido la imprenta y la redacción de *La Veü de Catalunya*.

«Los militares se han vengado de los catalanistas», aseveró Ramon d'Abadal, que desde hacía un año dirigía la Lliga con Cambó y Prat de la Riba. «No soportan nuestra victoria, y nos harán daño», respondió un hombre mayor al que llamaban Xico d'Oli. «Odian a Cataluña», afirmó un joven que acababa de llegar y que ni siquiera había tenido tiempo de quitarse el sombrero.

Algunos recordaron el desánimo del doctor Robert cuando fue diputado en Madrid, poco antes de morir: «Para los catalanes, eso parece una corte militar sumaria y no un Parlamento», se decía que contaba el enojado doctor. Y otros citaban con rabia a Maura, quien aseguraba que el catalanismo era la «enfermedad nerviosa» de Cataluña.

—Esto no es como Noruega, que se acaba de independizar de Suecia con un tratado entre caballeros. Estos nunca nos dejarán —sentenció Albert Rusiñol.

—¡Y quién no recuerda lo que le ha ocurrido a Folch i Torres! —exclamó alguien desde el fondo de la sala.

Y durante unos minutos se habló de Folch, que ya había sido detenido en la manifestación de la Diada de 1901, y que ahora estaba condenado al exilio en Francia por haber publicado un número especial sobre la independencia de Cuba en su revista *La Tralla*.

—Quién no ha estado en prisión, ¡acordaos de Prat!

Y entonces el encarcelamiento de Prat de la Riba en 1902, por haber escrito un artículo sobre las revueltas de los vendimiadores del sur francés, ocupaba su espacio en el apretado cafarnaúm de la conversación.

—¡Pobre Ignasi Corma, con lo bueno que es! ¡Que no le pase nada! —dijo alguien.

Y las caras se volvieron hacia Corma, que estaba sentado, inquieto, en un rincón de la galería. Era el director de *La Veü*, un director de paja para evitar la prisión a los grandes dirigentes que escribían en ella, pero justamente por hacer ese papel todos sabían que podía sufrir las consecuencias.

—Irá a la cárcel, no lo dudéis.

Y la conversación saltaba de historia en historia, en un tránsito sin otro

rumbo que llenar con palabras la inquietud de aquella noche. En aquel estridente concierto de quejas, reproches y lamentos, algunos incluso recordaron las peleas de Narcís Oller con Benito Pérez Galdós, cuando el escritor lo afeaba porque no escribía en castellano y era «tontísimo» que lo hiciera en catalán.

—Ni siquiera en la literatura nos soportan, o nos convertimos en castellanos o somos enemigos —replicó con contundencia Avel·lí, con un brío que sorprendió a su padre.

Y mientras la casa abría y cerraba sus puertas, en un inacabable traspaso de personas, algunos dirigentes decidieron ir a protestar ante las principales autoridades, primero al Ayuntamiento y luego a Capitanía y al Gobierno Civil. Fue allí donde se enteraron, después de hablar con el general Castellví y con el gobernador Julio Fuentes, de que el ataque de los militares acabaría impune. Y de regreso en casa de los Oller pronosticaron lo que ocurriría:

—Compañeros, nada que hacer. No solo no detendrán a los militares, sino que los han animado a atacarnos. Nadie defenderá a los catalanistas.

Y el desánimo general fue el réquiem de la noche.

Los hechos de *¡Cu-Cut!* inundaron durante semanas las sobremesas, los artículos de los periódicos, las tertulias del Ateneu Barcelonès, pero sobre todo confirmaron los malos pronósticos de la noche en casa de los Oller, y sobre los catalanistas cayó lo que Avel·lí llamaría «el diluvio universal».

Lejos de ser el freno de la presión española sobre Cataluña y de recibir la solidaridad de los partidos y de los periodistas españoles más avanzados, el asalto se convirtió en la espoleta de una intensa reacción que injertó el anticatalanismo en todos los segmentos políticos, militares y periodísticos de España. Los telegramas de adhesión al asalto de numerosos capitanes generales, las crónicas exaltadas contra los «secesionistas» que se publicaban en *El Ejército Español* y en *La Correspondencia Militar*, el coronel Ricardo Burguete, coordinando desde el Casino Militar las peticiones al rey para que castigara a los separatistas, las presiones para que el general Valeriano Weyler volviera a ser capitán general de Cataluña —«Válgame Dios, el carnicero de Cuba elegido para someternos», comentaban los articulistas más comprometidos—, la dimisión de Montero Ríos después de haber intentado castigar a los militares y ser desmentido por el propio Alfonso XIII, que defendía el asalto en privado... Y en el centro de la ofensiva, reinando desde las cavernas más oscuras, Lerroux

incitaba a la violencia...

El partido republicano de Barcelona, mejor aún, el pueblo republicano de Barcelona, mientras oiga mi voz y atienda mi consejo, no pactará con los regionalistas que han maldecido de la patria y que tienen al frente hombres tan indignos que en Barcelona oyeron los ultrajes sin protesta y en Madrid la ultrajaron nuevamente con palabras de amor serviles, cobardes, falsas. El amor a la patria, como yo lo entiendo, borra las fronteras, pero no levanta otras más acá, ni las cimenta en el odio y en el ultraje al suelo de cuyo engrandecimiento moral nos encargó la naturaleza. Así, no me digáis que condene la violencia iracunda con que los representantes del Ejército vengaron a la patria en Barcelona. [...] Yo digo que si hubiera sido militar, hubiera ido a quemar *La Veü*, el *¡Cu-Cut!*, la Lliga y el Palacio Episcopal, por lo menos. Y si yo hubiera estado en Barcelona la noche de «autos» hubiéramos ido el pueblo y yo a quemar varios conventos, escuelas de separatismo, y a llamar a la puerta de los cuarteles y a decirles a los soldados que antes que la disciplina están, en la conciencia de los hombres, la libertad y la patria.

Así clamaba en un artículo titulado «Alma en los labios», aunque Avel·lí aseguraba que tenía el alma en el culo.

Cuando abolieron las garantías constitucionales en Barcelona, prohibieron el uso público del catalán y suspendieron la publicación de *La Tralla* y también de *La Veü de Catalunya* mientras encarcelaban a su director, nadie se sorprendió, y la convicción de que la lucha de los catalanes sería titánica se convirtió en un motivo de inquietud, pero también de impulso en el seno del catalanismo, reafirmando la convicción de que debían organizarse para defender los intereses catalanes. Fue durante esos días, en plena oleada de bombas anarquistas y una vez declarado el estado de excepción, cuando Cambó se exilió en Toulouse. «No vaya a ser que lo maten», decían los líderes de la Lliga y el clamor por una unión de todos los partidos catalanistas aumentó a medida que lo hacía la represión.

Si de puertas afuera el asalto a *¡Cu-Cut!* había conmocionado a Barcelona, y con ella a toda Cataluña, de puertas adentro también tuvo un gran efecto en los dos Corner padre e hijo, que se sentían implicados en los hechos. Pero mientras Avel·lí lo vivía con un renovado brío a favor de la causa catalana, Albert se sintió golpeado por la única emoción que podía hacerlo tambalearse: el miedo a perder lo que había conseguido. El asalto a la revista le recordó, de manera seca e implacable, que los militares tenían las armas y, sobre todo, que gozaban de impunidad para usarlas. Los catalanistas estaban solos y a la intemperie, tan solos y desprotegidos que, a pesar de ser las víctimas de aquel asalto, se habían convertido en los verdugos de una España que reaccionaba con furia contra aquellos catalanes insolentes que le plantaban cara.

Fue entonces cuando Albert se dio cuenta de que había elegido el bando

equivocado, a pesar de la seriedad de Cambó, y de la elegancia de Prat, y de los esmerados artículos de Joan Maragall y los libros de Oller, y de las razones de *La Veu de Catalunya*, y del entusiasmo de su amigo Xió o de su propio hijo Avel·lí, incluso a pesar de la memoria insigne del doctor Robert, a pesar de todo, aquel bando era el perdedor. Y él tenía una única meta en la vida, una sola idea que lo empujaba a luchar: mantener y engrandecer la fortuna y el éxito social que había alcanzado con tanta dificultad. Se había inscrito en la Lliga porque era el partido de la gente pudiente de Barcelona, la gente con la que se relacionaba, la que lo invitaba a las fiestas y con la que hacía negocios, y que, de manera natural, había construido una herramienta política para defender sus intereses. Pero ¿y si no podían defenderlos?

«Ahora estamos hablando de unirnos todos y empezar una especie de movimiento, Solidaritat Catalana o algo así, y mira, Elisenda, qué quieres que te diga, ¡adónde conduce esto si a la primera ya nos mandan al Ejército y se acaba la fiesta!» Y entonces se preguntaba si esa gente con la que se reunía era capaz de defender sus intereses ante las bombas anarquistas, las violentas proclamas lerrouxistas, los asaltos militares y, sobre todo, la implacable dureza de los políticos españoles, amparados por un rey que los animaba a tener dominada a Cataluña. Quizá se había equivocado de aliados, y aquella repentina inquietud, que antes de los hechos de *¡Cu-Cut!* no lo corroía, ahora lo devoraba por dentro, huérfano de seguridad y de opciones.

Si se quedaba en la Lliga, formaría parte de los perdedores, «no hay que ser muy listo para darse cuenta de que España siempre nos ganará», rezongaba preocupado. Si se pasaba a los monárquicos, ¿adónde iría a parar? Él no era un aristócrata ni tenía nada que ver con esa gente de alcurnia, y, aunque coincidía con ellos en el Polo y conocía a algunos, jamás le permitirían formar parte de aquellos círculos privilegiados y herméticos. Aparte de esas dos opciones, que eran las únicas que podían corresponder a un hombre de su estatus, no había nada. «Solo caos y bombas y revolucionarios», decía con rabia, y metía en un mismo saco a todos aquellos que odiaba con furia, a los anarquistas, a los obreristas de Lerroux, a los seguidores de la Escuela Moderna, «esas víboras que han envenenado a Enric...».

Por primera vez después de muchos años no sabía qué hacer, y el gusanillo de la desesperanza, que tanto había horadado el alma del viejo soldado de

reemplazo, retornó con voracidad. «¿Y si la gente de la Lliga es más peligrosa que los anarquistas?», se preocupaba en silencio, asustado por hacerse esa pregunta. «Al fin y al cabo, avivan la protesta contra España.» Y seguía el hilo del razonamiento, convencido de que eran ellos mismos, los catalanistas de la Lliga, los culpables del diabólico mecanismo de acción y reacción al que estaba condenada Cataluña. «No cambiaremos España, no podemos enfrentarnos a ella porque siempre acabaremos mal, puede que haya llegado el momento de convertirnos en sus amigos.» Y sí, ya sabía que el Gobierno español y la monarquía perjudicaban mucho a los intereses catalanes, sobre todo a los industriales como él, y a los comerciantes, y en general a toda la burguesía, y qué demonios, a todo el pueblo, pero quizá la defensa inteligente era aliarse con el poder de Madrid y no enfrentarse a él... «¿Soy un cobarde?», y al cabo de un momento se decía que no, que era un luchador, un miserable que se había alzado contra los hados que lo habían marcado, y había vencido. Y por esa misma razón, porque conocía la victoria, pero sobre todo la derrota, no podía dejarse llevar por sentimientos patrióticos ni por flaquezas emocionales, porque era el guardián de la vida que había creado y no podía permitir que nadie derribara su castillo.

Aliarse con España, aquel era el camino... ¿No era eso lo que decía Joan Maragall en sus artículos de *La Veu*, que a menudo leía en voz alta Avel·lí? ¿No era mejor intentar cambiar España que intentar vencerla? Pero parecía que el propio Maragall había desistido, y entonces el recuerdo del poema en el que decía adiós a España le desmontaba el castillo de argumentos que se esforzaba por construir.

Pensó en ese poema. Avel·lí lo había llevado a la comida del domingo, unos meses atrás, cuando empezaba a implicarse con intensidad en la vida de la Lliga. «El señor Maragall lo escribió cuando se perdió Cuba, pero los años que han pasado desde entonces le dan aún más la razón», explicó, y tras pedir permiso a su madre, lo leyó, emocionado y solemne.

Escolta, Espanya, — la veu d'un fill  
que et parla en llengua — no castellana;  
parlo en la llengua — que m'ha donat  
la terra aspra:  
en 'questa llengua — pocs t'han parlat;  
en l'altra, massa.

T'han parlat massa — dels saguntins  
i dels qui per la pàtria moren;  
les teves glòries — i els teus records,  
records i glòries — només de morts:  
has viscut trista.

[...]

te satisfeyes — d'honres mortals,  
i eren tes festes — els funerals,  
oh trista Espanya!

[...]

On ets, Espanya? — No et veig enlloc.  
No sents la meva veu atronadora?  
No entens aquesta llengua — que et parla entre perills?  
Has desaprès d'entendre an els teus fills?  
Adéu, Espanya! [1]

«Adiós, España.» «No, no y no», gritó Albert de repente, horrorizado al darse cuenta de que el recuerdo de aquellas intensas palabras del poeta lo habían emocionado. Algo de su tierra se removía por dentro, quizá en busca de unos impulsos antiguos, cuando era joven, cuando la guerra no lo había destruido, cuando las ideas de la abuela Mariona lo seducían... Por unos instantes se había dejado herir por la fiebre patriótica, sublevado contra sí mismo, casi inconsciente, pero había sido un instante fugaz. «No, no y no», y dando una patada al taburete que permanecía, indiferente, en un rincón del despacho, justo al lado de la biblioteca que tanto se esforzaba por ampliar, se dijo «¿Qué demonios estoy haciendo?». Y furioso, salió de la estancia.

Él, Albert Corner i Espiga, nieto de una revolucionaria de Gràcia, hijo de una republicana convencida y padre de un seguidor de la Escuela Moderna, él no seguiría las tonterías revolucionarias, ni se dejaría dominar por las emociones ni cometería ningún error que lo desviara de su camino. Era un superviviente. «Soy un superviviente», se repetía, y se decía que había sobrevivido a una guerra terrible, había matado a un hombre para poder salir del pozo de la pobreza, había sabido amasar una fortuna, y todo eso no lo había conseguido emocionándose con patrias, ni con lenguas ni con palabras de poetas ricos que no tenían otra cosa que hacer que escribir versos. Era un superviviente, y si la supervivencia

debía llevarlo a cortar los vínculos políticos que había creado, a dar la espalda a todas esas ideas y personas, lo haría, porque la única patria que conocía era la de su casa de la calle Provença, al lado de los Almirall y los Batlló, en pleno corazón de la Barcelona poderosa. Era una patria que se medía por la galería modernista de su comedor, por las joyas que lucía Elisenda en las fiestas, por la boca carnosa de Bibí que chupaba su sexo con un hambre que nunca se saciaba. Esa era su única patria, la que lo había salvado de una vida miserable, la que lo había acogido en plena desdicha, esa y ninguna otra, porque la otra, la patria que ondeaba en las *senyeres* y palpitaba en el corazón del idioma de sus padres y de sus abuelos y de sus bisabuelos y de generaciones enteras de derrotados, esa patria no había hecho más que condenarlo. Y, convencido, se dijo que debía abandonar la Lliga y cambiar de relaciones. Esa aventura política no podía acabar bien.

## CARTAS CRUZADAS

Mientras Albert iniciaba su enésimo proceso de reinención, convencido de haber llegado a una encrucijada en el camino, su hijo Avel·lí intentaba reconstruir la porcelana rota de su familia. No soportaba ver triste a su madre, y sentía por su padre una admiración intensa y sincera, pero sobre todo quería a su hermano, y lo que había hecho Enric lo había hundido. Solo le llevaba tres años, pero se tomaba el rol de hijo mayor con riguroso celo y a menudo adoptaba actitudes paternas, como si aquel hermano pequeño, que siempre había preocupado a la familia, fuera su responsabilidad. A diferencia de sus padres, que lo consideraban un joven débil e inseguro, y por eso su madre lo protegía cuando su padre lo retaba, Avel·lí intuía que Enric era más fuerte de lo que parecía, y esa dualidad entre la imagen exterior que proyectaba su hermano y la revolución íntima que le adivinaba, lo inquietaba sobremanera. Estaba convencido de que Enric vivía un descarnado combate interior y que acumulaba tanta rabia como infelicidad. No sabía por qué motivo sufría ni entendía de dónde había salido ese joven arisco que cada día se alejaba un poco más de ellos, como si estuviera alargando una despedida inevitable. «Lo perderemos», le había dicho a su padre en alguna ocasión, y esa idea se había ido consolidando a medida que Enric se había acercado a los anarquistas y a la gente de la Escuela Moderna. «Le han envenenado el cerebro», se quejaba Albert.

Preocupado y furioso, abrió la puerta de su dormitorio y entró. Acababa de llegar a casa y había ido a ver a su madre, que, aunque habían pasado ya dos días desde el cumpleaños, seguía lloriqueando por los rincones y repetía «Qué vergüenza, madre mía, qué vergüenza», como si fuera una letanía inacabable. Avel·lí aún seguía viviendo con sus padres en la calle Provença, aunque Dolcina

y él ya llevaban semanas viendo pisos para poder planificar su boda. Cuando cerró la puerta de su dormitorio, se dejó caer en el chéster que su madre le había comprado dos meses atrás, «recién llegado de Inglaterra, Avel·lí, cuando te cases te lo llevarás», y sintió un profundo cansancio, como si llevara semanas sin dormir.

Por un lado, el asalto a *¡Cu-Cut!* y todas las maldades que anunciaban los periódicos; por otro, el asalto de su hermano al trono familiar, y todo el destrozo ocasionado que había. No se entendía con Enric desde hacía tiempo y no soportaba aquella sensación de creciente lejanía, ni las palabras que se decían y que cada vez tenían menos sentido, como si estuvieran perdiendo la noción del lenguaje y Enric se convirtiera en un extraño... Sin embargo, incluso sabiendo que iba a llegar un día como ese en que se romperían los vínculos, jamás se habría imaginado que su hermano menor llegara a herir a la familia, y sobre todo a su madre, de aquella manera tan brutal. Y aunque el asalto a *¡Cu-Cut!* no le permitió dedicar suficiente tiempo al estallido que había sacudido la comida de cumpleaños, el duro recuerdo de la ofensa de su hermano no lo abandonaba ni un instante. Durante aquellos dos días había acariciado la idea de escribirle una carta, «una carta sin tapujos ni miramientos», deseoso por desahogar todo su dolor y su rabia.

No obstante, tenía que encontrar el tono, el equilibrio entre las emociones confrontadas que sentía por su hermano, a quien quería y odiaba como solo se puede querer y odiar a la vez... a quien se quiere mucho. Se levantó del chéster con lentitud, atrapado en el ritual parsimonioso que precede a las grandes decisiones, y sentado frente a la mesa modernista que había diseñado Joan Busquets i Jané exprofeso para la familia, se quedó quieto durante unos segundos, absorto en el silencio de la habitación. Recorrió con la mirada los pirograbados y las incrustaciones de marquetería del mueble mientras recordaba el día que lo llevaron a la casa —«Será para Avel·lí», había sentenciado su padre —, y el orgullo que sintió cuando los operarios lo colocaron delante del ventanal. Y tras acariciar con parsimonia un delicado pirograbado con la imagen de un querubín que había en el cajón central de la mesa, respiró profundamente, cogió la pluma y la mojó en la tinta.

Querido Enric:

No soy un hombre de cultura, como tú, pero hay cosas que un hermano debe decirle a otro, aunque no

domine el arte de las palabras. Y como no sé escribir, te lo diré a bocajarro, sin rodeos ni buscando expresiones pulcras. Te hablo con el corazón en la mano, un corazón herido y asustado por un hermano al que ya no conozco.

¿Qué has hecho? ¿En qué monstruo te has convertido? ¿Cómo puede un hijo avergonzar a su madre delante de todo el mundo, sin piedad alguna y ni pizca de amor? ¿Qué te ha pasado, qué le ha pasado al hermano sensible que sufría por todos y que abrazaba a su madre como ningún hijo lo ha hecho nunca? ¿Recuerdas las noches de agosto, cuando, en verano, salíamos a la galería de la casa de Badalona y hablábamos de lo que haríamos cuando fuéramos mayores? Recuerdo que soñabas con viajar lejos, a las Indias decías, allí donde el deseo te llevara. Y cuando me lo contabas yo imaginaba que mi hermano pequeño sería un aventurero que conocería ciudades misteriosas y viviría historias mágicas, y nos quedábamos mirando el mar mientras soñábamos. Y entonces venía mamá y nos reñía, «Vamos, a la cama, que ya es tarde», y nos cogíamos del hombro y juntos nos acostábamos. Aquel era un hermano al que yo conocía, al que quería y respetaba, porque era un muchacho que nos quería y nos respetaba a todos. Pero ahora..., ahora no sé quién eres. Te has roto en pedazos, como si fueras un mosaico de los modernistas, y ya no sé cómo reconstruir al hermano que tenía. No, no te conozco.

Sé que nunca te has entendido con papá y que es cierto que puede ser inflexible y duro, pero es un gran hombre, un hombre que surgió de la nada, que pasó hambre y fue a la guerra, y que estuvo a punto de morir, y que poco a poco se levantó y construyó un imperio. Todo cuanto tenemos lo ha levantado con sus propias manos, sin otra ayuda que la de su fuerza y su tenacidad. ¿Quién eres tú para menospreciarlo, para avergonzarlo delante de la familia? ¿Quién eres tú para embrutecer su nombre? Tú, que no has hecho nada salvo vivir la buena vida que te han dado nuestros padres, que siempre lo has tenido todo, la mejor ropa, las mejores escuelas, el amor de mamá, ¡pero si eres su preferido!, ¡si siempre lo has sido!, y te daban todo lo que pedías. Puedo entender que la relación con papá sea difícil, pero ¿odiarlo?

Sí, Enric, sí, odiarlo, porque eso es lo que demuestras, demuestras odio, odio a papá, y también a mamá, a quien disgustas sin motivo, y odio a la vida que te han dado, «maldita burguesía», lo llamas, ¿y qué te crees tú, crees que eres un obrero? No sabes lo que significa ser un obrero, solo eres un hijo de papá que quiere hacer la revolución porque nunca ha pasado hambre ni penurias, y que piensa que con unos cuantos libros y unas cuantas bombas va a cambiar el mundo. Maldita revolución, ¿acaso no ves que solo nos traerá sufrimiento y más dolor? ¿Es que no ves que por culpa de tus amigos nos persiguen a todos y nos disparan y nos cierran las fábricas y nos destrozan los periódicos y mandan a nuestra mejor gente a prisión?

Cada vez que tus amigos cometen un disparate, ¿quién crees que sufre las consecuencias? ¿Los revolucionarios o nosotros, sobre todo los catalanistas, que somos los que damos miedo de verdad? ¿No te das cuenta de que los que luchamos por Cataluña somos el blanco de todas las leyes y de toda la represión del Gobierno? ¿No te das cuenta de que la verdadera revolución es la que hace la gente de orden, con ideas juiciosas, paso a paso, sin matar ni violentar a nadie, pero con la firmeza de las convicciones y el amor a la patria? Vosotros hacéis el mal y les proporcionáis la excusa para aplastarnos, porque somos nosotros los que podemos cambiar las cosas de verdad.

Sí, Enric, te llenas la boca de revoluciones, de escuelas libertarias que harán libres a las personas, de obreros, de acabar con los reyes y los obispos y los ejércitos, y me hablas de justicia universal, y de fraternidad, y de vivir en armonía con la naturaleza, y todo lo que dices parece poesía de grandes escritores, la belleza de lo ideal. Pero nada es cierto, porque luego los tuyos ponen bombas y matan a hombres y a mujeres y a niños, y odian a la Virgen y a nuestra amada Cataluña, y odian a los hombres que han levantado fábricas y han luchado para hacer progresar este país, como tu padre, como tu familia, nos odiáis a nosotros, a los tuyos. Vosotros, Enric, no sois fraternales, sois fabricantes de odio.

Soy un burgués, sí, y me lleno la boca diciéndolo, y lo soy porque pertenezco a una familia que se ha hecho a sí misma y no se avergüenza de lo que ha conseguido, y amo el orden social y la cultura, y los buenos modales y la palabra dada, y defiendo mi bien porque soy un hombre cabal, y no permitiré que ningún revolucionario destruya la vida de mi familia. Aunque sea tu hermano, no lo permitiré. Pero que

sepas que este burgués que es tu hermano se compromete con su país, se juega la libertad, Enric, y el patrimonio, y puede que la vida, ¿o acaso crees que luchar por Cataluña no entraña unos altísimos riesgos? Deberías sentirte orgulloso de nosotros, que teniendo una vida acomodada la ponemos en peligro para defender a todos los catalanes. ¿O qué crees que hacemos sino defender nuestra patria?

Enric, las revoluciones solo conllevan muerte, dolor y caos. Mírate a ti mismo, ¿qué has traído a tu familia sino dolor y caos, y puede que algún día, Dios no lo quiera, la muerte...? Pertenece a unas ideas que saben destruir con eficacia con sus bombas y sus palabras incendiarias. Pero, Enric, aunque saben destruir, jamás sabrán construir. Son ideas destructoras, y tú las defiendes con la arrogancia de los fanáticos.

No te reconozco, no reconozco a mi hermano, jamás me lo habría imaginado haciendo tanto daño a su madre, a su padre, a sus hermanas, a mí... No vuelvas a casa si no es para pedir perdón. Aquel niño que miraba el mar en verano y que ansiaba recorrer el mundo siempre será mi querido, añorado hermano pequeño... Pero a este hombre que vomita su odio sin respetar el comedor de su familia y hace daño a mamá y quiere derrumbar todo lo que tenemos, y que no ama el orden sino la agitación y el fragor y la destrucción, a este hombre no lo conozco y no permitiré que vuelva a hacer daño a mi familia. Decide qué hermano eres, y si eres el que nos ha hecho daño, no vuelvas. Siempre te echaré de menos y siempre querré al niño que fuiste, pero nunca podré querer al hombre que quieres ser. O que, quizá, ya eres...

Piensa en estas palabras que salen de un corazón herido. Y piensa en mamá, que nunca ha hecho nada más que quererte.

Tu hermano, Avel·lí

Cuando Tico, el muchacho que hacía de recadero en la escuela, le entregó la carta, «Ha venido un criado muy pulcro, señor Enric, y ha dicho que era para usted», sintió una inquietud familiar, y el temblor de cuando era pequeño y su padre lo aterraba reapareció sin remedio. Se había hecho mayor, se había ido de casa de sus padres, se había implicado en ideas revolucionarias e incluso había aprendido a amar a un hombre, y sin embargo, aún notaba aquel temblor... «Será de papá, que nunca se cansa de humillarme.» Y estrujando la carta sin abrirla, pensó que los hijos nunca se libran del todo de sus padres, «A lo mejor si los matamos», se dijo con una rabia que, por unos instantes, lo dejó sorprendido, pero se imaginó que ni así, ni matando a su padre, un hijo se libraba de él. «Lo llevo dentro, como un roedor que me agujerea las entrañas.» Y apretó el puño con fuerza. Luego, con resignada lentitud, miró la carta, convencido de que en ella solo encontraría el colmillo de aquel hombre que, desde el primer instante en que le dio la vida, empezó a consumírsela, como si fuera un vampiro.

Sin embargo, al leer el remitente, «Avel·lí Corner i Puig», el sentimiento de inquietud y rabia se transmutó en desánimo y, desorientado, rompió la carta por la mitad. Hacía tiempo que la relación con su hermano no era la de antes, y apenas sabía cómo hablar con él, cada vez más distantes en ideas, en vidas, en

voluntades. Pero, aparte de su madre, había sido la persona más importante de su vida hasta que conoció a Dionís. Avel·lí era la fortaleza en los días que su ánimo desfallecía; la roca inmutable cuando el suelo se movía bajo sus pies; era el padre que no tenía, porque su verdadero padre era el monstruo que lo visitaba en sus pesadillas. Si aquella carta era de Avel·lí y le había escrito lo que se imaginaba, tendría que responderle y no sería suave con él, ni comprensivo, ni le ahorraría nada, pero entonces todo estaría perdido entre los dos, definitivamente cortados los frágiles hilos que aún los unían. No, no la leería...

«No, no lo haré...», se decía decidido mientras sus manos se movían impacientes para encajar los dos trozos de la carta para poder leerla. La voluntad y el deseo, dos extraños que casi nunca iban de la mano en la maraña de sentimientos que era su estado de ánimo. Y aunque no quería, estaba ansioso por leer el veneno que, con toda seguridad, le había mandado su hermano, envuelto en el caramelo del amor que se profesaban. Cada frase, un guantazo seco; cada palabra, un puñal de fuego; cada punto y aparte, un paso que lo alejaba de su hermano, escurridizo, extraño, y a cada palabra más intruso. La herida de aquella carta quedaría abierta.

Tardó dos días en contestar la carta de Avel·lí, pero cuando empezó a hacerlo, el dolor se había suavizado, la rabia era menos intensa y una inesperada serenidad acariciaba el momento, como si la calma fuera lo que siempre era, el preludio de la tempestad. «Te respondo, hermano», se dijo, y empezó a dibujar la grafía de unas palabras antiguas que hervían desde hacía siglos en su interior...

Querido Avel·lí...

Por la tarde, apoyado sobre el pecho de su amante, que se había dormido después de hacerle el amor, algunos fragmentos de la carta empezaron a martillearle el cerebro, como un ruido mudo que gritaba en silencio... «Nosotros, los miserables, los abandonados, los leprosos, nosotros somos un tiempo nuevo, un nuevo viento de la historia, y nada nos detendrá, porque somos la revolución de los espíritus y le daremos la vuelta al mundo, será la venganza de los desvalidos...». Pum, pum. «No es odio lo que sentimos por vosotros, es rabia...» [...] «Si por un instante pudieras entender la maravillosa fuerza que nos impulsa...» Pum, pum. «¿Qué sabes tú de mi vida? No he sido un hijo de papá,

he sido un desplazado, un intruso, un extraño viviendo la vida de otros.» Pum, pum. «Papá es un explotador, un capitalista que asfixia al pueblo, un engranaje de un sistema podrido que haremos volar por los aires.» Pum... «No, nunca le he querido...» Y lentamente, con el latido del pecho de Dionís acariciando sus sentidos, fue calmándose su inquietud interior, definitivamente convencido de que ya no pertenecía a aquella familia que había sido la suya.

Al día siguiente envió la carta a Avel·lí, liberado de dudas y culpas, y justo después se acercó al cajón del pequeño despacho que tenía en la escuela y abrió el sobre que su padre le había mandado el día anterior. Pensó en romperlo, también; luego, imaginó que lo dejaría en el cajón durante semanas, puede que meses, como si condenara las palabras de su padre a una muerte lenta y silenciosa. Pero sentía una atracción enfermiza por ese papel que sabía que rezumaría pus, porque procedía de una llaga que nunca se cerraba. Sin embargo, no podía evitar esa atracción. «La carcoma, que siempre me roerá...», se decía.

Finalmente abrió el sobre, decidido a no sentirse abatido por nada de lo que dijera. La carta era breve. Su padre le informaba de que lo había desheredado.

FUEGO

*1909*

D'un pobre reservista / que a Melilla va anar,  
us contaré la història / si la voleu escoltar.  
Quan va esclatar la guerra / d'Espanya amb el Marroc,  
era un pobre reservista / que era casat feia poc.

Quan va cridar el Govern / tota la seva quinta,  
tant ell com sa muller / van suar tinta.  
I sola la deixà / complint així la llei  
per anar-se'n a lluitar / per la pàtria i el rei.

Quan va arribar a Melilla / a tot el batalló d'ell,  
el van destinar / a guardar un castell.  
Va estar set o vuit dies / sense poder dormir,  
vigilant que aquells «rifenyos» / no s'acostessin allí.

Quan va ser el primer foc / va ser l'hora arribada,  
mirant al cel pensant / en sa esposa estimada.  
I per poder salvar / de sa pàtria l'honor,  
contra els moros lluità / mostrant-se un gran valor.  
Al mig d'un foc de bales / i crits esfereïts,  
als seus peus van caure / dos «jefes» malferits.  
I en el camp de batalla / ell fou qui els va salvar,  
barallant-se amb alguns moros / que el volien rematar.

Més astúcia faltà / i tant fou el seu empenyo  
que a cada cop de puny / matava un «cabilenyo».  
I aquells braus oficials / que amb honra va salvar,  
en paga de tal servei / una creu li van dar.

Un dia el valent «héroe» / damunt d'un roc molt dur  
escrivia una carta / de cara al Gurugú.  
I a sa esposa explicava / tot el que havia fet  
i en pensar se lamentava / que patia gana i set.

Li deia que a al Rif / era brau com un toro  
i li volia enviar / les orelles d'un moro.  
Quan la carta acabà / bramaven els canons  
i en anar-la a tancar / li va fer dos petons.

Un dia a l'avançada / el van destinar  
i aquell dia una bala / en el camp el va matar.

Vora del seu cadàver / morien molts soldats  
i un comboi se'ls emportava / per després ser enterrats.

Mentrestant sa muller, / confiant en l'esperança,  
li escrivia a l'instant / que en fes bona matança.  
Mes quan un dia trist, / la mort d'ell va saber  
de sentiment, la pobra, / va morir també.

Cançó popular de les Planes d'Hostoles (1909) [2]

## BODAS DE SANGRE

«Huye, Enric, huye a Francia, huye ahora mismo.» A pesar del tiempo transcurrido, aún notaba un intenso temblor cuando recordaba aquellos gritos de Lliberi en plena noche, llamando como loco a la puerta de su cuarto, en la fonda del Barrio Chino donde vivía desde hacía meses. Acababan de detener a Ferrer i Guàrdia, «y también a Soledad, que se la han llevado a la fuerza, y todo el mundo que conociera a Mateu, Enric, y ya verás cómo tú y yo vamos a caer», y las palabras de Lliberi salían en tropel, como si escaparan de la persecución que contaban, sospechosas de ser cómplices del intento de regicidio.

El bibliotecario de la escuela, Mateu Morral, había intentado matar a Alfonso XIII el día de sus nupcias con Victoria Eugenia, lanzando una bomba envuelta en un ramo desde una ventana del tercer piso de la pensión de la calle Mayor de Madrid donde se alojaba, pero el artefacto se enredó con los cables del tranvía y, lejos de caer sobre la comitiva real, se desvió hacia la multitud. La cifra de muertos superaba la veintena. «Al parecer, la Orsini que ha hecho estallar ha matado a quince militares y a muchas personas que curioseaban, y ha herido a más de cien, pero el maldito rey se ha salvado», le explicaba Lliberi mientras Enric, nervioso y apresurado, metía algo de ropa en una bolsa de viaje.

Cuando ocurrió todo eso, en julio de 1906, hacía un año que Lliberi, su viejo amigo de la universidad, colaboraba con la escuela y, aunque no tenía relación de amistad con Mateu, conocía a aquel joven de Sabadell, hijo de un empresario textil, que había abandonado la empresa familiar para luchar por la anarquía y se había ofrecido a la Escuela Moderna «para lo que haga falta, de ganapán, si se tercia». Pero, en su caso, lo que le gustaba era trabajar con los libros, porque poseía una amplia cultura y hablaba varios idiomas, y así lo decidió Ferrer,

«Serás nuestro guardián de los libros», y le dio las llaves de la biblioteca. Ordenaba los volúmenes, hacía fichas en las que constaban las características de cada obra, establecía listados por temas y se movía por todas partes para conseguir ampliar el número de ejemplares de la biblioteca. Además, por las tardes traducía obras de anarquistas europeos, especialmente del italiano y del alemán, y así empezó a ser un hombre respetado por todos.

Era un joven de buen ver, de maneras refinadas y verbo apasionado, y con una fuerza interior que despertaba la admiración de la mayoría. Enric trabó amistad con él a partir de unos escritos de Mateu que habían sido muy comentados en el Ateneu Obrer. *Pensamientos revolucionarios de Nicolás Estévez*, leyó, y fue a verlo, ansioso por saber algo más de aquel Estévez que protagonizaba el libro. «Es mi mentor, Enric, mi fuente de inspiración.» Y así se enteró de que Nicolás Estévez era un militar canario de fuertes convicciones republicanas. «¡Participó en la Gloriosa!», le decía Mateu con fervor, y añadía que había entrado en crisis en la guerra de Cuba, cuando fusilaron a ocho estudiantes de Medicina, y que por eso había abandonado el Ejército, porque decía que «antes que la patria, están la humanidad y la justicia». «Tienes que leer sus escritos en los que defiende la autonomía de Cuba, y también de Canarias, era muy amigo de Secundino Delgado, el gran héroe canario.» Y entonces le explicaba los encuentros que había tenido con Estévez en su exilio francés... «Sé algo de esos estudiantes de Medicina», le había respondido Enric, porque recordaba aquella historia de las épocas en que su padre le hablaba de la guerra de Cuba.

Y con un inesperado orgullo que ni él mismo reconoció, musitó «Papá lo vivió». Luego vendrían muchas conversaciones al atardecer, animadas discusiones sobre la huelga general a raíz de los artículos que se publicaban en *La Vaga*, el periódico que editaba Ferrer i Guàrdia. También hablaban del papel de la educación para crear seres libres desde la infancia, y de los éxitos que conseguían, como la visita del sabio Santiago Ramón y Cajal, que había dado una de las conferencias de los domingos para los padres de los alumnos. Y, aunque no ocurría a menudo, a veces hablaban de las bombas, «que aceleran la transformación social», decía Mateu convencido, «pero también aumentan la represión», respondía Enric, y Mateu concluía «De eso se trata, amigo, de eso se trata». Así, la idea de acción-reacción como gasolina de la revolución tomaba

cuerpo durante aquellas inflamadas tardes. Un día le dijo: «Enric, si acabas aceptando la necesidad de la violencia, recuerda que las Orsini son muy fáciles de hacer». Entonces le dio un libro que el propio Mateu había escrito, *Pensamiento revolucionario*, en el que hacía una precisa descripción de cómo se fabricaba una bomba casera.

De todo eso hacía justo tres años, de julio a julio, y a partir de aquel momento el mundo se había derrumbado. Echado en la cama de su cuarto en el piso de la calle Bailèn que compartía con dos compañeros libertarios, y que era propiedad del señor Genís Tocabell, un comerciante de artículos de mercería que simpatizaba con el anarquismo, los recuerdos de aquellos últimos años de su vida le pesaban como una losa. En tres años había perdido el trabajo, le había buscado la policía, se había exiliado, había viajado por Europa, se había apagado el amor de su vida y, de nuevo, como si fuera un castigo cíclico del destino, había sido herido por la garra de su padre.

De regreso en Cataluña, pasaba el tiempo entre trabajos marginales, amantes ocasionales y conspiraciones de bajo nivel, y todo cuanto hacía le recordaba el fracaso de su existencia. Había perdido la grandeza de una vida de entrega a una causa, y aunque la causa aún era grandiosa, su vida ya no lo era. «La bomba de Mateu tenía que matar a un rey, pero nos mató a todos nosotros», se dijo mientras imaginaba un mundo sin reyes, ni revolucionarios, ni bombas, el de la fraternidad universal que defendía Ferrer i Guàrdia, y esa idea ya no le parecía un ideal luminoso, sino una ingenuidad inútil y letal, porque el ser humano siempre sería un depredador que impondría privilegios a través del poder y la fuerza. Se sentía tan abatido que ni siquiera leía los libros que lo habían acompañado durante todo aquel viaje libertario, y aunque continuaba sintiéndose un anarquista puro, convencido de la huelga general, de la destrucción de la propiedad y de la necesidad de una revolución que acabara con la monarquía y neutralizara el poder de la Iglesia, ya no imaginaba que eso pudiera conseguirse con las nuevas generaciones, a través de la formación libre de los individuos. «Quizá solo nos queda la violencia», les decía a sus compañeros con creciente convicción.

Se había convertido en un pesimista, en un joven envejecido por los estragos que había sufrido su equilibrio vital, construido con el granito de un trabajo que lo emocionaba, un amor que lo llenaba y un ideal que lo motivaba. Pero no era

granito, sino arena, y todo lo que durante un tiempo fue perfecto, voló por los aires a merced de una bomba que un compañero lanzó contra un rey, a seiscientos kilómetros de distancia.

La vida debía de ser eso, una suma caótica de pequeñas circunstancias que alguna vez, inesperadamente, creaban un espacio equilibrado donde poder sentirse feliz. Y él había tenido la suerte de encontrar aquel momento vital en el que las emociones se armonizaban con las acciones y la existencia adquiría un sentido profundo. Pero ahora que lo había perdido todo, se convencía de que la felicidad era una mentira, un respiro frente a la desesperación y la inevitable derrota. Y cuando esos sentimientos lo invadían, lo invadía también la rabia.

La bomba de Mateu Morral había desencadenado una represión minuciosa e implacable que acabó repentinamente con el sueño de la Escuela Moderna. Francesc Ferrer i Guàrdia, Soledad Villafranca, el periodista José Nakens, a quien acusaron de haber escondido a Mateu en la redacción de *El Motín* en su primera noche de huida, y muchos otros anarquistas relevantes fueron detenidos, acusados de complicidad en el intento de regicidio, y la escuela fue clausurada para siempre. Ferrer i Guàrdia estuvo más de un año encerrado en la cárcel Modelo, y Enric, junto con Lliberi y otros compañeros libertarios, esperaron su liberación alojados en la bodega de la granja de un campesino francés, miembro del Grupo Anarquista Español de Perpiñán, que ayudaba a los compañeros exiliados que cruzaban la frontera.

Aquel hombre se llamaba Galdric y hablaba un catalán del norte, con un acento cristalino y un vocabulario afrancesado que les recordaba que aquella parte del mundo pertenecía a la memoria catalana. Y aunque Enric se sentía ciudadano del mundo y no quería saber nada de patrias ni de banderas, «porque no consiguen más que embrutecer a los hombres», cuando escuchaba a Galdric sentía cierta pena por su pequeño país, tan castigado por la historia. En una de esas densas conversaciones en las noches de Perpiñán con compañeros anarquistas llegados de toda la región salió el tema de las naciones oprimidas, y Enric se sorprendió a sí mismo verbalizando un sentimiento que habría sido más propio de su hermano Avel·lí...

—Pobre Cataluña, primero la vencieron, luego la reprimieron brutalmente, luego la negaron y ahora, cuando levanta la cabeza, la culpan de los males de España. Ella también es un alma maltratada.

—Somos hermanos de todos los seres humanos de la Tierra... —respondió con contundencia un hombre de avanzada edad, nacido en el Empordà, a quien todos consideraban un gran teórico del movimiento. Y añadió—: Las banderas son trapos y las naranjas son *taronjas*», como decimos en el Empordà. Si os aferráis al sentimiento de una patria, olvidaréis la causa de la humanidad. Las patrias son como la Iglesia, como el poder, como los reyes, como los dioses, son instrumentos de opresión del pueblo, lo engañan, lo envilecen, hacen que muera en las guerras, hacen que odie a los de la patria vecina, son separadores de fraternidad.

—Pero hay patrias que son como el pueblo, que también han sufrido la represión y han sido aniquiladas. Deberíamos salvar a las patrias oprimidas. ¿Os acordáis de lord Byron? ¿Acaso no fue noble su lucha por la independencia de Grecia? ¿Acaso no murió por una hermosa causa? A lo mejor hay patrias que merece la pena salvar... —añadió Enric una vez más, aunque con menos convicción.

Y cuando recibió una avalancha de respuestas críticas y la conversación continuó hasta perderse en inflamadas disquisiciones sobre naciones y poder, y sobre el ideal de una civilización global, sin banderas, ni dioses ni fronteras, Enric decidió callar. Lliberi, entre sorprendido y divertido, le espetó:

—Chico, te ha dado un ataque de fiebre patriótica. Se te pasará.

También fue en Perpiñán donde conoció al famoso Charles Malato, de quien Ferrer i Guàrdia decía que era el anarquista más lúcido del mundo. Precisamente a causa de su amistad con el catalán, Malato acababa de ser imputado en Francia como cómplice del atentado contra Alfonso XIII, y cuando se reunió con el grupo de Perpiñán, a la espera de juicio, les dijo que debían estar preparados para sufrir esa clase de ataques y falsedades, que eran revolucionarios y que el sistema de poderes que dominaba la sociedad intentaría cortar la cabeza a todos los líderes a fin de aplastar la revolución.

—Pero, compañeros, somos la hidra de las mil cabezas, y si cortan una, saldrán diez más, porque somos los herederos de la tierra y nos mueve la fuerza de la libertad —les decía.

Luego les explicó que debían emplear los mismos métodos sucios que utilizaba el poder, y que todo valía para embrutecer y desacreditar a los enemigos del pueblo. Aquella noche, Enric pensó que la inteligencia del mundo

estaba con el anarquismo.

Después de Perpiñán vendría una de las épocas más intensas de su vida. Ferrer i Guàrdia y Soledad, que después de la ruptura de Francesc con Clemència era su compañera sentimental, habían llegado a París y querían crear una liga internacional a favor de la educación racionalista, con la idea de continuar en Europa la experiencia pedagógica de Barcelona. Enric se unió al grupo de anarquistas que querían desarrollar el proyecto, y en París se reencontró con Malato y conoció a Eugène Fournière y a otros grandes pensadores del socialismo libertario, que acompañaban a Ferrer i Guàrdia en su proyecto pedagógico. Desde el primer momento, la actividad fue frenética, reuniones, contactos, creación de un comité internacional, primeros pasos de la formación de la Ligue Internationale pour l'Éducation Rationnelle de l'Enfance con el escritor Anatole France como presidente de honor, edición de la revista *La Escuela Laica...* «Ni un momento para aburrirse», le decía Soledad cuando lo veía tan atareado, y Enric le respondía «Mejor, Soledad, así se van las preocupaciones de la cabeza».

«De la cabeza y del corazón...», añadía para sí mismo, convencido de que todo aquel ajetreo intenso y motivador lo había ayudado a reconstruirse. Cuando Enric llegó a París hacía dos semanas que su relación con Dionís se había roto definitivamente, tras unos meses de lenta despedida. Primero fue la distancia física, durante la estancia clandestina en Perpiñán, pero muy pronto se le añadió una distancia emocional que crecía a medida que los encuentros iban siendo más esporádicos. Dionís lo visitó algunas veces en Perpiñán, y, en otras ocasiones, Enric cruzaba los Pirineos y quedaba con él en una fonda de las afueras de Figueres. Y aunque el fuego sexual seguía siendo intenso y cuando se reunían se fundían en besos y abrazos, locos de deseo, Enric se dio cuenta enseguida de que solo quedaba aquel fuego carnal tras haberse debilitado el amor que se habían profesado.

No fue una ruptura seca, ni áspera, ni encendida, como siempre se la había imaginado, sino que lo fueron dejando suavemente, como si fuera una lámpara que se iba quedando sin aceite hasta apagarse del todo. Y cuando Dionís se lo dijo, «No volveré, Enric, sería un engaño», él supo que era cierto, que hacía tiempo que había otro y que aquella relación era una mentira. Pero no se sintió herido ni abandonado, sino solo triste, con una tristeza tan profunda que no

permitía las lágrimas ni los lamentos, solo una oscura soledad.

Fue entonces cuando empezó a escribir, primero unos poemas, algunas reflexiones, luego un dietario, y aquellos ratos de escritura se convirtieron, muy pronto, en un ritual balsámico que lo ayudaba a atemperar el profundo desconcierto que lo atenazaba. Como si fueran las muletas de su vida coja.

«Siempre me he sentido perdido. Y eso no significa que no sepa hacia dónde voy ni cuál es el sentido de mi vida. Al contrario, sé quién soy y con quién sigo mi camino, porque pertenezco a una familia nueva y luminosa que quiere darle la vuelta al mundo. Soy un guerrero, un soldado de la revolución, un constructor de utopías, un rebelde. No reconozco el país donde nací ni la familia que me creó, porque me he construido a mí mismo, y mi patria es el mundo. Tengo un ideal, pertenezco a un movimiento, sé quién soy y quién quiero ser, y he conocido el amor..., y, sin embargo, aún me siento perdido.

»Esta inquietud que nunca descansa, esa carcoma interior que me corroe las entrañas y me recuerda que vivo entre sombras, fugitivo de mí mismo, eternamente condenado a no quererme. Y sí, me engaño, avanzo valeroso y convencido, como si el camino fuera llano y conociera el atajo, pero es toda mentira, porque cada día es empinado y me pierdo una y otra vez, prisionero de mis miedos. ¿Es por eso que amo a los hombres, porque busco la solidez que no tengo? Mi amante me decía que el deseo y el amor no tienen preguntas y, al mismo tiempo, siempre ofrecen respuestas. Y es cierto que encontré respuestas en su cuerpo, en sus besos, en su fuego, pero nunca apaciguaron la inquietud.

»No sé quererme, y camino indolente buscando la estima de los demás, con la esperanza de que llenen mi pozo sin fondo. Y en algún momento lo he conseguido; sí, hubo un tiempo en el que me pareció que era feliz, y entonces me levanté y miré la vida a la cara. Pero fue un espejismo, porque me sostenía el amor de otro y no mi propia seguridad. Y ahora que el espejismo ha desaparecido he regresado al desierto de mi interior, y las sombras han vuelto a señorear mi alma. Nunca seré feliz, pero anhelo encontrar pequeños oasis donde, de manera inesperada y a la vez intensa, habite el espejismo de la felicidad. Me conformo con las migajas, roedor de pequeñas emociones que calman mi hambre.»

Después de la creación de la Liga Internacional, Enric se sumó a la gira que Ferrer i Guàrdia hizo por toda Europa —Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra

—, allí donde estuvieran interesados en conocer las bondades de la educación racionalista. En las conferencias y presentaciones, el pedagogo hablaba de la revolución de las ideas, de la formación de seres liberados de los prejuicios y los dogmas, y siempre aprovechaba para denunciar el poder absoluto de la Iglesia católica española, a la que consideraba la principal culpable de lo que él llamaba «la alienación del pueblo».

«Por eso te odian los obispos y te quieren muerto, han iniciado una cruzada en tu contra. ¿Cuántas veces te han excomulgado, Francesc?», le decían sus compañeros entre risas, y siempre había alguien que afirmaba que había sido la Iglesia quien lo había implicado en el intento de regicidio de Morral, «Querían aprovechar la bomba para acabar con tu obra», y la mayoría asentía, convencida. «Pero aún sigo vivo y, aunque han matado la Escuela Moderna, nunca matarán su espíritu», respondía Francesc, y el coro asentía con renovada esperanza. Se sentían imbatibles, porque eran los constructores del futuro.

De todo el grupo que acompañaba a Ferrer i Guàrdia por Europa, Enric sentía especial veneración por Soledad Villafranca Los Arcos, a quien Francesc llamaba Soli. La conoció nada más llegar a la escuela, cuando Soledad empezó a dar clases de estudios elementales a los niños más pequeños, pero no fue hasta la gira por Europa cuando tuvo ocasión de trabar amistad con ella. Era una mujer de unos veintitantos años, de belleza turbadora, formas voluptuosas y unos ojos oscuros tan penetrantes que a menudo desconcertaban a quien miraban. Enric tenía la impresión de que era la mujer más bella que había conocido, y alguna noche, cuando la mano se perdía en busca del placer solitario, había notado, con sorpresa, que Soledad lo excitaba. Pero lo que hacía de ella una mujer realmente especial era su brillante oratoria, tan cautivadora que, cuando hablaba, incluso se callaba Ferrer, quien no ocultaba la admiración que sentía por su amante.

Una tarde, mientras merendaban en un pequeño café de la Grand-Place de Bruselas y esperaban a que llegaran los compañeros, Soledad le habló de su vida. Era hija de un sargento de Artillería de un pueblecito de Navarra, «Aoiz, seguro que no lo conoces», que había muerto cuando ella tenía cinco años. Su madre se trasladó con todos sus hijos a Pamplona, donde regentó un estanco hasta que, en 1902, cuando tenía veintidós años, Soledad emigró a Barcelona. «Mi madre es muy dura, una mujer que ha criado sola a nueve hijos, sin más ayuda que su fuerza y su constancia. La veo como una madre del pueblo, como

una maternidad universal, aunque ella no entiende lo que hago y se avergüenza de mi vida, dice que es pecaminosa, pero no sabe que en realidad las mujeres como ella forman parte de nuestra revolución, Enric. Sin entenderlo, son la forja de nuestra fortaleza.»

Y entonces le hablaba del papel de las mujeres, del nuevo mundo que solo podía construirse con la mirada femenina, «porque nosotras sabemos mirar el alma humana», y le aseguraba que ella dedicaría su vida entera al ideal libertario. Y a fe que debía de ser cierto, sobre todo en la familia de Soledad, porque todas sus hermanas estaban implicadas en la lucha anarquista: la propia Soli, emparejada con Ferrer i Guàrdia; su hermana Ángeles, casada con Joan Colominas, que era el administrador de las publicaciones de la Escuela Moderna, y María, otra de sus hermanas, compañera de José Robles, un maestro racionalista muy culto y compañero de Enric en la escuela. «¡Sois una estirpe de Amazonas!», le diría Enric a Soli en una de esas tardes ociosas, y, a medida que aumentaba la confianza, las conversaciones se hicieron más íntimas.

«Soy una mujer libre», le dijo mirándolo fijamente, con una intensidad casi hiriente, cuando Enric le preguntó si había pensado en casarse con Francesc Ferrer, y añadió «Somos dos seres libres que nos amamos cuando queremos y porque queremos, y ningún papel será un contrato más inquebrantable que el contrato de la libertad». Y al pronunciar esas intensas palabras, Enric deseó abrazarla como jamás había abrazado a una mujer. Se sentía enamorado de Soledad, pero no con el amor carnal que había sentido por Dionís, sino con una especie de amor espiritual en el que no existía el sexo, ni el compromiso ni las promesas eternas, sino solo el saberse cerca el uno del otro, compartiendo el camino. Era un hombre que deseaba a los hombres, pero con Soledad descubrió que también podía querer a las mujeres. Y cuando, semanas después, en un paseo por París, Soledad le dijo que conocía su secreto, lejos de asustarse se sintió liberado. Si había alguien en el mundo que pudiera darle las claves para aceptarse, más allá de todo interés y prejuicio, era, sin duda, Soledad. Al fin y al cabo, también ella era una proscrita, una mujer al margen de las normas, porque vivía libremente su sexualidad. Y aquella idea de tener un cómplice, alguien que sabía lo que era enfrentarse a los prejuicios más arraigados, los que tenían que ver con el amor y con el sexo, le hizo sentirse menos solo.

Fue de repente, en un bistró del muelle Malaquais, a orillas del Sena,

mientras esperaba para reunirse con Francesc, que había ido a ver al escritor Anatole France a fin de sellar el acuerdo para la presidencia de la Liga en Defensa de la Escuela Racionalista. Ferrer i Guàrdia había tenido muchas reuniones con Anatole, con quien compartía su compromiso crítico y a quien admiraba desde la época del caso Dreyfus, cuando Francia enloqueció de odio antisemita y Émile Zola lideró, con el propio Anatole, George Clemenceau y Jean Jaurès, la lucha para exonerar al capitán Alfred Dreyfus, juzgado injustamente por traición a causa de su condición judía. Anatole llegó a devolver la Legión de Honor que le habían otorgado cuando el Gobierno se la retiró a Zola, y su lucha para separar a la Iglesia del Estado era tan ingente como la que emprendió para defender los derechos sindicales. «La Francia de las luces ha visto cómo su gran poeta Paul Valéry animaba a la persecución de los judíos», decía Ferrer i Guàrdia cuando hablaba del escándalo Dreyfus, y añadía que la cultura no salvaba a nadie de la intolerancia y el prejuicio, «porque todos estamos alienados por un sistema podrido, y solo nos salimos de él cuando lo combatimos». Y entonces afirmaba que «J'accuse», la carta que Émile Zola publicó en el diario *L'Aurore* dirigida al presidente de la República, en la que se enfrentaba a los poderes franceses que habían orquestado la persecución contra el capitán judío, era uno de los textos de denuncia contra la injusticia más extraordinarios que se habían escrito. «¡Y está tan bien escrito...!», repetía a menudo.

En aquel París de ebullición intelectual, donde el socialismo libertario, el sindicalismo, la lucha contra la propiedad y la huelga general convergían en las reuniones sociales, en los foros de debate y en los artículos de prensa, la nueva pedagogía racionalista de Ferrer i Guàrdia halló la acogida esperada. «El señor France aceptará la presidencia honorífica», le dijo convencida Soledad, mientras tomaba un chocolate caliente. Hacía un rato que habían terminado una reunión con un grupo de estudiantes socialistas que asistían a las clases universitarias de Jean Jaurès, y luego habían ido a la Librairie de France, la librería de la familia de Anatole, donde el escritor tenía el despacho.

Y fue allí, en un momento tranquilo, con la taza de chocolate caliente en la mano, mirando a través de la ventana, cuando Soledad dejó caer aquel «Conozco tu secreto» que habría sido una bomba si no fuera porque lo dijo como quien habla del tiempo. Y así, de una manera indolente y despreocupada, como si la

homosexualidad fuera tan anecdótica como ser rubio o castaño, empezaron una conversación íntima en la que Enric fue desenredando, hilo a hilo, la madeja de sus miedos. Por primera vez alguien hablaba de su deseo masculino sin tratarlo como una enfermedad, ni como una maldad ni como una perversión derivada de la educación católica, sino sencillamente como una forma más de amar. «No mires nunca el sexo de tu enamorado, Enric, mira tan solo la fuerza de tu amor.» Y ese día, en el café que había enfrente de la Librairie de France, en medio de toda la gente, Enric no reprimió el impulso de abrazar a Soledad, y cuando ella lo estrechó con fuerza se echó a llorar.

Luego habría muchas otras tardes con chocolate caliente en que las conversaciones sobre la escuela racionalista, la revolución libertaria y la huelga general se mezclaban con pequeñas confesiones sobre la vida y el amor, y también sobre el desconcierto que estos provocaban. Enric encontró en Soledad una mezcla de compañera de lucha, amiga de confesiones y amor asexual, y si era capaz de imaginar una mujer ideal, solo podía imaginársela con los pechos generosos, el pelo sedoso, la voz dulce y la fuerza interior de Soledad. Era la mujer que lo habría hecho enloquecer de amor si no fueran los hombres quienes lo hacían enfermar de deseo, y aquel descubrimiento de una relación posible con una mujer, en la que había sentimientos profundos sin deseo sexual, le causó una cierta sensación de cobijo.

Muchos compañeros aseguraban que Mateu Morral estaba locamente enamorado de ella, y que había lanzado la bomba contra el Borbón para demostrarle su valentía y su amor, pero a pesar de conocer la fascinación que ciertamente sentía por Soledad, Enric no creía que aquel fuera el motivo. Al fin y al cabo, Morral siempre había tenido claro que las Orsini eran compañeras efectivas de la revolución libertaria, y tarde o temprano cabía esperar que hiciera algo importante. Además, ahora que se conocían los detalles del atentado, lo único cierto era la premeditación minuciosa con que lo había preparado. Los periódicos incluso decían que unos días antes fue al parque del Retiro y grabó un mensaje en un árbol...

Ejecutado será Alfonso XIII el día de su enlace. Un irredento. Dinamita.

Era la sentencia.

Una tarde, durante una reunión en la que se estaba produciendo una agria pelea entre los defensores de las tesis del italiano Malatesta, que creía que había que intervenir en el sindicalismo a fin de que no acabara siendo un mero instrumento del Estado, y los defensores de las tesis contrarias del ruso Kropotkin, Enric se perdió mentalmente en los labios de Soledad. «Son perfectos», se dijo mientras se imaginaba recorriéndolos con la punta del dedo, despacio, casi sin tocarlos, y deseó besarlos. Pero por la noche, tumbado en la cama, aquella pequeña excitación que había sentido y que no era la primera vez que sentía por Soledad, se quedó en nada, y cuando quiso darse placer fue el recuerdo de la boca carnosa de Jean-Jacques, un anarquista francés que los ayudaba a editar la revista, la que impelió el movimiento de vaivén de su mano sobre su miembro.

Le habría gustado desear sexualmente a Soledad, desearla de verdad, de la forma ardiente y loca con la que deseaba a los hombres, «entonces sería todo tan fácil...», pero la mordedura de la carne no anhelaba la piel suave de las mujeres, y no podía hacer nada por impedirlo. «Aprenderás a quererte», le había dicho Dionís la primera vez que hicieron el amor, y durante un tiempo creyó que había aprendido a hacerlo. Pero cuando Dionís lo abandonó, la inquietud volvió a roerle las entrañas, como un intruso feroz y violento que no podía ahuyentar ni destruir. Y allí estaba, febril y asustado, solo en la cama, con la mano sacudiendo su miembro, imaginándose que aquel joven francés lo rompía por dentro con un sexo violento y brutal. Cuando culminó el ritual onanista, se quedó abatido, con una sensación de soledad tan profunda que le pareció que lo ahogaba. Se levantó de la cama, tambaleándose, y se sentó en el suelo, en un rincón de la estancia, con las manos alrededor de las piernas y la mirada perdida en la oscuridad. Entonces supo que nunca tendría paz, porque era él quien se despreciaba a sí mismo, y aquel odio a lo que era, aquel miedo a lo que deseaba, no se irían a ningún sitio, porque formaban parte de su propia naturaleza. Entendió que se odiaba a sí mismo, y si hubiese podido huir de su cuerpo lo habría hecho sin dudar. Pero era un prisionero de sí mismo.

«Lo escribiré, se dijo, tras un rato de angustia y de rabia, puede que así, si lo entiendo, aprenda a soportarlo.»

Y a la luz de un quinqué hilvanó unas palabras temerosas...

«Soy un revolucionario y me siento llamado a sacudir de raíz el mundo en el

que vivo, y ayudar a escribirlo con palabras derechas, alzadas, que nunca más narren el dominio de los poderosos sobre el pueblo. Pertenezco a una familia de combatientes por la libertad y la justicia, las causas más nobles que existen. No creo en dioses opresores, y odio a los malditos curas y a los obispos y todo el mecanismo de poder y represión de la Iglesia, auténtico martillo de alienación y dolor. Y sueño que pronto no habrá reyes que impongan su razón de privilegios y poder, gentuza envilecida y perniciosa. Le daremos la vuelta al mundo, y cuando vuelva a estar derecho, los niños habrán sido educados en la tolerancia y la razón, y nunca más tendremos que dedicar nuestra vida a luchar contra el mal.

»Y sin embargo..., si tan alto es mi objetivo, si anhele sueños tan elevados, si me veo capaz de quebrar el orden que durante siglos ha regido la sociedad ¿por qué no soy capaz de hacer lo mismo con las cadenas que me tienen esclavizado? Miro hacia fuera y veo un mundo por cambiar. Miro hacia dentro y solo alcanzo a ver un prisionero infeliz y temeroso que busca desesperadamente el rayo de luz de la mañana que penetra en la celda. Pero vivo en la oscuridad, porque odio aquello que amo, desprecio lo que me da placer, querría destruir lo que soy. Soledad dice que los prejuicios que señalan a los hombres como yo son una maldad de los demás, y que no puedo negarme a mí mismo. Y cuando estoy con algún amante ocasional que me regala el placer prohibido, durante aquel rato fugaz me acepto, incluso me quiero, y el mundo parece menos inhóspito. Pero luego salgo a la luz del día y tengo compañeros y amigos, y soy miembro de una familia revolucionaria, y todos me aceptan y me quieren, pero lo hacen porque no conocen mi naturaleza. ¿Qué dirían de mí si supieran que enloquezco por los hombres? Todo... menos aceptarme. Como haría mi padre, Avel·lí y tal vez mi madre... ¿Por qué tienen que hacerme sufrir tanto?

»Pero no son ellos, no lo son, soy yo, yo soy el primero que se desprecia y se compadece y se rechaza, enemigo de mí mismo, y si no consigo librarme de ese enemigo interior, nunca podré tener calma. Es la oscuridad de mi alma la que ennegrece mi vida...»

Después de aquella noche hubo otras igualmente tortuosas, y así fue construyéndose una doble realidad, viviendo de día una vida luminosa, llena de actividades, reuniones, viajes, la lucha por el ideal, y al mismo tiempo una vida oscura, recluso en sus noches sin calma. «He aprendido a vivir desgarrado», y desgarrado entre sus dos yo es siguió adelante durante aquellos años frenéticos.

El regreso a Barcelona se produjo con la misma naturalidad con la que se fue enfriando la admiración que sentía por Soledad. Poco a poco, aquella mujer única y excepcional empezó a mostrar flaquezas, defectos, insolencias, y al darse cuenta de que era una gran mujer, pero solo era una mujer, Enric comprendió que se había inventado un ideal porque necesitaba una diosa. Ya no le apetecían las tardes con chocolate caliente y pequeñas intimidades, e incluso en algún momento temió que no hubiese guardado su secreto, y empezó a mirarla con un halo de sospecha. «Mi cerebro está enfermo», se decía para combatir aquellas ideas, pero la desconfianza se había abierto camino, y poco a poco se fue sintiendo un intruso. Y aunque Ferrer y Soledad tenían previsto volver a Barcelona en junio, Enric decidió no esperarlos y anticipó su regreso. Y así fue como el 15 de enero de 1909 se dirigió a la casa de la calle Bailèn, donde le habían dicho que tendría un cobijo seguro.

Barcelona era la misma que había dejado tres años atrás, y a la vez le parecía una extraña. Seguía siendo un cajón de sastre, con una mezcla de burgueses, menestrales y proletarios, siempre vigilados por monárquicos y militares que le daban un aire vitriólico y la situaban, en todo momento, al borde del conflicto. Durante aquellos tres años de exilio, la tensión política entre los republicanos lerrouxistas, los catalanistas de la Lliga, transmutada ahora en Solidaritat Catalana, y los sindicalistas anarquistas se había vuelto más violenta, y Enric tuvo la impresión de que todo había cambiado para que nada cambiara.

Todo excepto lo que él consideró la noticia más importante desde que existían las luchas obreras. Hacía dos años que había nacido *Solidaridad Obrera*, gracias al impulso de socialistas y anarquistas, entre otros el Noi del Sucre y Antoni Badia i Matamala. También fue crucial la dotación económica de Ferrer i Guàrdia, que permitió comprar el local y pronto publicó la *Soli*, la revista del sindicato. En su creación también participaron un gran amigo de Enric, Tomàs Herreros, con quien había estado en el grupo ácrata Quatre de Maig, y un hombre al que admiraba profundamente, Anselmo Lorenzo, con quien había tenido ocasión de hablar en las épocas en que frecuentaba la logia masónica.

Anselmo era un gran masón, reconocido entre la masonería como un maestro, y también un referente internacional del anarquismo que incluso había llegado a conocer a Marx y a Engels en 1871, cuando fue delegado clandestino de Cataluña en la conferencia de Londres de la Primera Internacional de

Trabajadores. Amigo personal de Ferrer i Guàrdia, fue Anselmo quien tradujo las obras de Kropotkin y de Élisée Reclus para la Escuela Moderna.

Aunque acababa de nacer, aquella organización podía ser el impulso definitivo para un gran sindicato anarcosindicalista, y en los encendidos debates en los que participaba, la convicción de que aquel sería el instrumento decisivo para el éxito de una gran huelga general era firme. «Si hubieras estado en el mitin que se celebró hace unos meses en el Palau de la Música, Enric, qué canto a la revolución, con todo el espacio lleno a rebosar. Éramos tantos anarquistas que el Palau estaba desbordado, no cabía ni un alfiler. Somos muchos, compañero, muchos, cada día más, y lo conseguiremos, conseguiremos paralizar toda Barcelona», le decía un amigo que se sentaba junto a él y que se moría de ganas de contarle los progresos de aquellos últimos meses.

«Conseguiremos paralizar toda Barcelona», se repetía en las reuniones, y en las conversaciones y en el ánimo de todos los sindicalistas que estaban preparando la huelga. Y el manifiesto fundacional que había publicado la revista *Tierra y Libertad* era analizado frase a frase, idea a idea, como si fuera un nuevo catecismo de la fe libertaria...

Como clase obrera solo podemos tener un fin común: la defensa de nuestros intereses, y solo un ideal puede unirnos, nuestra emancipación económica, que transforme el régimen capitalista actual, basado en la explotación del hombre por el hombre, en un régimen social fundado sobre la base racional del trabajo por la solidaridad humana.

Enric no había tardado mucho en reencontrarse con Tomàs Herreros y el resto de los antiguos compañeros, y su implicación con el sindicato fue inmediata. Notó que su amigo estaba más combativo que nunca, tanto en la lucha sindical, que ocupaba la mayor parte de sus energías, como en su encarnizado combate contra Alejandro Lerroux, a quien consideraba un estafador de los obreros. Enric aún no había leído el libro que Tomàs le dedicó a Lerroux, pero su título era una inequívoca declaración de intenciones: *Historia de una infamia relatada por el mismo obrero que ha sido víctima de ella*. Para él, Lerroux era un populista embustero y un demagogo que inflamaba los instintos primitivos de la gente, aprovechando la miseria y el hambre, y atizaba la violencia de las masas mientras pactaba con los poderosos.

—Es un agente del poder, un maquinador, un liante que despierta los peores

instintos del pueblo, que no son los revolucionarios, sino los de venganza, sin objetivos ni ideales.

—No creo que sea tan malo como dices. No olvides que ha tenido gestos valientes y que ahora está exiliado, después de la condena de dos años de cárcel por defender a Nakens, cuando lo inculparon por la bomba de Mateu. Puede que sea un incendiario, pero es un republicano convencido.

—¿Un qué? Ese venderá la piel del pueblo en cuanto tenga ocasión. Fíjate en quiénes son sus enemigos: nosotros, Enric, nosotros. Ya ves, ese Emperador del Paralelo de tres al cuarto, que todo el día está hablando de quemar conventos y hacer la revolución, ¿a quién odia? A nosotros, a los revolucionarios de verdad, a los anarquistas...

—Bueno, no te olvides del odio que también siente por los burgueses de la Lliga, parece que quiera colgarlos a todos...

—Pero no los ataca por burgueses, compañero, no te confundas, no es un ataque revolucionario, no es como nosotros, que los atacamos porque estamos en una lucha de clases, no, él los ataca porque son catalanistas...

También comentaban los artículos de *La Publicidad*, en los que Lerroux usaba un verbo incendiario que tanto podía atacar a la Iglesia católica como mandar furibundos improperios contra el sindicalismo anarquista o contra «la pérfida burguesía catalanista que supura pus de odio a la noble España».

—Ese tahúr asqueroso hará daño, mucho daño.

Y las conversaciones enlazaban el odio a Lerroux con la consolidación del sindicato, la preparación de la huelga general y, desde hacía unos meses, las noticias que llegaban de África, donde se anunciaba una guerra inminente.

Fue aquella guerra que estaba a punto de estallar la que heriría a Enric con un corte seco e inesperado. Y aunque sería una herida sin sangre, ninguna sangraría como esa.

Las noticias llegaban en tropel y todas con malos augurios. Los cabileños del Rif acababan de atacar, a cuchilladas, a los trabajadores de una caseta española que protegía la construcción de un ferrocarril de Melilla a unas minas de hierro propiedad del conde de Romanones y de la familia Güell, emparentados con el marqués de Comillas. El telegrama del gobernador militar de Melilla, el general José Marina Vega, dirigido al ministro de Estado, disparó las alarmas...

Ocho mañana, grupos de moros acuchillaron a varios trabajadores vías férreas. Inmediatamente salí con fuerzas cañoneando enemigo y atacando, desalojándose tres alturas hasta Yebel Sidi Ahmed el Hach. Combate terminó a eso de las trece, quedándome en posiciones conquistadas. Hasta ahora se conocen bajas un oficial muerto y dos heridos y unos treinta de tropas entre muertos y heridos.

Después de ese ataque hubo otro y otro, y la retahíla de pólvora tronó en la península. El gran negocio que se estaba forjando en África empezaba a peligrar a causa de las incursiones bereberes, y la maquinaria del triunvirato que sostenía el poder de España, Ejército, grandes fortunas y monarquía, activó la guardia. Los titulares de los periódicos se pusieron al servicio de la causa, y empezaron a sonar las trompetas del infierno. «Marroquíes desleales a la generosa nación española», gritaba el general Marina desde el Gurugú, y la prensa replicaba «Cobarde agresión. Españoles muertos», mientras relataba el esfuerzo de España por llevar el progreso a tierras desagradecidas. Solo se trataba de una rebelión delictiva, aseguraba Maura desde la presidencia, y reducía la contraofensiva española a una mera operación policial.

Pero el 10 de julio se firmó el decreto de movilización de tres brigadas mixtas, y cuarenta mil hombres fueron llamados a prepararse para la guerra; entre otros, los reemplazos posteriores a 1903, que implicaba la movilización de hombres casados, la mayoría con hijos. La tercera brigada tenía que provenir de Cataluña, y fue la única que recibió la orden de ir inmediatamente al frente. En las páginas de *El Poble Català*, el periodista Antoni Rovira i Virgili escribía enfurecidos artículos contra el colonialismo y la servidumbre del poder a los intereses de las grandes familias españolas, y el periódico se preparaba para una gran revuelta contra la guerra...

Va ganando fuerza el rumor de que el proletariado catalán y español se prepara para empezar su acción contra la guerra. ¿Será una protesta callejera, violenta y escandalosa? ¡Oh, no! La fuerza de los obreros no reside en el ruido agresivo, sino en la resistencia. En lugar de levantar los brazos hacia arriba, los proletarios los cruzan y combaten. Y contra eso, contra esta actitud, ¿qué poder, qué voluntad puede triunfar?

Para concluir que «nosotros estamos de parte de los obreros en todo y para todo en esta hora decisiva». Y si en *El Poble Català* tomaban partido claramente, desde *La Publicidad* las soflamas lerrouxistas llamaban a la sublevación. El ambiente se iba volviendo pesado a medida que la idea de un paro obrero empezaba a tomar forma. «Incluso Pablo Iglesias, que es un timorato, ha hablado

de hacer una huelga general si siguen enviando trabajadores a la guerra», comentaban en las reuniones sindicales, y los líderes de Solidaritat Obrera se preparaban para hacerla posible.

Ajetreado y al mismo tiempo excitado por los acontecimientos, con un ánimo renovado que no tenía desde que había regresado, Enric se dedicó con todas sus energías a aquella preparación. No se podía repetir el fracaso de la huelga de 1902, y, ahora que tenían el poderoso instrumento de un sindicato unificado, nada podía fallar. «El lunes, la general», se decían unos a otros, a modo de saludo, y aquel buen augurio que repetían como una letanía era una corriente de energía revolucionaria que traspasaba las membranas auditivas y aterrizaba en la zona del cerebro donde se originan las esperanzas.

Aquella mañana la tenía especialmente ocupada. Debía reunirse con la sociedad de tipógrafos y más tarde con la de confiteros, donde lo esperaba Salvador Seguí, un joven sindicalista que fascinaba a Enric porque le parecía el mejor orador que había oído en toda su vida. «Será un gran líder», repetía a menudo, pero no todos los compañeros compartían su admiración. «Va demasiado por libre», respondía la voz de la desconfianza. Y después de la reunión con Seguí, unos cuantos habían quedado para comer con la Societat de la Dependència Mercantil, el poderoso gremio de Antoni Badia. Cuando Jep, uno de los compañeros de piso de Enric, con su parsimonia habitual, le gritó «Riquet, vienen a verte», se imaginó que sería un amigo con algún encargo y salió animado, con el torso desnudo, y con un «Salud, compañero» que se quedó a medio pronunciar. Tardó unos segundos en darse cuenta de quién era aquella mujer gorda, cargada de joyas y embutida en un vestido imposible que le sonreía ligeramente.

—¿Qué hace aquí, mamá? ¿Cómo... cómo ha sabido dónde estaba? — preguntó desconcertado.

Y con voz medio llorosa, la madre de Enric le dijo:

—¿Acaso creías que no sabíamos que habías vuelto?, ¿que no sabíamos dónde estabas? Nunca hemos dejado de preocuparnos por ti, ni tu padre ni yo.

Y aquella mañana de julio de 1909, sentado en una banqueta del comedor de la casa de la calle Bailèn, en plena preparación de una huelga general contra los reemplazos de soldados enviados a morir a África para defender las minas de hierro de los poderosos, inflamado por el ideal de luchar contra la injusticia, su

madre le dijo que había sido llamado a filas.

—Pero no debes preocuparte por nada. Tu padre, que te quiere más de lo que te mereces, hijo, ay, Dios mío, aunque no te haya visto desde hace tres años, el pobrecillo ha pagado los seis mil reales de la soldada, y no tendrás que ir a la guerra. —Y concluyó—: Enric, tu padre te ha salvado.

—¡No! —se oyó en el comedor de la casa de la calle Bailèn.

Y también en la calle, donde unas damas curioseaban en el escaparate de una tienda de ropa, y el grito saltó por encima del tranvía que transitaba indolente, unas calles más allá, y luego estalló en la sede del sindicato, donde los compañeros preparaban las estrategias de combate, y cruzando las montañas, resonó en la casa de Perpiñán donde se había refugiado durante el exilio, y más allá, se paseó por un café de una plaza de Bruselas, y en una taza de chocolate, cerca del Sena, acabó ahogándose. «¡No!», y ya no fue un grito poderoso, sino un lamento, un quejido que se esforzaba por agarrarse a la garganta, un gimoteo que apenas parecía un sonido. «¡No!», y su madre se fue, desanimada y sin dejar de sollozar, sin haber conseguido un abrazo de su hijo.

Sentado en la banqueta, mirando distraídamente un cartel de la Escuela Moderna que había colgado en la pared, «Boletín de la Escuela Moderna. Enseñanza científica y racional», leyó como un autómatas, quedándose desorientado durante unos minutos.

«No lo ha hecho porque me quiere, lo ha hecho porque quiere demostrar su poder, porque soy un juguete para él, una marioneta», se iba repitiendo, en una letanía de niño pequeño. Luego, como si despertara de una pesadilla, el hígado escupió la bilis, que le subió por la garganta, le quemó el aliento y, en el umbral de los labios, disparó la munición cargada con años de rabia.

—¡Desgraciado! —gritó—, nunca dejaré de humillarme.

Y empezó a tirar al suelo los pocos muebles de la estancia.

En algún instante de aquel arrebatos de furia, la semilla de una idea oscura empezó a echar raíces.

## «A SUS ÓRDENES, GOBERNADOR»

Acababan de salir de la reunión, y aunque el momento no permitía disfrutar de una tranquilidad demasiado estable, las garantías del capitán general los calmaron un poco. La conversación fue tensa, pero no a causa del grupo de hombres poderosos que había solicitado la reunión, sino por la estridente pelea entre el gobernador Ossorio y el propio capitán general, Luis de Santiago Manescau, que estaba furioso. Los acontecimientos se estaban precipitando de manera peligrosa y la alarma se acababa de disparar después de los hechos del puerto de Barcelona, cuando una multitud de mujeres había intentado que el reemplazo del Batallón de Cazadores de Reus no embarcara en el vapor *Cataluña*, camino de la guerra.

«¡Han tirado al suelo a las damas que iban a repartir escapularios!», exclamaban en los salones selectos. «¡Se han enfrentado al Ejército!», resonaba el eco, «Ha habido disparos y detenidos», concluía la voz del orden de las familias de orden en las casas de orden. Y en medio del coro desafinado se entonaba el aria del miedo: «¡Han declarado la huelga general!». El bramido de la calle se alzaba como un fuego de San Juan y la llama encontraba la gasolina de los discursos arrebatados que animaban a rebelarse contra la monarquía, contra el Ejército, contra la Iglesia, contra todo aquello que representaba el odiado orden establecido que mandaba a la gente a morir en defensa de los intereses de los poderosos.

Los republicanos levantaban indignadas voces contra una guerra injusta y cruel; los anarquistas preparaban la revuelta obrera y soñaban con el éxito de una huelga general que acelerara la revolución, y, en el rincón más oscuro de la lucha, Lerroux se quitaba el sombrero de copa y el traje, se quedaba en mangas

de camisa, con el pañuelo rojo en el cuello, y gritaba que lo quemaran todo. «¡Matad, destruid, entrad a saco, saqueadlo todo, no os detengáis ni ante los sepulcros!», clamaba el lerrouxismo. En los salones de la burguesía resonaba el fragor de la violencia, y en las celdas de los conventos aterrizaba el grito de Lerroux, asegurando que elevaría a las monjas a la condición de madres. Los catalanistas lo consideraban un españolista furibundo, los republicanos un peligroso demagogo y los anarquistas lo dibujaban como un falsario traidor.

«Sale de los grandes restaurantes de Barcelona, saciado como una garrapata —aseguraban en el sindicato—, y luego, en los cafés de Poble Nou, se desgaña a favor de los obreros mientras se saca un bocadillo de sardinas del bolsillo y finge que no ha comido.» «Un tahúr, un liante, un revolucionario de frac y brillantes», decían unos, «Y un traidor al pueblo», replicaban otros. Pero en las Casas del Pueblo lerrouxistas, los «jóvenes bárbaros» leían con fruición *De la lucha*, el libro que Alejandro Lerroux había escrito hacía un año y en el que el Emperador del Paralelo aseguraba que el fuego redentor de la destrucción debía crear un orden nuevo...

Jóvenes bárbaros de hoy: entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura; destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie. Romped los archivos de la propiedad y haced hogueras con sus papeles para purificar la infame organización social. Penetrad en sus humildes corazones y levantad legiones de proletarios, de manera que el mundo tiemble ante sus nuevos jueces. No os detengáis ante los altares ni ante las tumbas...

Cuando un día un colega anarquista dijo que lo peor de Lerroux no era que fuese un traidor ni que tuviera una ideología frívola, sinuosa y oportunista, sino que era mercenaria, Enric pensó que era la mejor definición que habían hecho de aquel incendiario que no tenía otro objetivo que sembrar el caos.

Pero si el miedo entre obispos, aristócratas y burgueses se había desencadenado a partir de los hechos del puerto el 18 de julio, las noticias de una semana después aceleraron el temor de unos y la rabia de otros. Los periódicos hablaban de trescientas bajas, la mayoría procedentes de Cataluña, y explicaban que se había perpetrado una operación militar torpe, que habían mandado tropas reservistas, llegadas a Melilla el día anterior, sin ninguna preparación ni apoyo, a posiciones avanzadas, y que la masacre se había producido en un abrir y cerrar de ojos. Y mientras en las casas de los soldados caídos las familias iniciaban el

cántico de dolor, las diversas Barcelonas tomaban posiciones y se preparaban para el asalto. En la calle Provença hacía tiempo que había germinado el miedo.

Fue un mediodía de aquel julio convulso, a la salida de un concierto en el Palau de la Música, cuando surgió la idea. Hacía ya unos meses que Albert no frecuentaba los círculos catalanistas, y, a diferencia de su hijo, que se había comprometido de lleno en la creación de Solidaritat Catalana, la organización que intentaba unificar los herederos de la Lliga con los republicanos, los federalistas y los carlistas «Desde Carner a Cambó, incluso con el apoyo de Salmerón, todos juntos para conseguir la unidad del catalanismo, que tanta falta nos hace», le decía Avel·lí, él se sentía cada día más alejado y al mismo tiempo más irritado. Le parecía que toda esa gente de orden que había nacido para defender los intereses empresariales catalanes frente a Madrid, «que es la manera de defender a toda Cataluña», decía convencido, había ido derivando hacia posiciones cada vez más radicales, y el regionalismo que los inspiraba se había convertido en un auténtico movimiento nacionalista de cariz más político que económico.

«¿Y qué esperaba? —le replicaba Avel·lí cuando lo oía refunfuñar—, ¡pero si somos los herederos de la Renaixença y de la lucha de los fueros catalanes y de las Bases de Manresa, papá! ¿Qué pretende que seamos sino luchadores por Cataluña?» Y en los apasionados debates que de ello se derivaban, el único nombre que tranquilizaba a Albert era el de Cambó, «que todavía conserva el juicio, y mira el buen trabajo que ha hecho en Madrid, tenéis suerte de que sea el líder». «Con matices, papá, con matices», respondía Avel·lí, cada vez más alejado de un Cambó en creciente ascenso como político español.

De hecho, justamente por la política de Cambó y a pesar de los grandes éxitos electorales de los últimos tiempos, la crisis interna entre los diferentes sectores de Solidaritat empezaba a ser evidente. La rueda de la unión y desunión del catalanismo volvía a moverse de manera implacable, como siempre lo había hecho desde que había vuelto a renacer el sentimiento catalán.

Sin embargo, eso ya no era problema de Albert, porque desde los hechos del ¡Cu-Cut! y la consecuente represión política, su decisión de alejarse de todo aquel mundo catalanista cuyos éxitos solventes no veía, pero que aun así enervaba el sentimiento patriótico español, se acentuó. Solo faltó el grave atentado que sufrieron el líder republicano Salmerón y Cambó en un mitin de

Solidaritat en Sants para acabar de tomar la decisión de cortar los vínculos que aún tenía con la Lliga.

De ese atentado que había tenido lugar dos años atrás, y que nadie dudaba que había sido obra de los lerrouxistas, Albert extrajo dos conclusiones que pesaron en su ánimo de manera definitiva. Una, que el gran Cambó, el único líder político en quien confiaba, podía morir fácilmente, y de hecho había estado a las puertas de la muerte. Y aunque el obispo Torras i Bages aseguraba que si Cambó sobrevivía a aquel atentado lo honraría más que cualquier condecoración, en aquellos trágicos hechos Albert no había visto honra sino fragilidad y riesgo. Jamás olvidaría la imagen del gran político cuando lo visitó en la clínica del doctor Fargas, adonde lo habían trasladado después de los primeros auxilios en la farmacia del doctor Sisó. Cadavérico, casi sin poder respirar, con la bala alojada en el pulmón y convencido de que estaba a punto de morir. El propio doctor Fargas y otros médicos que lo atendían también eran pesimistas. Sin embargo, Cambó sobrevivió, su liderazgo se fortaleció y, con él, Solidaritat Catalana renovó su empuje; pero lejos de animar a Albert a retomar antiguas relaciones, el atentado fue decisivo: el catalanismo era un territorio arriesgado. Porque, además, la segunda conclusión del atentado era rotunda: él mismo corría peligro si se mantenía cerca de todo aquel mundo político, situado en la primera fila de los conflictos.

¿Qué era él sino un empresario, un hombre de bien, un constructor de riqueza y de bienestar! Y alguien como él no podía estar en contra del poder, sino cerca de los que mandaban, allí donde se tomaban las decisiones que lo afectaban. A partir de aquí, el razonamiento se caía por su propio peso, impelido por la lógica de la inapelable realidad catalana: el poder estaba en la corte madrileña, en el Parlamento español, en los cuarteles militares, en los despachos de la púrpura episcopal, y en todos esos sitios el catalanismo era ahuyentado, siempre percibido como un enemigo. ¿Dónde debía estar él para preservar su bienestar y el de su familia? «¿Dónde debo estar sino con la gente que impone el orden...!»

El miedo echó raíces, las dudas se convirtieron en certezas, la inquietud dio paso a la firmeza, y, sin prisa pero sin pausa, fue abandonando los círculos de la Lliga mientras consolidaba las nuevas amistades que hacía en el Club de Polo. Fue allí donde, entre otros, conoció a los Güell.

Todo aquello se había empezado a forjar dos años atrás, cuando la tempestad

aún estaba lejos, aunque ya se vislumbraba la oscuridad. Pero ahora, con la guerra de África llevándose a padres de familia, los sindicalistas amenazando con paralizar todo el país y los lerrouxistas llamando a destruirlo todo, ya no había tiempo que perder. No se trataba de cambiar de círculos sociales o de alejarse de los sectores catalanistas, sino de reaccionar con todos los recursos posibles para preservar el orden social. La prioridad había pasado de ser individual a ser colectiva, y la necesidad de garantizar los bienes religiosos y las propiedades privadas, que eran el objetivo predilecto de las proclamas lerrouxistas, se convirtió en la prioridad más perentoria del mundo en el que se movía Albert. De hecho, en la única prioridad.

Fue así como el runrún que recorría los salones de las casas de las familias acomodadas estalló a la salida de un concierto en el Palau de la Música, cuando el capellán privado de la familia Descaus se atrevió a decir que había que ir a ver al gobernador.

—Debemos garantizar que los bienes de la Iglesia no correrán peligro.

—¡Ni tampoco los nuestros! —respondió el banquero Tibau con una voz tan rotunda que obligó a darse la vuelta a todos los sombreros de copa del encuentro.

Algunos de los presentes recordaron que Solidaritat Catalana había exigido una reunión urgente de las Cortes justamente para tratar los motivos de la guerra y también las pésimas condiciones de los reemplazos, pero el resto los obligaron a callarse.

—Solidaritat quiere hacer política, nosotros debemos preocuparnos de salvar los muebles —dijo un industrial textil, y todo el mundo asintió.

Pocos días después, la reunión con el gobernador Ossorio y el capitán general ponía en marcha la maquinaria que tenía que reprimir la revuelta y garantizar el orden establecido.

—Hagan lo que tengan que hacer —dijeron los reunidos—. Sea lo que sea, tendrán nuestro apoyo.

Y aunque el gobernador era contrario a declarar el estado de guerra inmediatamente, lo cual comportó una intensa discusión con el capitán general, este fue tajante...

El ministro De la Cierva me ha dado instrucciones. No permitiremos que los alborotadores violenten la calle. Tengo preparado el bando con la declaración de estado de guerra. Por supuesto, desplegaré a la Guardia Civil, y me dispongo a desplegar refuerzos militares de otras provincias, con artillería pesada,

si es necesario. Además, pondré bajo mi mando a los guardias de seguridad, a los guardias urbanos y a la policía local. Garantizaremos el orden, con todas las fuerzas que sean necesarias.

Albert salió de la reunión con la convicción de que estaba en el bando adecuado, porque era el bando que siempre ganaba, y él no había alcanzado aquella cima de poder y fortuna para ser de nuevo un perdedor. Además, los años habían acentuado el odio hacia esos movimientos anarquistas que ponían en peligro el orden social que con tanta dificultad había conquistado.

Las ideas de Ferrer i Guàrdia habían destruido a su hijo, a quien llevaba años sin ver, y las bombas anarquistas habían sido el eslabón que garantizaba la cadena de la represión, mientras los lerrouxistas alimentaban el caos y los amigos catalanistas se perdían en reivindicaciones «que son de medio pelo, el hazmerreír de las Cortes españolas», decía con desprecio. No veía otra salida que actuar como lo que era, un empresario poderoso que levantaba el puñal para defender sus bienes, despojado de todo ideal y de toda patria, solo ante la conjura de los desarraigados y los desharrapados que ponían en peligro su patrimonio. Y, si era necesario organizarse y reunirse con el capitán general, ahí estaban los grandes empresarios catalanes, unidos y resueltos.

Incluso en las conversaciones indolentes en el Polo con su amigo Xió, mientras paseaban a Bibí y a la Xineta vestidas con delicadas telas y joyas que enaltecían su joven esplendor, ambos contentos de poder exhibir aquellos bellos trofeos de poder, Albert iba más allá y planteaba que quizá sería necesario tener a algunos sicarios en nómina, «porque, amigo, en algún momento tendremos que dar un paso al frente y dejarnos de tonterías. Debemos eliminar a los líderes de esos radicales. O ellos o nosotros». Y, llegado el caso, a él no le temblaría el pulso. Al fin y al cabo, ya lo había hecho cuando daba palizas a los deudores del señor Liubó, y si no había llegado a matar a alguno de ellos fue porque antes ya había matado a su amo.

La diferencia, sin embargo, radicaba en que ahora el amo era él, y si era necesario llegar a la violencia serían otros quienes se ensuciarían las manos. Se había convencido de que el momento de defenderse de todas las maneras posibles, incluido el asesinato, estaba a punto de llegar. Xió se mostraba totalmente de acuerdo con su amigo, y cuando empezaron a hablar del asunto con otros empresarios que frecuentaban el club se dieron cuenta, con satisfacción, de que aquella idea no escandalizaba a nadie. Al contrario, más de

un burgués con sombrero de copa, puro de tarde y misa los domingos les había comentado que pronto habría que ponerse manos a la obra.

Una noche en que le costaba dormir se levantó de la cama y, sentado en el sofá del comedor, empezó a pensar cómo había que organizar todo eso. «Deberíamos contratar a algunos policías sin escrúpulos, gente decidida», planeó, convencido de que siempre encontraría a miembros de la seguridad que tuvieran ganas de eliminar a algunos anarquistas. «Pero deberíamos ir a por los líderes, descabezar a la serpiente...», y al imaginarse a todos aquellos hombres como serpientes con las cabezas cortadas, se dio cuenta de que no sentía ninguna empatía ni misericordia por ellos. «Soy un inmoral», se dijo, y pensó que la inmoralidad no era más que otra forma de moral, y que nadie podía juzgarlo.

Y como siempre que el aguijón de la conciencia intentaba picarlo, recurrió a los recuerdos de Cuba y a su lucha por sobrevivir para silenciarla. «¿Dónde estaban los jueces de la moral cuando moríamos como ratas en la travesía hacia la guerra o cuando nos pisoteaban los caballos desbocados o nos chupaban las piernas las sanguijuelas de las ciénagas cubanas?» Y, mano de santo, volvía la calma. La única moral exigible en aquella selva humana llena de depredadores era la que garantizaba la defensa del bien propio. «La moral de la autodefensa», la llamaba, satisfecho.

Autodefensa y también defensa de los pilares del sistema social que lo habían convertido en un triunfador. Y uno de los pilares era la Iglesia. Albert jamás había sido religioso, se había endurecido demasiado para creer en dioses y curas, pero consideraba la Iglesia como un freno eficaz de las ideas revolucionarias que solo podían conducir al caos. Y la posibilidad de que la Iglesia no tuviera el monopolio de la educación, como había ocurrido durante siglos, lo aterraba. Por eso precisamente Ferrer i Guàrdia era el enemigo público número uno, y algún día habría que pararle los pies definitivamente.

A pesar de todo, era cierto que habría podido entender como nadie el dolor de las familias que despedían a sus padres y a sus hijos, camino de la guerra, pero también lo era que hacía tiempo que se había liberado de cualquier empatía con el prójimo. Cuba lo había curado de la distracción de la caridad, «que jamás me habría convertido en un triunfador», y si nadie había llorado su desgracia mientras pasó tantas penas, o cuando estuvo a punto de morir, o cuando tuvo que matar a otros pobres desdichados, ¿por qué debía llorar ahora por la desgracia de

unos desconocidos? Solo había dos opciones para sobrevivir: ser cazador o ser cazado. Y aquel julio de 1909, con el resto de los hombres como él, Albert Corner i Espiga se preparaba para la cacería.

En cambio, no estaba preparado para considerar a Enric como una de esas sabandijas a las que había que cazar. ¿Cómo había ocurrido? ¿Cómo era posible que su propio hijo rechazara aquel mundo brillante, vedado a la gente como ellos, y que sin embargo su padre había sido capaz de conquistar? ¿Qué quería ser? ¿Un infeliz, un pobre diablo, un desventurado que devolvía a su familia a la condición miserable de la que había huido? ¿Qué clase de vida sería esa? Y cuando esos pensamientos rondaban los desayunos con Elisenda, las tardes del Polo con su amigo Xió y las caricias lujuriosas de Bibí, Albert se veía a sí mismo como un triunfador que había fracasado en la única misión que parecía fácil, la de ser padre.

«Tienes más hijos, Albert, y ninguno de ellos te ha fallado. No te culpes, no haces más que preocuparte por él», le decía Xió, convencido de que el hijo de su amigo era la oveja negra que toda buena familia debía sufrir. Y lo que decía Xió era cierto, no le había fallado Avel·lí, que ya había asumido una gran parte de la dirección de la empresa; ni tampoco Mariona, que acababa de cumplir veinticuatro años y llevaba dos casada con un chocolatero de renombre, y tampoco le fallaría nunca la más pequeña, su Montserrateta, que a pesar de la palidez de su piel y su imagen de fragilidad, gozaba de una belleza intensa que hacía florecer sus diecisiete años, coronada por un talante servil y amoroso. «Vamos a casarla bien, Elisenda, muy bien», decía, ufano, Albert, y se sentía lleno de orgullo paterno. Los tres eran unos buenos hijos, gente de bien que se ocuparía del patrimonio familiar y sabría cómo hacerlo más grande. Todos menos Enric, que luchaba justamente por lo contrario, por destruir el castillo que habían edificado con tanto esfuerzo. Y luego estaba Merceneta...

Merceneta era la cuarta de los cinco hijos del matrimonio y la que más tardó en nacer. Elisenda estuvo treinta y seis horas de parto, y en algún momento se temió por la vida de ambas. Pero después de empujar, sudar, gritar y llorar durante toda una noche, todo un día y toda la noche siguiente, a las diez de la mañana del 8 de abril de 1888, justo cuando se abrían al público las puertas de la Exposición Universal de Barcelona, nacía una niña de casi cinco kilos que llegó al mundo con un llanto tan estridente que parecía que se le iban a romper los

pulmones.

«Por suerte ha nacido hoy y no quince días atrás», pensó Albert, agradecido por que Merceneta no le hubiese impedido asistir a la inauguración oficial de la Exposición, que habían presidido el rey Alfonso XIII, el presidente Sagasta y el alcalde Rius i Taulet. Aunque estaba un poco lejos de la comitiva real, mezclado entre la multitud de empresarios, periodistas, escritores y toda clase de gente relevante invitada por el alcalde, pudo ver a aquel pequeño rey de dos años que la reina regente María Cristina llevaba en brazos, al lado de la princesa María de las Mercedes. Y en un segundo entarimado, muy erguidos y satisfechos, lucían sus mejores galas los ocho prohombres que habían hecho posible aquel gran acontecimiento que puso a Barcelona en boca del mundo. «Mira, Elisenda — exclamó excitado—, el banquero Manuel Girona, y el gran jurista Duran i Bas, y también el marqués de Comillas, y fíjate, Romaní, ese gran empresario del papel al que conocí hace unas semanas, del que dicen que ha revolucionado la industria papelera con técnicas modernas procedentes de Italia. Y mosén Cinto, míralo, Elisenda, míralo, el gran Jacint Verdaguer, ¿lo ves?»

Y entonces, como siempre que mosén Cinto salía en las conversaciones, Albert recordó el día que lo había saludado en casa de los marqueses de Comillas, de quien era capellán privado y limosnero. «Algún día leeré *La Atlántida*», aseguraba con una impostada trascendencia que acostumbraba a hacer reír a su mujer, que en toda su vida no había visto a su marido con un libro en las manos. Con los años, para Albert, Verdaguer se convertiría en la figura del catalán de orden que sabía luchar por Cataluña con la inteligencia de la moderación, sin enfrentarse a España sino siendo su aliado, y aquella idea encendía, inevitablemente, la chispa de la discusión...

—Mosén Cinto fue a ver personalmente a Alfonso XII con el Memorial de Greuges catalán, y no lo habría recibido si no hubiera sido un hombre como Dios manda, Avel·lí, así es como se hacen las cosas... —le decía a su hijo en las conversaciones cada vez más encendidas que mantenían, y en las que Avel·lí le respondía siempre con la misma pregunta retórica...

—¿Y qué conseguimos, papá, dígame? ¿Qué conseguimos los catalanes? Yo se lo diré: nada de nada, nunca conseguimos nada, porque solo nos aceptan cuando dejamos que nos manden...

—¿Nada? ¿Y cómo imaginas que logramos hacer la Exposición Universal

del 88 en Barcelona? ¿Cómo? ¿Crees que nos la habrían permitido si Rius i Taulet y los grandes empresarios catalanes no hubieran pactado con el Gobierno y con toda la corte de Madrid...?

—¿Me habla de la Exposición Universal? Solo piensa en nuestros intereses de clase, papá, pero nosotros somos una parte muy pequeña de la sociedad. ¿Por qué no me habla de las condiciones de los trabajadores en las obras de la Exposición, todas aquellas horas sin respiro y aquellos míseros sueldos? Así solo conseguiremos rabia del pueblo y desprecio. Por eso nació ese sindicato de la Unión General de Trabajadores, justo en plena Exposición, porque las condiciones de los obreros eran terribles y alguien debía defenderlos. ¡Y los precios, qué me dice de los precios!

—Me hablas del aumento de los precios, pues claro que aumentaron, pero no me hablas de la causa, más dinero, más trabajo, Barcelona en el centro del mundo, ¿todo eso qué, no existe? ¡Y si había obreros fue porque había trabajo para ellos! Sí, estaban cansados, pero trabajaban, y de eso se trataba, Avel·lí, de trabajar y no morir de hambre. ¡Cómo puedes criticar la Exposición si fue una fuente de riqueza!

—¡De riqueza para unos y de explotación para otros! Y no olvide que fue un acto de servilismo a España, y no soy yo quien lo dice, yo era un crío, papá, poco podría decir. Pero usted, usted leía lo que decían los periódicos, y conoce muy bien las críticas de los pensadores más serios de esos años. ¿O es que nunca leyó a Valentí Almirall, que lo expuso muy claro? «Una expresión del pacto entre la burguesía catalana y la monarquía centralista», la llamaba, y añadía que esos pactos siempre han perjudicado a los intereses catalanes.

—Almirall, a quien acabas de nombrar... ¡Vaya pasmarote, un memo sin cerebro! ¿Cómo puedes decir que los pactos nos perjudican? ¿Cómo puedes decirlo si solo conseguimos cosas para Cataluña cuando demostramos a los de Madrid que somos de fiar y nos ponemos de acuerdo? Sin España no vamos a ninguna parte, Avel·lí, a ninguna parte. ¿Cuál habría sido tu alternativa, dime, cuál? ¿No hacer la Exposición y no pactar con la Corte? Pues no habríamos hecho la Exposición, se la habría quedado otra ciudad y nosotros a dos velas. Nada, los catalanes no conseguiremos nada si no asumimos nuestra flaqueza y nos convertimos en sus aliados. Vuestras ideas nos conducen al aislamiento y a la represión.

—¡Basta, papá, basta de pedir limosna a España! Somos un pueblo antiguo y digno, y nos quieren siempre de rodillas, siervos de su imperio. ¿Y qué nos dan cuando nos portamos bien? Solo unas pocas migajas, papá, solo unas migajas mientras nos sangran las entrañas. ¡Ha llegado el momento de levantarnos y mirarlos a la cara!

Y en aquel punto de la discusión, que el hijo pretendía épico y el padre consideraba pretencioso, ambos iniciaban una lamentable espiral de reproches que siempre terminaba en un callejón sin salida. Solo se ponían de acuerdo en la importancia fundamental de la figura de mosén Cinto, a quien acompañaron en su entierro multitudinario hasta Montjuïc, donde lo esperaba una tumba frente al mar, excavada en la roca.

—Nunca se ha visto y nunca se verá un entierro como ese —asentían a coro, aún impactados por aquella marea de miles de personas que llenaban plazas y calles con el único propósito de despedir a su poeta.

—¡Y cómo lo hicieron sufrir nuestros amigos! —apostillaba siempre Avel·lí al recordar el castigo *a divinis* que le impuso el obispo Morgades por su reiterada insubordinación y el posterior rechazo de todos los prohombres que lo habían protegido—. Jamás he leído nada tan extraordinario como sus artículos en respuesta a los ataques. «En defensa propia», ¡vaya sí eran en defensa propia!, pobre mosén Cinto, qué final tan terrible.

Y en ese punto de los reproches de Avel·lí, Albert siempre se callaba.

Todos esos hechos y esas personas, mosén Cinto, su entierro, la Exposición Universal, el pequeño rey de dos años, la burguesía aliada con la monarquía restaurada, el alcalde Rius i Tauler, todo pertenecía al territorio escurridizo del pasado, y aquel barro, moldeado a placer por el recuerdo de cada uno, nunca era un territorio confiable. «Los recuerdos siempre mienten», le decía Bibí en las pocas ocasiones en las que se ponía enigmática, y era cuando Albert se daba cuenta de lo poco que la conocía. Pero era cierto, el pasado podía ser un gran prestidigitador, un tahúr que engañaba a los sentidos y los anclaba en la melancolía, y él no tenía tiempo para vivir en el pasado. Sobre todo porque el presente gruñía amenazador.

Merceneta no era ninguna amenaza, pero Albert percibía una inquietud que nacía del desconcierto que su hija le provocaba. Era la menos agraciada de las tres y también la más arisca. Ni dulce como Montserrateta ni abierta y resuelta

como Mariona, y a todas horas iba con libros y revistas de mujeres bajo al brazo. «¿Qué provecho sacarás de tanta lectura? ¿Es que no ves que no vas a casarte?», la reñía cuando la veía sentada en el chéster del saloncito, ensimismada con alguna novela o con algún artículo de la revista *Feminal*, cuyos números acumulaba sobre el canterano de su cuarto para desesperación de las muchachas del servicio, que siempre querían tirar todo aquel montón de papeles. Un día le cogió el libro que tenía entre las manos, *La fabricante*, leyó en voz alta, y se echó a reír inmediatamente. «¿Una mujer fabricante? ¡Adónde iremos a parar, vaya tontería! Dejad que seamos los hombres quienes fabriquemos y construyamos, y ocupaos de la familia, ¿o es que queréis darle la vuelta al mundo?» «No, papá, no se trata de eso», y con la paciencia de quien enseña a los niños, Merceneta le explicó que aquella novela era de Dolors Monserdà, que trataba de una mujer de bien que ayudaba a su marido a crear una empresa, y que no se preocupara, que todo lo que leía estaba escrito por mujeres de fe y de buenas costumbres. «La primera novela de una mujer escrita en catalán», añadió con indisimulado orgullo, y su padre le respondió: «¡Tonterías, Merceneta, tonterías!».

Lo que más preocupaba a Albert era que su hija aún no tenía un buen prometido, a pesar de que ya había cumplido veintiún años, y lo peor era que no parecía interesada en tenerlo, como si aquel destino ineludible de una soltera rica no le llamara la atención ni le interesara. «¿Por qué debería casarme, papá? ¿Para tener que servir a un hombre?», respondía en alguna ocasión, con grandes aspavientos por parte de su madre, que no podía comprender de dónde habían salido aquellas ideas tan extrañas que tenía su hija. «Si no quieres ser monja y no quieres casarte, ¿qué vas a hacer en la vida? ¿Dedicarte a acompañar a la señora Monserdà y a vestir santos?», le preguntaba su madre, amedrentada, y solo conseguía una carcajada de Merceneta, en general divertida por la inquietud que sus padres mostraban por su comportamiento.

De hecho, sus padres seguían el patrón tradicional que con tanta precisión había descrito Carme Karr en uno de sus artículos, donde hablaba justamente de esa dualidad, casada o monja...

Deberíamos pensar un poco más en el tipo de educación de las mujeres, en vez de educar a nuestras hijas sobre la base de esa ridícula profecía casera: «Las muchachas, o casadas o monjas».

«Monja seguro que no, y casada ya veremos», se decía con una seguridad recién estrenada. Sin embargo, cuando veía a sus padres preocupados de verdad, siempre les recordaba que las mujeres con las que salía eran refinadas y cultas, y sobre todo católicas, y la suya no era una obra política, sino cultural. «Pero mamá, tendría que estar contenta de que salga con el grupo de la señora Monserdà, ¡pero si es una gran mujer! No podría tener mejor compañía.» Y entonces intentaba explicarle lo que hacían todas esas damas refinadas por recuperar la cultura catalana y crear centros de debate, al tiempo que ayudaban a las jóvenes de los barrios obreros. «Tendría que venir con nosotras algún día», invitaba a su madre, que acostumbraba a escurrir el bulto y a refunfuñar.

No obstante, era cierto que a Elisenda no le molestaban las compañías femeninas de Merceneta, porque todas, desde Dolors Monserdà, viuda del joyero Macià y suegra de Puig i Cadafalch, hasta Carme Karr, casada con el señor Josep Maria de Lasarte, eran señoras de buena posición que no hacían nada fuera de tono. De todas formas, esa manía de obligar a aprender a leer y a escribir a las mujeres trabajadoras, y esas ideas sobre el papel de las mujeres en la cultura, y también en la sociedad, le parecían un exceso imperdonable entre damas burguesas. ¿Qué se les había perdido a esas grandes señoras en los barrios obreros?, se preguntaba ansiosa, y la idea de que su hija las acompañara le parecía una aberración.

Finalmente, una tarde aceptó el ruego de Merceneta, que la animaba a conocer aquel insólito mundo femenino, y, a la vez, deseaba tener a su madre como cómplice, y asistió a una de las meriendas que Dolors Monserdà organizaba en su casa. Pero lo que escuchó la inquietó aún más, a pesar de las buenas intenciones de la señora Monserdà, que hablaba de evitar la radicalización de las mujeres obreras a través de la cultura.

—Al no saber ni leer ni escribir y al no tener ninguna clase de estudios, pobrecitas, caen fácilmente en manos de los radicales, y eso es lo que nosotras debemos impedir, pero no con más represión, sino con educación, amigas, con educación.

Y luego hablaba de los valores morales, de ayudarlas a ser mujeres rectas.

—Son las madres de los jóvenes que después serán anarquistas, y debemos proporcionarles herramientas para evitarlo. La cultura, amigas, la cultura las salvará.

—Pero ¿de qué les servirá aprender a leer? —preguntaba alguna dama entre sorprendida y alarmada.

Y la señora Monserdà, con un tono de voz intencionadamente conciliador, intentaba desbaratar, una y otra vez, los arraigados prejuicios de aquellas señoras ricas que tenían nodrizas y amas de llaves y chicas de servicio que nunca habían ido a la escuela ni creían que tuvieran ninguna necesidad de hacerlo.

Elisenda volvió a casa con sentimientos encontrados. Por un lado, entendía que ya estaban en el siglo xx y que todo cambiaba muy deprisa. También tenía conciencia clara del sufrimiento de las mujeres que trabajaban en las fábricas; de hecho, no quedaba tan lejos el tiempo en que ella era una joven menestral que se había casado con un mísero soldado de reemplazo. Y aunque ahora vivía en una casa modernista de la calle Provença y tenía servicio, y en la cómoda de su habitación había perlas y otras joyas que le permitían lucirse como jamás habría imaginado, e incluso tenía un marido con una amante francesa, a pesar de todo, la pobreza de la que procedía era una garra afilada y curva que siempre le rasguñaba las entrañas.

Fue esa garra la que le arañó el alma cuando oyó a aquella gran dama, en medio de otras grandes señoras ricas y refinadas, hablando de las trabajadoras de los barrios pobres que no sabían leer ni escribir.

—Esas pobres jovencitas no tienen la culpa de ser ignorantes y poco educadas, y nosotras tenemos la alta misión de educarlas para que no caigan más bajo —decía la señora Monserdà.

Y un tintín interior avisaba a Elisenda: «Habla de mí, está hablando de mí, es de mí misma de quien habla, de la joven que un día fui», y en ese momento, a pesar de las lujosas telas de sus vestidos, y el collar de perlas, y el moño perfecto que la sirvienta le había hecho por la mañana, y el perfume caro, a pesar de todos los disfraces, Elisenda Puig se sintió desnuda como jamás se había sentido. Apenas sabía leer y escribir, pero aquella carencia nunca había sido un motivo de vergüenza hasta el día de la merienda en el salón privado de la señora Monserdà.

De regreso a casa, pensó que aquellas damas ociosas y bienintencionadas harían muy desgraciadas a las chicas pobres si les daban estudios. «Sabrán leer, pero seguirán siendo pobres, ¿y entonces qué?», y decidió que aquella idea era horrorosa, que las mujeres estaban bien en el lugar que ocupaban en la sociedad, que los libros y las ideas y las empresas y las guerras eran el negociado de los

hombres, y que ellas debían intentar preservar las cosas importantes, las que eran sólidas y no se llevaba el viento, como la familia, la casa, el patrimonio.

Y al recordar todo lo que había oído y en cómo se había sentido, maldijo que Merceneta se hubiese implicado en aquel proyecto educativo.

—Educativo y moralista, mamá, es un proyecto para dar valores morales — replicaba su hija camino de casa.

Pero no, ella estaba segura de que podía ser la chispa más revolucionaria de todas.

—Cuando sepan leer, no os gustará nada lo que leerán, y ya verás, todas serán como esa anarquista que defiende unas ideas terribles sobre las mujeres — remachó con rabia.

Y Merceneta le respondía que ella no era como Teresa Claramunt, que se juntaba con espiritistas y exigía educar a las mujeres sin ningún vínculo religioso y quería que las obreras se hicieran sindicalistas y liderasen la revolución.

—Nosotras no somos como las revolucionarias de la Societat Autònoma Feminista, mamá, ¡nosotras somos mujeres de Dios!

Por la noche, cuando le explicó a Albert la reunión, ambos aumentaron la preocupación por su hija como si Merceneta se dirigiera hacia el acantilado por el que transitaba su hermano Enric. «Estas ideas nuevas, ¡adónde irá a parar este siglo enloquecido!», oyó Elisenda que refunfuñaba Albert, y al mirarlo tuvo la impresión de que la tristeza era tan física que podía tocarse con la punta de los dedos.

Albert lo intentó todo, riñó a su hija, la quiso asustar, incluso soltó alguna pequeña amenaza, pero Merceneta siempre le respondía con un tono correcto y con una voz suave que, momentáneamente, lo ganaba.

—No debes preocuparte, papá. Yo soy una mujer como Dios manda, y nunca haré nada que os avergüence.

—¡Pues cástate! Cástate con un hombre de bien —suplicaba Albert, pero solo conseguía una sonrisa conciliadora y algún abrazo. Y en aquel punto en que su hija lo calmaba, Albert se sentía un hombre derrotado.

La evolución de Merceneta se produjo de manera natural, como si fuera el último peldaño de su paso de la adolescencia a la madurez. Nunca había sido muy dada a las relaciones sociales, y entendía la lectura como una especie de refugio donde conseguía liberarse del tedio de su vida sin sorpresas. Primero

fueron los artículos del semanario *Or i Grana*, que publicaban las mujeres de la Lliga Patriòtica de Dames. La revista salía todos los sábados, con el amparo de Solidaritat Catalana, y Avel·lí compró todos los números hasta que dejaron de publicarla. «Para mi hermanita, porque le gusta leer», le dijo el día que le dio el primer número, a finales de 1906, cuando Merceneta acababa de cumplir dieciocho años. Allí descubrió a la señora Monserdà y también a Karr y al resto de las mujeres que más adelante serían tan importantes en su vida. A Merceneta le pareció curioso aquel semanario hecho exclusivamente por mujeres, con toda clase de ilustraciones acompañando los artículos, y una tipografía en blanco y negro muy limpia y cuidadosa, y lo abordó con interés. El primer número incluía el manifiesto de la Comissió de Dames de Solidaritat Catalana, y aquel texto, de abril de 1906, titulado «Nuestro lema», la impresionó vivamente...

El fundamento de la Patria es la Familia; el fundamento de la Familia es la Mujer. [...] Afortunadamente para ella, en el integral despertar de nuestra tierra se ha mezclado la Mujer Catalana: la causa de Cataluña, causa de amor, es salvada desde esta hora. Que cada casa, por amor de las mujeres, sea un pequeño refugio de la causa catalana: así cumplimos nuestra misión. Mujeres catalanas: haciendo Patria, hacemos Familia, haciendo Hogar, hacemos Amor.

Barcelona, abril 1906

Durante toda la semana leyó y releyó los artículos que se publicaban a dos columnas en las dieciséis páginas del semanario, y la frase que encabezaba el artículo central la reprodujo en su cuaderno de notas: «Venimos a hacer patria y venimos a hacer obra de amor». Cuando llegó el sábado y Avel·lí le dio el segundo número, lo cogió bruscamente y se encerró en su habitación, ansiosa por no perder ni un instante para empezar a leerlo. «Se llama *Or i Grana* por los colores de la *senyera...*», le explicaba con excitación a su madre, que no sabía de qué demonios le estaba hablando.

Pero si aquel semanario despertó su interés por las cosas que hacían las mujeres e inflamó su espíritu patriótico, fue la revista *Feminal* la que le abrió las puertas de un mundo completamente nuevo. *Or i Grana* duró tan solo cuatro meses, pero muy pronto las mismas mujeres que la publicaban empezaron a editar una revista que aparecía como suplemento de *Il·lustració Catalana* el cuarto sábado de cada mes. Se llamaba *Feminal*, la dirigía Carme Karr y, aparte de Dolors Monserdà y la propia Karr, Merceneta descubrió a muchas otras

mujeres, como la condesa de Castellà i Agnès Armengol, y también a Víctor Català, de quien devoró su novela *Solitud*. De la poetisa Josepa Massanés se aprendió su poema «La roja barretina catalana», que aunque había sido escrito hacía muchos años, la emocionó como si fuera actual...

Ja tornen, ja, amb les roges barretines  
del color de la sang que en llurs pits bull... [3]

Aparte de las escritoras, también descubrió a pintoras como Lluïsa Vidal, pedagogas, teólogas, tenistas, Amazonas, incluso participantes en concursos de globos libres, un gran muestrario de mujeres triunfadoras y valientes que le dieron la vuelta a su mundo, hasta el punto de que, de repente, todo lo que no le resultaba comprensible cobró sentido. No era solo un semanario de mujeres, hecho por mujeres, sino que las mujeres gozaban de un protagonismo insólito, eran importantes por sí mismas, y detrás de ellas no había ningún marido, ningún padre, ningún padrino que las avalara. El catalán de la revista era limpio, cristalino, decía Merceneta, pero al mismo tiempo tuvo la impresión de estar aprendiendo un lenguaje nuevo. Y de la mano de *Feminal*, Merceneta oyó hablar del papel de las mujeres en la sociedad, del catalanismo, regenerador de la identidad y la tradición catalanas, del pacifismo como única vía para cambiar la jerarquía masculina, incluso descubrió una palabra que le parecía exótica: «feminismo», que era la manera en que Carme Karr y Monserdà colocaban a las mujeres en todas las ideas de cambio. «Feminismo», repetía cuando estaba sola, y también, en alguna ocasión, hablaba de ello con las amigas de su edad, todas ya casadas, los días que iba a visitarlas.

Cuando en el número veinte de *Feminal*, hacía justamente un año, se encontró con un largo reportaje sobre las luchas sufragistas en Inglaterra, Merceneta se quedó boquiabierta. No sabía que en el mundo hubiera mujeres que exigían el voto, y devoró aquel número con una fruición enfermiza. «Soy lo que se podría llamar un *hooligan*», decía una señora llamada Emmeline Pankhurst, y aunque no sabía qué significaba aquella palabra inglesa, se imaginó que era una idea fuerte y radical. En el reportaje aparecían un montón de mujeres en el Hyde Park de Londres, con pancartas que exigían el voto femenino, y la señora Pankhurst estaba con su hija Christabel, y aseguraba que, si era necesario, emplearían la acción directa y la violencia para garantizar sus derechos. Aquella

idea le pareció peligrosa, y agradeció moverse en círculos femeninos mucho más sensatos y ordenados, pero, aun así, lo del voto de las mujeres se le quedó grabado en el cerebro, como una nota desafinada y, a la vez, extrañamente armoniosa.

La revista le mostró otro mundo que le era desconocido, el de las mujeres pintoras, que muy pronto le fascinó. En *Feminal* aparecían periódicamente las ilustraciones y los dibujos de Lluïsa Vidal, que era hija del señor Vidal i Jevellí, el propietario de la tienda del pasaje del Crèdit de donde habían salido muchos de los objetos decorativos de la casa de la calle Provença. Solo ofrecía muebles de artesanía hechos con materiales de primera, y con una perfección técnica que le proporcionó un gran renombre. Albert conocía al señor Vidal del Liceu, cuyos salones había remodelado, y cuando hablaba de él, siempre con admiración, explicaba que había sido elegido para fabricar los dormitorios reales de Alfonso XII y la cuna de Alfonso XIII. «Y también hizo los tronos de la reina regente y del infante cuando la Exposición de 1888», añadía, envanecido, para recordar inmediatamente que él había sido invitado al acto. «¿Y sabéis de quién es muy amigo? Del doctor Andreu, me ha prometido que me lo presentará.» Y entonces, invariablemente, hablaban de las pastillas para la tos que había inventado el doctor. Albert también admiraba al padre del señor Vidal, Lluís Vidal, que había sido un ebanista de fama mundial.

Pero todo eso tan relevante, que lucía con la púrpura de reyes, prohombres, inventores de pastillas para la tos y palcos del Liceu, no era lo más importante en la revista que leía Merceneta, porque el nombre propio era el de la hija del señor Vidal, Lluïsa Vidal, que con solo veinticuatro años ya había hecho su primera exposición en Els Quatre Gats. «Y ninguna otra mujer ha expuesto jamás en Els Quatre Gats», le decía con excitación a su madre. Cuando Merceneta la conoció, Lluïsa tenía treinta y dos años y era el tercer vértice del triángulo de mujeres, junto con Monserdà y Karr, que lideraba todo aquel movimiento católico, cultural y catalanista que había decidido poner a la mujer en el centro del interés. Además, acababa de inaugurar un estudio muy cerca de su casa, también en la calle Provença, donde daba clases de arte, y las visitas al estudio de Lluïsa se hicieron tan habituales que, a menudo, Merceneta se quedaba a las clases de arte como su ayudante. Cuando unos meses atrás la pedagoga Francesca Bonnemaison, que pertenecía al grupo de *Feminal*, inauguró un centro de

enseñanza para obreras solteras y jóvenes sin recursos, Lluïsa se incorporó a él como profesora de arte. Desde que la había conocido, Merceneta no se perdió ninguna exposición de Lluïsa, y un día que exponía en la sala Parés, incluso se presentó con su madre y su hermana Mariona. Con el tiempo, se convirtió en una auténtica seguidora suya, y cuando pintó un cuadro insólito en el que la figura de Dolors Monserdà estaba flanqueada por dos mujeres guerreras con lanzas y completamente desnudas, la consideró una de las mujeres más valientes que había conocido. Fue así como Lluïsa Vidal se convirtió en su confidente.

Catalanismo, pacifismo y feminismo..., de repente ya no era una muchachita sin rumbo, sino una mujer asentada en un territorio sólido y estable por el que podía caminar con paso firme. Se sentía llamada por aquel mundo femenino que reclamaba su lugar en la sociedad sin la estridencia de los radicales, pero con la cabeza alta y la voz firme. Y fue así, leyendo *Feminal* y escuchando a aquellas mujeres avanzadas, como fue recorriendo el camino hacia el territorio vedado de la revuelta femenina. No se sentía una revolucionaria, como su hermano, ni quería ser la fuente de ningún quebradero de cabeza familiar, pero acababa de descubrir un sentido profundo en su cómoda existencia, que desmentía el destino que tenía escrito desde la cuna, y la idea de que podía controlar sus decisiones fue para ella tan luminosa como transformadora. «Las mujeres de este siglo cambiaremos el futuro», decía Carme Karr, y al sentirse partícipe de aquella sacudida histórica Merceneta se daba cuenta de que ya no era una joven burguesa en busca de un marido burgués para tener una vida burguesa, indolente e intrascendente. Era una mujer del siglo XX que dominaría su propio espacio y ayudaría al resto de las mujeres de todas las condiciones a ser dueñas de su propia vida. Y saberse cómplice de un ideal tan transformador la hacía sentirse inmensamente feliz.

Albert no entendía nada de todo aquello, y cuando no comprendía el comportamiento ajeno siempre se ponía en guardia, porque nunca había dejado de ser un animal herido, dispuesto a matar para vivir. Confiaba en su hija y conocía a muchas de las damas que ella frecuentaba, pero su instinto de superviviente le advertía de que algo no iba bien. Tantos esfuerzos y tanta lucha para construir un castillo de poder y bienestar, y su princesa no quería un príncipe, ni reinar en un palacio, ni siquiera quería ser princesa, y entonces, ¿qué sentido tenía todo lo que él había creado? Y cuando esas ideas lo perseguían, lo

invadía de nuevo la tristeza...

Sin embargo, la realidad no permitía demasiadas distracciones, porque los acontecimientos se precipitaban aceleradamente y llegaban dispuestos a devorarlo todo a su paso. Fue entonces cuando, un miércoles por la mañana, recibió la carta que siempre había sabido que llegaría. «La maldición de la familia», se dijo, con la carta en las manos aún sin abrir, y se dejó caer maquinalmente en el sofá que había cerca de la galería. Luego, con la parsimonia de quien conoce la sentencia, abrió la notificación militar que llevaba el nombre de su hijo Enric.

—Llamado a filas —dijo en voz alta, y el salón principal de la casa recogió el eco y lo hizo resonar por todas las paredes, como un grito en la noche que regresaba a su garganta para volver a estallar una y otra vez.

Entonces, sentado en aquel cómodo sofá de piel, con la mirada perdida en los vitrales modernistas que decoraban la galería, empezó a reírse solo, como un orate. Al principio fue una tímida sonrisa que, casi con vergüenza, acudió a sus labios mucho antes de saber que quería reírse. Luego soltó una carcajada más ruidosa, y otra, y otra más, y finalmente se echó a reír tan fuerte que empezaron a dolerle las costillas.

—Tío Albert, ¡firmes! —gritaba mientras se desternillaba, y continuaba—: Albert Corner, ¡firmes! —se gritaba a sí mismo—. Enric Corner, ¡firmes! —mientras iba marcando el paso de desfile.

Luego, un poco más calmado, aunque aún divertido, se sentó de nuevo en el sofá y pensó que aquella situación era como una poesía maléfica, y se imaginó que Dios tenía un gran sentido del humor. «¿Y si no hago nada y dejo que se vaya a la guerra?», se dijo, y el pensamiento le resultó placentero. Al fin y al cabo, Enric nunca sería un hombre como Dios manda, era un tarambana perdido y alocado, y cualquier día podría descubrir que estaba en prisión o que había sido reventado por una bomba. «A lo mejor una guerra no le vendría mal», y nuevamente paladeó con gusto. Pero, a pesar del divertimento que le causaba aquella paradoja de un hijo que lo negaba y lo rechazaba como padre y que ahora estaba en sus manos, el aguijonazo de la propia guerra le amargó la sonrisa. Se había imaginado muchas veces castigos físicos, y alguna noche, cuando se había enterado de alguna fechoría de su hijo y lo había invadido la rabia, se veía a sí mismo azotando a Enric, «Aprende, aprende a ser un hombre»,

y la imagen le producía un hilillo de saliva que le mojaba la barbilla.

Pero no, la guerra no, la guerra no era un castigo, la guerra era un pozo ciego en el que solo se podía encontrar sangre, víboras y muerte. Y en la soledad de aquel instante suspendido, en medio del comedor de su casa, con la carta de reclutamiento en la mano, la idea de que su hijo pasara por el horror que él había transitado le pareció tan terrible que era como si él mismo volviera a la guerra. Además, sabía que, a diferencia de él, Enric no sobreviviría. «Será un hijo desgraciado, ¡pero es mi hijo!» Y si él había llegado a una posición social tan alta era justamente para que nadie de su familia cayera en ese infierno.

—Pagaré la soldada —dijo finalmente con resolución, y al imaginarse la cara de Enric cuando se enterara de que la fortuna maldita de su maldito padre le había salvado la piel, volvió a reírse a gusto—. Será el peor castigo que podría recibir. ¡Tendrá que tragarse su orgullo!

Y esa idea lo puso de muy buen humor. Cuando llegó Elisenda, que había salido a comprar unos encajes de bolillos con su amiga Lluïcina, lo sorprendió cantando.

—¡Hoy, querida, he recibido una excelente noticia!

## UNA HOGUERA

Cada vez que iba a visitar a sus padres se detenía un rato en las grandes obras que estaban haciendo en la esquina de la calle Provença con Passeig de Gràcia. Su madre decía que la señora Segimon estaba muy enfadada con el arquitecto, el señor Gaudí, y que su marido, el señor Milà, no cesaba de pelearse con él. «Pero no escucha, queridas, no escucha», añadía la señora Segimon, desconsolada.

Por toda Barcelona circulaban rumores y comentarios sobre aquella masa pétreo que Gaudí estaba levantando en una de las partes más nobles de la ciudad, y había quienes aseguraban que el insigne arquitecto estaba enloqueciendo. «Es una montaña de piedra con agujeros», comentaban unos. «¿Y qué me decís de los hierros retorcidos que está colocando Jujol? Por mucho que la forja sea de los hermanos Badia, ¡nada impide que sean muy feos!», concluía otro, y el coro elevaba el cuchicheo indignado a sinfonía estridente. «No le encargaremos ninguna otra casa, ¡válgame Dios!», empezaron a musitar los labios pintados de las grandes damas. «Es como tirar el dinero», remachaban los bigotes a la francesa, y en el sombrero de copa de la ciudad el escándalo estaba servido. Y mientras las revistas satíricas comparaban las obras con monas de Pascua, con delirios wagnerianos e incluso con el resultado de un terremoto sobre un edificio, en los cenáculos de los entendidos se escribía la sentencia: «Con esa locura, Gaudí enterrará su prestigio».

Avel·lí participaba de la idea de que aquello se parecía más a una cantera del Garraf que a una mansión de una gran familia, y cuando hablaban de ello en casa de sus padres, las comparaciones con otras grandes casas del Passeig de Gràcia eran inevitables. «Maldita la hora en que Pere Milà se encontró con Gaudí cuando Domènech i Montaner le hacía la casa al socio de su suegro», recordaba,

y entonces explicaba que Milà había conocido por casualidad al padre de Roser Segimon, y que había asegurado con toda pomposidad que la siguiente obra que hiciera Gaudí sería su casa.

—Muy gran empresario y muy de la Lliga y muy diputado en Madrid, y muy amante de las carreras de coches y todo lo que queráis, pero Milà siempre ha sido un esnob —decía Albert con indisimulado menosprecio.

—Y la pobre Roser, ¡lo que está sufriendo! —añadía Elisenda.

Y entonces, invariablemente, alguien aseguraba que aquel montón de piedras que estaban levantando no tenía nada que ver con la casa Batlló, que la familia consideraba un palacio de los reyes nórdicos.

—Y ya veremos cómo queda cuando la terminen, que, por culpa del esnobismo de Milà y de los delirios de Gaudí, nuestras casas perderán valor, porque ¿quién querría vivir al lado de una cantera?

—Pero será una gran casa —añadía alguna de las hijas, todas ellas maravilladas ante tanto esplendor, y entonces el recuento se hacía a coro.

Los Milà habían encargado más de mil metros cuadrados por planta, y la construcción incluía un sótano con aparcamiento para carruajes y coches, tiendas en el entresuelo, su inmensa vivienda en la parte noble y cuatro pisos con apartamentos para alquilar, «han proyectado una veintena», además de una enorme buhardilla con terrazas a diferentes niveles.

—¿Sabíais que quiere hacer ahora Gaudí y que Roser ha dicho que no piensa permitirselo? —comentaba Elisenda.

—Cualquier cosa, cualquier cosa... —respondían al unísono los presentes, con más desdén que sorpresa.

Y entonces Elisenda iniciaba el relato de una de las muchas historias que se contaban sobre aquellas polémicas obras que colocaban a Gaudí en la picota. Según se había lamentado la señora Segimon, el arquitecto quería culminar el edificio con una imagen monumental de la Virgen del Roser, «en homenaje a mi nombre, por Dios, ¡como si yo fuera la mismísima Virgen María!, y ya se la ha encargado a Carles Mani, pobre hombre, pero no pienso permitirlo, de ninguna manera». «¡Qué idea más estrambótica!», respondían las damas, escandalizadas, y todas coincidían en que el señor Gaudí debía dedicarse a terminar el templo expiatorio de la Sagrada Familia, «porque ya lleva treinta años haciéndolo, ¡y apenas ha construido un muro!», exclamaban con su indignación de piñón, y

añadían excitadas: «Y encima no para de pedirnos dinero, qué más quiere, ¡es un manirroto!». Las más indulgentes aseveraban que Gaudí era un gran arquitecto, pero «para las cosas del cielo, las de la tierra no las entiende», y el coro afirmaba: «Que deje para otros arquitectos de renombre las casas de las familias de bien». «Ya lo dice Maragall, Gaudí es un místico y un poeta, pero, ¡ay, queridas!, ¿es un buen arquitecto para nuestras casas?», y la carcajada de las damas culminaba su sonoro cloqueo.

Si aquella montaña de piedras le parecía a Avel·lí el sueño tortuoso de un arquitecto delirante, el edificio del Orfeó Català, que hacía apenas dos años que se había inaugurado, lo maravillaba tanto como a la mayoría de la Barcelona acomodada. «No es un auditorio de música —decían las lenguas admiradas—, es un palacio magnificante, un castillo.» «La casa del canto», según expresión de Maragall, que a todo el mundo le parecía muy oportuna. Y desde el día de su inauguración, el 9 de febrero de 1908, el edificio que Domènech i Montaner había levantado en pleno barrio de Sant Pere, allí donde durante siglos había estado el claustro del convento de Sant Francesc, se convirtió en el orgullo de la Barcelona que anhelaba Avel·lí, y con él, todos los que se habían adherido al movimiento de Solidaritat Catalana.

—El Palau de la Música, Dolcina, es la metáfora de lo que será Cataluña algún día, cuando recuperemos nuestro Gobierno —le dijo la primera vez que asistió a un concierto con su mujer, justo un mes después de la inauguración.

Enric Granados estrenaba su poema sinfónico *Dante*, y cuando Avel·lí levantó la mirada hacia el magnificante vitral de Antoni Rigalt que coronaba el techo de la sala de conciertos, mientras escuchaba la potencia musical de aquella gran sinfonía, sus ojos se humedecieron. Se sentía cautivado con una emotiva intensidad, turbadora y al mismo tiempo excitante, y durante el concierto rozó con los dedos la felicidad.

Pero no fue el poema sinfónico de Granados, ni los conciertos de música coral que llenaban el Palau de melodías delicadas y armoniosas, ni ningún otro acontecimiento musical lo que le regaló a Avel·lí uno de los momentos más intensos de su vida. Era el 28 de junio de 1908 y, aunque ya había pasado más de un año, aún le temblaba la voz cuando recordaba aquel día en que Solidaritat Catalana celebró su gran asamblea en la sede del Orfeó.

Por primera vez desde que se había implicado en la lucha catalanista, tuvo la

impresión de que podían ser fuertes, y que el sueño de un gobierno catalán estaba al alcance de la mano. El Palau estaba lleno a rebosar, los líderes de todas las familias de Solidaritat pronunciaban palabras de victoria, las *senyeres* ondeaban como si la magia modernista del edificio las hubiera hinchado de orgullo, y en la platea centenares de personas coreaban *El cant de la senyera*. «¡Es el milagro de la unidad!», comentaba la voz colectiva, y dominaba la convicción de que el Programa del Tívoli, leído en aquel teatro en 1907, con el que las fuerzas catalanistas habían sellado una candidatura unitaria, los había conducido a la gran victoria sobre los lerrouxistas. «Cuarenta y uno de los cuarenta y cuatro escaños que podíamos conseguir, ¡los hemos barrido!», gritaba un entusiasta, y el Palau recogía el eco de la euforia.

Contagiado de aquel entusiasmo colectivo, Avel·lí se sintió más implicado que nunca en la lucha por su país, animado por un sentimiento patriótico que lo vinculaba a la bisabuela Mariona, a la tatarabuela Merceneta y a cada uno de sus antepasados, en una cadena de resistencias y luchas que les había permitido sobrevivir como pueblo. Y cuando salió de aquel acto en el Palau, camino de casa, sorteando las ingentes obras de apertura de la Via Laietana, que decían que sería una gran avenida, tuvo la impresión de que Barcelona vibraba en todas partes: en obras, edificios majestuosos, grandes conciertos, líderes comprometidos y unos ideales nobles que no podían ser vencidos. Miraba a la gente boquiabierto, con un sentimiento anímico tan desbordado que se imaginaba que abrazaba a todo el mundo, como si fuera un niño, un bobo, un tonto. Y cogido del brazo de Dolcina, exultante de emoción, se dirigió a casa, convencido de que la gente como él le daría la vuelta a la historia de Cataluña.

—¡Es una lástima que no haya venido papá! —le dijo a su mujer en un momento de debilidad, pero rechazó aquel pensamiento que ennegrecía el estado luminoso que lo impregnaba.

Sabía muy bien que Albert se había alejado definitivamente de todos aquellos círculos catalanistas, y que si mantenía los vínculos con la gente de la Lliga solo lo hacía por Cambó y por los sectores más conservadores, «los regionalistas pactistas», los llamaban los amigos de Avel·lí, pero en aquel momento no quería pensar en ello, con el corazón dividido entre la admiración que sentía por su padre y el fuerte compromiso que había adquirido con Solidaritat.

—A pesar de los que abandonen el camino, no tropezaremos —dijo con una impostada solemnidad que hizo reír a su mujer.

Y, riendo, llegaron a casa.

Había transcurrido justo un año desde aquella tarde gloriosa, y ahora, con la ciudad sublevada por los reemplazos de soldados que enviaban a la guerra de África, todo le parecía más desdibujado. A diferencia de su padre, que estaba en permanente estado de nerviosismo, convencido de que Barcelona estaba a las puertas de una revolución, «Violencia y más violencia, ¡eso es lo que muy pronto vamos a vivir!», decía a todo aquel que quisiera escucharlo, Avel·lí centraba su preocupación en la lenta pero persistente rotura que se estaba produciendo en el seno de Solidaritat Catalana. «Sin unidad no vamos a ninguna parte, jamás hemos ido a ninguna parte, y siempre tropezamos con la misma piedra», repetían unos y otros, pero nadie parecía saber cómo evitar el desastre.

A menudo, en las tertulias del Ateneu Barcelonès, donde se encontraba con algunos compañeros por las tardes para debatir la situación, el repaso de los últimos años era el relato de una enfermedad crónica. Habían estado unidos y nuevamente desunidos, y en aquel maléfico vaivén ganaban y perdían elecciones, mientras el martillo represivo del Estado caía sobre el catalanismo, implacable y constante. Eran «los hijos degenerados de un contubernio monstruoso», clamaba Lerroux en los mítines, mientras aseguraba que quienes cantaban *Els segadors* eran «melenudos de dudoso sexo», y en las campañas electorales, en las que aumentaba los decibelios de la demagogia, el Emperador del Paralelo incitaba a la violencia...

Mañana seré el gobernador de Barcelona. Id a votar con la papeleta en una mano y el revólver en la otra. Si veis alguna de esas bicicletas de los regionalistas, haceldes poca cosa, un palito entre las ruedas y basta.

Y por todas las tierras de España la palabra «separatista» perseguía cualquier intento de conseguir alguna mejora en los intereses catalanes. «Sin embargo, jamás habíamos sido tantos, ni tan fuertes, ni habíamos estado tan unidos, y si persistimos y no nos peleamos ni nos clavamos puñales por la espalda nadie nos detendrá», clamaba alguien en medio de la conversación. «Pero Cambó está haciendo de las suyas en Madrid, ¡es tan amiguito de Maura que no ve que nos tomarán el pelo!», contradecía otro. Y entonces, de manera ineludible, empezaba

la enésima discusión entre los que creían que había que aprovecharse del nuevo Gobierno de Maura, para negociar un proyecto que iniciara la rueda de la descentralización, y los que estaban seguros de que todo eso no era más que una maniobra inteligente del Estado para entretenerlos y desgastarlos con negociaciones interminables, sin conseguir nunca nada. Los de la Lliga defendían el posibilismo, y las fuerzas de izquierda exigían plantar cara, y, entre unos y otros, la grieta en el seno de la coalición se iba ampliando. Solo faltó la oposición de la Lliga al proyecto que había presentado el regidor Francesc Layret en el Ayuntamiento de Barcelona, con la intención de implantar la neutralidad religiosa en las escuelas e introducir en ellas el catalán para que la unidad entrara en un estado de agonía.

«¡Solo pedíamos un excedente económico para construir unas cuantas escuelas laicas para niños obreros! ¿Cómo es posible que hayáis votado en contra?», gritaban los republicanos catalanistas, escandalizados y furiosos, y entonces recordaban la campaña furibunda del cardenal Casañas, que había excomulgado a todos los lectores de *El Poble Català* y había prohibido el periódico a los católicos. «Y se han dado de baja más de seiscientos suscriptores por culpa de ese roedor de cirios, y hemos perdido decenas de anuncios.» «¡Y cómo es posible que nos enfrentéis a la Iglesia, hatajo de miserables!», respondían los de la Lliga, igualmente furiosos y al mismo tiempo preocupados, y con aquellas estridentes trompetas los muros de Jericó volvían a temblar.

—La unidad se romperá otra vez —repetía Avel·lí desanimado, y la sensación de que los propios catalanistas eran sus principales enemigos lo desesperaba más que las agresivas puyas de los adversarios naturales.

«Tenemos suerte de que exista Madrid», añadía alguien, con más convicción que sarcasmo, y la idea de que cada vez que los catalanistas se peleaban el Estado tomaba alguna decisión represiva que los volvía a unir se adivinaba una herramienta eficaz. «Eso fue lo que ocurrió después de los hechos de ¡*Cu-Cut!*!», y recordaban cuando el Gobierno español, con el apoyo de Alfonso XIII, había impulsado la ley de jurisdicciones, que dejaba en manos de los militares la potestad de juzgar cualquier opinión o acto político que «atente contra la sagrada unidad de la patria».

—Ya ves, Avel·lí, si no llega a ser por Madrid y su ley de jurisdicciones, no habríamos creado Solidaritat, ni estaríamos juntos ni habríamos ganado las

elecciones. Dale tiempo a España, porque, cuanto más peleados estemos, los de Madrid y la Corona harán algo gordo contra Cataluña y nos volverán a unir. Nunca nos fallan.

—Amén —respondían a coro los presentes.

Aunque las convicciones políticas de Avel·lí eran profundas y no habían dejado de crecer, a medida que los acontecimientos crispaban la situación, su sentimiento por Cataluña no había nacido de manera espontánea ni era improvisado. Tampoco se había creado por ósmosis paterna, ya que sus padres nunca habían mostrado otra ideología que la del mantenimiento de los privilegios que habían conquistado. Y a pesar de que en los últimos años su padre se había implicado en la Lliga, Avel·lí sabía que no se movía por un compromiso catalanista, sino por la convicción de que debía estar en aquel momento, con aquella gente, en aquel lugar.

—Papá nació con el instinto de supervivencia, y por eso tiene muy agudizado el don de la oportunidad —le decía a Dolcina, a quien había contado toda la historia de la familia, incluida la guerra de Cuba.

«¡Un soldado de reemplazo!», exclamó ella la primera vez que la escuchó, y Avel·lí se dio cuenta de que no se mostraba escandalizada ni sorprendida, sino divertida. Su mujer sentía una debilidad enfermiza por las situaciones insólitas.

En realidad, Avel·lí había sido preparado para asumir la alta responsabilidad que, como hijo mayor, tendría cuando fuera un adulto: la de mantener y ampliar la fortuna familiar. «Eres nuestro heredero, recuérdalo siempre. Debes ser responsable, serio y diligente. No seas nunca un heredero derrochador, hijo, porque nos ha costado mucho conseguir lo que tenemos», y con ese mandamiento, que se repitió durante toda la infancia y adolescencia, su madre lo educó para convertirlo en un hombre de bien. Fue por eso por lo que tuvo dos nodrizas en Manresa, colegios de frailes escolapios, un profesor particular de francés, clases de tenis y de equitación, y asiento propio en el Liceu cuando solo tenía veintidós años. «Y muy pronto un coche, Avel·lí, como el de tu amigo Sanahuja», cuchicheaba su madre en los últimos años de su adolescencia.

Había sido un buen hijo, con una buena educación para convertirse, al final del camino, en un hombre de bien. Y por hombre de bien, la familia entendía un hombre bien casado, descarnado en los negocios, conservador en las ideas y católico practicante. Y casi lo habían conseguido: estaba bien casado, tenía un

instinto depredador para los negocios y era creyente, pero, a pesar del deseo de su padre, sus ideas políticas eran cada vez más arriesgadas. «Soy un burgués con injertos revolucionarios», decía en casa cuando tenía ganas de escandalizar a la familia.

El sentimiento religioso procedía de su madre, que acostumbraba a rezar una plegaria antes de las comidas y cumplía con todos los rituales católicos que marcaba el calendario. Era devota de la Virgen de Montserrat, y siempre recordaba con orgullo que habían asistido a los actos de celebración de la coronación de la Moreneta como patrona de Cataluña, «Contigo, Avel·lí, con solo dos añitos, y tu padre te subió en sus hombros para que pudieras verlo». Aparte de la fe que ella misma se esforzaba por transmitir a sus hijos, Elisenda quiso asegurar la solidez de su educación religiosa, y el encargado de ella fue el padre Damià.

Era un jesuita inteligente y culto que todos los miércoles les leía a sus hijos pasajes bíblicos que siempre transformaba en lecciones de vida. Aunque había un tiempo para la oración, en general convertía la religión en una materia divertida y tangible, alejada de cualquier abstracción incomprensible. A veces, Albert decía, socarrón, que aquel cura era un poco ateo, «como yo mismo», añadía, satisfecho. Sin embargo, lo cierto es que, gracias al padre Damià, Avel·lí se convirtió en un católico convencido, con un fervor espiritual que fluía con naturalidad cuando comulgaba en misa o rezaba el padrenuestro, o, ya casado, rezaba con Dolcina. «A veces es como si probara la luz de Dios. No la veo, pero la paladeo», y cuando aquella trascendencia lo iluminaba, se sentía un hombre feliz.

Su catolicismo, en cambio, no trascendía al ámbito de la púrpura, y, a medida que iba aumentando su militancia catalanista, iba desarrollando un fuerte sentimiento de rechazo hacia una jerarquía católica que le parecía tan inmovilista «que solo puede radicalizar aún más la situación». «Ferrer i Guàrdia es un incendiario, un sacrílego que quiere desterrar a Dios de las escuelas con toda su manía científica, pero el odio de los obispos hacia la ciencia y la modernidad tampoco es cosa buena», y aquella idea la compartían muchos de sus compañeros de Solidaritat. «No olvidéis que, salvo Torras i Bages y algún otro, a la hora de la verdad, todos esos obispos estarán con Madrid y con el rey antes que con Cataluña», decía alguien. «Y mejor no mencionar a Torras i Bages, que

nos hará regresar a las épocas de Pau Claris», apostillaba otro, provocando una carcajada general.

Como la mayoría de sus compañeros, Avel·lí había conseguido situarse en el punto intermedio entre los planteamientos de la Escuela Moderna, que consideraba revolucionarios, y los de la Iglesia católica, que le parecían retrógrados, y ambas posiciones las percibía como radicales. «Hay que ser tradicionalistas, pero mirando al futuro y no al pasado», le decía a Dolcina, convencido de ser un hombre de su tiempo, «un novecentista, como dice Xènius».

Si el sentido práctico de los negocios era herencia de su padre y la fe católica de su madre, pasada por los buenos oficios del padre Damià, el sentimiento catalán era fruto de la persistente tenacidad del abuelo Ignasi y sobre todo de la abuela Mercè, que dedicaba muchos ratos a hablar de las viejas historias del país, algunas de las cuales conocía de primera mano, bien porque las había vivido, o bien porque las había vivido su madre, Mariona, y antes su abuela Merceneta. «Nuestra familia es como esta tierra, se cae y vuelve a levantarse.» Y cuando su abuela le decía frases como esa, Avel·lí sentía unas emociones que no sabía explicar. Era como un latido que lo vinculaba a algo más grande que él mismo y de lo que formaba parte incluso antes de comprenderlo.

Fue así como, durante las tardes de chocolate y bizcocho, sus abuelos le fueron contando las historias de su viejo país, y algunas le parecían tan emocionantes que se imaginaba luchando en las montañas al lado del general Savalls mientras gritaba «¡Vivan los fueros catalanes!». El abuelo Ignasi, que tenía un instinto natural para los relatos históricos, le daba toda clase de detalles, y entonces Avel·lí oía hablar del general Tristany, «el primer presidente de los catalanes desde 1714», del juramento de los fueros catalanes en Olot, en 1874, de la restitución de la Generalitat, y de cómo los carlistas, finalmente, habían perdido la guerra. «¡Fe, abnegación y patriotismo!», gritaba el general Tristany en boca del abuelo Ignasi, y cuando Avel·lí lo veía de pie, blandiendo un utensilio de cocina a modo de trabuco, mientras se calaba la barretina, se reía a mandíbula batiente. Luego, la abuela Mercè matizaba que los carlistas eran buena gente, aunque demasiado religiosos, y Avel·lí no se atrevía a preguntar cómo se podía ser demasiado religioso. Y entonces, como siempre que se hablaba de los carlistas, la abuela contraponía la lucha de los republicanos: «¿O

no recuerdas que mientras los carlistas exigían los fueros nosotros proclamábamos la República Federal en Barcelona?». Y entonces hablaba de Baldomer Lostau, que había sido nombrado presidente provisional de las cuatro diputaciones, que exigió que la Diputación se constituyera en Convención del Estado de Cataluña, de la deserción del general Gaminde, el verdugo de los bombardeos de Gràcia de 1870, e incluso del intento de disolver el Ejército y recuperar el somatén. «Y todo eso lo intentamos sin la necesidad de un rey ni una cruz», exclamaba la abuela Mercè, en un tono épico que rozaba el dramatismo.

Pero si las gestas de los viejos carlistas o, más allá, la defensa de las murallas de Barcelona en la guerra de 1714, o sobre todo la lucha de la abuela Mariona durante el bombardeo de Gràcia acompañaron los años de su infancia, a medida que crecía sentía más interés por los hechos políticos que por las hazañas épicas. Y entre las conversaciones con el abuelo Ignasi y las lecturas clarificadoras, «Hay que empezar con *Las nacionalidades*, de Pi i Margall, amigos, y luego continuar con *Lo catalanisme*, de Almirall. Allí está todo», comentaban los ideólogos de Solidaritat, Avel·lí fue rehaciendo el relato de la lucha por los derechos catalanes. Tenía solo seis años cuando un grupo de ciudadanos ilustres, presidido por Joaquim Rubió i Ors, entregaron al rey Alfonso XII un memorial de agravios que intentaba salvar el derecho civil catalán y, a la vez, planteaba las diferentes afrentas que sufría Cataluña. Y luego vendría la primera Diada de 1886, la campaña contra el Código Civil impuesto por Madrid, las Bases de Manresa de 1892, el Cierre de Cajas y una larga lista de esfuerzos y luchas que para Avel·lí culminaban en aquel momento que estaba viviendo, con la unificación del catalanismo en el movimiento Solidaritat Catalana, cuyo éxito electoral conseguiría que Cataluña volviera a ser una nación respetada. Aquella convicción se había convertido en un motor poderoso que lo reforzaba y lo motivaba.

Un día, en una de las frecuentes reuniones en el Ateneu, cuando las conversaciones se volvían apasionadas, sin otro objetivo que el de distraerse, Honorat Sigmont, un farmacéutico de la calle Sant Honorat, «eso sí es coherencia», decían con sorna sus compañeros, llevó a la reunión el texto íntegro del Memorial de Agravios de 1885 y, dotado de una voz poderosa, después de colocarse en el centro de la sala, gritó: «¡Compañeros!», y entonces hizo una

pausa tan solemne que consiguió un milagroso silencio. Una vez garantizada la atención de todos, e investido con la impostada trascendencia de quien retiene momentáneamente el protagonismo, continuó...

—Este es el texto íntegro, inspirado por Valentí Almirall, que el insigne Francesc de Sales Maspons i Labrós, decano del colegio notarial de Barcelona, gran folclorista e inspirador del Centre Excursionista de Catalunya, leyó delante del rey Alfonso XII. Creo necesario que conozcamos lo que dice, y por eso, si os parece conveniente, me gustaría leerlo...

Y sin esperar la respuesta de la sala, que continuaba muda y expectante, empezó a leer...

Señor:

Jamás comisión alguna ha debido presentarse ante V. M. más conmovida que la que en este momento, y bien inmerecidamente por cierto, tengo la honra de presidir. A excepción mía, compónenla, Señor, los hijos más preclaros de Cataluña, aquellos que, así en literatura como en ciencias políticas y morales, así en industria como en el mero trabajo obrero, ocupan el primer lugar en Cataluña, y se acercan a las gradas del trono en súplica de que V. M. se digne fijar su atención en las desgracias que sobre nuestro país viene acumulando la política centralista y unificadora de los partidos.

Las cabezas de los presentes asentían, los bigotes alargaban sus puntas, excitados por los dedos que los acariciaban con insistencia, las piernas se cruzaban en ambas direcciones, un notable cigarro llenaba de indolente humo el ambiente, y en el cerebro de Avel·lí las ideas arañaban el rincón de las emociones. Honorat continuaba la lectura, sin perder la solemnidad...

No tenemos, Señor, la pretensión de debilitar, ni mucho menos atacar la gloriosa unidad de la patria española; por el contrario, deseamos fortificarla y consolidarla, pero entendemos que para lograrlo no es buen camino ahogar y destruir la vida regional para sustituirla por la del centro, sino que creemos que lo conveniente, a la par que justo, es dar expansión, desarrollo y vida espontánea y libre a las diversas provincias de España para que de todas partes de la Península salga la gloria y la grandeza de la nación española.

Lo que nosotros deseamos, Señor, es que en España se implante un sistema regional adecuado a las condiciones actuales de ella y parecido a alguno de los que se siguen en los gloriosísimos Imperios de Austria-Hungría y Alemania, y en el Reino Unido de la Gran Bretaña, sistema ya seguido en España en los días de nuestra grandeza.

Respiraba, se aclaraba la voz, y continuaba...

Señor, se nos arrebató nuestro sistema administrativo, que hoy encuentran bueno e imitan naciones cultas de Europa, para ser substituido, primero por el sistema castellano, y hoy por una copia imperfecta

y viciosa del sistema francés.

No podemos usar nuestra lengua más que en nuestros hogares y en conversaciones familiares: desterrada de las escuelas, lo ha sido más tarde de la contratación pública y también de los tribunales, en los cuales muchas veces, y por muy ilustrados que sean, ni los jueces entienden a los testigos y procesados, ni estos entienden a los jueces.

Y como si todo esto no fuera bastante, hace tiempo que viene amenazándose, y hoy se intenta con empeño destruir, o cuando menos adulterar, nuestro derecho civil, base indeleble de la robusta y moral organización de la familia catalana y de nuestra propiedad, que va aumentando y creciendo a medida que unas generaciones suceden a otras generaciones.

A fuerza de trabajo y privaciones sin cuento, nuestros industriales han creado una industria española que en cuarenta años ha progresado y alcanzado altísimo nivel. Esta industria viene siendo atacada de raíz de algunos años a esta parte, y últimamente lo ha sido y lo es por medio del tratado con Francia y del proyecto de modus vivendi con Inglaterra.

Y deteniéndose en aquel punto, levantando la mirada hacia la multitud que se había ido agrupando a su alrededor, convencido de la importancia del momento, Honorat Sigmont, farmacéutico de la calle Sant Honorat, «eso sí es coherencia», culminó la lectura...

Señor: solo la poderosa iniciativa de V. M., su alta sabiduría y el amor que profesa a nuestro país pueden poner remedio a nuestros males. Rogamos, pues, a V. M. que lo haga, seguro de que no han de faltarle las bendiciones del cielo, y la inmensa, la inmensísima gratitud de los hijos de Cataluña.

«Para un Borbón que nos escucha, va y se muere justo después», espetó una voz desde el fondo de la estancia, y la carcajada general se mezcló con los aplausos que le regalaron al conspicuo lector de aquel notable documento. Luego, en las conversaciones que se generaron, el convencimiento general era que hacía muchos años que los catalanes lo intentaban, que España nunca escuchaba, que el espíritu de Castilla lo dominaba todo, y que había llegado la hora de enfrentarse con decisión para no volver a perder el tiempo con peticiones que no conducían a ninguna parte. «Ya estamos en 1909, compañeros, en 1909, ¡válgame Dios! ¿Cuántos años llevamos llamando a la puerta de Madrid para que nos hagan caso? ¿Y qué tenemos? Nada, eso os digo, nada, salvo leyes que nos siguen amordazando más y más», dijo un hombre de mediana edad al que Avel·lí no conocía, y entonces alguien respondió que los catalanes eran unos asnos enganchados a la noria española, y que o se desenganchaban o no dejarían de dar vueltas sin ir nunca a ninguna parte, y todo el mundo pensó que tenía razón. «Y quieren ir a conquistar a los moros, válgame Dios, ¡si lo primero que deberían hacer es colonizarse a sí mismos!», añadió otro miembro del grupo, y

entonces se comentó el artículo que acababa de publicar Joaquim Lluhí i Rissech en *El Poble Català*, en el que metía el dedo en esa llaga...

Esta guerra está reñida totalmente con las más claras y apremiantes conveniencias patrióticas. España no puede exportar estímulos, ni instalaciones ni energías de civilización a un país en el que la civilización es muy deficiente o falsa en los órdenes primordiales de la existencia, en la organización política, en la administración de justicia, en la instrucción pública, en aptitudes de gobierno, en instrumento monetario, en solidaridad social. España no está en condiciones de colonizar a nadie...

Las ideas sobre Cataluña y las emociones que las inspiraban, ambas caminando en la misma dirección..., y esa unión del corazón y el cerebro, se convirtieron para Avel·lí en el motivo central de su vida.

Más allá de las reuniones políticas, que le ocupaban la mayor parte de su escaso tiempo libre, Avel·lí estaba abocado a sus actividades empresariales, que iban desde ayudar a su padre en la dirección de sus empresas, especialmente la factoría madre, que dirigía casi en solitario, hasta una notable actividad financiera que le proporcionaba importantes réditos. «Ampliaré la fortuna de mi padre y seré mucho más rico», le decía a Dolcina con indisimulado orgullo, y ella, dotada de un sentido terrenal de la existencia, siempre le respondía que trabajara y dejara de levantar castillos en el aire.

Dolcina era una mujer áspera, nada dotada para las relaciones sociales, y en general, no hablaba cuando había más de dos personas a su alrededor. «Esta muchacha debe de esconder muchos secretos», cuchicheaba inquieta Elisenda, y en las comidas familiares jamás le oyeron decir ni una palabra. Sin embargo, pertenecía a una gran familia, y aquel era un talismán que la convertía, a los ojos de los Corner, en un motivo de orgullo. Pero aunque era callada por naturaleza, cuando estaba a solas con Avel·lí se volvía locuaz y lo sorprendía con una inteligencia viva y una notable capacidad de razonamiento. También tenía una insospechada vena alegre, aunque su humor tendía sin remedio al sarcasmo. «Tengo una mujer ácida», le decía él, divertido.

Todo ocurrió muy deprisa y sin sobresaltos. Las familias se conocían desde hacía años, ellos se habían visto en algunos actos sociales y finalmente coincidieron en las clases de tenis que ambos recibían en el Barcelona Lawn-Tennis Club. Nadie entendía muy bien cómo había surgido aquel noviazgo, sobre todo porque Avel·lí tenía un carácter dinámico y Dolcina era un armario cerrado, pero lo cierto es que se gustaron de inmediato, y, desde el día en que se

prometieron, nadie dudaba de que aquella pareja tenía mucho futuro. «Es una mujer maravillosa, mamá, un pequeño diamante, pero hay que picar piedra, mucha piedra, para encontrarlo», decía él, embobado.

Tras picar mucho, fue apareciendo el diamante, y Avel·lí se casó profundamente enamorado, convencido de que aquella mujer silenciosa, culta, creyente y, sobre todo, juiciosa lo acompañaría con eficacia por la vida. Cuando la noche de bodas ella le pidió, mirándolo sin pudor alguno, que le desabrochara el corsé, y luego se bajó lentamente unas braguitas que acababan con unos delicados encajes, la fusión fue explosiva. «Nunca dejarás de sorprenderme», le decía Avel·lí tras disfrutar de alguno de los orgasmos que su mujer le regalaba, chupándole el miembro con deleite, como si fuera una experta. Cuando acababa aquella práctica, que llevaba a cabo con parsimonia y dedicación, esperaba que Avel·lí se quedara dormido, y luego se lavaba los dientes, se enjuagaba la boca con agua del Carmen y se arrodillaba delante de una figurita de la Virgen de la Mercè que tenía en una mesita, cerca del tocador. Envuelta en la oscuridad, rezaba en silencio. ¿Cómo era posible, se preguntaba Avel·lí, más divertido que extrañado, que aquella mujer refinada de la alta burguesía, que se había casado sin haber tenido nunca un prometido, y con la virginidad como tributo garantizado, fuera tan desenvuelta en el sexo? Pero era una pregunta que no tenía ningún interés en responderse, porque estaba encantado de tener una gran dama de día y una desvergonzada de noche. Y, como había intuido desde el instante en que la conoció, Dolcina era una mujer excepcional.

Su propia familia, en cambio, no ocultaba ninguna sorpresa, pero lo preocupaba constantemente. Había asumido el papel de hijo mayor con una sobredosis de trascendencia que lo cargaba de responsabilidad, y todo lo que pasaba en el seno de la casa de la calle Provença estallaba en el salón de su hogar, como si él viviera la vida de todos. «Solo eres el hijo mayor de la familia Corner, Avel·lí, pero no eres el hijo mayor de toda la humanidad», lo pinchaba Dolcina, pero nada impedía que hablara a todas horas de su padre, «que cada día está más agrio y asustado, y ahora se junta con toda esa gente del Polo, ya verás como acaba en los círculos más reaccionarios de Barcelona», o de Enric, «lo hemos perdido, Dolcina, lo hemos perdido», o de cualquiera de sus hermanas, cuyo futuro quería controlar cuidadosamente para que todo saliera bien.

Sin embargo, nada salía bien, y la fractura que la familia había sufrido, «por

culpa de Enric, Dolcina, todo por culpa de Enric» le producía una constante inquietud, como si fuera un lastre del que no podía librarse. Fue justamente Enric quien acababa de angustiarse hasta el punto de no poder respirar. Hacía tiempo que le llegaban rumores de baja estofa, chácharas de café y cigarro que metía en el saco de las habladurías malintencionadas. No quería hacerles caso, convencido de que el runrún de la ciudad siempre tenía una imaginación muy oscura. Pero el zumbido no se detenía, y la frontera entre el rumor y la evidencia no tardó mucho en traspasarse de manera implacable. Una tarde en el Ateneu su mejor amigo, Jofre Punsà, lo separó del grupo cuando la conversación rozaba peligrosamente el asunto en cuestión, y se lo espetó a bocajarro, sin paños calientes, más allá de la piedad que la descarnada verdad puede esconder.

«Es un mariquita, Avel·lí», y el martillo cayó sobre la tarde, «un invertido», y el clavo empezó a hundirse en la piel, «un miserable moña que tiene sexo con otros hombres», más y más adentro, «y ya viene siendo hora de que te quieras dar cuenta», y se le clavó en el alma. Era de su hermano de quien hablaba Jofre, pero las palabras resonaban en su cerebro como si fueran ajenas al idioma conocido y formasen un galimatías incomprendible. Cuando por fin reaccionó, el dolor se hizo insostenible y tuvo que admitirse a sí mismo que hacía tanto tiempo que lo sabía como tiempo hacía que quería negarlo. «Le he perdonado muchas cosas a Enric, pero esta vergüenza repugnante, esta ofensa miserable a nuestra familia, nunca podré perdonarla», y se fue a toda prisa por la calle Canuda, sin despedirse de los amigos que vagaban por el saloncito del Ateneu.

Camino de casa, la rabia encendía la chispa de los malos pensamientos. «¿Qué debo hacer? ¿Qué podemos hacer?», y le venían imágenes de golpes y palizas aleccionadoras «que tal vez deberíamos haberle propinado hace muchos años», de ponerse delante de él y decirle todo lo que había que decir, pero ninguna de esas ideas rabiosas servían como bálsamo, y, agotado y al mismo tiempo confundido, abrió el portalón de su casa, subió la escalera como alma que lleva el diablo y, al ver a su mujer, se echó a llorar. Siempre había intentado entender a su hermano, meterse en su piel e imaginarse que lo movían ideas nobles, y que si había hecho daño a su familia era porque estaba perdido y asustado. «Se ha equivocado de camino, papá, pero lo mueve la lucha contra la injusticia», decía cuando las conversaciones sobre Enric subían de tono en casa de sus padres. Pero eso no, eso no podía justificarlo, ni entenderlo ni soportarlo,

eso no tenía nada que ver con la justicia, ni con cambiar el mundo, ni con ningún ideal elevado, sino solo con la depravación. Su hermano era un perverso, un hombre que se arrastraba por los ambientes libertinos de Barcelona, con los pantalones bajados y el sexo desnudo, un crápula. Y aquella imagen le pareció tan asquerosa que empezó a imaginarse que Enric moría en cualquier esquina, tiroteado por los soldados o reventado por una de sus bombas anarquistas, y percibió, con horror, que aquella idea lo tranquilizaba. «¡Antes muerto que invertido!», exclamó enloquecido, y luego se dejó caer abatido sobre Dolcina, que lo acariciaba como si fuera un niño pequeño. «No quiero volver a verlo nunca más», decía, pero más que una frase le salía un lamentable barboteo. Dolcina le preguntó si quería rezar, y, medio alhelado, la miró con ternura y se secó las lágrimas. Era una buena idea, y juntos empezaron un padrenuestro. Quizá era Dios, que tenía motivos inescrutables, quien les había enviado aquella pesada carga.

Los motivos de la calle, en cambio, no eran celestiales sino terrenales, y muy pronto golpearon sonoramente el picaporte. Eran unos compañeros de Solidaritat que venían a buscarlo. «Avel·lí, estamos reunidos en la sede, los acontecimientos se están precipitando», y resarcido impetuosamente de su duelo, dejó que el grupo se lo llevara. «La huelga está en marcha, y se espera una paralización muy importante», explicaba un diputado joven cuando llegaron al local, y el relato era tan preciso como permitía la imprecisión de las noticias. Se hablaba de un comité de huelga que habían formado los socialistas y los anarquistas, «y también se han añadido a él los radicales», de centenares de delegados que se estaban desplazando a la sede del comité, del socialista Antoni Fabra, que era una de las cabezas visibles, y también del anarquista Francisco Miranda, y de otros nombres menos conocidos. «Los de Solidaritat Obrera no han querido sumarse a la huelga de los del PSOE y la UGT del día 2 de agosto, y mañana será el gran día», y el runrún de la sala hablaba de centenares de piquetes preparados, del Ejército, que estaba en posición de guardia, de las amenazas de estado de guerra y, sobre todo, de las proclamas incendiarias de los lerrouxistas, que animaban a quemarlo todo. «Ya veremos si los del sindicato pueden controlar la furia de la gente, porque la guerra los tiene desesperados», comentaba el eco.

Avel·lí pensó en ello un momento, mientras escuchaba las inquietantes

noticias del día, y en voz alta, casi sin darse cuenta, exclamó:

—¡25 de julio de 1909!

—Sí, muchacho, hoy estamos a 25 de julio, ¡vaya novedad! —constató Jofre socarrón.

Mirándolo fijamente, liberado de la pena que hacía un rato lo atenazaba, Avel·lí le respondió:

—Es el día que se esculpirá a fuego en la gran historia de Barcelona, pero en mi pequeña historia, amigo, también hay una hoguera. Hoy mi hermano ha ardido en la pira, y ahora solo es un montón de ceniza.

## Y SE VAN LOS SOLDADOS...

«Date prisa, Juanita, hoy tienes que estar en casa antes de las nueve», le dijo Elisenda a la chica del servicio que se encargaba de comprar los productos para las comidas del día. Sabía, por experiencias anteriores, que había tiempo para ir a hacer los primeros recados antes de que los piquetes obligasen a cerrar las tiendas. Aunque los huelguistas nunca habían molestado a ninguna criada, Elisenda no pudo evitar la inquietud que siempre sentía los días de huelga cuando alguien salía de casa, y al cerrar la puerta detrás de Juanita, aún le dijo, «No hables con nadie ni te entretengas, y si ves algo extraño, vuelve enseguida». Después entró en el comedor, pidió un vaso de leche caliente y, con un agotamiento impropio de aquella hora del día, se sentó en el sofá, convencida de que el mundo se había vuelto del revés. «¡Adónde iremos a parar!», murmuró en voz alta, y esperó a que Albert y sus hijas fueran a desayunar.

Elisenda no entendía nada de lo que ocurría, y tampoco quería entenderlo mucho, porque cuando oía hablar a Avel·lí y a Albert pensaba en los líos en los que estaría metido su hijo Enric. Tenía tanto miedo que se protegía imaginándose que el mundo era como el cobijo de su casa, un territorio tranquilo y ordenado, lleno de bonitas y delicadas porcelanas y de manteles de hilo y de elegantes sillones chéster y de galerías modernistas, una pequeña patria silenciosa y acogedora donde poder vivir sin sobresaltos. Albert le había dicho que estuviera tranquila y que aquella protesta sería como todas, «Ya lo sabes, Elisenda, empiezan la huelga los lunes porque ya han cobrado el salario de la semana, el capitán general declara el estado de guerra el martes, luego tendremos dos días de alborotos en Poble Nou, el viernes se calmarán, el sábado podremos empezar a salir de casa y el domingo circularán los tranvías, iremos a misa y pasearemos

ociosamente por el Passeig de Gràcia». Pero, si bien era cierto que a pesar del ruido revolucionario las huelgas seguían un ritual ordenado, «Ya ves que no empiezan hasta las diez de la mañana, luego se van a comer y no vuelve a haber disturbios hasta las cuatro. Y por la noche se van a dormir», y cuando Albert le hacía aquel relato, acostumbraba a reírse con ganas, aun así, aquella protesta no parecía como las demás, porque venía cargada de malos augurios. La guerra de África tenía muy sublevado al pueblo, e incluso ella, que no necesitaba preocuparse por sus hijos, se había conmovido cuando unos días atrás vio una gran hilera de reservistas flanqueada por las mujeres y los hijos que habían ido a despedirse de ellos y que sabían que, probablemente, no volverían a verlos. «Virgen de Montserrat, protege a esos pobrecillos hijos de Dios que se van a la guerra», musitó mientras se persignaba, y el aguijónazo de un tiempo pasado en el que ella habría podido ser la madre o la esposa de uno de esos soldados la dejó sin fuerzas. Entendía a esas mujeres que lloraban desconsoladas mientras acompañaban a sus maridos camino de la guerra, entendía su rabia, su dolor, su desesperación. Además, imaginaba el miedo que debían de sentir, porque, con el marido en la guerra, ¿quién llevaría el sueldo a casa?, ¿cómo alimentarían a sus hijos?, y esas preguntas caían a plomo sobre su conciencia.

Una conocida, la señora Riudots, que frecuentaba los círculos más aristocráticos de Barcelona, le comentó que aquel viernes la marquesa de Castell-Florite había organizado una reunión en su casa con la intención de ayudar a los soldados.

—No sabe, querida amiga, la cantidad de gente de gran importancia que había en casa de la marquesa, válgame Dios, no hay vivienda más lujosa que esa ni señora más refinada en toda Barcelona. Y solo faltaba el capitán general, que se excusó, el pobre hombre, ya me dirá, con todo lo que está pasando; pero el resto, Elisenda, Barcelona entera estaba allí, porque cuando la marquesa requiere nuestra presencia no falla nadie. —Y con indisimulado orgullo pasaba lista a los asistentes—: Estaban los condes de Fígols, el señor Maristany, que preside la Cámara de Comercio, y el señor Muntadas, el de Fomento, y también el conde de Sert y el señor Sanllehy, que como sabrá preside el Círculo del Liceu, acompañado del diputado Albó. Y también el marqués de Casa Brusi, querida, que es un hombre encantador, y tampoco faltó el mosén de Sant Josep, que es el capellán privado de la marquesa.

Luego le contó que la intención era conseguir dinero para las familias de los soldados, que se había creado un comité presidido por la propia marquesa y por el gobernador civil y que se había abierto una oficina en el Asilo Cuna de la calle Montcada.

—Allí podrán ir las familias de los soldados para apuntarse, Elisenda, porque el comité está decidido a conseguir el dinero para poder pagarles los sueldos. — Y bajando la voz, como si cometiera un pequeño delito, añadió—: Porque, querida, con los dos reales diarios que les da el Ministerio de la Guerra, pobrecitos, ni siquiera pueden comprar el pan.

«¡Dos reales!», se dijo, y pensó que aquella cantidad tan ínfima, más que una ayuda, era un insulto. «Es mucho mejor lo que intenta la marquesa de Castell-Florite, ya se ve que es una buena mujer», pensó, y concluyó que había muy buena gente entre las grandes familias, gente que se preocupaba por los más pobres, como el señor Pere Alier, al que conocían de algunos encuentros sociales, y que unos días atrás había publicado una carta en *La Vanguardia* que la había conmovido. Merceneta le dijo: «Mamá, le leeré una carta del señor Alier que le va a gustar»; y dicho y hecho, con el acento un poco forzado de Merceneta cuando leía en castellano, Elisenda se sintió emocionada.

Yo desde hoy decido entregar a las familias de cuatro reservistas casados, y mientras dure la guerra de Marruecos y estén en servicio activo, la cantidad de doce pesetas semanales por familia.

«Buena gente, sí, buena gente», se repitió, y pensó que el señor Alier y la marquesa y ella misma vivían protegidos de los males de aquellos tiempos de guerra y violencia, pero que eso no debía impedirles entender la desesperación y la rabia de la gente, y que si no le ponían remedio, «¡qué van a hacer, si están desesperados!», se imaginaba que pasarían cosas muy graves en los días que estaban por venir. Ya podía asegurarle Albert que no se preocupara por nada y que sería como otras veces, pero ella no era tonta, y escuchaba de refilón las conversaciones de su marido con Avel·lí y adivinaba el miedo que se respiraba en el ambiente. Además, sabía que Albert había ido a ver al capitán general acompañado de otros empresarios, «¡porque hay que tomar decisiones, Elisenda!», y aunque disimulaba, sus comentarios eran cada día más agrios y más lúgubres. Al fin y al cabo, aquellos que se habían rebelado estaban tan desesperados que, entre morir en Melilla o morir en Barcelona, no tenían nada

que perder, y pensaba que quienes han perdido todo pueden cometer cualquier locura. Sí, podía pasar cualquier cosa.

Se sabía la reina de su casa y no deseaba nada más, una vida tranquila, unos hijos bien casados, un marido que la respetara y una Barcelona juiciosa en la que poder ir al Liceu a estrenar un vestido nuevo, desayunar de vez en cuando en la calle Petritxol con las amigas y asistir a las meriendas de las grandes damas de la sociedad, que la tenían en consideración y estima. Aquel mundo era armonioso, y en él Elisenda era feliz. Pero fuera del recinto cerrado de su castillo particular, los monstruos gruñían. Y en aquel día de pesada calima, después de un mes de julio que no había dado tregua al calor, el gruñido se oía cercano y amenazador. «¿Por qué tiene que haber guerras que arranquen a los hombres de sus familias? ¿Por qué tiene que haber tanto sufrimiento?», se interrogaba y se reñía al instante, porque ella era demasiado pequeña para hacerse preguntas tan grandes, y solo era una mujer, y las mujeres no podían entender los asuntos de los hombres. Aun así, concluía, «¡Lo que está sufriendo el pueblo llano!».

Absorta en esos pensamientos, no había oído a la sirvienta que acababa de entrar en el comedor para preparar el desayuno.

—¡Avisé al señor y a mis hijas, Hermínia! —dijo como una autómata.

—Señora, el señor ha salido de casa muy temprano, y ha ordenado que no la molestasen.

De golpe se sintió aterrorizada y, como alma que lleva el diablo, como si tuviera una premonición, salió corriendo hacia el despacho de su marido, abrió el cajoncito de la mesa y lo recorrió nerviosa con la mano.

—No está —dijo en voz alta, y volvió a revolver el cajón, como si tuviera que convencerse a sí misma.

Su marido había cogido la Luger Parabellum que había comprado años atrás, «no vaya a ser que un día la necesitemos», y que nunca sacaba de su despacho. «Se ha llevado la pistola, Virgencita, se la ha llevado. ¿Qué cosas van a ocurrir hoy? ¿Qué nos va a pasar?», y se persignó con devoción.

Lejos de la casa de la calle Provença y de las preguntas angustiadas de su madre, en la sede del sindicato, donde se había quedado a dormir, «No vaya a ser que nos detengan antes de empezar», Enric se preparaba para vivir un gran día. «Será un éxito», decían los compañeros, convencidos de que por fin conseguirían culminar la huelga general. Se sentía exultante, tan excitado y

nervioso que no era capaz de hacer nada en concreto, y no reaccionó hasta que un compañero que estaba preparando una pancarta le espetó: «Deja de moverte como una peonza y ayúdame», y le tiró del brazo con energía.

El comité de huelga había repartido las diferentes zonas de Barcelona entre los militantes del sindicato, y a Enric le había tocado acompañar a los obreros de la Hispano-Suiza en las Drassanes, para intentar parar las fábricas de ese barrio. Allí donde iban se encontraban grupos de mujeres llamando a la huelga, «Cerrad por nuestros hermanos en Melilla», y la mayoría llevaban lacitos blancos en el pecho. Al pasar por el Paral·lel, el piquete de Enric se sumó a otro que intentaba desenganchar un tranvía para volcarlo. «Paremos los tranvías del cerdo del marqués de Foronda», gritaba una mujer con voz poderosa, y la multitud remachaba: «¡Muera el marqués de Foronda!».

Enric reconoció a la capitana de aquella bullanga, que enseguida improvisó un acalorado mitin, de pie encima del tranvía, finalmente volcado. Las palabras le salían a trompicones, sin puntos ni comas que dieran tregua al idioma, pero, dentro del caos, tenían orden y precisión y, si bien desmentían la gramática, reforzaban el lenguaje de la revolución.

—Cerrad las fábricas, compañeros, cerradlas por nuestros hermanos en Melilla, quemad las sillas de los cafés que abren las puertas, obligad a los tenderos a volver a casa, que nadie trabaje hoy, que nadie vaya contra la voluntad del pueblo, no dejéis pasar a la Guardia Civil, defended al pueblo con vuestro cuerpo, viva la razón del pueblo, vivan los obreros, mueran los caciques, mujeres catalanas, que regresen los soldados, no dejéis a vuestros maridos en la guerra, arracadlos de las garras de los curas y los burgueses, viva la huelga general, ¡viva la anarquía!

Fascinado y aún sorprendido, Enric exclamó:

—¡Es la Cuarenta Céntimos! —Y se volvió hacia Lliberi, quien, con curiosidad, le respondió:

—No me fastidies, ¿esa es la Cuarenta Céntimos?

Y mientras Enric asentía, los dos hombres se quedaron mirando boquiabiertos a aquella mujer de generosas carnes y lengua larga que se llamaba Maria Llopis Bergés, pero a la que todo el mundo conocía por el precio de su cuerpo cuando lo ofrecía a los hombres. Aunque era analfabeta y gozaba del título de gran furcia del Paral·lel, Maria se había hecho un nombre entre el

movimiento anarquista, no solo por su sorprendente fuerza oratoria, sino porque, para muchos, era la demostración de que el anarquismo ayudaba a crear nuevas personas, capaces de superar los orígenes más aciagos.

—Una ramera convertida en líder de la huelga, esa sí que es buena, Enric, ¡qué cosa más maravillosa, la revolución!

La convicción de que formaban parte de un gran sueño les regaló una sobredosis de orgullo.

Camino de las Drassanes, aún tuvieron tiempo de ver la llegada de una patrulla de la Guardia Civil que fue recibida a pedradas, y, aunque hicieron un intento de regresar para ayudar a los compañeros, finalmente dejaron al piquete a su suerte, porque tenían que llegar a las fábricas. «Creo que han detenido a Herreros», comentó uno de los obreros del grupo, y Enric pensó que su amigo Tomàs Herreros era un superviviente. «¡Aguantará!», respondió. Luego, cuando una tras otra fueron cerrando todas las fábricas que visitaron y empezaron a llegar noticias de huelgas generalizadas en las fábricas de Poble Nou, Sant Andreu de Palomar, Gràcia e incluso cerraron todas las que había en Sant Martí de Provençals, la idea de que la huelga general sería un éxito empezó a cuajar entre los sindicalistas.

También lo hizo en la sede del Gobierno Civil, donde el gobernador Ángel Ossorio Gallardo, después de enviar a la Guardia Civil a detener los piquetes, acababa de ordenar el secuestro de los periódicos y se preparaba para movilizar a los pelotones de guardias de seguridad. «Que no vayan con sus armas blancas habituales. Que vayan armados con máuseres», le dijo a su secretario, que apuntaba en un cuadernillo, diligente y disciplinado, cada una de las órdenes. A las doce del mediodía, después de valorar los informes policiales, que hablaban de tranvías volcados, de escaparates de tiendas reventados, de enfrentamientos entre huelguistas y guardias civiles y de una paralización general en toda la ciudad, «Y además, hay dos muertos, señor gobernador, y once heridos graves», añadió el informante, Ossorio se dirigió a Capitanía, donde debía reunirse con el capitán general y con el presidente de la Audiencia. Además, llegaban noticias de otras partes de Cataluña, sobre todo de Sabadell, donde se había producido una auténtica rebelión, y, por lo que decían, habían disparado contra la Guardia Civil y al parecer habían muerto dos funcionarios municipales. «También hay insurgentes en Badalona, en Tarrasa, en Sitges, en Granollers, en Mataró, en

Manresa..., señor, es una rebelión general», continuaba el relato policial, y con él se disparó la alarma. Había que tomar decisiones urgentes.

Desde primera hora de la mañana, Albert estaba encerrado con un grupo de empresarios y prohombres de la ciudad en el caserón que los Sanahuja tenían en Sarrià, cerca de la calle Major. «Debemos permanecer juntos por si hay que tomar medidas», y esa idea, que unos días antes había verbalizado el propio Sanahuja en un encuentro en el Círculo Ecuéstre, cuajó entre la mayoría de los presentes y en otros que, cuando se enteraron más tarde, se sumaron a ellos.

Se había hecho socio del Círculo hacía tres años, cuando la entidad aún tenía su sede en la Rambla de Santa Mònica, antes de trasladarse al edificio de la plaza de Catalunya. Como todo en su vida, la decisión de hacerse socio de aquel círculo de amantes de la hípica no se debía al ímpetu de sus aficiones, sino a la naturaleza de sus intereses. En realidad, desde la experiencia con los caballos en la guerra de Cuba, su simpatía por aquellos cuadrúpedos era escasa, pero después de hacerse socio del Polo y darse cuenta de lo útil que le había resultado para reforzar su red de relaciones, la decisión de hacerse miembro del Círculo vino rodada. Y aunque no le resultó fácil, porque el Círculo era muy estricto en la admisión de nuevos socios, los favores que pidió a algunos conocidos permitieron superar las reticencias. Fue en la salita del Círculo, una semana antes, donde el señor Sanahuja ofreció su casa como centro de reunión y, en caso necesario, de sede del gabinete de crisis, durante los días que durara la huelga. «Venid temprano, antes de que los piquetes empiecen a actuar», y Albert se tomó esa recomendación con tal convicción que fue el primero en llegar.

Aquella noche apenas había dormido. Después de dar vueltas en la cama durante horas, incapaz de dominar la inquietud, se levantó a tientas y chocó con un pequeño escabel que había cerca. «¡Maldito taburete!», dijo mientras le daba un puntapié, pero al oír rezongar a Elisenda, «¿Qué pasa, Albert?», se calmó y salió en silencio de la habitación. La casa estaba a oscuras y la noche era lo bastante cerrada como para no ver casi nada, pero le pareció que la oscuridad lo acompañaba. Y sentado en el sofá que estaba junto a la galería, envuelto en la silente calma, los caballos de las tinieblas le hicieron una visita. ¿Qué le ocurriría a Barcelona, a su familia, a sus conocidos, a su clase social, si toda aquella locura revolucionaria conseguía imponerse al orden y a la civilidad? O peor aún, ¿qué haría su hijo con ellos, con su propia familia, si pudiera tomar el

poder? «¿Permitirías que nos lo arrebataran todo, o que nos hicieran daño, maldito Enric? ¿Lo permitirías?», y la pregunta se transformó en un cincel afilado que le atravesó la piel y los músculos y acabó en aquel lugar inconcreto donde anidan los miedos y la rabia. No podía comprender qué le había pasado a Enric, educado entre algodones y riqueza; podía tenerlo todo, «todo, podría tenerlo todo», y no tenía nada, «Una vida oculta y desgraciada, y un corazón ennegrecido, eso es lo que tiene, el corazón negro, no sabe de dónde viene, ni reconoce a los suyos, ni tiene gratitud alguna, todo es oscuridad». Una oscuridad que nacía del desprecio y del odio que sentía por su propia sangre. «He tenido un hijo ingrato, un Caín capaz de hundir a su propia estirpe, ¡maldito sea el día que Elisenda lo parió!», y el dolor se hizo tan agudo que se dobló hacia delante, como si una víbora le clavara el aguijón en las entrañas.

En algún momento, el bálsamo de unos pensamientos más amables intentaron abrazarlo, su hijo quería un mundo menos terrible, era cierto que los pobres sufrían mucho, y él mismo sabía lo que significaba ser un don nadie, un grano de arena del pueblo llano, una migaja que cualquiera podía roer, un nombre perdido dentro de una lotería con destino a la guerra. ¿Qué habría hecho si aún fuera aquel soldado de reemplazo que no tenía otra cosa que ofrecer salvo su vida? ¿No se habría rebelado? Y, por un instante, perdido en la oscuridad de aquella noche cerrada, a la espera de un día amenazador, las razones de su hijo le hicieron bajar la guardia, como si en algún rincón escondido del lenguaje hubiera una pequeña posibilidad de entenderse. Pero fue un instante fugaz, como siempre que se dejaba llevar por la flaqueza. «Aún le quiero», se dijo abatido, y no, no, no, nada podía explicar que su hijo, su propia carne, quisiera abatir el castillo que había levantado con tanto esfuerzo por encima de las ruinas de su vida, «incluso los animales defienden su madriguera»; y entonces, en voz alta, como si le hablara a Enric, escupió las palabras que nacían de la hiel...

—Que todos esos desgraciados hagan lo que yo hice, porque si no salen del agujero es porque son hormigas sin alma, nacidas para mantener el hormiguero. Un hombre llega a donde quiere llegar, solo le hace falta valentía y fortaleza, debe ser un guerrero y no un sirviente. Eso he sido yo, un guerrero, y por eso he vencido, porque la vida es feroz y no perdona la derrota.

Con esa determinación, y con las fuerzas y las convicciones renovadas, Albert reforzó el convencimiento de que pertenecía a la estirpe de los celadores,

de los guardianes de la jerarquía social, sin el cual solo podía reinar el caos. Al fin y al cabo, ¿podían quedarse de brazos cruzados mientras una gentuza enloquecida destruía todo lo que habían creado? De ninguna manera. Debería enfrentarse a la patulea revolucionaria si se acercaba demasiado a la puerta de su casa, allí donde se preserva la armonía de las cosas. Y aquella mañana que se anunciaba calurosa venía preñada de malos augurios. Tenía que estar listo para actuar como un hombre de bien.

Sentado en el gran salón de la casa de los Sanahuja, rodeado de caballeros a los que, como él, tampoco les temblaba el pulso, el recuerdo de aquella larga noche le hizo sonreír. «Los demonios de la oscuridad», se dijo, liberado de cualquier duda. Era un hombre rico y con prestigio social que, sin embargo, sufría la vergüenza de tener un hijo revolucionario que, seguramente, en aquel preciso momento en que intentaba salvar a la sociedad, debía de estar en la calle, espoleando a los obreros, cerrando fábricas y luchando contra los empresarios que creaban la riqueza y aseguraban el futuro, vilmente enfrentado a su propia familia. No era extraño que de vez en cuando se sintiera invadido por la flaqueza y los demonios aprovecharan para visitarlo. Pero la noche había pasado, los acontecimientos se precipitaban y en casa de los Sanahuja estaban esperando noticias de Capitanía General. «Si esto se complica, declararán el estado de guerra, y todo estará bajo control», dijo una voz desde el fondo de la sala, y el grupo asintió, aliviado. Más tarde, la señora Sanahuja ofreció unas bebidas calientes, y con la taza ardiendo en la mano, perdido en la leve neblina que emanaba del café, Albert se sintió seguro y satisfecho. Por fin estaba donde debía estar, entre la gente que defendería su bienestar y el de la sociedad, el orden inmutable que se asentaba en un dios, una casa y una familia, sin los cuales no había suelo bajo los pies.

Avel·lí también creía que estaba en el lugar que le correspondía, sentado con otros compañeros de Solidaritat Catalana en una de las salas nobles del Ateneu. Había salido de casa a primera hora de la mañana, casi a la misma en que su padre se dirigía a casa de los Sanahuja, antes de que su madre hubiese mandado a Juanita a hacer la compra, y mucho antes de que los piquetes de su hermano empezaran su imperativo mandato. «Hoy, Dolcina, no es un día para estar distraído», le dijo a su mujer mientras se vestía a toda prisa, y cuando ella le respondió con una ironía teñida de preocupación, «Justamente hoy es un gran día

para estar distraído», intentó tranquilizarla con las explicaciones pertinentes que Dolcina merecía. Su mujer no era como su madre, a la que podía convencer con palabras vagas y bienintencionadas cuya única misión habría sido la de ocultar la realidad. A diferencia de Elisenda, Dolcina estaba dotada de una alarma mental que detectaba las mentiras antes de que fueran pronunciadas, y su viva inteligencia reaccionaba airadamente cuando sospechaba que había alguna trampa. Por eso Avel·lí, que había aprendido a conocer a su mujer, intentó calmarla con la lógica razonada y no con el camuflaje paternal.

—Debemos estar juntos, Dolcina, los de Solidaritat debemos estar juntos. La huelga también nos afecta, y somos los primeros que estamos en contra de esta maldita guerra colonial en África. Ya has visto que hemos ido a todas las plazas de Cataluña y les hemos explicado que Madrid nos roba los hijos, Dolcina, nos los roba para llevárselos a sus guerras innobles. Y ya lo has visto: hemos intentado toda clase de medidas en el Congreso; pero España nunca escucha, es como una madrastra oscura y tortuosa, una mala pécora que devora a sus hijos. Hoy no puedo esconderme, hoy debo estar con mi gente.

—Y si pasa algo, Avel·lí, ¿me puedes decir qué voy a hacer? ¿Acaso no soy yo tu gente antes que tus amigos de Solidaritat? Eres mi esposo, el hombre que he elegido para formar una familia y tener hijos y que me acompañe por la vida. ¿Y quieres ponerlo todo en peligro por unas ideas? Amo a Cataluña con todo mi corazón, Avel·lí, y entiendo vuestras razones, por supuesto que las entiendo, pero, ¡maldita sea Cataluña si va a dejarme viuda!

Hacía un rato que Avel·lí había llegado al Ateneu, y la mayoría de los que estaban allí eran jóvenes como él, «la nueva hornada» la llamaban con un deje de orgullo. Muy pronto se animaron las conversaciones, el ruido alcanzó la categoría de griterío, y, aunque las noticias aún eran esporádicas, todo el mundo le hacía un traje al día, como si ya hubiese transcurrido.

Albert se levantó un momento, sofocado por la pesada calima del ambiente, «¡Qué calor vamos a pasar hoy!», se dijo, y se dirigió al jardín del Ateneu en busca de un poco de aire, mientras recordaba la conversación que había tenido de buena mañana con su mujer. «Ese tono melodramático no es propio de Dolcina», y esa constatación lo preocupó. Si era cierto, como siempre se había dicho, que las mujeres tenían un sexto sentido para el peligro, Avel·lí no conocía ninguna mujer más intuitiva que Dolcina, y jamás exageraba con sus

inquietudes. «No hay que preocuparse tanto, solo será una huelga, un intento de huelga general, como la de 1902, pero no irá más allá», y estos pensamientos tuvieron el efecto calmante que buscaba, a pesar de que estaba más nervioso de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Sentado en una de las banquetas del jardín, extrañamente solo, con una multitud de pájaros que se convirtieron en un improvisado coro, Avel·lí se dejó llevar por la magnificencia del edificio que lo acogía. «El palacio Savassona», dijo en voz alta, y se imaginó cómo debía de ser aquella gran casa señorial cuando los barones de Savassona la habían mandado construir, mucho antes de las grandes reformas que sufriría posteriormente. «Es un palacio urbano del gótico catalán, con la ordenación propia del academicismo neoclásico: entrada de carruajes, escalera noble, grandes salones, ¡y no nos olvidemos de la biblioteca! Fue construido a finales del XVIII, en 1796, hablando con propiedad», explicaba el señor Julivert a todos los nuevos socios del Ateneu, y de inmediato recomendaba contemplar los murales del *Vigatà*, «que son mejores que los que hizo en el Palacio Episcopal, créame». Luego, si el interlocutor tenía tiempo y paciencia, el señor Julivert se entretenía hablando de los barones, especialmente del que había transformado la casa familiar de los Savassona en un palacio urbano, el señor Josep Francesc de Ferrer de Llupià i Brossa, «barón de Savassona, señor de Esparraguera, de Olost y de Cererols», añadía pomposo. Y, acto seguido, el listado de méritos del barón —que el señor Julivert relataba con tal celeridad que se olvidaba de poner puntos y comas— llenaba la estancia hasta empequeñecerla...

Fue académico de la Academia de San Fernando de Madrid e inspector de las obras de la casa de la Lonja, y el encargado de reorganizar el somatén de Vic, porque toda la familia era de Vic, aunque se movían en Barcelona, y también quería fundar una escuela de química y otra de arquitectura, y dicen que los franceses, en la guerra del francés, le robaron los bienes, pero los recuperó todos, porque eran gente muy noble, y también fue director de escuelas de náutica, y diputado de la Junta Suprema de Cataluña, y organizó regimientos militares en Valencia durante la guerra del francés, y también fue el impulsor del camino de Tránsitos de Valencia, porque así podían cobrar los impuestos de las mercancías antes de que entraran en la ciudad, porque existía la ronda de tránsito, y madre de Dios, también firmó la proclama de la junta que entregó el mando a la Regencia, y luego volvió a perder sus bienes, que le embargaron, pero era un hombre extraordinario, y los volvió a recuperar...

Nadie sabía muy bien por qué el señor Julivert conocía la vida y milagros del barón de Savassona, «señor de Esparraguera, de Olost y de Cererols», pero era

tanta la pasión que ponía en ello que nadie se atrevía a interrumpirlo cuando su relato desmentía los relojes y ponía a prueba la capacidad de resistencia humana. Por lo demás, era un hombre tan venerable y de edad tan avanzada «que seguro que ya debía estar allí cuando el barón construyó el palacio», y la carcajada era más inocente que malintencionada, porque el señor Julivert se había convertido en una auténtica institución en el Ateneu, y era tan venerado como los libros de la biblioteca o los murales del *Vigatà*. Por eso nunca nadie fue capaz de decirle que la información sobre el barón no les despertaba un excesivo interés, «y menos entre republicanos», añadía la socarronería ambiental.

De regreso en la sala grande, y a falta de novedades del día, la conversación había virado hacia las Bases de Manresa, que todos los presentes consideraban el embrión de una Constitución catalana. «¡La biblia de los catalanistas!», las llamaba Mustier, un joven pelirrojo de origen francés que nunca perdía la ocasión de soltar alguna gracia. Cuando Avel·lí entró en la estancia, el que hablaba era un notario que tenía su despacho en la calle Sant Pere Més Baix, Antoni Freixa i Boter, a quien todo el mundo respetaba, no solo porque era el de más edad de la reunión, sino porque había estado en el origen de casi todos los movimientos catalanistas que habían conducido al éxito de Solidaritat Catalana. Era amigo personal del obispo Torras i Bages, «porque yo nací al lado de su casa solariega, Mas Gomà, y el hecho de haber nacido los dos en Les Cabanyes une de por vida, porque somos muy pocos en Cataluña los que tenemos ese honor», y guiñaba un ojo, como un niño travieso. Había sido fundador de la Unión Catalanista cuando entidades y asociaciones catalanas se agruparon para luchar contra el artículo 15 del Código Civil español, que ponía en peligro el derecho civil catalán, «porque también quieren quitarnos nuestro viejo derecho», y la rabia hacía que se tambaleara la compostura que siempre mantenía.

Después de la Unió, como la mayoría de sus miembros, participó en la asamblea de Manresa de 1892, «cuando establecimos las Bases para la Constitución Regional Catalana», decía con un orgullo amable, y su voz se volvía más grave para, sabedor del interés que suscitaba entre los más jóvenes, iniciar el relato con moderada impostación. Era un hombre pausado y educado que no tendía a la hipérbole, excepto cuando hablaba de las Bases de Manresa «y de aquellos gloriosos años que han sido la semilla de la Cataluña grande que estamos construyendo». Y emocionado añadía: «¡¿Qué queríais que surgiera de

una empresa comandada por Domènech i Montaner, Prat de la Riba, Joaquim Vayreda y Torras i Bages?! ¡¿Qué, sino algo grande?!». Después acostumbraba a hacer un elogio desmesurado del obispo Torras, «No hay otro catalán que ame más a Cataluña que monseñor». «Pero podría ser un poco más avanzado y liberal, señor Freixa, ¡que estamos en el siglo xx!», apostillaba invariablemente alguno de los jóvenes, entre los cuales la figura del obispo de Vic no concitaba tanta admiración. El recuerdo del pintor Vayreda, «¡cuántos ratos habré pasado en el Centro Artístico de Olot charlando con él y con su hermano Marià!», solía emocionarlo, y en aquel punto siempre dejaba el relato en suspenso, como si quisiera contener los recuerdos de aquellos años en algún paisaje de hayedos olotenses, suavizados por el delicado pincel de su amigo.

Sin embargo, aquella mañana, el relato del señor Freixa no rememoraba ningún paisaje de la Garrotxa, ni ningún obispado de Osona, ni tampoco respiraba un aire nostálgico de antiguas gestas catalanistas, sino el componente político que el día exigía. Y justo cuando Avel·lí entró en la sala, el señor Freixa acababa de citar el artículo de las Bases de Manresa que negaba explícitamente la obligación de los catalanes de cumplir el servicio militar.

—Freixa ha hablado con voz de bajo, debe de ser un asunto serio —comentó sonriente su amigo Jofre, y Avel·lí le respondió que lo que contaba era muy interesante, se tocó suavemente el bigote y, apoyado en una de las paredes, se dispuso a escuchar...

—Supongo que sabéis que los catalanes hemos luchado siempre contra los reemplazos de los soldados, todos conocéis las revueltas contra los quintos, porque algunos tenéis familiares que lucharon en Sants y en Gràcia contra esta lacra, y no sé si sabéis que incluso conseguimos pararlos a finales del siglo XVIII, cuando se produjo el «rebombori de la fadrinalla» y ningún catalán siguió las órdenes de Carlos III, y conseguimos que no llamaran a los jóvenes.

Tras el exhaustivo listado de alborotos, disturbios y bullangas que decoraban el mural de honor de las revueltas catalanas contra los reemplazos, el señor Freixa explicó el método de los catalanes para evitar el envío de soldados a las guerras de los españoles desde que los Borbones mandaban en Cataluña, «Cada Ayuntamiento contaba cuántos quintos reclamaban los del Ministerio de la Guerra, y entonces se exigía un impuesto a cada vecino para conseguir el dinero de todos los quintos, y así pagábamos la soldada y no mandábamos a ninguno de

los nuestros a luchar». Pero llegarían los discursos políticos contra «la insolidaridad catalana», vendrían las leyes que impedían el impuesto colectivo, obligarían a cada familia a pagar por su propio hijo mientras Cataluña se rebelaba y se consagraba la terrible dualidad del impuesto de dinero para los ricos y del impuesto de sangre para los pobres. «¡Y nos llamaban insolidarios a nosotros, que intentábamos no cargar a las familias con esa desgracia...!»

El señor Freixa siguió hablando un buen rato de los quintos y las revueltas y la rabia del pueblo cuando el Ministerio de la Guerra imponía su temible ley. «Por eso son tan avanzadas las Bases de Manresa, porque intentamos hacer unas leyes mejores, que no castiguen al pueblo llano ni hagan tanto daño a las familias», y el señor Freixa explicaba que había un artículo de las Bases que negaba la obligación de cumplir el servicio militar para los catalanes, y que, a cambio, volvían a la vieja idea de una compensación económica colectiva, «o pagamos a grupos de voluntarios, lo que haga falta, porque los catalanes siempre tenemos que pagar para que nos dejen tranquilos...». Un comerciante de sombreros que era tan gordo que le llamaban Finet le cortó el relato con un «viva» tan sonoro que nadie supo si era la expresión de un elogio desmesurado o una contundente manera de parar el monólogo incesante del señor Freixa. Y entonces, antes de que el señor Freixa recuperara el monopolio de la palabra, añadió...

—Por eso todos estamos de acuerdo en ir en contra de la Corte y el Gobierno, los comerciantes de sombreros y los panaderos, los que venden artículos de mercería y los que hacen relojes, todos, comerciantes, fabricantes, empresarios, obreros, todos, porque los de Madrid nos cortan la cabeza a todos.

La idea de que en Cataluña había una indignación generalizada que afectaba a todas las clases sociales, porque todas sufrían de maneras diversas las arbitrariedades de aquel régimen corrupto, provocó una cháchara descontrolada en la sala del Ateneu, que a cada hora que pasaba estaba más llena. Las noticias sobre alborotos, tranvías volcados, fuego cruzado e incluso muertos empezaban a llegar junto con la constatación, cada vez más firme, de que la huelga podía ser un éxito total. «Puede que sí, que por primera vez vayamos a vivir una huelga general. Ya podemos imaginarnos cuál será la reacción de España, ¡lo que vamos a sufrir!», se oía en el runrún del Ateneu, donde anidaba la inquietud y el desconcierto.

Unas calles más allá del Ateneu, en pleno corazón de aquella Barcelona vibrante que se ensanchaba con el aliento de las nuevas formas de piedras que se enroscaban como si estuvieran animadas, Merceneta pasaba la mañana con su amiga Lluïsa Vidal. Su madre la había reñido al verla frente al espejo del vestíbulo, arreglándose el tocado del pelo, «Hay que estar loca para salir en un día como hoy», pero ella le dijo que era un día cualquiera, «No se preocupe, mamá, nadie me molestará. Además, voy aquí al lado...», y salió de casa decidida, cerrando la puerta con suavidad. Sin embargo, caminando por la calle Provença, el insólito silencio de la mañana aceleró inconscientemente sus pasos, como si aquella inesperada quietud fuera el preámbulo de una entrada al infierno. «¿Qué pasará hoy?», se dijo, mientras subía la escalera del edificio donde Lluïsa tenía su estudio.

Lluïsa le había prometido que le enseñaría los esbozos a sanguina que había hecho del rostro de la señorita Muntades y que la revista *Feminal* había reproducido a toda página. El cuadro estaba expuesto en la sala del señor Parés, «al que, aunque es un tiquismiquis, le gustan mis cuadros», comentaba Lluïsa con satisfacción contenida. Cuando inauguró la exposición, hacía justo dos meses, Merceneta le dijo que aquel retrato de la señorita Muntades era muy luminoso, «¡A pesar de ser en blanco y negro!», y la carcajada fue a dúo. Lluïsa vivía un momento pletórico, porque la exposición de la sala Parés estaba siendo un éxito, y además, su amistad con Isidre Nonell, a quien conocía desde hacía tiempo y admiraba profundamente, se había afianzado. Un día le dijo: «Querida Lluïsa, usted es el hombre que mejor pinta de todos los insignes maestros de Els Quatre Gats». «Pero, querido señor Isidre ¡si soy una mujer y no voy a Els Quatre Gats!» «Por eso mismo, señora Lluïsa, por eso mismo es el hombre que mejor pinta.»

«No hay otro cuadro en el mundo que me emocione más que *La paloma* del señor Nonell. ¡Desprende tanta ternura y tanta tristeza...! Merceneta, nadie pinta la desdicha como lo hace él», y cuando Lluïsa se expresaba en aquellos términos, con una chispa de emoción en la mirada, Merceneta tenía la impresión de que Lluïsa estaba un poco enamorada del señor Nonell.

Sin embargo, aquella mañana era Carles Casagemas quien llenaba la conversación ociosa de las dos mujeres, y no tanto por los pocos cuadros que había podido pintar en su corta vida, «aunque, Merceneta, alguno, como *La casa*

*de citas*, me emociona, te lo digo de verdad. ¡Qué gran pintor perdimos!», sino porque acababan de ver una revista francesa en la que se reproducía *Las señoritas de Aviñón*, un cuadro reciente de su gran amigo, el pintor Picasso, a quien Lluïsa había conocido en la época en que él vivía en Barcelona. «¡Es muy raro todo lo que hace el señor Picasso con los desnudos! Más que caras y cuerpos de señoras, parecen cubos. Pero, amiga, cuando pintó la muerte de Casagemas, Virgencita, ¡aquellos azules, cuánta belleza!»

Merceneta había oído hablar de la familia Casagemas, sobre todo de la hermana de Carles, Lluïsa Casagemas, porque la revista *Feminal* publicaba a menudo artículos sobre su figura, «la única mujer catalana que ha compuesto una ópera». Había estado a punto de hacer historia cuando, en la temporada 1893-1894, programaron su estreno en el Liceu. Las bombas Orsini del anarquista Salvador «hundieron su sueño», según decía un relato que Merceneta había leído, y añadía que, a pesar de que ya no volvió a ser programada nunca más, había podido estrenar algunos fragmentos en el Palacio Real de Madrid, ante la reina María Cristina, y que Amadeu Vives, que había oído el segundo acto en un concierto en el Conservatorio del Liceu, había alabado «su fuerza dramática y, sobre todo, su pasión». «¿Cómo se titula la ópera que compuso?», y cuando Lluïsa dijo algo de «señora y esclava», Merceneta la corrigió, «Sí, *Esclava y reina*, así se titula».

Pero lo que más interesaba a ambas, en aquellas conversaciones en las que la pintura y la literatura y también la alta sociedad se mezclaban con el papel que las mujeres debían tener en el nuevo siglo, era el hecho de que Lluïsa Casagemas había compuesto otra ópera. «¡Escrita cuando solo tenía dieciséis años!», y también varias piezas para voz y piano para orquesta, y «aunque lo hizo antes de los veintiún años, amiga, qué triste, porque luego se casó con el señor Sorarrain de Milans del Bosch, ya sabes, el que promociona las carreras de automóviles, y nunca ha hecho nada más. Solo coincidimos con ella en las reuniones de caridad y en algunas fiestas, pero no ha vuelto a componer.» Y el espíritu de *Feminal* estallaba en aquel punto de dolor e impotencia que señalaba la derrota de la mujer ante su obligado destino. «Tenemos que conseguir ser mujeres antes que esposas», decía la una o la otra, con un deje de resignación que sonaba a lamento.

De *Las señoritas de Aviñón* de Picasso habían pasado a su amigo Casagemas,

del malogrado pintor a su hermana, la compositora de genialidad adolescente y madurez estéril, y de Lluïsa Casagemas nuevamente a su hermano, cuya prematura muerte aún espoleaba las lenguas más viperinas de la alta sociedad barcelonesa. «¡Hay que ver! Suicidarse por una señorita de mala vida, ¡dónde se ha visto algo tan horroroso, y con lo joven que era!» El relato sobre aquel muchacho de buena familia, «su padre es el cónsul de Estados Unidos, el señor Casagemas, seguro que lo conoces», que se había enamorado locamente en París de su modelo Germaine y que, al ser rechazado por ella, intentó matarla y luego se pegó un tiro en la cabeza, inflamó el corazón de Merceneta que, aunque leía revistas de mujeres exitosas y soñaba con un siglo diferente, aún se enternecía con las historias de amor trágicas.

—Y al parecer el señor Picasso estaba allí, en el bar de París donde ocurrió todo, dicen que incluso le salpicó la sangre de su amigo, pero mira por dónde, el arte, Merceneta, hay que ver qué sendas más extrañas sigue, porque luego Picasso pintó ese cuadro tan bonito sobre la muerte de su amigo, que es pura poesía.

Y así fue transcurriendo la mañana, con historias de compositoras adolescentes y pintores muertos por las heridas del amor, mientras la idea de que la mujer debía tener un papel protagonista en la sociedad reinaba con la misma intensidad con la que se imponía la impotencia.

—¿Lo conseguiremos?, ¿conseguiremos componer óperas que solo escriben los hombres, y luego estrenarlas y tener éxito? ¿Y podremos hacer estallar nuestro talento, y no dejaremos de componer porque tengamos que casarnos y los maridos no nos dejen ser nosotras mismas?, ¿lo conseguiremos, Lluïsa? ¿Lo haremos?

—Vete a saber, amiga, vete a saber, pero no dejaremos de intentarlo. Recuerda lo que dice Carme Karr, el futuro debe ser nuestro.

Mientras el futuro era suyo en aquel estudio plácido de la calle Provença, el presente se iba imponiendo en las calles con la poderosa insolencia de la fuerza. Ya no circulaban los tranvías, y los cadáveres volcados de algunos de ellos coronaban las improvisadas barricadas, al mismo tiempo que quemaban los fieltos de entrada a la ciudad; las tiendas y los almacenes estaban cerrados, y las fábricas barcelonesas se habían paralizado por completo, mientras el runrún aseguraba que también había huelga general en muchas otras ciudades catalanas;

llegaban noticias de Terrassa, donde habían incendiado el puente del ferrocarril, y en Badalona se había suspendido la circulación de trenes, porque los huelguistas obturaban las vías; en algunas zonas, las pistolas de unos y otros empezaban a cruzar su veneno, y se iniciaba el recuento de los caídos; una multitud de mujeres y niños que había marchado en manifestación desde la Rambla hasta Capitanía era recibida a tiros por los guardias de seguridad movilizadas, y también se hablaba de un intento de asalto a la comisaría; en el barrio del Clot, un pelotón al mando de Carme Alauch, a quien todo el mundo conocía como «la Dama Roja» de los lerrouxistas, también había atacado la comisaría, en un intento de liberar a los compañeros detenidos, y la cifra de muertos aumentaba; en Sant Andreu de Palomar, la huida del rico abogado carlista Jaume de Moner, que era el jefe del somatén, había facilitado que los huelguistas consiguieran un gran número de armas. La villa, que solo hacía diez años había perdido su independencia, se sumaba a la gran huelga de Barcelona y paraba completamente los trenes en las vías.

Mientras la rebelión crecía al amparo de la furia, el gobernador Ossorio dimitía porque le imponían la orden de traspasar el control total de la situación y la pertinente represión al capitán general de Cataluña. Furioso y decepcionado, dejaba oír su ruidosa protesta entre las paredes de Capitanía...

Es por ello que sufrimos solidaridades, autonomismos y separatismos, porque tenemos una Audiencia venal y un Ejército grosero y violento, y yo, ¿cómo estoy facultado, cómo?, como un cacique, mientras Lerroux es el amo de las calles. ¿No ven que cuando los catalanes no tienen queja de la Administración y adquieren confianza en la moralidad de las funciones públicas se olvidan de toda labor política? Pero cuando no, ahí están, asaltando la calle. Sin embargo, no tenemos remedio, una y otra vez cometemos los mismos errores, y así nunca los doblegaremos.

Y salió airado del despacho del capitán general, camino de su residencia de verano en el Tibidabo. Con todo el poder en sus manos y liberado de incómodas conciencias críticas, Santiago Manescau, teniente general de los Ejércitos Nacionales y capitán general de la 4.<sup>a</sup> Región, ordenó pegar en las paredes de Barcelona el bando que declaraba el estado de guerra...

Vista la actitud de los grupos que interceptan la vía pública e impiden que se restablezca la normalidad de esta plaza, ordeno y mando:

Artículo 1. Se intima a cuantas personas ocupan las calles de esta ciudad a que se disuelvan y se retiren a sus casas, en la inteligencia de que si no lo efectúan así se hará fuego sobre ellas sin intimación alguna, cualquiera que sean los gritos que profieran, aun cuando fueran los de VIVA EL EJÉRCITO u

otro análogo.

Artículo 2. Se prohíbe asimismo la permanencia del público en balcones, terrados y azoteas y que profieran los gritos a que se refiere el artículo anterior, debiendo permanecer en absoluto despejada la vía pública, pues se hará fuego a los grupos que la intercepten.

Artículo 3. Se exigirá responsabilidad a los inquilinos de las casas desde las cuales se hostilice a las fuerzas del Ejército o se profiera cualquier clase de gritos.

Artículo 4. Este bando comenzará a regir desde las 9 de la mañana de hoy.

Barcelona, 28 de julio de 1909

Del bando de guerra a la movilización de todos los contingentes que podía tener a mano: mil quinientos soldados, más de seiscientos caballos, doce piezas de artillería, setecientos guardias civiles, un millar de guardias de seguridad y centenares de guardias municipales se convirtieron en la fuerza de choque para parar una huelga general que debía durar veinticuatro horas, pero que amenazaba con ser una rebelión general. Y mientras el capitán general confinaba a la mayoría de las tropas en los cuarteles, a la espera de encontrar el momento oportuno para desplegarlas, la multitud de gente que levantaba adoquines, paralizaba fábricas, alzaba barricadas y clamaba contra Dios y contra la guerra crecía a medida que crecía la convicción de su propia fuerza.

A última hora de la tarde, las llamaradas iniciaron su baile ritual, atizadas por la música del griterío. «¡Abajo la Iglesia y abajo el poder!», se oía en las calles del Poble Nou, mientras el Patronato Obrero de Sant Josep, propiedad de los maristas, ardía por todos lados. El atardecer se tiñó de chispas rojas que volaban durante unos segundos y desaparecían de repente. Parecían delicados copos de fuego.

Mientras el «No a la guerra» se convertía en la sinfonía de aquel lunes de julio calimoso y pesado, en el puerto de Barcelona el capitán general se apuntaba su primera victoria. Había conseguido enviar un barco lleno de soldados y otro con armamento camino de Marruecos.

## AL BARRANCO DEL LOBO IREMOS A MORIR

Oyó el chillido de las gaviotas. Era como una «i» alargada, multiplicada por decenas de gargantas que estallaban en un coro de alaridos, y aquel fragor, que siempre le había parecido estridente, lo envolvió como si fuera una armoniosa melodía. De repente ya no era un despojo herido, tirado en la camilla de un hospital de una ciudad lejana, sino aquel niño inquieto y delgaducho que corría por la Platja Gran mientras las gaviotas se alborotaban cerca de los barcos de los pescadores y las mujeres se acercaban con las cestas, ansiosas por llenarlas de pescado.

Tenía la cabeza embotada por los potingues que le habían dado, y le dolía mucho la pierna, como si le quemara por dentro, pero era un fuego imaginario, porque hacía pocas horas que se la habían cortado por encima de la rodilla. Cuando, dos días antes, llegó malherido al teatro Alcántara de Melilla, que se había convertido en un hospital improvisado, la enfermera lo avisó, «Es una mala herida, soldado, tendrá que visitarle el Tebib Arrumi». Y al cabo de un rato apareció un hombre rechoncho y alegre a quien todo el mundo respetaba y que no tardó en decirle, «Soldado, soy el doctor Ruiz Albéniz, y no le voy a dar buenas noticias. Esta pierna no tiene solución, habrá que cortar por lo sano». Y ordenó a la enfermera que organizaran el inmediato traslado a Málaga. «Aquí no cortamos», concluyó, a modo de despedida, y se perdió entre la multitud de enfermeras, médicos y heridos que abarrotaba aquel espacio insólito donde pocas semanas antes se representaban *varietés*. No era capaz de entender el horror de aquella noticia transmitida por aquel médico estrambótico que, según decían, «es sobrino del gran compositor Albéniz, y también es periodista pero, como médico, es el mejor de Melilla y de toda África», y que era conocido con

el sobrenombre de Tebib Arrumi que le habían puesto los rifeños, porque lo tenían en mucha estima, «significa “médico cristiano” en la lengua de los moros». Era como si ese veredicto sobre su propia pierna le resultara ajeno, una historia inventada, casi una de aquellas aventuras de corsarios que su abuela le contaba frente a la chimenea las noches de boca de lobo en que no había luna y el aullido de la tramontana helaba el alma.

Dicho y hecho, lo embarcaron en el *Ciudad de Mahón*, que iba atestado de heridos, y el lamento de decenas de hombres que se quejaban, lloraban y gritaban fue la música que lo acompañó durante el último trayecto de su vida en el que sería un hombre entero, «mañana o puede que hoy mismo ya no tendré una pierna», y entonces volvía a la boca de lobo y al aullido de la tramontana, porque si se perdía en la memoria todo lo que le estaba pasando dejaba de ser real.

Sin embargo, fue real, y allí donde había estado su extremidad ahora tenía un muñón descabezado que no le parecía propio, porque él sentía su pierna, la sentía, estaba allí, en aquel espacio que, de repente, llenaba el vacío. «Nunca más podré correr por la Platja Gran, ni podré ir a la masía de Birba a recoger la leche, ni saldré a buscar erizos ni chirlas, ni cortejaré a Engracieta, que siempre deja que le diga cosas bonitas.» Y al pensar en Engracieta, en sus ojos oscuros y grandiosos, su carácter risueño, su delgado cuerpecillo, tan pequeña y tan delicada..., la desesperación lo asfixió, y como si en ese momento se hubiera dado cuenta de aquella realidad ineludible, se echó a llorar con un llanto tan ruidoso que despertó a los soldados que dormitaban a su lado. La enfermera de Málaga le acababa de decir que había tenido suerte, que lo habían atendido en un auténtico hospital, porque él era cristiano, y los cristianos tenían médicos de verdad y no curanderos, «como los moros, que curan como pueden, que cuando estuve en Melilla, soldado, vi heridas curadas por los nativos, y no sabe lo que era, que ponen cieno para parar la hemorragia, y después la lavan con leche agria, y una vez limpia, ¿sabe qué hacen?, pues la cubren con manteca rancia y con miel, y así esperan que se cierren las heridas. ¡No sabe cuántos mueren!».

«¿Qué será el cieno?», pero no lo preguntó, porque no tenía interés en saberlo, ni tampoco en cómo curaban los cabileños ni tenía interés en nada de lo que explicaba aquella mujer que no dejaba de parlotear, no, solo quería volver a tener su pierna y correr, correr lejos de aquel hospital militar y de aquella mujer

charlatana, y de aquella pierna amputada, y correr lejos, muy lejos de aquella terrible noche en que había saludado a la muerte. Correr como los zorros de su pueblo, correr, correr, correr...

Había nacido hacía diecinueve años en Figueres, por un capricho del azar, pero era de Cadaqués, «el pueblo más bonito del mundo», según aseguraba el abuelo Manel, que había viajado mucho y sabía de esas cosas. Y era cierto que era muy bonito, y él lo sabía porque se sentía tocado por la herida ampurdanesa, aquellos azules intensos, aquella tramontana que limpia los pulmones y sacude el alma, aquella forma de hablar que sala como si fuera el agua del mar, porque es la tierra de *ses oliveres i s'esglesí i sa gent*. «*El nós amb nós*», se dijo, más calmado, enternecido por la nostalgia de aquellos recuerdos cercanos. Y perdido por las empinadas calles de pizarra, al lado de las mujeres que caminaban muy erguidas con las tinajas en la cabeza, Eloi Quirch i Escofet volvió a ser un niño.

Poco a poco, la niebla que envolvía su cabeza empezó a disiparse, el intenso dolor de la pierna amainó, sustituido por un dolor apagado, y la desesperación que lo había sacudido se fue transformando en una suerte de resignación, sabedor de que aquella pierna cortada había sido la salvaguarda de la muerte. Acababa de visitar un infierno de fuego y metralla que había dejado el campo de batalla regado de sangre, y aún no entendía cómo había logrado salir vivo. «La Virgen de la Esperanza, mi Esperancita...», dijo en voz alta, mientras pasaba los dedos por la medallita que le había dado su madre para que lo protegiera de la guerra. «Y me ha protegido, claro que me ha protegido, la Virgencita no ha querido que me mataran lejos de casa.» Y besó la medallita con tanto ímpetu que el sabor ocre del metal le dejó los labios entumecidos.

Pertenecía al Batallón de Cazadores de Montaña de Figueres, al que fue asignado en cuanto fue llamado a filas. «Soldados, vuestro símbolo es la corneta, y llevaréis las sardinetas y los adornos verdes que nos diferencian de otros regimientos. Aprended a amar vuestro uniforme y también los colores del noble escudo de armas de los Cazadores de Figueres, y honradlo con vuestra sangre. Este batallón ha luchado en Cuba y en Filipinas y ahora luchará en la campaña africana, que nada nos frena en la gloriosa defensa de España», gritaba el sargento. Y Eloi, que había sido educado para la obediencia, y a quien su madre había dicho que se portara bien, que iba a una tierra extraña, con gente desconocida, y que no se hiciera notar para que no le pasara nada, «Haz como si

no estuvieras allí, porque si no se dan cuenta de que estás, quizá no te vean y el buen Dios te devolverá a casa», y le cogía las manos y las besaba, se puso a estudiar aquellas palabras extrañas que el sargento decía que eran los colores del escudo: «En campo de oro, cuatro palos de gules; brochante en abismo, una hoja de higuera de sinople. El todo timbrado de corona real», repetía sin entender ni una palabra, pero convencido de que aquello era necesario para salvar la vida. Además, su batallón era el sucesor de los regimientos de los migueletes catalanes, y aquel hecho le provocaba un orgullo espontáneo, como si él, el pobre hijo de un pescador del Empordà, perteneciera a un linaje antiguo y noble.

Una vez llamado a filas, lo pesaron y midieron en Figueres «No está mal, soldado, 1,72, eres alto, tendrás que agacharte para que no te alcancen las balas de los moros», y después de pasar la revisión médica en el Ayuntamiento de la ciudad, «Sano y preparado para el servicio», esperó en Cadaqués la orden de presentarse en la Caja de Reclutas de Figueres, donde el trayecto final se cumpliría con la precisión implacable de los malos augurios: de Cadaqués a Figueres, de Figueres a Barcelona, y de Barcelona al vapor *Cataluña*, camino de Melilla.

Nada más llegó al campamento del Hipódromo, la retina registró en la memoria la imagen de una gran explanada, perfectamente rectangular. «El Ejército construyó un hipódromo para los mandos militares, pero ahora los caballos somos nosotros», le espetó un joven gordito que hablaba con un castellano sibilante que jamás había oído. «Debe de ser del sur», se dijo, pensando que más extraño debía de ser su castellano, que apenas hablaba. En aquellos miles de metros cuadrados de tierra seca habían plantado una interminable multitud de tiendas redondas y puntiagudas, perfectamente alineadas, donde se amontonaban cientos de hombres atemorizados que no sabían nada de armas ni de guerras, aunque lo sabían todo sobre el miedo. Era el ejército de los desventurados, los míseros, los desgraciados que habían salido de sus barrios obreros, o de sus pueblos de montaña, o de sus aldeas junto al mar; la mayoría, pobres y analfabetos, sin ninguna instrucción militar ni ningún conocimiento sobre armas, y algunos de ellos tan jóvenes que aún tenían la cara moteada por los granitos de la adolescencia. Y cuando no eran demasiado jóvenes, eran demasiado mayores, reservistas que habían dejado en casa mujeres, hijos, terror y hambre para ir a abrazar a la muerte.

«Nos recibe el odio», pensó junto a la barandilla del paquebote mientras los trabajadores del puerto preparaban el desembarco. Todo el muelle era una infinidad de miradas que albergaba a otros cientos, con los ojos fijos en aquellos «aromas», tal y como Eloi oiría que los llamaban a ellos, los extranjeros, los infieles que iban a su tierra para envilecerlos con sus dioses falsos mientras les robaban los bienes que Alá les había otorgado. Eloi nunca había visto la cara del odio, no sabía que tenía rostro ni ojos que se clavaban como un puñal afilado, ni sabía que una mirada podía anunciar la muerte. Pero cuando se sintió herido por aquellas miradas fijas que se clavaban en él, una tras otra, sin piedad ni perdón, una multitud de ojos que no eran ojos, porque eran las garras de la rabia, entonces comprendió que habían llegado al infierno. «Los moros quieren matarnos a todos», le dijo medio tembloroso a un muchacho de Reus que caminaba a su lado y con el que había intimado durante la travesía. «No te preocupes, porque con los heliógrafos, los nuestros siempre saben qué van a hacer los enemigos.» Ante la cara de sorpresa de Eloi, que jamás había oído aquella palabra tan extraña, «heliógrafo», Roger, de Reus, le explicó que tenía estudios de telegrafía y que los heliógrafos eran unos aparatos con espejos que utilizaban el código Morse con señales luminosas. «Así se comunican los blocaos», y al instante añadió que los blocaos eran fortines de madera desperdigados a lo largo de la vía del tren. «Este chico sabe muchas cosas sobre la guerra», se dijo Eloi, y pensó que sería bueno estar cerca de él. Pero tras llegar al campamento, no volvió a verlo. Sin embargo, las explicaciones de su compañero no lo tranquilizaron. Las miradas que se le habían clavado durante todo el trayecto eran muy explícitas: querían matarlos a todos.

Aquel caluroso 27 de julio de 1909 no los mataron a todos, pero el intento fue tan efectivo que convirtió la montaña del Gurugú en una tumba abierta, donde decenas de cuerpos, diseminados a lo largo de un despeñadero demoníaco que los cabileños llamaban el barranco del Lobo, recordaban la inapelable verdad de la guerra. Hacía pocas horas que Eloi había llegado a Melilla, y a pesar de que conocía los ataques que se habían producido los días anteriores y que todo el mundo hablaba de un peligroso incremento de la tensión, no se imaginaba que probaría el fuego tan pronto.

Agotado por la travesía, se había tumbado sobre un jergón que usaba para dormir, a la espera de que lo llamaran para el rancho, y trataba de imaginar cómo

sería la instrucción militar que debía empezar al día siguiente, si aprendería alguna táctica defensiva o le enseñarían a afinar la puntería, o puede que lo entrenaran para que estuviera en buena forma física. Tenía buenas piernas, de eso no había duda, no en vano corría por el cabo de Creus como si lo persiguieran las brujas, y tenía los brazos muy fibrados de tanto ayudar a su padre con la red y pescando al cerco. No, no tendría que mejorar sus músculos, era joven y su madre lo había alimentado bien, porque en su casa siempre había un centollo recién pescado para preparar un buen arroz.

Al pensar en el arroz de su madre notó que su estómago protestaba. El rancho de la mañana había sido muy escaso, igual que las comidas de la travesía y el exiguo bocado que le dieron antes de embarcar. «Hace días que como muy poco. ¡No sé cómo vamos a combatir con esta gazuza!», refunfuñó mientras se inclinaba suavemente para hacer callar al estómago. «Es el grito del hambre», le dijo un muchacho de piel morena y mirada penetrante que habían asignado a su tienda. «Me llamo Queraltó», se presentó, y pronto iniciaron el ritual de conocerse mutuamente. Venía de Barcelona, del barrio de Sant Andreu de Palomar, pero su familia era originaria del Pallars Sobirà. «Somos de Lladorre, en el hermoso valle de Cardós», le dijo con indisimulado orgullo, y Eloi sonrió complacido, aunque jamás había oído hablar de aquel pueblo ni de aquel valle. Había salido muy pocas veces de Cadaqués, como mucho algún viaje a Figueres y las fugaces estancias en Banyuls y en Cotlliure con la barquita de su padre para saludar a sus primos, «que son catalanes, Eloi, aunque los hayan hecho franceses, ¡que nos han troceado la patria!», comentaba su padre siempre que iban. Pero pocos viajes más fuera de su pueblo. Ahora, en cambio, había cruzado el mar y estaba en África, hablando con Queraltó, de Lladorre, a quien escuchaba con educación. Seguía el consejo de su madre, que siempre le decía que tenía que ser amable y nunca debía molestar, y pensó que ya tendría tiempo de preguntarle por su pueblo y también cómo era la vida en Barcelona, que Eloi se imaginaba que debía de ser muy ajetreada y moderna. «¡Qué sueño vivir una temporada en Barcelona!» Además, poder hablar en catalán lo confortaba, no solo porque no conocía muy bien el castellano y le resultaba difícil no tropezarse con las palabras cuando quería decir una frase entera, sino también porque le parecía que era como si no se hubiera ido del todo de Cataluña. Su padre siempre se lo decía, «Nuestro país está allí donde cuando decimos “*Bon dia*” responden

“*Bon dia*”», y en aquella tienda plantada en un lateral de la explanada del Hipódromo, al lado del Gurugú, del que decían que no era una montaña sino un volcán, «¡Virgencita, un volcán!», y donde aseguraban que vivían unos monos muy extraños a los que llamaban monos de Berbería, allí, al otro lado del mar de su mar de Cadaqués, le habían respondido «*Bon dia*». Sí, tendrían tiempo para conocerse bien.

El tiempo, un engaño de los sentidos, una masa esponjosa y esquiva, una esperanza fútil de dominar el propio relato, cuando el relato de la vida es propiedad de un dios caprichoso y malévol. Él, Eloi, el hijo de Pep del Ix, nieto del abuelo Manel, nacido en un pequeño pueblo pesquero, tierra de corsarios y marineros, él no era el dueño de su destino, no era el protagonista de su propia vida, no era nadie, un número en un uniforme, un escudo de armas impuesto, «en campo de oro, cuatro palos de gules...», un trozo de carne usada para contener otros trozos de carne como él. Y aquel tiempo engañoso que no era el suyo, porque él no lo dominaba, se extinguió en un instante, casi sin aliento, cuando sonó la corneta y todo el Batallón de Cazadores de Montaña de Figueres n.º 6 fue conminado a formar en fila. «Soldados, habéis venido a combatir y ha llegado vuestra honrosa hora. Vais a luchar y a morir por la gloria de España.»

Los cableños acababan de destrozar trescientos metros de las vías del tren que estaban construyendo y que pretendía conectar la ciudad de Melilla con las minas de hierro, y el general Marina, comandante en jefe de las operaciones militares en África, ordenó que saliera inmediatamente un convoy de reparación de la vía, y que dos columnas de soldados lo protegieran. Por un lado, se formaron seis compañías de Infantería, al mando del coronel Fernández Cuesta, que marcharían hasta la segunda caseta de la obra ferroviaria; por otro, los batallones de la Primera Brigada Mixta, con las compañías de Infantería que acababan de desembarcar, al mando del general Guillermo Pintos Ledesma, cuya misión era cortar el avance del enemigo en los contrafuertes del Gurugú.

¿Qué había pasado? Unos minutos antes estaba tumbado en el jergón de la tienda y tenía una conversación indolente con Queraltó, de Lladorre, mientras intentaba imaginarse cómo sería la vida en el campamento. Y, de repente, sin pausa ni respiro, estaba formando en fila, con el uniforme y el fusil, la cabeza alta, la espalda erguida, la mirada perdida, con el famoso general Marina montado a caballo revisando las tropas.

Era un hombre imponente, con una barba y un bigote tupidos, totalmente blancos, que le daban un aire venerable, aunque era una imagen engañosa, porque el general tenía fama de ser un hombre muy duro. Decían que había luchado en la guerra de Filipinas y en la tercera guerra carlista, y también en la guerra de Cuba, y si había llegado a comandante en jefe de Melilla era por su fama de militar implacable, sin piedad con el enemigo. Eloi sabía, y no sabía por qué lo sabía, que el general Marina había nacido en Figueres, «ampurdanés como yo», y por un momento sustituyó el respeto temeroso que le tenía por un intento de simpatía. Pero duró lo que duró la arenga del general, porque en un abrir y cerrar de ojos su batallón rompió filas y se preparó para salir del campamento.

Tumbado en la cama del hospital de Málaga, el recuerdo de aquellas horas terribles, perdidos en el barranco del Lobo bajo un fuego cruzado que no tenía piedad, era una cascada de imágenes borrosas que se superponían, como si fueran las piezas mezcladas de un rompecabezas imposible. Lo recordaba todo con precisión, y al mismo tiempo nada era preciso, y la memoria intentaba en vano poner orden en los trágicos acontecimientos que había vivido. Pero se mezclaban los tiempos y los hechos, y el recuerdo lo devolvía a los chasquidos de los rifles que provocaban una lluvia de fuego sobre las tropas, mientras intentaban huir en desbandada, asediados desde las dos pendientes del risco, los gritos de los heridos, el silencio ensordecedor de los abatidos, el pánico que obligaba a arañar la montaña, arrastrándose por encima de las zarzas y las piedras, con el cerebro aterrado y las manos llenas de sangre. Todo el mundo huía por todos lados, y, a la vez, cautivos de un dios infiel, nadie podía huir, porque el acantilado los había encerrado en una trampa mortal y quería su presa. Morir era la opción más segura. ¿Cómo habían llegado a ese despeñadero donde no tenían ninguna salida?, y entonces volvía a oír la voz lejana del general Pintos, «¡Avanzad, soldados!», y lo intentaban por un terreno cada vez más empinado, camino de los contrafuertes del Gurugú. El primer objetivo tenía que ser el asalto a las colinas de Ait Aixa, donde el enemigo se había hecho fuerte.

«Ait Aixa», el nombre le pareció poético, pero el bautismo de fuego que aún retumbaba en su cerebro le produjo un sabor ácido en la boca, y empezó a temblar. Oía cada tiro, ¡pum, pum!, decenas de tiros, centenares, los de sus compañeros, los suyos, los de los cabileños, el fragor seco de la artillería, ¡pum,

pum!, y no recordaba si había pasado miedo en aquel instante o había sido más tarde, cuando, superadas las colinas de Ait Aixa habían ido a parar a la jaula del barranco del Lobo. Lo que sí sabía era que, cuando el miedo atrapa el alma, ya no la abandona jamás. Y con el abrazo del miedo asfixiándolo, cruzó las puertas del infierno.

«Vuelvo a tener fiebre», se dijo en un intento de serenarse, y levantó la mirada. La sala de aquel hospital malagueño era gris, sin ninguna concesión al detalle, y por todas partes había cuerpos tendidos con toda clase de vendajes, algunos sin brazos o piernas como él, otros malheridos, destripados, con la cabeza abierta, las heridas internas sangrándoles por doquier. Cerca de donde estaba, un sacerdote rezaba en silencio al lado de un joven que agonizaba. Y al observar aquel momento de recogimiento, a las puertas de la muerte, un recuerdo que había olvidado, quizá para protegerse del dolor, lo cortó en seco. No podía precisar cuándo ocurrió exactamente, pero recordaba el agujero en la cabeza, el ojo que había saltado, la mueca en que se había convertido aquel rostro que unos momentos antes había sido el de un hombre. Queraltó, de Lladorre, cayó a su lado cuando intentaban escalar la pendiente del barranco, y se quedó allí, convertido en un amasijo de músculos, venas y nervios que ya no tenía mirada, ni lengua ni recuerdos de su valle de Cardó, porque solo era el despojo de un hombre. ¿Cuántos habían sido abatidos como Queraltó en aquel despeñadero infernal? Decían que centenares, más de mil, casi los seis batallones que habían caído en la trampa de los rifeños, que los habían conducido hasta el interior del barranco sin que se dieran cuenta de la ratonera mortal en la que se estaban metiendo.

Al principio parecía fácil. Tras los primeros combates, una vez conquistadas las colinas de Ait Aixa, el general Pintos había dirigido el avance hacia el barranco. Los soldados del Harka, que así es como le habían dicho que se llamaban los rifeños que se oponían a los españoles, «que significa “expedición guerrera contra los infieles”, que somos nosotros, o algo así», disparaban esporádicamente y parecía que la vía era segura, aunque el terreno se iba haciendo empinado y abrupto, y el despeñadero se estrechaba de tal manera que los seis batallones tuvieron que apretujarse tanto que apenas podían moverse. Fue entonces cuando aparecieron miles de enemigos que disparaban a diestro y siniestro mientras caían con ferocidad sobre los soldados.

El general Pintos fue uno de los primeros en caer, pero muy pronto también fueron abatidos otros mandos, el teniente Joaquín Tourné, del Batallón de Las Navas, el teniente coronel Palacios, que acababa de animar a la tropa, y así uno tras otro, mientras decenas de cuerpos horadados por aquella tormenta de fuego llenaban de sangre la tierra arcillosa del Gurugú. Era una emboscada perfecta, y, una vez muerto el general Pintos, la desbandada fue tan caótica y atemorizada que los soldados intentaban abandonar el risco por todas las vías, arrastrándose por encima de los cuerpos caídos, algunos de ellos heridos a los que nadie recogía, porque el único instinto que los motivaba era el de escalar desesperadamente la pendiente y salir de aquella fosa mortuoria.

No entendía cómo seguía vivo. Tampoco sabía cómo había salido del barranco del Lobo ni quién lo había sacado de allí ni durante cuánto tiempo había huido de sí mismo, perdido en alguna lejana conciencia donde no se oían los chasquidos de las balas, ni se arrastraba entre los muertos ni la pierna le quemaba como si fuera una tea encendida. Solo recordaba la imagen borrosa de unas finas nubes moviéndose por el cielo a medida que avanzaba la parihuela en la que lo transportaban, y cuando su mirada se hizo más nítida se dio cuenta de que formaba parte de una larga hilera de camillas llenas de soldados heridos. Eran tantas que parecían una procesión de Semana Santa, «una procesión», repetía maquinalmente, como si se estuviera despertando poco a poco de un pesado sueño. Luego recuperó la conciencia del todo y, al hacerlo, el dolor de la pierna lo hizo estremecer de tal manera que se mordió la mano hasta que sangró. Se imaginaba que no podría soportarlo, que sufriría otro desmayo, y quizá eso fuera mejor, porque aquel dolor insoportable lo estaba volviendo loco. Y mientras intentaba aguantar aquel sufrimiento, un hombre de mirada limpia, con un ligero bigote y un uniforme plagado de insignias que delataban su rango de capitán, se le acercó y le dijo:

—Soldado, las heridas de la guerra son medallas del honor. Debes sentirte orgulloso. Has servido a España.

Y cuando se fue, Eloi se dio cuenta de que llevaba la mano enfundada en una especie de guante y que aquel hombre debía de ser el famoso Antonio Ripoll Sauvalle, superviviente de la guerra de Filipinas, donde, con solo diecisiete años, había perdido la mano y parte del brazo. Todo el mundo lo consideraba un héroe, el capitán más joven de la historia del Ejército español, y la leyenda aseguraba

que, aunque se había quedado manco, pidió a la reina regente no ingresar en el Cuerpo de Mutilados y que le permitieran seguir en activo. Había mandado fabricar un antebrazo de aluminio, y por eso lo llamaban «Mano de Plata», aunque siempre llevaba la prótesis escondida bajo un guante de seda. Eloi había oído hablar de él porque también lo habían asignado a los Cazadores de Figueres, y, aunque su nombre salía en todas las conversaciones, no lo conoció hasta ese momento.

A pesar del terrible dolor de la pierna, que no lo dejaba pensar con claridad, las palabras de aquel capitán tan joven, herido de guerra y condecorado con las más altas distinciones, siguieron bailando en su cabeza, «Las heridas son medallas del honor». «Honor», repitió en voz alta, y la palabra repicó en las cavidades de su cerebro, como una pelota lanzada contra una pared, «honor», ¡pum, pum!, «honor», ¡pum!, ¿qué era el honor?, y rebotaba de nuevo, ¡pum, pum!, y entonces pensó que todo aquello no tenía ningún sentido, y que no sabía qué era el honor, no, no lo sabía, pero sí sabía que aquella palabra tan ostentosa exigía tributos sangrantes, ávida de un deseo de muerte que dejaba los campos llenos de cuerpos reventados. Era cierto, lo era, que él no sabía gran cosa, solo que era el hijo de un pescador de un pueblo pequeño, sin demasiados estudios y que casi no había salido del nido, pero le parecía que sabía una cosa, solo una: que ningún honor, ni ninguna idea ni ninguna patria tenían derecho a arrancarlo de la Platja Gran y de su Engracieta y de las anchoas que su madre preparaba sin pimienta, como lo hacen en Cadaqués, «en L'Escala no saben hacerlo», y de las salidas con los amigos para coger erizos y chirlas, y no, ningún honor tenía derecho a destrozarle una pierna y negarle para siempre sus carreras por el cabo de Creus, volando libre de cara a la tramontana, con el pelo revuelto, la nariz roja y la alegría en el corazón. ¿Qué era eso del honor, que lo tenía en aquella camilla andrajosa, perdido en una ciudad lejana, con un dolor tan intenso que era como si fueran a destrozarle el miembro, con la sangre derramándose por la pierna, la cabeza ida y la memoria oscurecida para siempre por el horror que había vivido? ¿Qué era, qué, ese dichoso honor?

Encamado en Málaga, ya mutilado y nuevamente con fiebre, rodeado de jóvenes como él que tal vez morirían o también regresarían mutilados, o que si se curaban de sus heridas volverían a la guerra, allí, en el otro extremo de su mar ampurdanés, Eloi supo que lo sabía, él, el hijo de un pescador, sabía la respuesta:

el honor era una mentira.

Su madre también lo sabía. De hecho, siempre lo había sabido, y porque lo sabía, y sabía que aquella mentira se llevaba a los jóvenes y los devolvía derrotados y tristes, y a menudo mutilados, y eso cuando los devolvía, porque a veces no lo hacía, y morían lejos de su hogar, y porque lo sabía y siempre lo había sabido, intentó salvar a su hijo de la guerra. Tenía unos parientes lejanos en la villa de Gràcia, e incluso una antepasada, Carmeta, que era sobrina de su abuela, había estado a punto de casarse con un muchacho de aquella familia, que era un primo segundo, aunque el pobre chico murió antes de la boda, reventado por un caballo, cuando la bullanga de la Brusa, de eso hacía más de cincuenta años. Y también había muerto Carmeta, justo unas semanas después de enterrar a su prometido, «devorada por la peste del Ganges, la pobrecilla», en aquellos años en que el cólera había causado estragos en el Alt Empordà. La familia había coincidido en algunas ocasiones, sobre todo en los entierros, y una vez incluso el padre de Eloi se había quedado en la casa de aquellos parientes de Gràcia, porque tenía unos asuntos de las tierras de su bisabuelo que no se podían resolver en Figueres y había que ir a Barcelona para hacerlo.

Decidió que no le daría muchas vueltas. Sabía que el hijo de Mercè, el señor Albert, era un hombre muy rico, «al parecer ha hecho negocios con el dinero y las cosas de los bancos», y convencida y envalentonada, cogió la tartana que debía cruzar el Pení. Pediría, suplicaría, lloraría, rogaría, haría lo que fuera para conseguir el dinero e impedir que Eloi fuera llamado a filas, y cuando su marido le dijo que iría él, Quimeta se negó, «Es mi hijo y solo puedo salvarlo yo, esto es cosa de las madres y no de los hombres. Tú ve a la iglesia y reza a la Virgen María», y se marchó a Barcelona.

Lo supo en cuanto se reunió con Mercè, aunque la trató con estima y amabilidad, pero aquella mueca en los labios cuando le planteó el tema, aquellos ojos que rehuían su mirada, aquel «Bueno, Quimeta, son tiempos difíciles para todo el mundo», todos los gestos le decían que no salvarían a Eloi. Aun así, Mercè se ofreció, «Te acompañaré a ver a Albert, pero no confíes en él, Quimeta, no quiere saber nada de estas cosas», y ella pensó que Mercè era una buena mujer, pero que debía de tener un hijo que era un mal bicho. Cuando por la tarde Albert no salió a recibirla y tuvo que pedir, suplicar, llorar y rogar a la señora Elisenda, «que es una gran dama, y su casa es imponente, que nunca he

visto otra tan lujosa», y aquella dama le dijo que lo sentía mucho, que ella no sabía de esas cosas, que su marido no estaba, y que no volvería en varios días, y que se fuera tranquila, que muchos chicos eran llamados a filas y no pasaba nada, que ella rezaría por el muchacho e incluso encendería una vela en la catedral y daría una limosna, pero que lo sentía mucho, entonces Quimeta supo que Eloi iría a la guerra. Solo le quedaba rezar a la Virgen de la Esperanza, su Esperanceta, le rezaría mucho, cada día, a todas horas, y quizá Eloi volviera, sí, porque su Virgencita nunca le había fallado.

Y resuelta a luchar hasta el último aliento, aunque fuera con las fuerzas del cielo una vez perdidas definitivamente las de la tierra, Quimeta regresó a Cadaqués. Durante el pesado trayecto, mientras pensaba en Eloi, tan joven, tan inocente, «Esperanceta mía, madre de Dios», la tonada de una vieja canción que oía cantar a su madre le vino a la memoria...

A l'Àfrica, minyons,  
a matar moros, a matar moros;  
a l'Àfrica, minyons,  
a matar moros amb canons! [4]

Y pensó que no, que ella no quería matar moros, ni viajar a su lejana tierra ni pretendía nada de las guerras de los hombres. Solo deseaba que no le matasen a su Eloi. «A África no, a África no, Virgencita.»

## COMO UNA ROSA DE FUEGO

En Barcelona, la lucha era a pie de adoquín, con todas las calles revolucionadas donde una multitud enfurecida levantaba una barricada, o dinamitaba las vías del tren, o intentaba asaltar el cuartel de la Guardia Civil, mientras los despojos de los conventos quemados dibujaban un paisaje de ruinas y cenizas que pincelaba en gris aquel soleado julio. Allí donde se proyectaba la mirada, las columnas de humo avisaban de los fuegos que seguían ardiendo.

«¿Quién está al mando de la revuelta?», se preguntaban en el sindicato, y las explicaciones se mezclaban en una maraña de palabras que se contradecían, definitivamente perdidas en su incapacidad por encontrar respuesta. Sabían que el Comité Obrero de Huelga había perdido el control, y el socialista Antoni Fabra, que había liderado la protesta durante las primeras horas, aseguraba que no sabía qué estaba pasando. «Son masas obreras y jóvenes sin ningún liderazgo; y si hay líderes, la mayoría son de los lerrouxistas», informaban algunos, y los nombres de Sol i Ortega, los hermanos Ulled, Colominas Maseras o Guerra del Río resonaban en la conversación, pero aquellos no eran los grandes líderes radicales, y todos sabían que su diputado más conocido, Giner de los Ríos, se había quedado encerrado en su casa mientras Lerroux estaba fuera de la ciudad, «como siempre que hay revueltas, porque este enciende la mecha y después sale huyendo». Y entonces recordaban con sorna el famoso discurso de Lerroux: «En España se impone la revolución —bla, bla, bla—, cuando esta llegue, que no está lejos, contad conmigo como general en jefe —y más bla, bla, bla—, para llevaros a la victoria o morir en la vanguardia del ejército revolucionario». Y había llegado la revolución y el general en jefe estaba fuera del país. «Como siempre.»»

Cuando Ferrer i Guàrdia se desplazó a la Casa del Pueblo para entrevistarse con el jefe radical de Barcelona, el abogado Emiliano Iglesias Ambrosio, con el objetivo de ordenar aquella incipiente revolución, preocupado por la convicción de que estaba adquiriendo un cariz caótico, el resultado fue tan catastrófico que Ferrer dijo que aquello sería un desastre y decidió irse de Barcelona. «¿Se ha ido a la masía Boter de Alella, a casa de sus padres?», preguntó Enric inquieto. Y no, estaba en la masía Germinal de Montgat, la de su hermano Josep; «con Soledad, Enric, es mejor que los dos estén lejos de todo esto», respondió un compañero. Después de la reunión con Ferrer i Guàrdia, un grupo de dirigentes de Solidaritat Obrera intentó reunirse más veces con Emiliano, pero siempre estaba enfermo. En el sindicato aseguraban que incluso se había tomado una purga para no ir a las reuniones, y desde entonces, en los ambientes anarquistas, se le conocía como «el Héroe de la Purga». Estaba claro que los lerrouxistas habían tirado la piedra, pero habían tenido mucho cuidado de esconder la mano.

Con todo, y a pesar de sentirse desbordados por la dimensión de la revuelta, el sentimiento en el sindicato y en todos los ambientes libertarios era de euforia, y así acababa de expresarlo Anselmo Lorenzo, «nuestro padre», como lo llamaban muchos jóvenes anarquistas, en una de las tantas reuniones improvisadas en aquellas horas caóticas...

¡Esto es asombroso! ¡Ha estallado la revolución social y nadie la ha impulsado, nadie la dirige! Ni liberales, ni catalanistas, ni republicanos, ni socialistas ni nosotros... Solo íbamos a parar las fábricas el lunes y ¿qué decíamos en los preparativos?, «*Salut, noi*», y ya está, y nos despedíamos con el «*Dilluns, la general!*», pero llevamos tres días de revolución en la calle, y aún no sabemos quién la dirige. ¿Quién? Su Majestad el pueblo, ese es el líder, ¡grandioso, grandioso!

Con aquel espíritu de grandiosidad caótica, Enric y sus compañeros mantenían la presencia en las calles, intentaban ordenar la protesta y vivían con un sentimiento exaltado aquella situación extraordinaria.

Justo en ese momento acababan de coronar una enorme barricada que taponaba completamente la plaza del Pedró, impidiendo la entrada por las calles del Carme y Hospital. Una mujer que se había subido a lo alto de la montaña de cachivaches se detuvo y miró hacia la plaza. Con la cabellera oscura desenredada, luciendo el lacito blanco contra la guerra en su generoso pecho, y con unos ojos brillantes que trascendían la escena, se dirigió a Alfonso Bueso, que estaba al mando del pelotón, y gritó, «¡Cantemos *La Marsellesa!*!». Fue

entonces cuando la versión catalana del himno francés que había escrito el músico republicano y masón Anselm Clavé, resonó en pleno corazón de la Barcelona antigua...

A l'arma, a l'arma, fills del poble,  
El jorn de glòria ja ha arribat!  
Pels tirans alça xusma innoble  
Sos pendons enllotats en sang.

Oïu, oïu, com fer udola  
L'esbart famèlic d'eixos llops,  
El poble s'acaba la fel a glops,  
i encès de ràbia el cor li tremola.  
A l'arma, ciutadans!  
Alcem el sometent!  
L'airat jovent  
Banyi ses mans  
En sang de vils tirans! [5]

«¡Viva la revolución!», exclamó Bueso, y la multitud gritó «¡Viva!», mientras algunos de los rebeldes blandían los fusiles Remington que acababan de recoger en un almacén de la calle Sadurní de Barcelona, donde habían permanecido escondidos desde la época de los voluntarios de la libertad de los días de la Gloriosa. Cuando tuvo uno en sus manos, Enric pensó en su abuela Mariona, y se sintió heredero de una estirpe de libertadores.

«¿Quién está al mando de la revuelta?», exclamó, imbuido de una euforia que lo animaba a emprender grandes hazañas, a ser un héroe o tal vez un mártir, un hombre del pueblo que alzaba la bandera y detenía la historia. «¡Da igual quién esté al mando! Las mujeres, las madres, las esposas de esos soldados que van a defender las minas de los ricos y que odian a los frailes y a los malditos curas que les bailan el agua a los poderosos y que no permiten que sus hijos estudien lejos de sus malolientes faldas, y que predicán una Iglesia podrida que defiende su esclavitud.» Se detuvo, y al respirar con fuerza se dio cuenta de que la euforia era una droga poderosa, un dulce veneno. «¿Quién está al mando? Los jóvenes, los mozos, los desarraigados, los desgraciados, los que nunca han contado en la sociedad, los rechazados.» Y al sujetar con más fuerza el Remington levantó el puño como si retara a Dios y dijo, en voz baja, casi al oído, aunque no se lo decía a nadie sino a sí mismo, pero quería decirlo hacia

fuera, como un grito mudo: «¿Quién está al mando?, los invertidos como yo, los embrutecidos, los diferentes, los que hemos llorado por suplicar un beso, y luego recibimos el desprecio. Esos somos los que estamos al mando de la revuelta, todos nosotros, los expulsados». Y en un arrebató desbocado, que era el arrebató de todos los que se habían sublevado contra los opresores, lanzó un grito que resonó por encima de la barricada, más allá de la plaza del Pedró y mucho más allá de todas las plazas donde había barricadas, y estalló en medio del gentío que había tomado la calle: «¡Abajo la guerra, compañeros, mueran los cabrones!».

Había encontrado su lugar en la vida, era precisamente eso, un hombre liberado de sus miedos, orgulloso y decidido, capaz de matar y de morir para defender un ideal.

«¿Quién está al mando de la revuelta?», preguntó Avel·lí, muy cerca de donde estaba Enric, aunque la poca distancia geográfica no desmentía el enorme abismo que se había abierto entre los dos hermanos. Un abismo que lo engullía todo, sentimientos, recuerdos, palabras, y que no dejaba ningún puente por el que transitar. Y si el abismo sentimental entre ambos era insondable, el político tenía la misma profundidad. Eran dos mundos situados en uno y otro extremo de un acantilado, cada vez más distantes entre sí, ambos igualmente alzados contra la realidad terrible que les tocaba vivir, aunque alejados de la respuesta que había que dar. Y si los anarquistas se maravillaban por el gentío desorganizado y caótico que dominaba la revuelta, los catalanistas habían iniciado la escalada de miedo que conducía fácilmente al pánico colectivo. «No quieren paralizar la ciudad, ¡quieren ocuparla!», y los murmullos de la sala eran el eco de los malos augurios. Congregados de manera permanente en el Ateneu Barcelonès, a la espera de saber cuál sería la posición de los diputados de Solidaritat que se habían reunido en el despacho que Josep Maria Vallès i Ribot tenía en la ronda de Sant Pere, el griterío ganaba terreno en la conversación a medida que las noticias reventaban las palabras, incapaces de explicar el rugido procedente de la calle. Se hablaba de muertos, de heridos, de conventos en llamas e incluso algunos se habían topado con manifestaciones en las que se exhibían las momias de unas monjas, mientras los más informados aseguraban que Barcelona estaba completamente incomunicada.

Fue aquella imagen dantesca, con la que unos compañeros de Avel·lí se habían cruzado cuando estaban cerca del convento de las Jerónimas de Sant

Antoni, la que aterrorizó a la mayoría de los militantes de Solidaritat Catalana. El relato de quienes lo habían visto dejó a la sala muda y abatida...

—No sabéis lo que ha sido. Era un gentío descontrolado, con mujeres enardecidas, granujas que apenas tenían vello en la cara, prostitutas y perdonavidas de la Barceloneta, la flor y nata, compañeros, y todos enloquecidos, con ataúdes al hombro y cadáveres en los brazos, he contado hasta quince momias, las de las pobres monjas que han desenterrado, y las han disfrazado con pañuelitos y lacitos y trapos de colores, parecía Carnaval. Encabezando esta estrafalaria procesión había dos pendones de un palo redondo y tela blanca, donde habían escrito «Monjas enterradas *bibas* — Monjas emparedadas», y a algunas les han puesto velas encendidas encima. Y las han paseado, creedme, las han paseado por las calles con toda clase de gritos y mofas, y algunos tocaban instrumentos, como si fuera fiesta mayor.

»Y al llegar a una plaza no se les ha ocurrido otra cosa que montar acciones burlescas, como si fuera un teatro absurdo, y un bribón, que debía de ser muy joven porque tenía toda la cara llena de granos, y parecía un poco retrasado, el pobrecillo, ha empezado a bailar con los despojos de una monja a la que ha puesto un sombrero de paja. De verdad, los pelillos de la muerta salían por debajo del sombrero y se extendían hasta las cuencas vacías del cadáver, como si fueran cortinillas de verano, eso me ha recordado, pero eran como cortinillas macabras. Y no dejaba de gritar, «¡Mirad qué moza me he ganado!», y hacía movimientos tan bruscos en aquel baile insólito que un pie de la momia chocó contra un árbol y se desprendió del cuerpo, pero él como si nada, seguía haciendo girar en el aire los restos de la pobre monja. Os lo digo de verdad, como si estuviera bailando un vals y aquel cadáver fuera una damisela.

»Y por si esto fuera poco, una mujer gorda que gritaba más que nadie iba diciendo: «Fijaos, fijaos, las tienen sujetas, ¡ya veis cómo torturan en esos conventos!», y enseñaba un cuerpo con las manos y los pies atados que había sentado en una especie de pilastra sobre la barricada. ¡Pobres ignorantes, no saben nada de las costumbres funerarias de los conventos, así estamos, compañeros, en manos del pueblo enardecido e ignorante.

El jaleo se apoderó de las paredes nobles del Ateneu, al tiempo que atenazaba los ánimos. Alguien recordó el artículo de Lerroux en *El Progreso*, de eso hacía unos pocos días, «¡No os detengáis ante los sepulcros!», dirigiéndose a

sus «jóvenes» bárbaros, y el nombre del líder radical se convirtió en el motivo de todos los odios.

—¿Acaso no sabemos que era un agente de Moret y que ahora lo es de Canalejas? ¡Eso es lo que quieren, alimentar la furia del pueblo y alejarla del catalanismo, porque el buen juicio rebelado les da más miedo que el arrebató de las barricadas! —aseguraba un joven, mientras que un hombre de más edad respondía:

—Es un radicalismo estéril, como dice muy bien Prat de la Riba, un radicalismo que echa raíces en nuestro pueblo porque somos un país que no tiene Gobierno, y, sin Gobierno, gobernamos en la calle. Lerroux y Canalejas lo saben muy bien: cuanta más revolución catalana, más represión española y menos política racional.

No, eso no podía ser, ellos no debían tener nada que ver con aquella revolución acéfala, caótica y violenta, porque los de Solidaritat Catalana eran gente cabal, «¡No somos bárbaros!», y los allí reunidos asentían con convicción, mientras los rumores se extendían en todas direcciones, y todas las direcciones conducían a las malas noticias. Se hablaba de muertos, de vías de tren levantadas, de cables de telégrafo caídos, de tiroteos con la Guardia Civil, de batalla campal en el paseo de Colom, «que parece que han luchado con fiereza, incluso llevaban hachas», y fue el republicano Pere Coromines quien dio informaciones precisas que conseguía tanto por su condición de director de *El Poble Català* como por su cargo de concejal del Ayuntamiento, que le permitía tener acceso a las noticias con más rapidez que los demás.

—Siempre le queda corto el traje, parece un payaso, ¿y qué me decís de las gafas redondas que lleva?, ¿y el bigote? Si no fuera Coromines, diría que es un artista de Els Quatre Gats —susurró Nitús, que desde hacía unas semanas frecuentaba el grupo de Avel·lí y acostumbraba a bromear acerca de todo, pero Avel·lí le mandó callar con un gesto rotundo.

—Déjame escuchar y muestra un poco de respeto, ¡se trata de Coromines! — Y pensó en aquel hombre menudo, con un traje impecable, «aunque un poco corto», a quien habían acusado falsamente de estar implicado en el atentado del Corpus de 1896 y había sufrido el proceso de Montjuïc. «Condenado a muerte, encarcelado, exiliado y amnistiado, y míralo ahora, todo un doctor en Derecho, amigo de Unamuno y concejal de Solidaritat», se dijo, y se dispuso a escucharlo.

Las noticias que traía Coromines eran descorazonadoras. Hablaba de una batalla campal en el Camp de l'Arpa que había acabado con cuatro muertos, y de tiros generalizados en todos los barrios de Barcelona, especialmente en el Clot y en Poble Nou, donde el choque había sido muy violento. También aseguraba que había habido varios muertos en las reyertas entre la Guardia Civil y los huelguistas en la ronda de Sant Pere, y, según la información que tenía, el capitán general había enviado la artillería a la calle Major de Gràcia, porque los rebeldes se habían hecho fuertes en la plaza de Orient y habían atado una cuerda a la campana del reloj para tocar a somatén, mientras, desde las barricadas, disparaban a las fuerzas de la Caballería.

—Según nos dicen, como mínimo, hay dos muertos. —Y añadió que el ministro y Capitanía se estaban preparando para reprimir la revuelta—. He comido con mi hermano en la fonda de Sant Antoni, y en la Rambla he visto a la policía armada con carabinas máuser, en grupos de tres. Parecen que no saben qué hacer, como si aún no tuvieran órdenes.

Pero todos sabían que las órdenes llegarían.

—Lo que debemos saber es qué harán los soldados, si van a ordenarles disparar contra el pueblo, porque son ellos mismos, esta protesta es por ellos —dijo alguien.

Y otro respondió con el testimonio que acababa de vivir:

—He visto un grupo de soldados en la Gran Via, los pobres estaban al lado de la Guardia Civil y se les veía tan muertos de sueño que unos cuantos dormitaban en el suelo. No creo que vayan a disparar contra la gente.

Otros, a partir de sus propias vivencias, afirmaron que se habían negado a disparar en el enfrentamiento en Colom, que no habían hecho nada en Sant Antoni y que saludaban a la gente que los vitoreaba.

—Los de Capitanía no se fían de ellos —concluyó Nitus, convencido.

Sin embargo, lo peor era el fuego, el fuego que llenaba Barcelona de grandes columnas de humo que teñían de ceniza el horizonte. Los tejados de las casas estaban repletos de vecinos absortos por el magnetismo de aquel espectáculo, y la noche se iluminaba como un atardecer de sol rojizo. Todos los edificios religiosos ardían, «Se está quemando la iglesia románica de Sant Pau y el convento, con su precioso claustro», y la iglesia de Sant Pere de les Puel·les, y los Escolapios de Sant Antoni y los Salesianos de la calle Manso, la capilla de

Marcús y los frailes de la Granja, los Hermanos de la Doctrina Cristiana de la carretera de Sants y la parroquia de Sant Andreu. «Y la del Clot, de la que no queda ninguna pared en pie, y la de Sant Cugat, y la de Santa Madrona, y también la de Santa Maria del Teulat, donde dicen que han matado al rector», y también las monjas capuchinas del Camp de Galvany y el convento de Loreto y el de Sant Miquel de la calle Rosselló, y los misioneros del Sagrado Corazón de María, y los Maristas del Camp de Grassot, y las Sirvientas de María de la calle Universitat, y las Damas Negras de Horta, «y no os olvidéis de la parroquia de los Àngels y el Seminario Conciliar, y al parecer también se quema el convento de las Carmelitas de Gràcia». «Y todo ha ocurrido en un solo día. El lunes teníamos una huelga, y el martes una revolución», clamaban las voces exánimes, y el miércoles nada parecía mejorar.

Las naves góticas eran presa de las grandes hogueras, en un ritual de fuego que seguía unos patrones establecidos. Primero, los rebeldes iban a las droguerías a comprar petróleo, «que a menudo pagan», luego empapaban con él las puertas de los conventos y las iglesias y las encendían, y, una vez quemada la puerta, provocaban grandes llamaradas, alimentadas con toda clase de cachivaches, sillas, puertas, reclinatorios, cortinajes, y aunque los asaltantes dejaban salir a las monjas y a los curas, los rumores de la calle hablaban de algunos religiosos muertos. No se sabía nada con seguridad, pero lo poco que se conocía era mucho, y muy grave.

Avel·lí había llegado al Ateneu a media tarde de aquel miércoles, el tercer día de la huelga, porque Dolcina estaba muy preocupada y no quería que saliera de casa. Había pensado quedarse con ella, pero, a pesar de las buenas intenciones, no se veía capaz de encerrarse en casa, enardecido por el deseo de saber, de hablar, de intercambiar opiniones, de encontrarle sentido a todo, y, especialmente, de vivir aquellos momentos trascendentes con sus compañeros de lucha catalanista. Además, todos los parlamentarios de Solidaritat se habían congregado en el despacho del abogado Vallès i Ribot para estudiar cuál debía ser su táctica ante aquellos acontecimientos, y en el Ateneu esperaban las noticias con inquietud. También se sabía que el diputado Carner se había reunido con los miembros del comité de huelga, y todo el mundo ansiaba saber cuál había sido el resultado de aquella insólita reunión. Sí, tenía que ir al Ateneu para estar con los suyos y saber de primera mano cómo se comportaría la gente de

Solidaritat, y si lo harían todos a una, porque las diversas familias de la coalición tenían posiciones muy enfrentadas con respecto a la huelga.

Las noticias llegaron a última hora en boca del diputado Amadeu Hurtado, «aquel gran abogado que defendió a Pere Coromines en el proceso de Montjuïc», informó Avel·lí a dos militantes noveles que le habían preguntado quién era, y en cuanto se oyó la poderosa voz de Hurtado, que hacía honor a su cuerpo, también poderoso, el silencio se apoderó de la estancia...

—Compañeros, amigos, ya podéis imaginaros con qué ánimo empezamos ayer la reunión cuando, después de llamar a la puerta, la señora de Vallès i Ribot nos abrió bruscamente y nos advirtió que estaba ardiendo el gran edificio de los Escolapios en la ronda de Sant Pau. Todos nos dirigimos corriendo hacia el balcón de su habitación, para ver la columna de humo que salía de entre las primeras casas de la Rambla, mientras Prat de la Riba iba diciendo: «¡Madre mía, madre mía!».

»Por la calle pasaba un grupo de mozos imberbes, unos treinta o cuarenta, que gritaban «¡Mueran los marqueses, abajo la guerra!» y corrían apresurados hacia el Passeig de Gràcia, vete a saber lo que iban a hacer. Ya sabéis el daño que están causando. Y, como podéis imaginaros, empezamos la reunión muy desanimados, queríamos celebrarla para apoyar la protesta contra la guerra, y hemos acabado decididos a no tener nada que ver con ella.

»¿Qué hemos hecho, compañeros? Pues, para empezar, hemos enviado una delegación al Ayuntamiento encabezada por Puig i Cadafalch, para ponernos a las órdenes de nuestra ciudad, porque poco más podíamos hacer, amigos, nadie está al mando de esto, es como las bullangas del siglo pasado, que nacen del odio del pueblo llano, y ya os podéis imaginar que los que más gritan son gente de los bajos fondos, gentuza, matones, no hay masa organizada, no tienen dueño, ni director, ni conocen ningún líder. Es una multitud enfurecida, ya lo ha dicho Puig i Cadafalch, no son las multitudes florentinas que detenían la lucha al ver que peligraban las estatuas de la Logia de la plaza de la Señoría, no, estos están quemando las pinturas de San Antonio, de Huguet, que había en la iglesia de los escolapios, y los manuscritos, y los libros antiguos, lo queman todo, todo lo que les parece odioso, y no dejan nada a su paso...

Y la crónica se llenó con toda clase de detalles a medida que las preguntas de los reunidos se tropezaban unas con otras, en un guirigay de palabras que era

toda una gramática de la inquietud. Gracias a la precisión de Amadeu Hurtado se enteraron de que en plena reunión de los diputados y senadores de Solidaritat llegaron Antoni Rovira i Virgili y Claudi Ametlla, comisionados por el jefe del comité de huelga, el socialista Fabra i Ribas, y querían hablar con Jaume Carner.

—Al parecer, el pobre Fabra está muy asustado. Quiere que los de Solidaritat tomemos las riendas de la protesta, ¡a buenas horas!, porque asegura que mañana la pillaría nos va a coger, y que llegarán tropas de fuera y todo estará perdido. ¡Pero qué podemos hacer, si están quemando los conventos! —Y Hurtado explicó que solo Laureà Miró se quería apuntar—. El muy ingenuo se ha ofrecido a ir a Sant Feliu y a reunir diez mil hombres armados para apoderarse de Barcelona, ¡ya me diréis de dónde va a sacar diez mil armas, será memo! Y también llegaron una docena de jóvenes federales, totalmente empapados en sudor y agitados, con los ojos fuera de las órbitas, y pidieron armas, pero los hemos tranquilizado.

Luego Hurtado precisó que Carner había citado a Rovira i Virgili y a Ametlla en su casa al día siguiente para acabar de hablar de los hechos.

—Mientras tanto, hemos esperado a la comisión de Puig i Cadafalch que había ido al Ayuntamiento y, amigos, las noticias son terribles.

Así, la sala se enteró de que el alcalde se sentía impotente para controlar la situación, que estaban desconectados de la autoridad, que se negaba a darles ninguna información y que los lerrouxistas se sacudían las pulgas. Solo hablaban de pedir la dimisión de Maura, pero no querían implicarse en el control de la huelga ni querían aparecer en público.

—Y encima, amigos, el ministro De la Cierva declara a los cuatro vientos que en Barcelona ha estallado una revuelta separatista, imaginaos, ¡ahora es una revuelta separatista! Solo han conseguido aprobar un acta para ayudar a las familias de los reservistas, pero nada más, amigos, porque hoy ha muerto esta Diputación catalana, entre la cobardía de unos y la mala fe de otros; y nosotros, impotentes, porque ningún hombre público ha hecho lo que debía hacer en una hora tan solemne —remarcó Hurtado. Y en voz baja, añadió—: Compañeros, aprovecharán esta bullanga descontrolada y desorganizada para intentar destruir el catalanismo, que es lo que les da miedo de verdad.

—¡Y también aprovecharán para destruir el anarquismo! —gritó un joven, para sorpresa de la mayoría.

Y otro susurró:

—Mira por dónde, a lo mejor sacamos algo de todo esto.

Y entonces, en un continuo que no había quien parara, los reunidos se enteraron de que hacía pocas horas que Carner había escuchado a los comisionados de la huelga, que Rovira i Virgili le había asegurado que ellos solo querían organizar una protesta contra la guerra y no una revolución, y que si los de Solidaritat asumían el mando de la protesta, ellos se pondrían a sus órdenes.

—¿Sabéis qué nos han dicho los socialistas? Que tendremos su apoyo incondicional para proclamar una república, pero que debemos controlar la protesta.

El revuelo entre los presentes fue tan considerable que, por unos instantes, consiguió silenciar la poderosa voz de Amadeu Hurtado.

—¿Qué les ha dicho Carner? —espetó una comunión de voces.

Y Hurtado respondió con las palabras precisas que el propio Carner había dirigido a los diputados y senadores de Solidaritat:

—«Esto es muy grave, muy grave, y hay que pensarlo mucho.» Es decir, que de momento no harán nada.

—¡Todo esto es un disparate! —rezongó Avel·lí, y se sintió tan alarmado que salió de la sala y se dirigió al jardín del Ateneu, donde el bochorno de aquel día era menos pesado.

Era un hombre de orden, juicioso, un catalán que se sentía comprometido con el ideal de Cataluña, y era cierto que la lucha de Cataluña podía llevarlos a duros enfrentamientos con España. «Tendremos que ser valientes», decía a menudo Prat de la Riba, y él sabía que haría falta coraje, y que el de Cataluña no sería un camino de rosas, pero eso, eso no, eso era bajo y mezquino y malvado, y era un sacrilegio, un sacrilegio repugnante que lo hería profundamente.

Se dirigió hacia el fondo del jardín, a un rincón escondido lleno de buganvillas, y al contemplar aquel rosario de flores rojas que estallaban con el calor, se dio cuenta de lo abatido que estaba. La idea de que quemaran iglesias y conventos, y que los despojos de las monjas sirvieran de escarnio público, sin respetar ni siquiera el sagrado descanso final, le había explotado en el cerebro como una bomba, y toda su fe religiosa se concitó para crearle una gran desazón que lo hacía sentirse derrotado. Entendía la rabia del pueblo ante la guerra y se sentía solidario con él. Él mismo había estado de acuerdo en que los de

Solidaritat apoyaran la protesta, «Faltaría más, debemos estar en la vanguardia de la defensa de los reservistas», pero aquello no era una protesta de los hombres, sino la furia desatada del infierno, y si la Iglesia tenía la culpa, que se pidieran cuentas a los obispos y a los cardenales y a toda la púrpura, pero las pobrecillas monjas, los claustros románicos, las pequeñas iglesias, qué locura, Virgen de Montserrat, qué maldad, eso no, eso no tenía nada que ver con las ideas nobles que afirmaban defender.

Volvió a pensar en Cataluña, «pobre patria, desterrada por unos y embrutecida por otros, y siempre triste», y al repetirse aquella frase al completo, que le habría parecido melodramática si la hubiese proferido otro, en aquel momento no se lo pareció, porque se sentía así de derrotado. Al repetirla en voz alta, palabra por palabra, «pobre patria, desterrada, embrutecida, triste...», empezó a gimotear sin querer, como si fuera un niño avergonzado por alguna culpa. Sentado en una sillita de hierro de aquel extremo del jardín, bajo una palmera altísima cargada de dátiles, el sollozo fue en aumento y, casi sin darse cuenta, se inclinó sobre las rodillas y se dejó llevar por el llanto que lo había perseguido. Amaba su pequeño país, y aquel amor, que percibía como noble, lo definía y lo motivaba, y jamás dejaría de luchar por Cataluña, «jamás», y sollozaba, «jamás, porque soy eso, un catalán que se desvive por la patria», y sollozaba, «por la dignidad», y sollozaba, «por la libertad». Y así dejó pasar unos segundos, o puede que unos minutos, o un mundo entero de horas, porque la desesperación detiene los relojes, y tras mucho rato, que fue poco pero era mucho, Avel·lí se serenó, miró el jardín frondoso que se iba oscureciendo a medida que llegaba el atardecer, como si languidciera, y, respirando profundamente, se secó la cara y volvió a la reunión. El momento era grave y no podía permitirse desfallecer.

—¿Quién coño manda en todo esto, son los anarquistas, los separatistas, los republicanos, quién? —gritó el capitán general mientras escuchaba un nuevo informe de la situación.

El parte que le estaba dando el secretario dibujaba un mapa de sublevación general, y el silencio de la sala, donde se habían congregado los mandos militares y policiales que debían contener la revuelta, denotaba la urgencia del

momento y presagiaba a la vez el bramido que muy pronto se dejaría oír.

El secretario era eficaz haciendo la crónica de los hechos, en la medida en que lo permitía la precisión de la información de que disponía. Y aunque faltaban muchos datos, porque Barcelona estaba aislada por tren y había quedado prácticamente incomunicada por teléfono y telégrafo, la información que poseía era bastante elocuente. «En Barcelona se reporta...», y leía, con esmero, el listado de iglesias y conventos quemados, de los heridos y los muertos, «más de cien, según nos informan», de las vías de tren destrozadas, de las comisarías asaltadas, de los tranvías destruidos, de las carreteras cortadas... Cuando el capitán preguntó por el resto del país, la información fue también alarmante:

—Estamos en condiciones de asegurar que el movimiento sedicioso se ha extendido por toda Cataluña. Se reportan múltiples actos de violencia y las tres capitales de provincia, además de Barcelona, están completamente sublevadas. Se repiten los mismos actos vandálicos que en Barcelona, y que serán reportados en los informes sucesivos. Respecto a los pueblos y ciudades menores... —Y con un deje monótono e impasible empezó a leer un larguísimo informe—: En Badalona han destruido las vías del tren y han quemado edificios religiosos, y hay centenares de alborotadores en las calles; en Manresa, aparte de quemar públicamente el bando de vuestra excelencia, se han quemado casi todas las casetas de consumo y se reportan grandes manadas de separatistas gritando contra la guerra. Además, parece que han matado a un miembro del somatén. Arde la iglesia de los Capuchinos, el convento de las Sirvientas Mínimas del Sagrado Corazón de Jesús y el convento de San Francisco, que según reporte, es un montón de ruinas.

—Apremie, apremie, y no dé tantos detalles. Continúe... —ordenó el capitán general.

Y el secretario, nervioso, se pasó la mano por la frente sudada, luego salivó y continuó...

—En Tarrasa, donde los sediciosos han incendiado el puente del ferrocarril y han obligado a bajar del tren a un grupo de soldados; también han saboteado las vías del tren en San Adrián del Besós, en Premiá del Mar y en San Feliu de Guíxols, donde han destruido una fábrica de corchos y han creado una junta revolucionaria; en Monistrol de Montserrat, donde han quemado veinte vagones, han quemado las líneas telegráficas y han impedido viajar a los soldados; en

Villanueva han dinamitado los palos del telégrafo y del teléfono; en Palamós también han quemado los hilos del telégrafo y han averiado las comunicaciones; también en Llagostera y en Casá de la Selva, parece que está cortada la carretera principal y han creado una junta revolucionaria que incluso obliga a tener salvoconductos para transitar; en La Celler, disturbios y también actos vandálicos en Igualada, además de la quema de la bandera nacional; en Cervera, en Balaguer, en las Borjas Blancas, donde los disturbios son muy importantes; en Tárrega, donde han impedido que los soldados subieran al tren; en Salt, en Olot, en Bañolas, en Figueras, donde los disturbios han sido muy violentos; en Santa Coloma, en Ribas, en Calonja, en Inglés, donde se reporta un muerto y un intento de asalto al cuartel de la Guardia Civil, además de un incidente con mujeres que se han tumbado a lo largo de las vías del tren para impedir que saliera; también en Begur, en Camprodón, en Vilajuiga, en Caldas de Malavella, en La Jonquera, en Fornells, en Reus, donde han saqueado el Ayuntamiento, han quemado documentos y han destruido el dispensario; en Falset, en las Borjas del Campo, en Santa Coloma del Francolí, donde han salido centenares de personas, gritando contra la guerra; en Verdú, en Bellpuig, en Mollerusa, en Juneda, en Calella de la Costa, donde han hecho una gran zanja en la carretera principal; en Berga, donde han quemado la bandera nacional en la plaza de San Pedro; en Ripoll, con actos de violencia; en Mataró, donde se han incendiado las casetas de consumo y se han creado juntas republicanas y juntas revolucionarias; en el pueblo de Valbona de Anoya, donde se ha declarado la revolución; en Arbeca, donde una masa de gente ha destrozado las vías y quemado un tren; en Granollers, donde han creado una junta republicana que se ha proclamado como único poder y, según reporte, toman decisiones en asamblea e incluso han querido liberar al único preso de la ciudad, pero el preso no ha querido ser liberado, porque les ha dicho que esto les durará ocho días y después lo acusarán de revolucionario, y que ya estaba bien en la cárcel...

Se detuvo un momento, volvió a tragar saliva y continuó con el mismo tono de voz monótono...

—También se reportan actos vandálicos en Fornells, en San Vicente de Castellet, donde han quemado veintinueve vagones de tren y han tirado las líneas del telégrafo; en el Vendrell, donde han colocado unos maderos delante del tren, que venía completamente lleno, con un escuadrón de Caballería que se dirigía a

Barcelona, y no le han permitido salir; en Agramunt, donde la violencia...

—¡Basta, coño!, queda muy claro. Ya me pasará el informe escrito con todos los detalles. ¿Algo más por añadir?

Y el secretario explicó:

—Las órdenes de los mandos militares para controlar la revuelta no llegan a los pueblos a causa del corte de las comunicaciones, aunque la declaración de guerra en Gerona, Tarragona y Lérida ya se ha publicado; la toma de agua de Bescanó y la central eléctrica de Gerona está en manos de los huelguistas; peligra el tren de Manresa a Lérida; la quema de los fieltos es generalizada y en Sabadell han incendiado los juzgados, han creado juntas revolucionarias y también republicanas y han asaltado el cuartel de la Guardia Civil, donde se reporta el robo de más de mil armas y hay grupos de obreros armados. También parece que han proclamado la República y han nombrado a un cónsul español.

—Finalmente añadió—: Se reportan algunos muertos.

Y el silencio de la sala estalló en mil pedazos de palabras que sonaron como si fueran la música del odio.

—Se reportan más de un centenar de muertos —corrigió un hombre menudo que acababa de llegar a la casa de los Deulodeu, donde un grupo de ciudadanos ilustres de la ciudad había establecido una especie de cuartel general ciudadano. Aquel hombre, que era propietario de un minúsculo bigote que apenas ocupaba la parte baja de su nariz, no paraba de resoplar, como si hubiese corrido durante todo el trayecto desde Capitanía hasta el gran caserón que los Deulodeu tenían en Sarrià.

—Respire, hombre, respire, ya nos contará lo que pasa —le dijo la señora de la casa mientras la chica del servicio le ofrecía un vaso de agua fría.

Era un joven policía que a menudo realizaba servicios privados para los condes de Güell, y durante aquellos días había sido el mensajero entre las fuerzas de seguridad y las grandes fortunas de la ciudad, todas ellas alarmadas por el cariz de los acontecimientos. Estas no solo apoyaban las decisiones que tomó el capitán general y sobre todo el ministro De la Cierva, sino que los animaban a hacerlo enseguida y con toda su contundencia, convencidos de que si no se reprimía pronto aquella revuelta con toda la fuerza policial y militar peligrarían sus propiedades.

—La herida que esta revuelta está causando al buen nombre de España y a la

monarquía es grandiosa, y nos costará mucho recuperarnos —había dicho el señor Deulodeu, y aquella afirmación confirmaba el sentimiento de todos los presentes, convencidos de que eran justamente España y su rey los que podían defenderlos de la locura radical.

Estaba lo mejor de Barcelona, marqueses y condes, grandes financieros, fortunas de antiguo linaje, nuevos ricos con pretensiones, algunos monárquicos de la vieja guardia y algunos miembros de la alta burguesía que habían coqueteado con la Lliga e incluso con Solidaritat, y que ahora se sentían tan amenazados que solo querían que se impusiera el orden. Entre ellos también estaba la plana mayor de la jerarquía eclesiástica, que contaba toda suerte de barbaridades cometidas en los conventos quemados, y coloreaba, con historias de torturas imaginarias, los relatos que desgranaban. Aunque no estaban todos los convocados, porque muchos habían huido de Barcelona para sentirse seguros, el grupo era lo bastante numeroso y relevante como para representar a la Barcelona poderosa que se arrimaba al poder de Madrid para garantizar su bienestar.

A Albert no lo invitaban a las reuniones de Sarrià, porque, a pesar de su creciente fortuna, aún no había conseguido la suficiente fluidez en aquellas relaciones que se situaban por encima de la riqueza, allí donde él imaginaba que habitaban los dioses. Aun así, estaba permanentemente informado de lo que ocurría, porque tenía su propio cuartel general, que los Sanahuja habían montado en su casa con otros amigos, y donde también se reunían de forma permanente. Toda la información que salía de Capitanía camino de la casa de los Deulodeu acababa llegando de una u otra manera a la de los Sanahuja, porque alguien iba de una casa a otra, o se recibían llamadas o hablaban con los policías que hacían de enlace entre diferentes puntos de la ciudad. Las conversaciones iban desde la indignación hasta el temor, y por el camino se perdían en toda clase de aseveraciones, ideas, especulaciones y demandas que conformaban la gramática del miedo.

En aquel espacio acotado, rodeado de hombres como él, personas cabales decididas a levantar el puñal y a defender sus bienes, Albert se sentía seguro. Siempre había sido un lobo acorralado, solo frente a las amenazas de la vida,

pero ahora que había llegado a la cima y percibía la calma, descubría que había otros como él, que quizá no eran antiguos soldados de reemplazo, ni habían cruzado el Atlántico al lado de cadáveres vivientes, ni se habían arrastrado por los pantanos de Cuba, ni habían matado mambises, pero también habían luchado con uñas y dientes para conseguir su patrimonio. «Todos somos supervivientes», y esa convicción le creaba la sensación de pertenecer a una tribu específica, en la que sus miembros se defendían en manada de las amenazas de la jungla. Y no había ninguna duda de que aquella semana de fuego era el rugido de la jungla.

—¿Quién está al mando, cómo ha ocurrido, cómo hemos llegado hasta aquí? —preguntó alguien, aunque la pregunta era la cantinela diaria en todas las estancias como aquella, y la respuesta variaba ligeramente, pero siempre aterrizaba en la misma convicción: que todo había sido algo más espontáneo que dirigido, más inesperado que organizado. «Como dice Ossorio, no ha estallado como una bomba, sino que ha corrido como una traca», y los presentes asentían convencidos. Ya hacía días que no se publicaban los periódicos, ni se mandaban telegramas ni cartas, las tiendas estaban cerradas y no había forma de proveerse de alimentos, y tampoco había luz ni gas en ninguna parte, mientras la basura se amontonaba en las esquinas, apestando con su tufo característico las calles y las casas. «Si esto dura mucho, vamos a enfermar», comentaron, y algunos aseguraban que ya estaban medio enfermos, «A ver si vamos a pillar el tifus», y se multiplicaban los improperios contra aquella revuelta que, en esa sala de una familia acomodada, era la metáfora del mal.

Un mosén que estaba en la reunión dio detalles de un convento cercano que estaba ardiendo:

—Acababa de sonar la campana para las vísperas y entonces se oyeron unas pedradas contra las ventanas de la capilla, y cuando salieron las hermanas, pobrecillas, se encontraron ya con la masa enfurecida en el interior del convento, y tuvieron que huir a toda prisa, ni siquiera se pudieron quitar el hábito, aunque habría sido mejor vestirse de seglar, porque las insultaron y les escupieron, pobrecitas, pero no tuvieron tiempo. —Hizo una pausa, lanzó un profundo suspiro, y añadió—: Pero eso no ha sido nada, amigos, comparado con el calvario que ha sufrido mosén Riu i Ceriola, el rector de la parroquia de Santa Maria del Teulat, en el Poble Nou, ¡que Dios lo tenga en su gloria! —Y empezó a narrar los hechos—: Era un anciano adorable, muy caritativo y piadoso, y

quiso salvar las sagradas formas, pero la turba lo asedió, y tuvo que esconderse en el sótano con el vicario, pero como los revolucionarios sabían que los dos sacerdotes se habían escondido, prendieron fuego y se fueron, y el vicario sobrevivió, porque era más joven y más fuerte, pero mosén Riu, pobrecillo, se asfixió. ¿Y sabéis qué hicieron esos canallas?, pues volvieron a la iglesia cuando se apagó el fuego, y cuando encontraron el cadáver del mosén le sacaron los ojos y le cortaron las extremidades, y luego pasearon sus despojos por la calle, así de horroroso fue su fin... —Exhaló otro suspiro, más largo que el primero, manteniendo la atención de los reunidos, horrorizados por su relato, y espetó con rabia poco contenida—: Tendremos que agradecerse al loco radical de Ferrer i Guàrdia, y a todo su veneno sacrílego.

Todos los presentes le dieron la razón.

Los radicales de la Escuela Moderna eran el huevo que alimentaba a las serpientes que no respetaban a Dios y ponían en peligro el patrimonio de la buena gente. Aquello no podía durar ni un día más.

Aun así, las noticias empezaban a ser tranquilizadoras. Decían que la revuelta estaba desfalleciendo, que habían llegado tropas de refuerzo, «Vienen por mar y por la única vía de tren que funciona, la de Vilafranca», y que atacaban las barricadas con cañones. «He podido contemplar el gran paseo que han hecho las tropas de Artillería que han venido de Valencia, vaya exhibición en el Paral·lel, y dicen que los batallones de Infantería ocupaban toda la Rambla. Más de tres horas de tiros con los huelguistas, por lo que parece, y aún no han terminado con las barricadas del Pla de Palau, porque les disparan desde los tejados, y los soldados tienen que refugiarse bajo los balcones, apuntando con los máuseres hacia arriba para ahuyentar a esos granujas, pero no es fácil de contener.» Y las voces de la estancia decían a coro... «Pero los aplastarán, sin duda».

«Por supuesto que los aplastarán, como si fueran unas asquerosas cochinillas», se dijo Albert con una satisfacción que no sentía desde hacía muchos días. El final de la revuelta se veía cercana, y el convencimiento de que, tras esa llamarada radical, caería sobre los bárbaros el implacable martillo de la represión, «la ley natural del orden», le producía un placer casi sexual, como si Bibí estuviera chupándole el miembro los días que lo dejaba sin fuerzas. Dedicó unos segundos a aquella imagen de una cochinilla aplastada, crac, casi tocaba el

sonido del infecto animal al partirse, crac, y su pie caía encima de él, crac. Si alguien lo hubiese mirado en aquel momento, se habría preguntado por qué Albert tenía un rictus de felicidad a pesar de la gravedad de la situación, pero todo el mundo iba a la suya en aquel cafarnaúm de palabras que se esforzaba por parecer una conversación.

En un momento del atardecer, ni temprano ni tarde, puede que ni siquiera fuera por el atardecer, porque se había quedado tan conmocionado que las horas se habían ablandado y el tiempo se había suspendido, en aquel momento intemporal, alguien le llamó: «Señor Corner, ¿podemos hablar en privado?». Era un hombre menudo, de aspecto nervioso, que lucía una raya casi perfecta en el pelo y un fino bigote, acabado en punta, que habría parecido ridículo si no fuera porque se adecuaba perfectamente a su enjuto rostro. Albert lo reconoció de inmediato, «Querido Antonio, a sus órdenes, ¿qué necesita?», y los dos hombres se apartaron del grupo y salieron al balconcito que había en la torrecilla del caserón, desde donde la imagen de Sarrià recuperaba su alma de pueblo. Fue entonces cuando cayó sobre él la furia de los dioses.

—Querido amigo, me conoce bien. Nunca le haría ningún daño, que usted es un buen patriota, y ha sabido estar con Dios y con España en este momento tan trágico. Pero tengo que darle malas noticias... Su hijo Enrique está detenido y ahora lo están interrogando. Ya sabemos que usted no tiene ninguna culpa, que todos podemos tener una oveja negra en la familia, que Dios lo sabe, que eso es un castigo terrible, pero querido Alberto, quería avisarle...

Crac. De repente, la cochinilla aplastada era él, y el pie que la había aplastado era el de su hijo. Pero no por su detención, que más bien lo tranquilizaba, porque ya sabía que Enric estaba perdido del todo y que debía de estar levantando adoquines y vete a saber si disparando o quemando iglesias, y lo mejor que podía pasarle es que estuviera preso, puede que así salvara la vida, porque ya no sabía qué hacer con él, aquel mal hijo, aunque la guerra no, la guerra no hacía a los hombres, los deshacía, pero Enric ya estaba deshecho, y él no sabía cómo rehacerlo, quizá tenía que darlo por perdido, pero todo eso ya lo sabía y no lo habría abatido, porque qué debía ocurrir, si no, porque era la ley de Dios que acabara preso.

Pero no, el inspector Antonio no había venido a decirle que su hijo estaba detenido, no, era mucho peor, era peor que si le hubiese anunciado su muerte,

porque aquello no era su muerte, sino la muerte de su padre, y la de sus hermanos y su madre, y la de todos, aquel hijo acababa de clavar un puñal en el corazón de la familia, como si no le bastara con el mal que ya había hecho, puede que Dios le hubiera mandado a aquel hijo para castigarlo, porque él había hecho cosas malas, había matado a un hombre para hacerse rico, y quizá fuera eso, sí, era aquel pecado el que debía pagar, porque Dios no lo perdonaba...

—Que me duele decírselo, querido Alberto, que usted y su mujer son gente buena, que nos conocemos de hace tiempo, y por eso debo informarle, que no lo hago como inspector de policía, sino como amigo, un amigo de verdad, querido Alberto, porque lo sabemos hace mucho, que nos lo dijo un confidente que fue su amante, que estaba vigilando a los de la Escuela Moderna, pero no habíamos hecho nada porque se escapó, pero ahora que lo tenemos detenido entienda que se lo haremos pagar..

La palabra «maricón» había sonado como si fuera un estallido, el disparo de un viejo trabuco que acababa de agujerear el estómago de un joven soldado de reemplazo. Su hijo era un mariquita, un invertido, un buscahombres, un desecho que se arrastraba por camas de vicio para encontrar el placer prohibido. Se lo había imaginado todo, que fuera un loco anarquista y que muriera con una bomba en las manos, o que cometiera un disparate y lo condenasen a muerte, o que lo enviaran al exilio y nunca volviera a verlo, todo menos que fuera un perverso, porque eso es lo que era, sí, un perverso, y ahora no podía llorarlo como lo hubiera hecho si estuviera muerto, ni utilizar sus influencias para reducir una condena; no, todo eso no servía, porque la culpa de su hijo era oscura y se arrastraba por el suelo hasta alcanzarlo.

Empezó a sollozar sin control, con un llanto pausado, como si le hubiera dado un extraño hipo, y, cuando el inspector Antonio quiso calmarlo, Albert le cogió las manos y empezó a rogarle que lo ayudara.

—Ayúdeme, Antonio, ayúdeme, ¿qué puedo hacer?

—Podríamos darle una buena paliza —respondió pausadamente el inspector—, una paliza bien dada, y que sepa que es por su vicio, que no es por ser anarquista, que lo haríamos por usted y por su familia, don Alberto, para ayudar al chico, que a veces se pueden arreglar, solo hace falta darles una buena lección para sacarles el demonio del cuerpo, una de esas palizas que no olvidará en la vida. Verá cómo se le acaba la tontería, queremos ayudarle, don Alberto.

Una paliza, sí, golpe tras golpe, ¡plaf, plaf!, para sacarle los demonios, ¡plaf!, para que aprendiera, ¡plaf, plaf!, y luego ya lo recogerían, lo llevarían a casa y Elisenda lo curaría, sí, pero antes había que darle una paliza, darle una lección.

—Sí, gracias, don Antonio, gracias, nunca olvidaré este día.

—No hay que darlas, querido amigo, que los buenos ciudadanos debemos ayudarnos en esta hora aciaga. No se preocupe. Le daremos una buena paliza y lo dejaremos tirado en la calle, ya le diré dónde, y no lo acusaremos de nada, como si no fuera un sedicioso, que ya tendrá suficiente castigo, se lo aseguro. Lo hacemos por usted, don Alberto, y por su familia, que se lo merecen. —Después le dio una palmadita en la espalda, le estrechó la mano con fuerza y se despidió.

Apoyado en el alféizar de la pequeña ventana de la torre, Albert se quedó contemplando el horizonte. Aún seguían humeando algunos edificios, pero desde aquel lugar tranquilo tuvo la impresión de que Barcelona estaba dormida. «Pronto anochecerá», se dijo y, trastornado y ensimismado, pensó que era hora de volver a casa.

CENIZAS

*1909*

¿Cómo podéis estar así de tranquilos en vuestra casa y con vuestros quehaceres, sabiendo que un día, bajo el agradable sol de la mañana, ahí arriba, en Montjuïc, sacarán del castillo a un hombre atado y lo pasearán ante el cielo y el mundo y el mar, y el puerto que trafica y la ciudad que se levanta indiferente, y poco a poco, muy poco a poco, para que no tenga que esperar, lo llevarán a un rincón del foso, y allí, cuando sea la hora, ese hombre, esa obra magna de Dios en cuerpo y alma, vivo, con todas sus capacidades y sentidos, con este mismo afán de vida que tenéis vosotros, se arrodillará de cara al muro y le meterán cuatro balas en la cabeza, y él dará un salto y caerá muerto como un conejo?

«La ciudad del perdón», 1909  
JOAN MARAGALL

## EL ESPLIEGO

De repente percibió un intenso olor a espliego, y el recuerdo de un verano lejano estalló en su cerebro. Había jarroncitos con ramitas de aquella hierba aromática en todas las estancias de la masía, y debía de tener siete u ocho años, o puede que ya tuviera nueve, y seguro que era en agosto, un agosto bochornoso que su hermano y él apaciguaban en una enorme balsa de agua fría. Se lanzaban desde un árbol que dejaba caer sus ramas sobre la charca, y ambos se zambullían una y otra vez en el agua, ajenos a los gritos de su madre, que siempre temía que se ahogaran. ¿Dónde estaba ese sitio? En Tiana; o no, puede que fuera en Alella, en la masía de unos amigos de su padre que acostumbraban a viajar por Europa y no la utilizaban en verano, sí, era en Alella. Pero apenas recordaba nada de aquel verano, solo el agua gélida de la poza, que le producía un placer intenso, quizá sexual, pero vete a saber, porque tenía solo ocho o nueve años; pero sí, qué placer cuando el agua gélida entraba en contacto con su piel desnuda, ardiente por el sol, y se le erizaba el vello en una confusión de sensaciones. Aquella balsa fría y el espliego por todas partes, como un olor que se instalaba en las fosas nasales y suavizaba la atmósfera...

Fue un puñetazo, ¡pum!, que lo obligó a doblar el estómago, o puede que lo que le chorreaba por la cabeza y se deslizaba por su cara, aquella textura espesa, una gota que tocó sus labios, la peste..., o quizá fuera el grito, «¡Maricón de mierda!», sí, fue el grito el que engulló el olor a espliego y la balsa y el verano entero, y lo dejó sin refugio donde esconderse.

Volvía a estar allí, tirado en el suelo de una estancia húmeda y oscura, medio desnudo, con el cuerpo tan apaleado que ya no le dolía, como si hubiese cruzado un umbral y llegado a un territorio donde la piel no se escoria, ni crujen los

huesos ni la cabeza está a punto de estallar, liberado del dolor, quizá muerto. La mirada era borrosa y apenas podía abrir uno de los ojos, pero aquel miembro que aún estaba entre las manos del policía y que acababa de mearse encima de él, «Maricón de mierda, toma agua bendita», le pareció que era como una especie de gusano que lo miraba, desafiante, y se sacudía sobre él, finalmente vencedor. Aquella última gota en los labios... Quería escaparse al verano de Alella, al espliego, el espliego lo liberaría de aquel hedor tan penetrante, con su aroma dulce, el espliego, pero la gotita lo había besado, y era el beso del dominante, del tirano, de su verdugo, la orina, sí, la orina de aquel hombre en la boca y en la piel y en la nariz, y el espliego que ya no suavizaba la atmósfera, porque se habían acabado los veranos de la infancia y ya no había charcas donde la piel se erizara. Todo era invierno.

Todo era invierno. Pero cuando uno de aquellos hombres le dio el puntapié, «Abre bien la boca, mujerzuela, y sabrás lo que es una polla española», y le metió el carajo tan adentro que se asfixiaba, el olor a espliego volvió, y entonces supo que podía huir, y volvía a ser aquel niño de la balsa, y ya no le dolía la garganta ni notaba las embestidas de la verga que violaba su boca, porque todo era verano y olía a espliego.

## UN VASO DE HORCHATA

A Albert, la salida con Elisenda le pareció una conquista. Era un domingo soleado, y el Passeig de Gràcia lucía luminoso y altivo. Paseaban sin otro objetivo que el placer de mirar, con la avenida llena a rebosar de parejas acomodadas que los saludaban con pulcritud. Los carruajes circulaban indolentes, y aquel tráfico, que unas semanas antes no le habría llamado la atención, le provocaba ahora una sensación de euforia.

Habían ganado, sí, habían ganado a la revolución, al desorden, al caos; él mismo, los suyos, todos los que pertenecían a la estirpe de los celadores del orden, ellos, los garantes de la seguridad, habían conseguido la victoria. «Ahora, Elisenda, es el momento de arrancar las malas hierbas», le dijo a su mujer con autoridad, como si fuera la encarnación del capitán general, y cuando Elisenda le dijo que podrían ir a ver los restos de los conventos quemados, «Todo el mundo lo hace, dicen que impresiona mucho», Albert se negó, «No quiero ver los destrozos de la chusma, quiero ver cómo reconstruimos la ciudad».

Con un gesto animado, la condujo hasta un café que estaba abierto, «Por fin las personas decentes podemos tomarnos tranquilamente una horchata fría», y en cuanto entró saludó a Genís Ardiach, un industrial del carbón que era vecino de la calle Provença.

—¿Has visto el bando de Manescau? —le preguntó con júbilo.

Y Albert hizo su lectura en voz alta, como si levantar la voz engrandeciera la victoria...

Don Luis de Santiago Manescau, teniente general de los Ejércitos Nacionales y capitán general de la 4.<sup>a</sup> Región, hago saber: que en vista de iniciarse la tranquilidad, invito a todos los vecinos para que contribuyan a lograrla por completo, procediendo a la apertura de establecimientos de todas clases,

teniendo presente también que está permitida la circulación por las calles a todas horas, bien entendido que subsiste en absoluto la prohibición de formar grupos, los cuales, con arreglo a mi bando anterior, seguirán disolviéndose y castigándose como en aquel se determina.

—Sí señor, así se hace, con autoridad. Es la furia de Dios, que domina la furia del diablo. —Y con renovado optimismo, llamó al camarero para pedir la horchata.

Unas calles más allá del Passeig de Gràcia, la ciudad estaba volviendo a la normalidad, los tranvías funcionaban allí donde los destrozos no lo impedían, había camiones que reparaban el tendido eléctrico, se vendían periódicos de Madrid, pequeños grupos de operarios desmontaban las barricadas, se había reestablecido el tren a Sarrià, abrían los cafés y los comercios, circulaban carruajes particulares y, según todas las noticias, los últimos conatos de rebelión habían sido finalmente dominados. Hacía pocas horas que había caído Horta, la última avanzadilla de la resistencia, y en la ciudad ya no se oía ningún disparo.

Sin embargo, aunque la revuelta había aguantado hasta el sábado, desde el jueves había sido definitivamente abandonada por los líderes que habían empezado la huelga general. Reunidos en casa del diputado Carner, y con la constatación de que ningún movimiento obrero fuera de Cataluña había apoyado la rebelión, los delegados socialistas, encabezados por Fabra, emitieron su sentencia...

Comunicaremos a los miembros del Comité Central y a los subcomités que consideramos que hay que dar por acabado el movimiento y que conviene iniciar inmediatamente una retirada tan ordenada como sea posible...

Mientras, Fabra se preparaba para huir a Francia. «Hay que evitar que te encarcelen; alguien debe explicar a Europa lo que ha ocurrido en Barcelona», le habían dicho sus compañeros.

¿Qué había pasado?, y la pregunta recorría las calles y las plazas, subía por las gargantas y estallaba con estridencia en las exclamaciones de los vecinos que observaban el desastre. «¿Qué ha pasado?», preguntaba un hombre, medio lloroso, al recordar los cuadros de Vergós que se habían quemado en Sant Antoni Abat mientras observaba las ruinas de la iglesia, que se amontonaban en pequeñas pilas en el suelo, aún humeantes. «¿Qué ha pasado?», se preguntaba otro hombre mientras observaba a dos mujeres esforzándose por arrancar una

puerta del convento de las Jerónimas, y un señor bien vestido tiraba, con furia, de una cañería de plomo. «¿Qué ha pasado?», y los vecinos se llevaban camas de hierro medio rotas, muebles grandes y pequeños, utensilios de toda clase e incluso objetos religiosos que, sorprendentemente, se habían salvado de la quema. Barcelona entera se preguntaba qué había pasado mientras se echaba a la calle, deseosa de borrar, con el ritual de la normalidad, el caos de aquella semana trágica.

De pie frente al convento completamente derruido de los Escolapios en el lado de la ronda de Sant Antoni, donde aún se alzaban algunas bóvedas de adoquines que no habían caído al suelo, Dolcina también le preguntaba a su marido qué había pasado.

—¿Qué ha pasado? ¿Nos hemos vuelto todos locos, Barcelona entera se ha vuelto loca, hemos perdido el juicio?

Y Avel·lí respondía:

—Querida, aún hay más locura por llegar. No olvides que ahora caerá sobre nosotros el puño de la represión.

Unas horas más tarde, después de dar vueltas por toda la ciudad, ansiosos por hacer la ruta de la destrucción, «No me imaginaba que llegaríamos hasta Sant Andreu para ver la iglesia quemada, una de las últimas que ha caído», como si su presencia fuera una suerte de tributo personal, una humilde restitución, regresaron a casa abatidos. El ritual de la entrada se hizo en un silencio religioso, extraño en aquella casa ruidosa y en general alegre, y solo el saludo a la criada se atrevió a romperlo. Avel·lí intentaba procesar aquella semana enloquecida que había caído sobre Barcelona como si fuera un terremoto devastador, pero no conseguía aclarar las ideas, y Dolcina lo acompañaba sin decir nada, convencida de que era eso, el silencio, lo que necesitaba su marido.

Durante aquel rato tranquilo, sentado en el sofá de piel, austero y elegante, última moda inglesa, los recuerdos y las vivencias iniciaron un proceso caótico de imágenes dentro de su cerebro, y todo se mezclaba en un intento de centrar el pensamiento, definitivamente atrapado entre el desconcierto y la angustia. Estaba ido, perdido entre fragmentos de ideas que se esforzaban por tener algún sentido, el desorden de las emociones... De pronto, quién sabe por qué, pensó en Isaac Albéniz, a quien habían despedido hacía justo dos meses. «¡Qué entierro!», musitó, y, aunque era extraño, el recuerdo de Isaac lo animó. Sus padres lo

conocían bien, porque desde hacía años eran amigos de la familia de Rosina Jordana, su mujer, y Merceneta tenía mucha relación con su hija Laura, de quien todo el mundo decía que era una mujer muy culta «que habla siete u ocho idiomas», y tenía mucho oficio. Él mismo, gracias a su trato con los Jordana, había ido a ver una exposición de dibujos y pasteles de Laura que se exhibían en el establecimiento de Josep Ribas, de eso hacía un par de años, cuando Laura tenía solo diecisiete. «Será una gran pintora», aseguraban los críticos, aunque todos decían que se le notaba demasiado «el espíritu femenino». Y era cierto que aquellos pasteles eran muy femeninos y muy ingenuos, pero «¡Qué quieres, es muy jovencita y es una mujer!».

—¿Recuerdas el entierro de Albéniz? —le preguntó a Dolcina, y el pesado silencio de la estancia se hizo añicos en una maraña de palabras que intentaban reconstruir aquel momento vivido.

Toda la familia tenía que ir a recibirlo, «Tenéis que venir todos, son amigos nuestros», había dicho su padre, y «todos» significaba «todos menos Enric», que ya no pertenecía al círculo familiar, y así, todos menos uno, formaron parte de la grandiosa comitiva que acudió a la estación de Francia a recibir los restos mortales, que llegaron en tren desde el balneario de los Pirineos franceses donde intentaron curar a Albéniz. *El ocaso de los dioses* de Wagner, que la banda municipal de Barcelona tocó con todo su ímpetu; el *Réquiem* de Fauré, cantado por el Orfeó Català; la *Marcha fúnebre* de Chopin..., aún se estremecía al recordar aquellas músicas solemnes, que pusieron la melodía a la tristeza que experimentaba la multitud reunida para despedirlo.

Durante la caminata, su padre explicó que se había hecho todo lo posible para salvarle la vida, «Incluso su tío, el famoso médico de Melilla, al que llaman Tebib Arrumi, porque al parecer los moros le tienen mucho respeto, y del que dicen que es un gran médico, incluso él viajó a los Pirineos para intentar salvar a su sobrino, pero no había nada que hacer». Y también contó que la de Enric Granados había sido la última visita que recibió el compositor cuando aún estaba lúcido, y que le interpretó *Mallorca*, una barcarola que ambos habían creado durante un viaje a las islas, y que aquel había sido el dulce regalo de Granados a su amigo moribundo.

—¡Qué excelencia, los dos genios! —dijo, y como si no fuera aquel 2 de agosto que tenía a Barcelona sumida en la tragedia, sino el 5 de junio, recorrió

los pasos de la comitiva a través de las calles engalanadas con las *senyeres* a media asta, la emotiva parada delante del Liceu, el aplauso de la gente que se había parado a mirar en las aceras, el sentimiento compartido.

Los periódicos aseguraron que más de veinte mil personas habían acompañado a Albéniz hasta Montjuïc, su último destino, y si era cierto que eran tantos miles, aún era más emotivo el silencio que a menudo había acompañado a la comitiva.

—Los catalanes le queríamos —dijo Avel·lí con añoranza, y entonces, como si hubiera activado algún resorte rabioso, inició un soliloquio desesperado que contenía toda la angustia acumulada durante aquella semana de furia, y las palabras brotaron sin orden, incontinentes y primarias. Aquella Barcelona que despedía a sus genios en silencio era la que lo enamoraba, y no la Barcelona que quemaba iglesias románicas y cuadros valiosos. «No, no somos la ciudad del fuego, somos la ciudad del arte, tenemos que serlo, si no somos eso, ¿qué somos, sino puro salvajismo? ¿Seremos la ciudad de las bombas y el fuego o la de la ciencia y el conocimiento? Pobre Barcelona, pobre Cataluña si es el fuego quien debe redimirla, maldita chusma enloquecida, maldito veneno lerrouxista, cuánto daño nos causa, Dolcina, toda esta gentuza descerebrada y obtusa, la lucha no es la destrucción del arte sino su enaltecimiento, debemos ser amantes de la Grecia clásica y de la gran Florencia, como dice Xènius en *La Veu*, y debemos ser civilizados y no salvajes, porque si no luchamos con el orden racional y culto no seremos sino una masa descoyuntada, sin otra voluntad que la del demagogo que nos remueve las entrañas y deja asomar las vísceras. No, no y no, no quiero esta Barcelona que quema sus pinturas y destruye su legado, quiero la Barcelona que coloca esculturas en la calle y despide a sus músicos con Chopin y Wagner, y le canta el *Réquiem* de Fauré, y se planta ante España con el libro y la partitura y no con la antorcha encendida y el Remington levantado; no, Dolcina, si quemamos las iglesias y los cuadros y los libros, no quedará nada de nosotros...»

Palabras, frases, imágenes, la maraña del desconcierto y la perplejidad, todo se detuvo de golpe cuando la criada entró en la estancia y anunció a Montserrat, que acababa de llegar y resoplaba como si hubiera estado corriendo durante un buen rato.

—Venid a casa de los papás, deprisa, ha ocurrido algo terrible.

Y al verla llorosa, Avel·lí se asustó. ¿Podía pasar algo más, después de todo

lo que había ocurrido?

Podía, porque había dos universos en el universo de cada cual, y el universo amplio, el que acogía a la gente reconocida, a la vecindad, a la ciudad, a la patria, no era más que la suma de los universos individuales, donde latían las emociones cercanas, universos alejados de las grandes hazañas de la historia, hechos de pequeños cristales de vida, un mundo propio, frágil y reconocible. Y podía ser, podía ocurrir que, mientras el universo de todos se revoliera como una serpiente y se clavara el veneno a sí misma, también el universo de cada cual se agrietara, en una explosión en cadena que se parecía al fin del mundo. Barcelona se quemaba por fuera, y escribía, a fuego, un capítulo trágico de su historia. Pero, de puertas adentro, la pequeña historia de su familia también encendía una hoguera de incompreensión, dolor y violencia, tan virulenta como las piras que habían derrumbado iglesias que resistían desde hacía siglos.

«No hay fuego más letal que el que aviva uno mismo», se dijo cabizbajo, casi sin fuerzas, mientras intentaba encontrar su sitio en aquella casa paterna que ahora estaba llena de su gente y que, sin embargo, le parecía muy extraña. Quizá no podía más, quizá no era capaz de soportar la destrucción de su ciudad y, al mismo tiempo, la destrucción de su familia, probablemente solo era un hijo que quería a sus padres, un hermano que quería a sus hermanos, un catalán que quería a su ciudad y a su país, y que convertía todo eso en un relato preciso, en una pequeña historia ordenada y sencilla cuyos cimientos, ahora, se estaban resquebrajando.

—Ve a ver a mamá, que está preguntando por ti —le dijo su hermana Mariona cogiéndolo del brazo, y él se dejó llevar como un autómatas que movía los brazos y las piernas gracias a un mecanismo ajeno y al mismo tiempo efectivo.

Era él quien caminaba por el pasillo, se acercaba a su madre y la abrazaba. Era él, pero él no estaba, porque se sentía extranjero en aquel mundo hecho añicos, destruido por la ferocidad de una violencia irracional y absurda.

Enric estaba tumbado en su cama de siempre, del siempre de cuando todo era normal, y aquella era su habitación, en un tiempo lejano, que aún era un tiempo muy cercano. Parecía tranquilo, como si estuviera descansando, pero tenía la

cara hinchada, los ojos tan abotargados que no podía abrirlos, el labio partido, el cuerpo apaleado, un brazo roto, decía el médico, y su lamento era flojito, «Ay...», un «Ay» suave, como un latido medroso..., «Ay...», y Avel·lí no podía hacer otra cosa que mirarlo sin verlo, porque no, él no tenía aquel hermano al que habían encontrado inconsciente y herido, completamente desnudo, en una esquina de la calle Hospital, y al que, afortunadamente, unos guardias habían trasladado a casa de sus padres, «Nos han dicho que es su hijo. Le hemos puesto un abrigo. Iba desnudo».

No, no era él, Enric, no era su hermano aquel hombre que retozaba en las camas de otros hombres y que luchaba al lado de los que ponían bombas y mataban de cualquier manera; y vete a saber quién le había dado una paliza, quizá había sido un amante enloquecido, o uno de esos granujas con los que se relacionaba; no, no era él, porque su hermano era culto y sensible, y se había educado en una buena familia, y era un buen hermano, y había sido un buen hijo, y ahora no sabía quién era aquel cuerpo destrozado que yacía en la cama y que todo el mundo decía que era su hermano.

—Esto es obra nuestra —le dijo Merceneta al oído, aunque sonó a bocajarro, y aquella frase que se parecía tanto a un reproche, que era un reproche, le produjo una repentina sacudida, casi impertinente.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué tenemos que ver nosotros con esto? ¿Cómo te atreves?

Y con el tono suave de Merceneta, que siempre sabía deshacer los nudos de las conversaciones y devolver las palabras a un territorio tranquilo, su hermana le dijo lo que pensaba.

De todo cuanto le oyó decir a Merceneta en aquel monólogo improvisado, ambos escondidos en el despacho de su padre, como si fueran dos ladronzuelos, dos furtivos, con la casa llena de gente, la abuela Martina, que se movía ajetreada por todas las estancias sin que nadie supiera lo que hacía, aunque parecía que era mucho, y también la abuela Mercè, que quería con toda el alma a su nieto y no dejaba de acariciarlo, Montserrat que lloriqueaba todo el rato, los padres de Dolcina, que se mantenían, pulcros y distantes, en un rincón del comedor, y también la tía Rita, seca e indescifrable, que iba diciendo sin parar que aquello había sido un robo violento, «Pobre Enric», y acababa de llegar Xió, «Albert, quiero estar a tu lado en este trance, me imagino por lo que estás

pasando», dicho así, en un cuchicheo que parecía una confidencia, «tú ya sabes...», y alguien más, porque la casa parecía las Ramblas en una noche de Liceu, pero no era las Ramblas, era la casa de sus padres, y no había ópera ni concierto, sino ruido y ansiedad, y de todo lo que le dijo su hermana allí, escondidos en el despacho de su padre, como dos furtivos, lo que más le dolió fue la palabra «incomprensión», que Merceneta había pronunciado de manera pausada, como si fuera una palabra amable, aunque de amable no tenía nada.

Los hermanos y sus conversaciones. Avel·lí no habría sido capaz de imaginar que pudiera escuchar algo tan trastornador y al mismo tiempo intenso en una día como aquel y en tales circunstancias. Nunca había tenido una conversación tan trascendente con su hermana, y tampoco se había dado cuenta de que Merceneta había desarrollado una sensibilidad tan aguda y un pensamiento tan profundo. Aquella niña, porque aún era su niña, había crecido como nadie, puede que más que todos ellos, y ahora, teniéndola frente a él, escuchando palabras que le hacían daño pero que a la vez lo apelaban, supo que su hermana se había convertido en una mujer extraordinaria.

Incomprensión. ¿Era así, de esa manera tan simple, como se explicaba todo lo que había pasado con su hermano?

—No tiene nada de simple, Avel·lí, nada, pero nuestra familia ha sido un gran pozo de incomprensión y de rechazo para Enric. Somos nosotros quienes lo hemos ahuyentado.

Igual que una Penélope que estuviera deshaciendo el tejido, las palabras iban cobrando sentido, la timidez de Enric, la incapacidad de aceptar a un joven inquieto, el orgullo de macho de su padre, tan dominante y prepotente, el amor como una entrega generosa y no como un tributo exigido, la familia como una red, atenta a la caída, y no como una catapulta, los jóvenes y su espíritu generoso, la lucha por los ideales, el derecho a errar el camino, con la seguridad de que se encontrará la puerta para volver... ¿Qué habían hecho con él todos ellos, sí, todos, sino señalarlo con la letra escarlata, la letra de los diferentes, de los marcados? Marcarlo, sí, marcarlo como a un cordero, un simple miembro del rebaño, y cuando se rebeló, ¿qué hicieron, sino expulsarlo del paraíso...?

—¡Basta! ¡Tú no sabes nada, mujer! —dijo Avel·lí levantando la voz más allá del decoro.

Y Merceneta, con los ojos fijos, clavados en su mirada, respondió con voz

melodiosa, casi como una cadencia, con su forma de gritar, que era hablar aún más bajo.

—Sé lo que debo saber, que nosotros, la gente que deberíamos proteger y querer a Enric, no lo hacemos.

Y entonces, dotada de una fuerza que ni ella misma se reconocía, Merceneta empezó a hablar en un idioma propio pero extraño, porque era el idioma que había preservado para un momento como ese.

—No conozco a mi hermano, no sé con quién se junta ni a quién ama, ni sé lo que quiere, en el caso de que él lo haya sabido en algún momento, y es posible que no vaya en una buena dirección, o que ame a quien no lo merece, o que haya elegido un camino de lucha equivocado, todo es posible, pero, Avel·lí, la diferencia entre yo y vosotros, papá, tú mismo, la gran diferencia es que yo lo quiero sin juzgarlo, y vosotros lo habéis dejado de querer porque lo habéis juzgado.

—¿Cómo te atreves a decir que yo no quiero a mi hermano?

—Por supuesto que me atrevo a decirlo, me atrevo porque el amor no es un juego de imposiciones, sino una entrega generosa. No se quiere a una persona por lo que hace, sino más allá de lo que hace, Avel·lí, más allá de todo, y vosotros habéis supeditado vuestro amor a la corrección social, a las normas, a vuestro orden, que quizá no sea el suyo, ¿es que no lo entiendes? Quizá no sea el suyo...

—Amar sin exigir nada es una forma esclava de amar. Amar también es exigir y recibir. El amor también tiene normas.

—Estás muy equivocado. Amar sin exigir nada es la única forma buena de amar. El resto no es amar, es poseer.

¿De dónde había salido aquella hermana que decía palabras que, a pesar de su coraza, le llegaban muy adentro y lo conmocionaban? No podía decirle lo que sabía, «el secreto de Enric», porque era una señorita, una jovencita, y seguro que se habría escandalizado, y él no quería lastimarla, pero si lo supiera, ¿qué pensaría?, puede que sí, puede que también dijera lo mismo, porque era así como ella decía que debía amarse, más allá de todo. Y en algún momento de la conversación, afectado por los argumentos de Merceneta y, al mismo tiempo, incapaz de rebatirlos, porque había secretos que no podía revelar, dejó de escucharla, embelesado ante aquella grandeza de espíritu que descubría en su

hermana, su madurez. Quizá aquella conversación no ayudaría a resolver el conflicto con Enric, pero lo había acercado a Merceneta, y no como la hermana pequeña a la que había que proteger, como siempre había sido, sino como alguien con quien podía tener una conversación como aquella. Merceneta había crecido y él la descubría allí, en el despacho de su padre, como dos furtivos, en un día infausto.

Un abrazo cálido, dos besos en la mejilla, un «te quiero» pronunciado antes de salir de la estancia, y de regreso en el comedor, el bullicio de los presentes, todos mezclados entre sí, en un ramillete de palabras que eran más un griterío que conversaciones. La conclusión general era que Enric había sufrido un mal paso a manos de unos granujas, o quizá se había metido en una pelea con las fuerzas de seguridad, pero no, porque lo habrían detenido, y aquello era una paliza, seguro que habían querido robarle.

—¡Pobre hijo mío, pobrecito! —iba repitiendo Elisenda. Y cuando Avel·lí se acercó de nuevo a ella, le apretó las manos y le dijo que cuidara de él—: Es tu hermano pequeño, mira cómo lo han dejado. —Y se echó a llorar otra vez.

—El médico es optimista, mamá, ha sido una buena paliza, es cierto, pero es joven y goza de buena salud, no tardará en recuperarse, y más con sus cuidados, mamá, porque es usted un ángel.

Y ella esbozó un leve rictus que en otras circunstancias se habría parecido a una sonrisa. De repente se sintió tranquilo. La conversación con Merceneta lo había obligado a pensar más allá del momento, y aunque jamás podría aceptar la naturaleza de Enric, «es una depravación, un pecado contra Dios, contra Dios en persona», quizá podría aprender a tolerar su presencia. Dependería de cómo se comportara, pero era cierto lo que decía Merceneta, era su hermano y debía encontrar la manera de no perderlo del todo. Cuando sanara de sus heridas, pasaran los días y llegasen las explicaciones, cuando él mismo se diera cuenta de adónde lo había conducido su mala cabeza, cuando las aguas volvieran a su cauce, puede que entonces, como si se tratara de un milagro, todo volvería a ser como antes. Le rezaría a Dios, sí, le rezaría a Dios para que todo aquello pasara.

Sumido en esos pensamientos, recluso en la galería modernista del comedor, no notó la presencia de su padre hasta que le puso la mano en el hombro.

—No te preocupes por nada, Avel·lí. Lo que ha pasado no es malo. Tenía que pasar.

Cierto, no era malo, no, puede que no lo fuera, puede que aquella paliza hubiera devuelto las cosas a su orden natural. Y volviéndose hacia su padre, le dijo, con una sonrisa:

—Eso mismo estaba pensando, papá, eso mismo.

Luego, al mirar hacia el comedor repleto de familiares, se sintió feliz al ver ese magma humano que lo definía y a la vez lo protegía. «Somos una gran familia», se dijo, satisfecho, pero al levantar la vista cruzó su mirada con la de Merceneta, y aquella mirada penetrante que le iba diciendo no, no es así cómo se ama, volvió a inquietarlo de nuevo. «Jovencitas —se dijo finalmente, como sacudiéndose los demonios—, ¡qué sabrán ellas de la vida!», y se dirigió hacia el grupo de mujeres que encabezaba la tía Rita, que ya había conseguido tejer, tras muchos intentos, un relato preciso del robo que había sufrido su sobrino.

—Han sido unos matones de la Barceloneta, no lo dudéis, es su estilo.

Y todo el mundo le dio la razón. En aquel comedor de orden y civilidad sabían muy bien que había muchos matones de la Barceloneta en las calles de Barcelona...

## CAE LA NOCHE

Llovía con intensidad, y la multitud se desdibujaba en un interminable rosario de paraguas negros que se esforzaban por hacerse un lugar bajo la lluvia. Situado a la cabeza, a unos pasos del gentío, el carruaje avanzaba lentamente, con el féretro lleno de flores, y el silencio era tan espeso que se oían los cascos de los caballos, cloc, cloc, sobre los adoquines. Unos niños corrían junto al carruaje, y sus vestiditos blancos eran la única nota luminosa de la tarde. En medio del cortejo, entre sindicalistas, republicanos y gente de todo pelaje, destacaba la columna de los carboneros, que habían querido acompañar en su último viaje al compañero fusilado.

Tenía veintitrés años, era alegre y bondadoso, y se sabía su nombre, Ramon Clemente, que repetía dos o tres veces cuando se presentaba a alguien a quien no conocía. «Buenos días, soy Ramon Clemente, Clemente, Ramon, Ramon Clemente», y daba la mano con pulcritud. Su deficiencia mental no le impedía trabajar con mucho entusiasmo, y para los trabajadores de la fábrica era como una especie de hermano pequeño con el que siempre bromeaban y al que protegían. Cuando fue sometido a un juicio sumarísimo, «culpable de liderar la sedición violenta y, en su caso agravado, culpable del sacrilegio de bailar de forma horrenda con los restos mortales de una inocente monja», no sabía de qué le hablaban, pero sonreía a todo el mundo y aseguraba que se llamaba Ramon Clemente, y que era carbonero.

Aquella mañana del 4 de octubre, cuando fue conducido al foso de Santa Amàlia, en el castillo de Montjuïc, pensó que estaba en una especie de fiesta, y cuando se levantaron los fusiles y apuntaron hacia su cuerpo, se rio, divertido, y se puso a dar palmas como un niño.

Fue la cuarta condena a muerte ejecutada. Casi dos meses antes, el 17 de agosto, habían fusilado al primer condenado, el republicano Josep Miquel i Baró, acusado de ser el líder de la revuelta en Sant Andreu, y por mucho que intentaron salvarle la vida, «solo quieren fusilarlo porque es un líder republicano de Sant Andreu, y no porque tenga alguna culpa», la sentencia estaba decidida antes de ser escrita. «Ya veréis cómo no van a matar a ningún lerrouxista.»

Y no, tampoco era lerrouxista Antoni Malet, ejecutado el 28 de agosto, culpable del delito de haber quemado objetos religiosos de un convento. «¿Y por qué él, si han quemado tantos? Porque les ha venido bien, vete a saber, condenan al azar.»

Quince días después, el 13 de septiembre, el cuerpo de Eugenio del Hoyo caía al suelo, abatido por las balas del pelotón de fusilamiento, culpable de ser un guardia de seguridad que había apoyado a los sublevados, y haber manchado el honor de su cargo, y nuevamente la percepción de matar impunemente echaba raíces en el ánimo colectivo. Y ahora, tras la ejecución de Ramon Clemente, Barcelona se preparaba para la inevitable ejecución de Francesc Ferrer i Guàrdia. «Porque lo van a matar, seguro. Han oído su sangre y la quieren.» Y aquella convicción recorría las entrañas de la ciudad derrotada.

Merceneta no había asistido al cortejo fúnebre, ¿qué habría pintado allí, entre todos esos carboneros y trabajadores, ella, que era una joven de casa bien, educada entre algodones, extranjera en aquel mundo de vidas endurecidas? Sentía que no tenía derecho a ello, que habría sido una falta de respeto, porque pertenecía al mundo de los poderosos y aquella gente era el pueblo llano, seres que sufrían, que iban a la guerra y se dejaban la piel en las fábricas, no, ella no debía ir. Y, sin embargo, quería estar allí, porque algo se le había removido por dentro desde el final de la revuelta, con todo lo que había pasado y pasaría, porque pasarían cosas peores, y aunque no sabía mucho acerca de los asuntos de la política, y no le interesaban, porque ella era una amante de la cultura, las pinturas, los libros, de aquel mundo sensible que la trascendía y le daba sentido, y no de eso tan abrupto, tan de los hombres, que no alcanzaba a entender, pero, aun así, quería estar allí, porque sí, algo se le había removido por dentro, muy adentro, desde el final de la revuelta.

Iba cogida del brazo de Joan Leask, una joven inglesa a la que conocía de practicar el tenis en el Barcelona Lawn-Tennis Club, cuyo padre, precisamente,

había sido uno de los fundadores del club, de eso hacía ya diez años. Se habían hecho muy amigas, porque Joan también era una mujer delicada y amante del arte, e iban juntas a las exposiciones. Ese día, Merceneta le dijo: «Joan, quiero ir al entierro de ese joven carbonero que no estaba en sus cabales, el pobrecito, y aun así lo han matado, qué crueldad tan extrema, quiero ir, pero de tapadillo, como si nos topáramos con él sin querer, porque ese no es nuestro sitio». Y así llegaron, discretamente, a la manifestación de duelo que recorría las calles de Barcelona.

—Esta multitud de paraguas negros, ¡qué solemnidad! —dijo mientras se agarraba al brazo de Joan, desde la acera, como si fuera una transeúnte que se encontraba casualmente con el cortejo.

Puede que no supiera nada de las cosas de la política, pero empezaba a saber el daño que una política perversa podía causarle a la gente. «Un pobre deficiente fusilado, ¿en nombre de quién, en nombre de qué se puede llevar a cabo una barbaridad como esta?», y notó un sentimiento nuevo que jamás había experimentado y que se llamaba rabia.

Su transformación había ido germinando en aquellos dos meses en que la furia de los dioses, de la mano del nuevo gobernador civil, Evaristo Crespo Azorín, enviado por De la Cierva..., había cristalizado en declaraciones como esta...

La represión debe penetrar en las capas revolucionarias y librar a Barcelona del cáncer que la devora y que amenaza con devorar a España. Tantos años de anarquía y de crímenes terroristas imponen la curación radical y perseverante, pero dentro de las leyes. La semana sangrienta es el brote definitivo de la dolencia y hay que liquidarlo....

En aquellos dos meses, sí, en aquellos dos meses en que la furia de los dioses había caído sobre Barcelona, y sobre Cataluña entera. Era cierto que, previamente, antes de que los miles de perseguidos, de los centenares de prisioneros, de las escuelas y los periódicos cerrados, de los sindicatos prohibidos, y de las condenas de destierro y de los centenares de huidos a Francia, y también antes de las campañas del diario *Época* para no comprar productos catalanes, y del resto de furibundos artículos contra Cataluña y «el secesionismo violento», y antes, mucho antes de las campañas de delación en los diarios permitidos, y de los fusilamientos, antes de la furia de los dioses, la furia

de su familia ya había sido alcanzada. Paso a paso, lentamente, como si fuera una procesión del Corpus, se había ido desligando de su condición de hija y de hermana para convertirse en ella misma, un territorio propio, conquistado con constancia y determinación, que había ido creciendo al abrigo de los demás, sin hacer ruido.

El impacto de la paliza a Enric fue el punto de inflexión. Hacía mucho tiempo que percibía a su hermano de una manera muy distinta a la de cómo hablaban de él en casa, y el desprecio que rezumaban las palabras de su padre, como si fueran espesas babas, había activado su mecanismo de protección, quizá un instinto de hermana que se parecía mucho a lo que llaman instinto maternal. Además, su madre era como un mueble, no reaccionaba ante las invectivas de su padre, y a menudo, cuando escuchaba las conversaciones, la habría agarrado de los brazos y la habría zarandeado, «¡Mamá, se trata de Enric, no lo permitas!», pero su madre callaba y sollozaba, y entonces Merceneta se daba cuenta de que aquel era el destino de las mujeres que no habían encontrado su territorio, y solo eran el jardín que decoraba el palacio de los hombres. No había desarrollado un sentimiento de acritud contra su padre, siempre lo querría, y durante todo aquel tiempo lo había admirado, pero iba aprendiendo a desprenderse de su sombra, y cuando él le decía «Hija mía, me parece que nunca te entenderé», ella sonreía, convencida de avanzar en su conquista.

La paliza que recibió Enric fue la espoleta de su explosión interior, y todo lo que estaba aprendiendo desde hacía tiempo, los libros que leía, las revistas que le habían enseñado a mirar con otros ojos, las amigas que la habían enriquecido, todos aquellos hados que se habían conjurado para transformarla, anidaron en aquel cuerpo roto, lo cuidaron, acariciaron, acompañaron, tocaron, y durante aquellos días en que Enric era un lamento y las enfermeras iban y venían, y su madre le daba caldos con la cuchara, como si fuera un niño pequeño, y su padre parecía extrañamente feliz, como si prefiriera al hijo apaleado en casa y no sano y libre, fuera de su dominio, durante todos aquellos días, Merceneta pasó de crisálida a mariposa.

No, no la habían seducido las ideas de Enric. En las conversaciones, por la tarde, cuando la casa estaba en silencio y parecía que el mundo se reducía a aquella habitación en la que dos hermanos se daban calor, Enric le explicaba sus ideales, la lucha por destruir el capital y el poder y la Iglesia y la monarquía, y

también a los burgueses como su padre, «que explotan al pueblo», y le hacía un sórdido retrato de la sociedad acomodada de la que ella disfrutaba. Merceneta lo escuchaba con atención, y alguna vez le hacía preguntas, pero no tenía interés en debatir o rebatir nada de lo que le decía su hermano, porque su único interés era demostrarle amor. Más que saber, quería que sintiera que su hermana estaba allí, que siempre estaría, que aquella era su manera de quererlo. Pero luego, por la noche, cuando los pensamientos del día bailaban en la oscuridad, llenos de vivencias, Merceneta rechazaba aquella prosa bélica de Enric, «¡Se parece tanto a la de papá!», y pensaba que el lenguaje de las mujeres era diferente: también eran guerreras, sí, luchadoras por un mundo mejor, pero en la barricada no había fusiles, sino libros y cuadros y toda la belleza que eran capaces de acumular.

Escuchaba a Enric, escuchaba a su padre, escuchaba a Avel·lí, cada día más indignado con todo y con todos, con la revuelta, con los revolucionarios, con los lerrouxistas, que eran los verdaderos pirómanos de Barcelona, y también con los anarquistas, que se dejaban utilizar, y con los sindicalistas y los socialistas, que habían atizado el fuego y luego no habían sabido cómo apagarlo; sí, con todos, pero también con un Estado ciego y violento que reprimía a mansalva, asfixiaba a Cataluña y mataba sin piedad. Y al escucharlos a todos, Merceneta se daba cuenta de que su padre y sus hermanos hablaban el mismo idioma, y aquel idioma no era el suyo.

Enric nunca le explicó lo que había pasado. Cuando las preguntas de la familia se acumulaban en las tardes de visitas, y la abuela Mercè le cogía las manos, «Enriquet, ¿qué ocurrió?, ¿cómo te lo hicieron?», él siempre respondía que los recuerdos eran borrosos, unos hombres, unos gritos, unas patadas, que no había nada más, que la memoria había quedado vacía. Y así se iba recuperando, entre los caldos de su madre, las caricias de la abuela Mercè, los consejos de su padre, que entraba a menudo en la habitación y le soltaba grandes peroratas sobre la vida que podría tener si era juicioso; y él callaba, porque el tiempo de pelearse con su padre había pasado, y sí, se recuperaba sobre todo con la compañía de Merceneta, que no le pedía nada, pero se lo daba todo. En aquellos momentos de preguntas ansiosas y respuestas evasivas, Merceneta se daba cuenta de que Enric había sufrido un mal paso muy grave, algo malo que no era fruto del azar, sino de la vida que llevaba, y cuando aquellos malos pensamientos echaban raíces, sentía si cabe más ternura por su hermano, «¡Qué habrá vivido,

cómo habrá sufrido!», y se negaba a saber, porque le parecía mucho más importante sentir.

Y un día se marchó. Fue como un mutis imperceptible en el teatro de aquella familia que acostumbraba a ser tan ruidosa. Merceneta llamó a la puerta de la habitación, toc, toc, y la letanía de su hermano, «Pasa, hermanita, ven a darme la tabarra», no se oyó. Antes de abrir la puerta ya sabía que Enric se había ido. Aquel día, su padre, con una ira desatada, gritó «No tiene remedio, nunca lo tendrá, este hijo está perdido para siempre», y su madre se echó a llorar.

El tiempo y su velocidad, cuando los malos presagios se cumplen y los dioses desatan su poder implacable. Las noticias vomitaban cifras espantosas, y los cuerpos de los perseguidos atestaban las prisiones. Aparte de los exiliados, que todo el mundo calculaba que eran más de dos mil, los periódicos permitidos hablaban de doscientas personas desterradas, y casi dos mil detenidas, sometidas a juicio militar. El Estado había salido de caza y se alimentaba de las delaciones que espoleaban los diarios monárquicos. «Basta con un rumor o alguna venganza personal para encarcelar a un hombre o para cerrar un ateneo o prohibir un periódico», se lamentaba la voz de la calle, pero no solo los monárquicos, porque *La Veu de Catalunya* también animaba la delación, «¡Delatad!», abanderada del rechazo indignado del catalanismo contra los culpables de aquella semana trágica.

Prat de la Riba acababa de plasmarlo en el manifiesto de diputados y senadores que él mismo había redactado...

Los hechos que han perturbado Barcelona y Cataluña son hechos que remueven nuestra conciencia de hombres libres, nuestros sentimientos como catalanes. La hermosa ciudad que tantos ejemplos de elevado civismo había dado, la tierra catalana que había dignificado el sufragio popular, convirtiéndolo en el arma por excelencia de las luchas políticas, ha sido víctima de brutalidades incalificables, de atentados indignos, de violencias repugnantes...

Y el texto denunciaba «el radicalismo estéril», defendía la lucha civilizada, lamentaba la oportunidad perdida de Solidaritat Catalana...

Aquel estallido de civismo, de tolerancia, de disciplina social, todos los elementos que lo integraban habrían comprendido que había llegado el momento solemne en que todos, directores y dirigidos, partidos y clases sociales, redimieran, en el Jordán del amor a Cataluña, la responsabilidad de pasadas culpas, educando y preparando a nuestro pueblo para las grandes empresas colectivas...

«Sí, las grandes empresas colectivas», repetía Avel·lí, y entonces continuaba la lectura, impaciente, «frente al radicalismo, que odia el presente y reniega del pasado», y tragaba saliva, pedía silencio, continuaba, «nosotros afirmamos la continuidad de la vida social, el respeto del pasado...», y la conversación entraba en un bucle allí donde se leía el manifiesto.

El mundo se había dividido en tres bandos irreconciliables: los que defendían la violencia y la protesta, los que justificaban la violencia desatada del Estado y los que no defendían ninguna, contrarios al «radicalismo estéril» de unos y a la represión brutal de los otros, aunque querían que hubiera castigos ejemplares. El referente de estos últimos era Prat de la Riba, que publicaba encendidos artículos en *La Veu...*

Porque ahora hayan quemado conventos al grito de «¡Viva la República!» no debe inducirse que el radicalismo sea patrimonio exclusivo de las masas anticlericales y republicanas...

Y continuaba:

El radicalismo revolucionario reniega del presente por la sugestión de una edad de oro que sitúa en el porvenir (futurismo); el radicalismo conservador, esta edad de oro cegadora... la sitúa en el pasado (tradicionalismo). El espíritu de violencia, común a todos los radicalismos, en uno, en el radicalismo de abajo, es motín, es revolución, es terrorismo; en el de arriba, en el radicalismo conservador, la apología del gobierno de fuerza, de dictadura...

Aquellas ideas de Prat de la Riba y de la gente de la Lliga, que intentaban situarse en el centro de la escena, explotaban, sin embargo, en los interiores de Solidaritat, donde otras voces negaban la crítica a los revolucionarios y acusaban a los compañeros de disculpar a los represores. «No habéis querido publicar el artículo de Joan Maragall contra los fusilamientos, ¡vergüenza, vergüenza!», gritaban en un extremo del movimiento, y en el otro se blindaban con el fuego de los conventos: «¡Violencia, violencia!». El «radicalismo estéril», decían unos, «el colaboracionismo burgués», respondían los otros, y los muros del movimiento político que tenía que sostener el edificio de la Cataluña levantada volvían a temblar.

En los cenáculos en los que Avel·lí y sus compañeros debatían la situación, los decibelios aumentaban a medida que se calentaban las palabras. Tres bandos irreconciliables, y en uno de ellos, dos bandos que empezaban a ser

irreconciliables. La Barcelona quemada se resquebrajaba por las costuras.

Unos universos más allá de aquel abrupto universo político, aún había un cuarto bando, una tribu de una sola persona, Merceneta, que se sentía extranjera de todos los demás e intuía que su mundo no era ninguno de los que se conocían, porque era un mundo que aún había que construir. Pero, golpe a golpe, iba resquebrajando la roca.

El 13 de octubre llegó sin pedir permiso, un día como cualquier otro en la inmutable tozudez del calendario. Hacía un mes y medio que Francesc Ferrer i Guàrdia había sido detenido por el somatén de Alella, delante de Can Jonc, muy cerca de su casa natal. Desde el inicio de la revuelta, vivía escondido en la masía Germinal de su hermano, en Montgat, y era ajeno a todo lo que había pasado. Pero las cartas estaban marcadas, y el 21 de agosto, un contingente de la policía se presentó en la masía y, al no encontrarlo, obligó a Soledad y a su hermano Josep a presentarse ante el gobernador. Allí les anunciaron que habían sido condenados al destierro en Alcañiz, y que tenían que irse de inmediato. No podían volver a casa para coger algo de ropa, ni dinero ni avisar a nadie; y así, sin explicación, ni documento oficial ni juicio, acompañados por doce guardias civiles al mando de un sargento, subieron a un tren, y a las tres de la madrugada llegaban a la estación de La Puebla de Híjar, donde habían sido confinados. Diez días más tarde detenían a Ferrer i Guàrdia.

Cuando su detención estalló en los titulares de los periódicos, el pelotón de caza empezó a sacarle la piel a la bestia. El dedo acusador de los diarios lo convertía en cabecilla de la revuelta; en los comedores de las casas acomodadas de la ciudad, las damas tomaban vino dulce y pastas mientras contaban, horrorizadas, las barbaridades que se enseñaban en la Escuela Moderna, y en el palacio de la púrpura los obispos balanceaban a los mártires de la Iglesia y reclamaban al presidente Maura que hubiera una acción enérgica, un castigo ejemplar contra aquel hombre que era, en sí mismo, la encarnación del mal. «El Gobierno obrará de acuerdo con el espíritu de vuestra carta y las líneas de conducta que señaláis», respondió el presidente con inusitada celeridad, y el puño se cerraba en torno al cuello del pedagogo. Ferrer i Guàrdia estaba condenado a muerte antes de ser detenido, y Barcelona se preparaba para vivir lo que todo el mundo llamaba «la gran farsa» del juicio.

«No se atreverán a matarlo», aseguraban sus seguidores; «Tienen que

hacerlo», respondían sus enemigos, y la ciudad se dividía entre quienes hablaban de crimen de Estado y aquellos a quienes no les importaba si lo era, porque lo consideraban una purga necesaria «para limpiar las entrañas de Barcelona», según expresión del señor Sanahuja el mismo día que empezó el juicio. No había ninguna conversación, ni cenáculo ni comedor de casa de familia acomodada donde no se debatiera la culpa de Ferrer i Guàrdia, porque no importaba si había liderado la revuelta o no había tenido ninguna responsabilidad en ella. Solo importaba decidir si había que matarlo o dejarlo con vida. «Si no tiene la culpa de lo que acaba de pasar, tiene muchas culpas acumuladas», decía Albert excitado, ansioso por verlo ejecutado.

Así culminó la venganza del verdugo. Un único día de juicio militar, ninguna prueba a favor del acusado, rumores y declaraciones anónimas aceptadas como pruebas de la acusación, prisioneros sentenciados a duras penas exculpados si declaraban en su contra, señores de la Lliga, liderados por Verdaguer i Callís, que desfilaban por la sala ratificando su culpa, y, en el colmo del delirio, incluso se lo acusó de haber quemado un convento en un barrio en el que no había habido ni un solo incendio.

Cuando, la madrugada de aquel 13 de octubre lo llevaron al foso de Santa Amàlia y el pelotón de fusilamiento apuntó a su cuerpo con las armas, el bramido de la calle escribió el relato de aquellos últimos minutos. «Ferrer i Guàrdia los ha mirado fijamente, sereno.» Y aseguraba que antes de morir había gritado «¡Soy inocente!, ¡viva la Escuela Moderna!». Habían matado al pedagogo de la escuela racionalista, al extremista que mezclaba a los niños con las niñas y negaba a Dios y hablaba de sexo y ahuyentaba a la Iglesia, y creía en la huelga general y quería subvertir el orden social. La Barcelona de orden aplaudía aquella ejecución, convencida de que, al morir el perro, había muerto la rabia.

Pero, en las otras Barcelonas, el desconcierto de unos se mezclaba con el desconsuelo del resto. Sus seguidores lo lloraban de puertas adentro, en las esquinas de la clandestinidad, en las madrigueras del exilio, en las prisiones de la culpa, y todos clamaban venganza. Y en la Barcelona del catalanismo, conservadores y republicanos se embarraban en diferencias irreconciliables, y la acritud de los debates ensanchaba las grietas. En las casas más ilustradas se leía la prensa extranjera y el grito era unánime: España era un país monstruoso que

perpetraba crímenes de Estado.

Desde París, los amigos de Ferrer i Guàrdia se manifestaban, ayudaban a su hija Trinitat a recuperar el cuerpo de su padre, hacían campañas para erigir un monumento en su memoria; la prensa hablaba de una persecución tan grave como la que había sufrido el capitán Alfred Dreyfus, y él mismo participaba en las protestas. Entristecido y rabioso, Anatole France escribía una carta pública en homenaje a su amigo...

Su crimen es el de ser republicano, socialista, librepensador; su crimen es haber creado la enseñanza laica en Barcelona, instruido a miles de niños en la moral independiente, su crimen es haber fundado escuelas...

Y en el británico *The Times* aseguraban que el Gobierno de Maura había confundido la libertad de instrucción y conciencia con la agitación criminal. España recibía el rechazo de Europa, y, en el seno del Gobierno, Maura empezaba a tambalearse. «El rey necesita un chivo expiatorio», decían los mejor informados.

—Ruido extranjero —dijo Albert cuando Avel·lí le llevó un ejemplar de uno de aquellos diarios franceses que publicaban furiosos artículos contra la ejecución.

Pero en la calle Provença, la muerte de Ferrer i Guàrdia no había removido las aguas ni había alimentado ninguna de aquellas discusiones entre padre e hijo que devoraban una tarde entera.

Si Albert se sentía satisfecho y vencedor, Avel·lí estaba demasiado preocupado por el enfrentamiento en el seno de Solidaritat, que amenazaba con una ruptura, y además, su odio hacia aquel hombre sacrílego que despreciaba a Dios apaciguaba el horror que le provocaba la ejecución.

—No merecía morir así —decía convencido, pero repetía, con el mismo convencimiento, que Ferrer era un cáncer que ponía en peligro toda la lucha razonada y eficaz contra el Gobierno español, «el radicalismo estéril...». Y en una letanía rabiosa alertaba, «Las turbas de ahora no han ganado en civilización a las de 1835, con ese salvajismo contra el Templo de Dios y contra las bibliotecas y la escuela y el arte, no, no a esta selvática inconsciencia, como lo llama Puig i Cadafalch». Y entonces aseguraba que aquella revuelta trágica había herido gravemente a los catalanistas, «Porque nos meten a todos en el mismo

saco».

Al fin y al cabo, ¿no era eso lo que decían los periódicos de Madrid, que los catalanistas odiaban al rey y a España y que eran violentos y extremistas? «Exacto», y padre e hijo coincidían en negar la categoría de víctima a Ferrer i Guàrdia, y, más aún, la categoría de mártir, despojado de toda heroicidad y de todo ideal.

—Ya veo que en la calle Provença no tenéis piedad —dijo airada la abuela Mercè en la comida del primer domingo después de la ejecución. Y con una solemnidad que no era propia de ella, mirando a su hijo, le espetó—: ¿Qué habrías dicho de la abuela Mariona, que luchó en las barricadas para salvarte la vida? ¿Qué? ¿También habría merecido morir?

Y el silencio en la mesa fue un diccionario entero de palabras. Durante aquellos segundos suspendidos, Albert notó la punta de la espada que le cortaba el ánimo, su madre señalándole la culpa, el dedo acusador; pero no, y alzó la voz, qué culpa, qué, quién era él sino un hombre que había luchado contra la pobreza y la desesperación, y había sobrevivido y había levantado un imperio, y solo quería que ningún loco, ningún radical, ningún violento, ningún quemador de conventos lo trastornara. Él era eso, un creador de vida, de futuro, un constructor de palacios seguros donde podían vivir todos.

—Todos, todos vosotros, ¿qué habría sido de vosotros si no hubiera vencido a mi vida de soldado de reemplazo, si no me hubiese rebelado y no me hubiese alzado?, ¿qué?, ¡decídmelo!, ¿qué? La abuela Mariona luchó para salvarme la vida, y yo también he luchado para salvaros la vuestra, sí, ¡de otra manera, pero he luchado!... —Y el puñetazo en la mesa fue la música de la indignación.

Pero la abuela Mercè no aflojaba:

—¿Y qué crees que hacía la abuela Mariona sino lo mismo que han hecho ahora las madres y las abuelas como ella?, ¿qué, sino intentar evitar que sus hijos y sus maridos fueran a la guerra? Porque entre morir en Melilla o hacerlo en Barcelona, no tienen nada que perder. Albert, ¡no manches el recuerdo de tu abuela!

—¿Cómo se atreve a decir eso, mamá? Yo venero el recuerdo de la abuela, lo honro con lo que he hecho, ella quería esto, que sobreviviera, sí, yo lo honro, yo...

—¡Basta! —gritó la abuela Martina, y fue tan insólito el grito que todo el

mundo se apresuró a terminarse el plato, mientras las conversaciones indolentes a dúo iniciaron la pausa previa a la calma.

El tintineo de la campanilla salvó el momento y la llegada de los postres fue muy celebrada.

## UN CUADRO

Ni aquel domingo de octubre, ni los anteriores ni los días siguientes se oyó el parecer de Merceneta sobre la ejecución de Ferrer i Guàrdia. Después de la marcha de Enric, de quien no habían tenido ninguna noticia, «Ni sabremos nada», le decía a su amiga Lluïsa, «nunca volverá», y entonces le explicaba que su hermano quería conocer las luchas obreras de Italia y Alemania, y le hablaba de Rusia, de donde llegaban ideas nuevas, «y no, no volverá, odia Cataluña, le han hecho mucho daño, y no, Lluïsa, jamás volveré a ver a mi hermano» y desde entonces no tenía interés en las peleas de los hombres de su casa, tanto ruido, tanta palabra pequeña en bocas tan grandes, no, aquel no era su mundo ni quería que lo fuera, un mundo donde los hombres competían por demostrar quién defendía mejor la muerte de un inocente, o se llenaban de torpes corazas para justificar su indiferencia, y no hacían nada, o puede que hicieran algo y lo que hacían era empujar el mal, el horror, la desesperanza.

Nunca se había sentido tan extranjera en su casa como en aquel momento. Y no solo en su casa, también en su ciudad y en su país, y no reconocía nada, ni las conversaciones de su gente, ni los periódicos que leían ni las noticias que circulaban en la calle, aquel mundo masculino forjado en la épica del dolor. Se había convertido en una forastera, una intrusa que vagaba por los rincones conocidos, y se sentaba a la mesa familiar, y dormía en su cama, y besaba a su madre, pero nada le parecía propio, como si fuera una proscrita expulsada del paraíso. «Los hombres han construido un mundo inhóspito», se decía convencida y cada vez más irascible.

Aquella creciente sensación de exilio solo se apaciguaba en el estudio de Lluïsa Vidal, cuando la conversación se encaramaba por los caballetes con óleos

a medio pintar, y un esbozo era un sueño por conquistar, y cualquier objeto inanimado contenía una vida plena. ¡La serenidad de la pintura! Con Lluïsa y con sus otras amigas de la revista *Feminal* y también con Joan, que siempre la acompañaba, Merceneta encontraba un lenguaje posible, a medio construir, pero que hacía vislumbrar un idioma nuevo. Y entonces se sentía protagonista de un capítulo de la historia que nadie había escrito, porque se escribía al abrigo de los grandes acontecimientos de los hombres, pero que se iba forjando palabra a palabra, emoción tras emoción, con el secreto goce de inventarse un mundo nuevo.

«Nosotras seremos las nuevas Amazonas, las diosas de un país en el que cobijar la cultura y el arte, y acabaremos para siempre con el grito de guerra», y aquella idea la enaltecía hasta el punto de sentirse llamada por la historia, como si hubiese sido ungida por la señal del arcángel y tuviera una misión que cumplir. Las mujeres, sí, las mujeres eran las grandes proscritas del relato humano, y quizá aquel había sido el peor error de la humanidad, el de ahuyentar la mirada femenina. Tenían que alzar la voz, sí, tenían que alzarla y empezar a decir lo que pensaban, pero no una a una, sino a la vez, porque, cuando el coro de mujeres se elevara por encima del ruido de los hombres, entonces, ellos, los guerreros, le darían la vuelta a la realidad.

Aquel domingo en que la abuela Mercè había acusado a su padre de embrutecer la memoria de la abuela Mariona, Merceneta estuvo a punto de levantarse de la mesa y marcharse. No quería participar en aquella conversación envenenada, pero tampoco se sentía con ánimo para escucharla, porque la hería profundamente. Quería a su padre y quería a su abuela y entendía las razones de ambos, pero al mismo tiempo ninguna de esas razones eran las propias, porque había decidido no tener una opinión sobre lo que había pasado en Barcelona. Era su forma de rebelarse contra aquella semana violenta y trágica. ¿Quién se había portado bien, quién había hecho las cosas bien en aquel gran despropósito? Y, asqueada, se apresuró a la hora del café, dio una excusa y salió a toda prisa, camino del estudio de Lluïsa, donde hallaría paz, y cordura, y belleza..., el territorio plácido de las mujeres...

De repente, mientras las dos amigas comentaban un número antiguo de *Feminal* donde aparecían unos dibujos de Lluïsa, Merceneta se detuvo en la reproducción de una de las grandes telas del pintor Ramon Casas, *Barcelona*,

1902, aunque todo el mundo la conocía como *La carga*.

—¡Fíjate, mira este hombre! —dijo Merceneta mientras señalaba un manifestante que había sido arrollado, con una pierna en alto, el sombrero junto a él, la cabeza casi tocando el suelo, y, junto al cuerpo caído, las pezuñas del caballo del soldado a punto de embestirlo—. El tío de mi padre, el hermano de mi abuela Mercè, murió reventado por un caballo en la protesta de 1835. Mi hermano Enric lleva su nombre. Lo pidió la abuela Mariona cuando nació. ¿Te imaginas? Los dos con el mismo nombre, y mi hermano también podría morir bajo los caballos. Díos mío, Lluïsa, qué mundo de salvajismo y maldad, no, que a mi hermano nunca lo pisotee un caballo, ni lo reviente un cañón ni lo ejecute un fusil, no, nunca. —Y sin poder evitarlo, se echó a llorar con un llanto que contenía el llanto de todos aquellos días sin lágrimas.

Lluïsa la acarició y, al levantar la mirada, le dijo:

—Sí, amiga, sí, ¡qué mundo tan terrible han hecho los hombres!

Y se abrazaron.

Al salir del estudio de Lluïsa, la imagen de aquella Barcelona de fuego que había ardido por todas partes no la dejaba respirar. ¡Qué absurdo letal, qué violencia más inútil!, y el desánimo anidó en ella y la dejó sin fuerzas. Pero al aproximarse al Passeig de Gràcia, cerca de su portal, vio las obras de la Casa Milà, que ya estaban muy avanzadas, y se acercó.

Delante de aquellos enormes trozos de piedra retorcida que desmentían las convenciones y se alzaban, altivas y arrogantes, Merceneta pensó en la abuela Mariona, que siempre decía que después del fuego aparecían las cenizas, y que las cenizas abonaban la tierra y fortalecían las raíces.

«Una Barcelona se quema, pero otra crece y se regenera, y desafía a los dioses, y desmiente el miedo.» Aquel pensamiento le otorgó un inesperado respiro y, repentinamente animada, miró al cielo, y por un instante quiso decir algo solemne, como si fuera un juramento a los dioses, como si hiciera falta un grito, allí, sola, en medio de la noche, ante aquel palacio de piedra que se alzaba victorioso.

Pero la idea fue fugaz, porque era una chica de casa bien, y las chicas de casa bien no gritaban por la noche. Y, contenida, lanzó un profundo suspiro, como si tuviera los pulmones vacíos y necesitara todo el oxígeno del mundo, sonrió distraídamente y, con renovadas fuerzas, se ajustó el sombrero, que se le había

torcido levemente, y se dirigió a casa. Aquella noche empezaba a hacer frío.

## ***POST SCRIPTUM***

Vergonya per als capitostos revolucionaris que deixaren al descobert la seva covardia; vergonya per als representants del poble que no el van saber guiar en la justa protesta; vergonya per als catòlics que no constituïren les juntes de veïns per salvar les persones, els llibres i les obres d'art; vergonya per a tota la ciutat que no va impedir el saqueig dels darrers dies; vergonya per a les autoritats i per al govern en la seva estúpida repressió; vergonya per a tots els que no van demanar l'indult dels condemnats a mort malgrat creure'l obra de justícia». [\[6\]](#)

PERE COROMINES,  
diputat de Solidaritat Catalana  
*El Poble Català*, 1910

## NOTAS

- [1] *Escucha, España, — la voz de un hijo  
que te habla en lengua — no castellana;  
hablo en la lengua — que me ha dado  
la tierra áspera:  
en esta lengua — pocos te han hablado;  
en la otra, demasiado.*

*Te han hablado demasiado — de los saguntinos  
y de los que por la patria mueren;  
tus glorias — y tus recuerdos,  
recuerdos y glorias — solo de muertos:  
has vivido triste.*

[...]

*te satisfacías — de honras mortales,  
y eran tus fiestas — los funerales,  
¡oh triste España!*

[...]

*¿Dónde estás, España? — No te veo en ninguna parte.  
¿No oyes mi voz atronadora?  
¿No entiendes esta lengua — que te habla entre peligros?  
¿Has desaprendido a entender a tus hijos?  
¡Adiós, España!*

[2] *De un pobre reservista — que a Melilla fue,  
os contaré la historia — si la queréis escuchar.  
Cuando estalló la guerra — de España con Marruecos,  
era un pobre reservista — recién casado.*

*Cuando el Gobierno — llamó a toda su quinta,  
tanto él como su mujer — sudaron tinta.  
Y sola la dejó — cumpliendo así la ley  
para ir a luchar — por la patria y el rey.*

*Cuando llegó a Melilla — a todo su batallón  
lo destinaron — a guardar un castillo.  
Estuvo siete u ocho días — sin poder dormir,  
vigilando que aquellos rifeños — no se acercaran allí.*

*Cuando hubo el primer fuego — la hora había llegado,  
mirando al cielo pensando — en su esposa amada.  
Y poder salvar — de su patria el honor,  
contra los moros luchó — mostrando un gran valor.*

*En medio de un fuego de balas — y gritos de terror,  
a sus pies cayeron — dos jefes malheridos.  
Y en el campo de batalla — él fue quien los salvó,  
peleándose con algunos moros — que lo querían rematar.  
Más astucia faltó — y tanto era su empeño  
que a cada puñetazo — mataba un cabileño.  
Y aquellos bravos oficiales — que con honra salvó,  
en pago a tal servicio — una cruz le dieron.*

*Un día el valiente héroe — sobre una roca muy dura  
escribía una carta — de cara al Gurugú.  
Y a su esposa contaba — todo lo que había hecho  
y al pesar se lamentaba — de que pasaba hambre y sed.*

*Le decía que en el Rif — era bravo como un toro  
y le quería enviar — las orejas de un moro.  
Cuando la carta acabó — bramaban los cañones  
y mientras la cerraba — dos besos le dio.*

*Un día a la avanzada — lo destinaron  
y aquel día una bala — en el campo lo mató.  
Cerca de su cadáver — morían muchos soldados  
y un convoy se los llevaba — para luego ser enterrados.*

*Mientras tanto su mujer — confiando en la esperanza,  
le escribía al instante — que hiciera una buena matanza.*

*Mas cuando un día triste — su muerte conoció  
de sentimiento la pobre — también murió.*

Canción popular de Les Planes d'Hostoles, 1909

[3] *Ya vuelven, ya, con las rojas barretinas  
del color de la sangre que hierve en sus pechos...*

[4] *A África, muchachos,  
a matar moros, a matar moros;  
a África, muchachos,  
¡a matar moros con cañones!*

[5] *¡A las armas, hijos del pueblo,  
el día de gloria ya ha llegado!  
Por los tiranos alza la chusma innoble  
los pendones enlodados en sangre.*

*Escuchad, escuchad cómo fiero aúlla  
el bramido famélico de esos lobos,  
el pueblo apura la hiel a tragos,  
encendido de rabia el corazón tiembla.*

*¡A las armas, ciudadanos!  
¡Alcemos el somatén!  
¡La airada juventud  
baña sus manos  
en la sangre de viles tiranos!*

[6] *Vergüenza por los cabecillas revolucionarios que dejaron al descubierto su cobardía; vergüenza por los representantes del pueblo que no supieron guiarlo en la justa protesta; vergüenza por los católicos que no constituyeron las juntas de vecinos para salvar a las personas, y los libros y las obras de arte; y vergüenza por toda la ciudad, que no impidió el saqueo de los últimos días; vergüenza por las autoridades y por el Gobierno en su estúpida represión; vergüenza por todos los que no solicitaron el indulto de los condenados a muerte a pesar de considerarlo obra de justicia.*

PERE COROMINES,  
diputado de Solidaritat Catalana  
*El Poble Català*, 1910

*Rosa de ceniza*  
Pilar Rahola

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Rosa de cendra*

Diseño de la portada, © del diseño de la portada, [masgrafica.com](http://masgrafica.com)  
© de la ilustración de la portada, [masgrafica.com](http://masgrafica.com)

© Pilar Rahola, 2017

© Traducción de Josep Escarré, 2017, por la traducción

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U., 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2017

ISBN: 978-84-08-17226-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.  
[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!

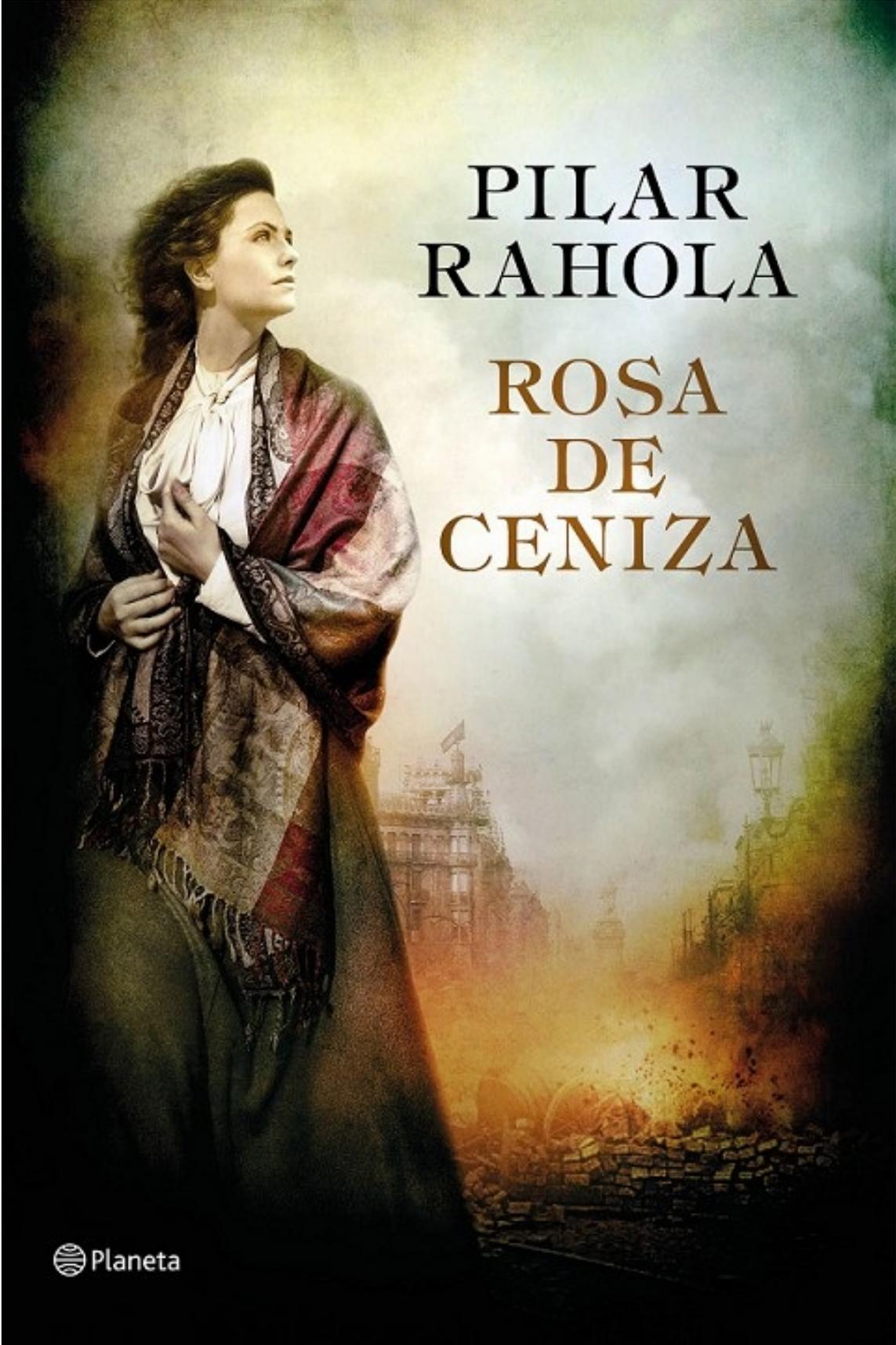
NARRATIVA  
**CONTEMPORÁNEA**

---



¡Síguenos en redes sociales!





PILAR  
RAHOLA

ROSA  
DE  
CENIZA